

LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD

LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD
CONTEMPORÁNEA

LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD

DISEÑO

SALVADOR JUÁREZ PERALES

**DERECHOS RESERVADOS
2024**

LA REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL NO AUTORIZADO
VULNERA DERECHOS RESERVADOS. CUALQUIER USO DE
LA PRESENTE OBRA DEBE SER PREVIAMENTE
CONCERTADO

ÍNDICE



ÍNDICE	3
INTRODUCCIÓN	4
PRÓLOGO	6
1. JUVENTUD Y SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA.....	8
2. LOS JÓVENES HOY: ENFOQUES, PROBLEMÁTICAS Y RETOS	41
3. JUVENTUD, TEORÍA E HISTORIA:LA FORMACIÓN DE UN SUJETO SOCIAL Y DE UN OBJETO DE ANÁLISIS	64
4. EL DESARROLLO JUVENIL CONTEMPORÁNEO: ENTRE LA INTEGRACIÓN Y LA EXCLUSIÓN	107
5. ADOLESCENCIA Y SOCIEDAD: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD EN TIEMPOS DE INMEDIATEZ	132
6. CONDICIÓN JUVENIL CONTEMPORÁNEA: REFLEXIONES FRENTE A LAS REALIDADES DEL ACTUAL CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO	164
7. LA JUVENTUD EN EL MUNDO ACTUAL.....	192
8. QUÉ LES ESTAMOS HEREDANDO A LOS JÓVENES	205
9. LAS JÓVENES GENERACIONES CONTEMPORÁNEAS.....	217
10. RETOS CONTEMPORÁNEOS EN LOS ESTUDIOS SOBRE JUVENTUD	250
11. CONVENCION NACIONAL CIUDADANA: LA ALIANZA CON LA SOCIEDAD CIVIL	269
12. LOS JÓVENES Y SU INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO	298
13. SITUACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD EN EL MUNDO ACTUAL: PROBLEMAS Y RETOS	326
14. TEORÍAS SOBRE LA JUVENTUD EN LA ERA CONTEMPORÁNEA.....	342
15. VIGENCIA DE LOS PRINCIPIOS DE DOCTRINA DE ACCIÓN NACIONAL	372

INTRODUCCIÓN



Como dice el título de este libro: “La juventud en la sociedad contemporánea”, es un tema de interés para todos, pues si bien existen muchas inquietudes juveniles, no es un problema nuevo, siempre se ha presentado como un mal social de la sociedad, pero, los deseos y sus necesidades de los jóvenes, es de importancia, ya que hoy forman un sector muy grande en la ciudadanía, y que en la actualidad tiene más fuerza e interés en la sociedad, que otras generaciones mexicanas.

Sería absurdo no tomar en cuenta la juventud en la actualidad, porque sería irresponsable no tomarlos en cuenta, ya que, ha sido y es un fenómeno muy complejo, porque estos jóvenes involucran valores positivos ante la sociedad.

Es necesario la reflexión hacia los jóvenes, porque es una sociedad heterogénea y con desigualdades, porque hablar de los jóvenes contemporáneos, están atravesando por grandes transformaciones en su equidad, y esto se ve más en la globalización de la política, económica y cultural, esto está permitiendo tener un sujeto social cuya diversidad está cambiando constantemente.

Es importante el estudio de los jóvenes, porque es necesario conocer sus causas, de una manera científica, para así poder entender más los pensamientos en los jóvenes contemporáneos. Por esto hay que reconocer que la particularidad de los jóvenes se evidencia actualmente en su pluralidad.

La presente compilación de artículos trata de que puedan estudiar y analizar la juventud en la sociedad contemporánea, que en este mundo de globalización cada día está haciendo más compleja.

Por último, es necesario que los jóvenes intenten recomponer la sociedad, porque comienza a evidenciarse una potencialidad reflexiva de ellos, y esto permitirá eliminar las desigualdades en las que se viven en la sociedad contemporánea.

PRÓLOGO

Conocer la historia de la juventud en la sociedad, es importante porque ellos han demostrado su capacidad en la política y en la cultura, esto a provocado sacudir a las sociedades en México, es por esto que ser joven es sinónimo de cambio, progreso, ellos tienen que enfrentar los desafíos y crear espacios para su desarrollo pleno y futuro.

Las nuevas realidades en la sociedad contemporánea, cada día se hace más compleja, porque los jóvenes tienen una variedad de formas de ser jóvenes en los diferentes contextos de la sociedad, permitiendo una construcción de la identidad en los jóvenes en el cambio social de la humanidad.

En este Siglo XXI, se puede ver que en la juventud hay y existen diferentes generaciones en la sociedad contemporánea han permitido su participación en lo político, público y cultural, para ser protagonistas en las reformas de la ciudadanía. Por esto es importante que en esta compilación titulada: “La juventud en la sociedad contemporánea”, podrán estudiar varias investigaciones sobre la juventud, permitiendo comprender los cambios que han tenido los jóvenes en la sociedad contemporánea.

Es importante conocer la construcción de las nuevas identidades de la juventud contemporánea en este Siglo XXI, porque la nueva tecnología ocupa un espacio muy importante en nuestra juventud, esto permite reflejar que es importante el estudio de la juventud contemporánea.

Entre los artículos que encontraran estan: Juventud y sociedad contemporánea, El desarrollo juvenil contemporánea: entre la integración y la exclusión, Los jóvenes generaciones contemporáneas, Teorías sobre la juventud en la era contemporánea.

JUVENTUD Y SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

01

Isidoro Navarro¹

El binomio juventud-madurez, tan de actualidad hoy en nuestra sociedad, no es sino uno de los modos posibles de transferir unos significados sociológicos a unas categorías de orden estrictamente biológicas. En efecto, las categorías en que más comúnmente suele clasificarse a la gente, tanto en nuestra sociedad como en cualquier otra, son las basadas en los criterios de edad, de raza y de sexo. Estas categorías, meramente biológicas, cobran valor sociológico cuando las diferencias físicas que conllevan son definidas en términos culturales, cargando sobre ellas, con tendencia a la bipolaridad, una serie de rasgos y caracteres socioculturales cuya distribución puede realizarse de muy variada forma, según sea la orientación de la cultura decada sociedad concreta.

¹ Moreno Navarro, Isidoro. Juventud y sociedad contemporánea. Revista española de antropología americana. Vol. 7, No. 1, 1972. Págs. 245-262

De estas dicotomías hombre-mujer, jóvenes-adultos o blancos- negros, aunque responden a realidades objetivas, directamente detectables, no poseen igual valor en todos los casos, ya que sólo se cargan de significado cuando reciben un determinado contenido cultural. Y en nuestra sociedad, ahora que, aunque lentamente, está comenzando a debilitarse la especialización de roles y tipos de personalidad según el criterio del sexo, se está fomentando el desarrollo de otro criterio, también biológico, como es la edad, que se reviste hoy, quizá como en ningún otro momento, de una fuerte significación sociológica. La percepción de este proceso se hace más difícil, a pesar de su evidencia, porque en la moderna sociedad capitalista interactúan para definir al individuo, junto a estos criterios referidos a realidades biológicas raza, sexo, edad, otros ya plenamente culturales y sociológicos, como son las clases sociales, los grupos de status y los grupos de poder, que poseen mucha mayor virtualidad operativa pero que, a la vez, pueden disfrazarse hábilmente bajo la apariencia de aquéllos.

En contra de lo que muchas veces quiere hacérsenos creer, nuestra sociedad no se divide principalmente en jóvenes y adultos. Esta es una entre las muy diversas formas posibles de clasificar la realidad social, y no precisamente la más lúcida ni explicativa. Ya hemos aludido a otras bipolaridades, como las de hombre-mujer o blancos-negros, pero lo mismo podríamos continuar la serie con otras dicotomías a distinto plano, como pudieran ser las de explotadores-explotados, revolucionarios-reaccionarios, o alienados no alienados.



Y no es que cada una de estas categorías sean irreales, sino que tomadas aisladamente, como claves únicas para explicar la estructura de nuestra sociedad, son insuficientes. Peor aún por resultar entonces la realidad tendenciosamente deformada es superponer todos los primeros y todos los segundos términos de las distintas oposiciones, distribuyendo los rasgos socioculturales en dos campos antagónicos, rígidamente separados por una misma línea. En este sentido, afirmar que *todos* los jóvenes son automáticamente inconformistas, apasionados, inconscientes e inconstantes, sería algo tan falto de realidad como señalar que *todas* las personas adultas poseen como principales características las de ser conformistas, razonables, responsables y conscientes; a pesar de que sean estas notas las que, por lo general, nuestra sociedad les adjudica.

Pero no basta con rechazar la oposición juventud-madurez como explicación última de gran parte de las tensiones que tienen como escenario nuestro campo de fuerzas sociales; es preciso profundizar en el significado y consecuencias de la existencia misma de la dicotomía. En primer lugar, y en su sentido estricto, biológico, y por tanto socialmente neutro, la juventud debe ser considerada como una etapa dentro del ciclo vital común a todos los seres vivos, incluido el hombre. La edad, indudablemente, da unas características físicas bien definidas a la persona. Un individuo en plena juventud es alguien biológicamente lleno de vigor, pero poco más. En realidad, el paso verdaderamente significativo es el de transición desde la niñez al estado adulto, señalado por la pubertad. El individuo adquiere sus plenas facultades sexuales y biológicamente se convierte en adulto, aun cuando en nuestra sociedad esto no lleve consigo su consideración social como tal. De aquí que se haya llegado a creer, con gran ligereza, que la pubertad fisiológica produce necesariamente conflictos psíquicos en los individuos, cuando la verdad es que los problemas y dificultades emocionales que caracterizan entre nosotros el período de la pubertad están originados por las condiciones sociales específicas de nuestra sociedad y no se presentan en otras sociedades, como han puesto de manifiesto los estudios de Margaret Mead y una larga serie de antropólogos que trabajan en el campo de las relaciones entre cultura y personalidad.

Como estos cambios fisiológicos carecen en nuestra sociedad actual de un significado cultural y normativo preciso, e incluso se prohíben sus propias consecuencias biológicas, al aplazarse toda actividad sexual plena hasta muchos años más tarde, hemos convertido al primer período juvenil en una fuente de inseguridad y desequilibrios para el individuo. Hemos de tener, entonces, bien en cuenta que cuando se habla de la juventud se está haciendo referencia, aun cuando la confusión en el nivel biológico sea patente en la mayoría de los casos, al significado sociológico de una etapa cronológica de la vida, el período juvenil, cuyos límites e imprecisas características se sitúan entre los períodos sociales bien definidos de la niñez y del estado adulto. Representa idealmente una fase de transición que, arrancando de la marginación social, desemboca en la plena participación en la sociedad, durante la cual no existen normas y expectativas claramente institucionalizadas con las que pueda orientarse el comportamiento, lo que produce una inestabilidad psicológica muy acusada.

Esto, no obstante, y como en otros muchos terrenos, nuestra sociedad presenta un gran número de contradicciones a sus modelos teóricos, ya que la no consideración social de adultos a los jóvenes no sólo se opone a la evidencia biológica de su madurez física y sexual, sino también, en muchos casos, a la exigencia de la realización de tareas claramente adultas, y no precisamente las más livianas, para poder subsistir. O cuando se les considera perfectamente capacitados, por ejemplo, para defender a su país, matando enemigos, pero no para poder opinar en la elección de aquellas personas que hayan de dirigirlo. Y no hablemos de casos más extremos, como cuando la propia ley no reconoce a ciertos efectos a un individuo como plenamente adulto hasta que este contrae matrimonio, aunque haya ya pasado del medio siglo de edad y pueda poseer toda una colección de títulos académicos. Así, en España, es sabido que el papel social de elector se encuentra reservado a los cabezas de familia y sus cónyuges, es decir, en la práctica, a las personas casadas; y esto a pesar de que dicho papel social no posee apreciable trascendencia en cuanto a las cuestiones o al número de veces en que puede ser asumido.

Pero incluso restringiendo nuestro análisis a la norma ideal, según la cual la juventud es una etapa de preparación y entrenamiento para el ejercicio futuro de los roles de adulto, esta se extiende en nuestra sociedad a un período de tiempo anormalmente amplio y sin límites precisos. Para un gran número de sociedades, en cambio, la madurez biológica y social coinciden o distan poco entre sí, dándose gran importancia a la evitación de toda ambigüedad, mediante la práctica de determinados ritos de pasaje que subrayan socialmente el momento en que el individuo se despoja simbólicamente de las características de la niñez para revestirse de aquellas que su sociedad considera como propias del estado adulto, lo que suele señalarse incluso con la adopción de un nuevo nombre. Estos ritos, consistentes generalmente en pruebas de resistencia física y psíquica, y en ceremonias de iniciación, poseen un gran significado psicológico para el individuo y sociológico para el grupo. No pueden existir dudas en cuanto a cuáles han de ser los comportamientos esperados y las responsabilidades asumidas por cualquier persona desde ese momento.

En nuestra sociedad, por el contrario, no existe nada parecido que señale la entrada en la sociedad adulta, a no ser esas fiestas «de sociedad» en que los retoños de una aristocracia en declive y una alta burguesía en ascenso, señalan su paso desde la infancia a la edad de merecer. Por ello, la etapa juvenil se caracteriza, aunque cierta literatura blanda quiera indicar lo contrario, por una radical inseguridad psicológica nacida de la ambigüedad del status que se adjudica a los jóvenes. Para entender esta situación no debemos olvidar que las interpretaciones culturales de la edad y de las diferencias entre distintas edades se refieren, fundamentalmente, a la división social de las actividades, es decir, responden a los criterios de acuerdo con los cuales las personas ejecutan diferentes roles y ocupan diversos status. Ciertos roles, en especial aquellos que implican facultades decisorias u organizativas, están vedados a los jóvenes, bien sea por la ley o por otros modos más informales de control social, mientras que, por el contrario, les están particularmente reservados otros papeles sociales de menor relevancia y prestigio.

La definición social de cada edad se realiza, pues, en relación a ciertas características que se distribuyen de forma determinada entre los diferentes status adscritos a ellas. Por tanto, los rasgos socioculturales y los patrones de conducta que se consideran propios de una edad concreta sólo son significativos en relación con los que definen a las otras. Allí donde el sistema de roles se halle estrechamente ligado a la edad, ésta será un componente importante de la propia identidad personal. La identidad del ego, la percepción de sí mismo en términos de necesidades, aspiraciones y responsabilidades, vendrá condicionada muy directamente por el lugar del individuo dentro de las diversas categorías de edad. El sentimiento será, sobre todo, de moverse desde un grupo a otro mecánicamente, por el simple acceso a la edad característica de cada uno de ellos, independientemente de las cualidades y roles potenciales que puedan adquirirse. En este caso, el status adscrito a la edad será un componente fundamental del status total del individuo.

En sociedades muy estables, con un grado muy bajo de cambio sociocultural, la adjudicación de roles y status en base al criterio de la edad posee un gran valor funcional, en cuanto que el conocimiento que puede alcanzarse, en todas las esferas, es esencialmente acumulativo, fundamentado en la propia experiencia personal. La gerontocracia se justifica por el hecho cierto de que la sabiduría se basa en la asimilación y control de los conocimientos tradicionales, a los que se accede lentamente en el transcurso de toda la vida. En la mayoría de estas sociedades, la separación radical entre las distintas generaciones constituye un factor muy importante para la estabilidad y mantenimiento de la estructura social. Cada uno de los grupos de edad está perfectamente definido y debe realizar como tal grupo independientemente de la personalidad o cualidades de los individuos concretos que lo integran determinadas actividades sociales que son básicas para el adecuado funcionamiento de la sociedad global.

Por el contrario, en sociedades como la nuestra, sujetas a un proceso acelerado de cambio sociocultural, la fundamentación anterior ya no es válida, convirtiéndose su persistencia en algo extremadamente disfuncional. La misma distinción ideal entre juventud: fase de aprendizaje formal y de recepción de conocimientos, y madurez: período de puesta en práctica de dichos conocimientos, se encuentra ahora carente de sentido. A todos los niveles, se reconoce y pregona que el aprendizaje, antes asociado estrechamente a la etapa juvenil, ha de ser hoy permanente, ya que métodos y saberes plenamente aceptados quedan totalmente anticuados con gran rapidez, por lo que es preciso reemplazarlos continuamente. Pero el reconocimiento de esta evidente realidad no parece implicar, en la mayoría de los casos, la aceptación de su más directa consecuencia: que la edad de una persona, por sí misma, no coloca a ésta en mejores o peores condiciones que a otras para ejercer una determinada función. Lo importante hoy es poseer el *código* con que descifrar la cantidad creciente de informaciones que se reciben en todos los órdenes, no ya el acumular éstas, que se quedan rápidamente inválidas y en desuso. Y esto es algo que nada tiene que ver con la edad; aún más, si no se ha adquirido dicho código, el individuo irá quedando con la edad cada vez más desorientado y perdido en un mundo del que no será capaz de interpretar los mensajes.

Es claro que, en cualquier sociedad, excepción hecha quizás de aquellas cuya cultura posee un grado muy bajo de intensidad emotiva en todos los sentidos, ha de darse un cierto estado de tensión entre aquellos que dominan y controlan los distintos órdenes sociales, en especial la estructura de poder, y quienes poseen la expectativa de acceder a este dominio. Si la situación actual de nuestra sociedad respondiese exclusivamente a este planteamiento, no se cargaría tanto el interés sobre la significación del binomio jóvenes-adultos: cuando los primeros llegasen a la madurez ocuparían de forma más o menos automática los puestos de dirección, convirtiéndose en defensores o implícitos aceptantes de las premisas y valores consagrados. Aceptarían, de hecho, el vigente orden de cosas permaneciendo la estructura de la sociedad estable. Es más, el anterior conflicto, convenientemente controlado y limitado en cuanto a la etapa de la existencia personal en que puede darse, habrá contribuido a la reafirmación de la sociedad en la dirección establecida, al constituir un caso típico de protesta ritual que forma parte de su propia dinámica interna.

Lo que realmente ha acentuado la atención hacia la juventud de nuestros días no ha sido el conflicto, más o menos agravado, que opone permanentemente y en forma casi ritual a jóvenes y viejos, sino el presente y creciente enfrentamiento entre opuestas ideologías y formas de vida cuya significación de ninguna manera puede transferirse como suele hacerse unas veces a la ligera y otras conscientemente a las diversas categorías de edad. Es porque la juventud de hoy será la que mañana determine la orientación de nuestra sociedad por lo que cada uno de los sistemas ideológicos en liza trata de atraérsela o de mantenerla apartada de los problemas sociales nucleares de nuestro tiempo, según los casos. De aquí los esfuerzos de concienciación, adulación, condena violenta, o varias de estas conductas alternativamente, que desde todos los ángulos presionan sobre ella.

Tal como el sistema establecido lo considera, el período juvenil debería representar, simplemente, una fase de aprendizaje para la posterior y automática integración al ordenamiento social, sin que quepa la posibilidad de reflexionar acerca de las características de la sociedad a la que ha de realizarse esta integración. De aquí los consabidos slogan, falsa y pretendidamente teñidos de neutralidad, de que cada cual cumpla con su tarea concreta y todo irá mejor, el estudiante dedíquese sólo a estudiar, que es lo suyo, el profesor enseñe su materia específica y no meta en las cabezas de los estudiantes ideas extrañas y peligrosas, y otras admoniciones de este tipo, a las que tan acostumbrados estamos ya y que pueden resumirse en la amenazadora advertencia de que cada uno de nosotros nos dediquemos a la parcela mínima de actividades a la que hemos podido acceder o que nos ha sido asignada, sin que nos preocupemos en fiscalizar o tratar de influir en la marcha global de la sociedad y en la orientación direccional de todas estas actividades concretas, ya que existen personas carismática o tecnológicamente dotadas para atender por nosotros a tan complicadas como «ingratas» tareas. Es, a fin de cuentas, la versión actualizada del tan famoso «zapatero, a tus zapatos», que pretende conseguir, dicho sea de paso, además de buen calzado, que ni el zapatero ni sus hijos puedan atender a nada más que a su oficio y no se planteen siquiera la posibilidad de acceder a otra ocupación económica o socialmente más rentable.

A cambio de esta futura y automática integración en los roles previamente establecidos; a cambio de rehusar a toda búsqueda de la identidad ya existen fabricadas aquellas más convenientes para que cada individuo funcione de la forma más rentable para el sistema, y como contrapartida, sobre todo, de que no pongan más tarde en cuestión las estructuras económica, social y cultural de nuestra sociedad, esta admite, durante el período juvenil, ciertas transgresiones en aspectos menores del código tradicional de comportamiento como «esperadas y propias de los jóvenes» y basadas en la «consabida y natural irresponsabilidad» de los mismos. Esta posibilidad institucionalizada de escapar a ciertas normas, que es sentida por muchos jóvenes como si fuese realmente una ruptura con el orden social existente, no constituye, en la mayoría de los casos, sino el cumplimiento de una norma social más, ya que en toda transgresión del código cultural es preciso distinguir dos casos bien definidos: la transgresión con sentimiento de culpabilidad, o al menos acompañada de justificaciones por el no cumplimiento personal del código, que en verdad no se pone en cuestión, y el rechazo consciente y total de la norma, por considerarla inadecuada o carente de virtualidad.

En la primera situación, que es la mayoritaria, al dejar el individuo sus etapas juveniles volverán a hacerse para él sinónimos norma general y norma personal, aunque eso sí podrá recordar con nostalgia los tiempos de juventud en los que era posible hacer tales o cuales cosas luego irrealizables. De ahí esa apenas velada envidia de ciertos adultos hacia quienes *todavía* pueden permitirse ciertas exenciones debido a su edad, y esas frases estereotipadas tales como «aprovecharos ahora que aún podéis», «vivid a gusto mientras podáis», y varias más que aquéllos que ya no son jóvenes dirigen a estos, reflejando el reconocimiento de que, para ellos, pasó ya irreversiblemente la edad en que les era dado asumir determinadas posturas y conductas.

En el segundo caso, hoy ya no tan minoritario, el individuo seguirá rechazando permanentemente gran parte de las normas socioculturales, esforzándose por lograr un cambio verdadero de estructuras, lo que le hará peligroso para el sistema. De aquí la importancia, en cuanto a la perduración de éste, de que los jóvenes respondan al primero de estos dos modelos. Si es así, sean cualesquiera sus posiciones, e incluso aunque éstas desemboquen en comportamientos violentos y hasta destructivos, su conducta no tendrá otra significación, como ya señalamos anteriormente, que la de una *rebelión ritual* mediante la que el propio sistema saldrá fortalecido; y esto, independientemente de la voluntad de quienes participen en ella. Para que nada cambie, todo puede cambiar, todo orden puede ser subvertido, siempre que esto se realice en determinados momentos, rígidamente señalados: en el caso que analizamos, la posibilidad de escapar, de forma más o menos completa, a las normas establecidas, durante un período concreto del ciclo de vida individual; en otros casos, se tratará de uno o varios días al año de igualación entre clases o de inversión de las relaciones de dependencia. Pero lo importante realmente es que esta puesta entre paréntesis de las normas sociales sólo ocurre en fechas o períodos de tiempo bien definidos. A cambio de una menor rigidez de las diversas formas de control social sobre el individuo, durante la edad en que éste es conceptualizado culturalmente como joven, se le obliga a aceptar el sistema social en todos sus aspectos cuando entre a formar parte plenamente de la sociedad, mediante su consideración de adulto. Con ello se conseguirá, además, que la represión personal no alcance niveles excesivos durante la juventud, poniéndola bajo control y permitiendo, en ciertos momentos, la catarsis.

La verdadera importancia, pues, de la juventud actual, estriba precisamente en ser la juventud de una sociedad que está atravesando un período crítico. Y no afirmamos esto siguiendo el gastado tópico de considerar como el más importante de la historia el tiempo que a cada uno le ha tocado vivir, sino porque creemos que en nuestra sociedad existen muy pocos universales de cultura y un número cada día más creciente de pautas alternativas, algunas de ellas en abierta incompatibilidad. Cuando hablamos de universales culturales nos estamos refiriendo, como hace Linton, a aquellas ideas, valores y hábitos comunes a todos los miembros de una sociedad concreta. Cuando señalamos a las alternativas, significamos la existencia de modos diferentes de reacción frente a las mismas situaciones y de diferentes medios socialmente reconocidos para alcanzar análogos fines. Y es el caso que, aunque puedan perdurar definitivamente en el nivel de alternativas determinadas pautas de importancia limitada, por no pertenecer al núcleo del sistema sociocultural, esto no es posible cuando se trata de normas y valores socialmente decisivos, ya que toda cultura ha de poseer al menos un mínimo de integración en su núcleo básico para no desintegrarse.

Las normas y valores de gran parte de los adultos no son ya universales de cultura, puesto que no son admitidos por muchos jóvenes ni por otra gran porción de adultos. El tradicional orden jerárquico, aristocrático y autoritario, con todas sus implicaciones, ha dejado ya de ser, en cuanto a su aceptación, un universal de nuestra cultura, pero tampoco han llegado a serlo los principios de igualdad, libertad y desarrollo integral de la persona. Ambos sistemas de valores se encuentran hoy en la categoría de alternativas y uno de ellos ha de triunfar finalmente permitiendo la construcción de un nuevo tipo de sociedad o reafirmando represivamente la que ahora se tambalea. La importancia de la adscripción de la juventud, sea explícita o implícita, a uno u otro campo, no necesita, pues, ser subrayada.

Esto explica la creciente adulación a los jóvenes, aunque en muchas ocasiones esta adulación no pase de ser una simple maniobra explotadora por la que se les trata de convertir en permanentes devoradores de los productos de una industria especializada sobre ellos, la cual se convierte, además, en instrumento de alienación, haciéndoles considerarse sujetos centrales de la atención de una sociedad que desea convencerles de que ellos son su interés más importante. En los demás casos, la adulación a los jóvenes y la exaltación de la juventud como grupo dotado de unas imaginarias y casi taumatúrgicas cualidades, tiene una finalidad claramente instrumental. Así, por ejemplo, todas las organizaciones políticas, religiosas o de cualquiera otra clase, tienen o tratan de poseer una sección juvenil, directiva auxiliar, legión de aprendizaje o similar. Estas secciones dependen en forma muy estrecha de la organización adulta correspondiente, siendo la relación estrictamente unívoca, ya que la rama juvenil no influye en realidad sobre la marcha de la organización adulta y sí es, en cambio, convenientemente utilizada por ésta, sobre todo en finalidades para las cuales los miembros adultos no resultarían adecuados, bien por precisar conductas que podrían resultar desprestigiosas, bien porque las acciones serían consideradas como excesivamente agresivas, y por tanto intolerables, por los demás miembros de la sociedad. Baste recordar en este sentido las demostraciones de fuerza, desfiles, asaltos y otras acciones que suelen realizar con cierta frecuencia los grupos juveniles de determinadas organizaciones políticas.

De aquí la creciente aversión de una buena parte de la juventud actual a dejarse encasillar en organizaciones cuyo control le es ajeno, y la también creciente tendencia a asociarse formal o informalmente en grupos de iguales, generalmente excluyentes, cuando no a veces claramente xenófobos. E incluso cuando los jóvenes se encuadran en las ramas correspondientes de las distintas organizaciones políticas, religiosas, etc., lo hacen hoy, en su mayor parte, principalmente por sentirse aceptados, legitimados socialmente, o para conseguir relacionarse más fácilmente con gentes de su misma edad. El interés hacia los fines específicos de la organización ha pasado a segundo término, desbordado por la búsqueda ansiosa de la consecución de contactos en los que se ponga en juego la personalidad total de los individuos; lo que no es nada extraño si pensamos que el tipo normal de relaciones sociales que les brinda la sociedad es radicalmente inauténtico.

Una parte de la juventud actual impugna ya a una sociedad que, a pesar de la adulación que ejerce sobre ella, ignora legal y socialmente a los jóvenes, negándoles cualquier rol importante. A una sociedad que, en abierta contradicción con aquello que pregonan algunas de sus principales normas ideales, valora el poseer y no el ser, y donde la riqueza, el éxito y el poder son los máximos incentivos. Una parte de la juventud actual no se contenta ya con el ideal burgués de conseguir, más que ninguna otra cosa, una esposa fiel, un marido trabajador o unos hijos que actúen de satisfacción sustitutiva y de amortiguadores de la frustración propia, convirtiéndose en agentes justificadores de las acciones de sus padres, aunque estas no sean especialmente limpias. A ella no le basta con obtener por encima de toda una profesión bien pagada, independientemente de que interese o no el tipo de trabajo a realizar y de que pueda o no contribuir al enriquecimiento de la personalidad; o el ser socialmente respetado, es decir, saludado con continuas inclinaciones de cabeza, cínicamente aduladoras, cuando no cargadas de rencor.

No se acepta tampoco la existencia de dos esferas totalmente señaladas. En realidad, dentro de la juventud, como de conducta e incluso sistemas de valores radicalmente opuestos: la esfera familiar, donde el afecto y la cooperación deben reinar en todo momento, y el ámbito público, representado por todos los restantes contextos, el cual es considerado como jungla en la que dirimir constantes batallas por el ascenso económico y social.

Por supuesto, es claro que cuando hablamos de la juventud no caemos en el espejismo tan frecuente de creerla un grupo homogéneo, ni de adjudicarle a toda ella las notas anteriormente señaladas. En realidad, dentro de la juventud, como dentro de la sociedad toda, pueden distinguirse varias orientaciones, claramente definidas en cuanto al modo e intensidad de su protagonismo social, que son resultado de la exploración personal, o falta de ella, acerca del significado de los principales valores socioculturales asimilados durante el proceso de enculturación, y de su grado de coherencia con el desarrollo integral de la personalidad propia.

Estas orientaciones creemos deben analizarse de acuerdo a los siguientes tres criterios fundamentales: La aceptación o rechazo del sistema sociocultural existente. La consciencia o inconsciencia de esta aceptación o rechazo. La actividad o pasividad en la aceptación o rechazo.

De lo que resultan, al menos para nosotros, cinco grupos fundamentales, cuyas características damos a continuación, a título de esbozo:

Compuesto por aquellos a quienes en muchas ocasiones suele aplicarse la denominación de asociales o inadaptados, representa un rechazo activo, incluso con frecuencia violento, de una gran parte de las normas sociales. Quienes forman el grupo son individuos temperamentalmente opuestos a la orientación de nuestra cultura, que reaccionan agresivamente contra las limitaciones que ésta les impone, respaldadas por la gente «respetable». Rechazan el sistema social establecido, pero son incapaces de realizar una crítica consciente del mismo, por lo que no pueden presentar ninguna alternativa ideológica o práctica al mismo. Las bandas juveniles, rayando o con frecuencia dentro ya del campo de la delincuencia por delitos comunes, y sea cualquiera la denominación que se les otorgue, pertenecen plenamente a esta categoría, que es producida automáticamente por la propia sociedad, dada su actual estructura, como una de sus contradicciones internas.

Por otra parte, va en aumento el número de quienes rechazan conscientemente a una sociedad que consideran materialista, explotadora y alienante; y de aquí la importancia creciente de la juventud impugnadora. Este rechazo consciente puede ir o no acompañado de una intervención directa, activa, dirigida a cambiar la sociedad, o puede, por el contrario, desembocar en un distanciamiento o abandono más o menos total de la misma. En este último caso (grupo II), la oposición entre los valores personales y la estructura del sistema establecido se intenta resolver segregándose de éste y aislándose en pequeños grupos con actividades y normas propias. Este distanciamiento puede ser físico: huida de las ciudades industriales hacia sitios que se consideran libres del pernicioso contagio de la sociedad actual, creando microcosmos donde imperen las relaciones auténticamente personales sobre las anónimas, como es el caso de muchas comunidades de «hippies»; o bien reducirse a una ilusión de escapada, a una evasión psíquica, para refugiarse en un mundo artificial, en un paraíso propio, al margen de la realidad que se rechaza. Como esta segunda actitud del alejamiento interior es, desde luego, menos difícil de realizar y menos comprometida que una verdadera ruptura física, de aquí el aumento constante del consumo de drogas y otros productos encaminados a producir estados psíquicos felices que la vida real no puede ofrecer en nuestra sociedad capitalista. Hay que hacer notar, además, que esta moderna fantasía de solución a los problemas sociales no difiere cualitativamente de esas otras posiciones tradicionales ante un orden social considerado también injusto, que secularmente han mantenido todos aquellos que han creído en la ilusión de que es posible resolver individualmente, a escala

personal, problemas y situaciones generados por el propio sistema social y por tanto sólo solucionables mediante la destrucción de éste.

Independientemente del grupo anterior, con sus diferentes grados de evasión de la sociedad, existe otra categoría de impugnadores conscientes del sistema sociocultural capitalista que no huyen de la realidad sobre la que éste se asienta, sino que permanecen en ella para lograr activamente un verdadero cambio de estructuras. Por supuesto, es este el grupo realmente peligroso para el sistema, ya que sus componentes no sólo son capaces de detectar los verdaderos condicionamientos de la situación actual y sus contradicciones internas, sino que actúan en consecuencia; aunque esto no signifique que hayan de hacerlo necesariamente con violencia. Son aquellos jóvenes, a quienes ya nos hemos referido en parte anteriormente, que se sienten solidarios con los explotados y los injustamente perseguidos sean adultos o jóvenes, hombres o mujeres, blancos o negros, y enemigos permanentes de los explotadores. Componen un grupo que rechaza gran parte de las cristalizaciones históricas de las distintas ideologías, pero que recoge lo que cree positivo de cada una de ellas, aspirando no sólo a unas libertades formales o de minorías, sino a una situación que reconozca la dignidad de toda persona y permita e impulse el desarrollo integral de cada una de ellas.

En sentido contrario, podemos distinguir dos grupos principales entre aquellos que aceptan globalmente el orden cultural y social vigente: el de quienes lo aceptan pasiva e inconscientemente y el de quienes lo defienden de una forma activa, consciente e incluso violentamente, si llega el caso. Constituyen, desde luego, minoría, aunque su verdadero peso específico sea mucho mayor del que tienen en apariencia, ya que poseen, en acto o al menos en expectativa, el monopolio del poder, lo que les hace dueños de los principales resortes y controles sociales. Ellos representan la continuidad del sistema de valores real de la sociedad establecida, a la que defenderán activamente por ser el campo adecuado donde nutrirse de riqueza, status y poder.



Sin duda el más numeroso de todos cuantitativamente al igual que ocurre en el conjunto de la sociedad, está compuesto por la gran masa de individuos carentes en realidad de identidad propia, por encarnar en unos tipos de identidad prefabricados. Son aquellos que, convenientemente moldeados por los modernos medios de alienación colectiva, rehúsan desarrollar sus propias potencialidades como personas y las proyectan en la figura del jefe carismático, del emisor de recetas estandarizadas o del tecnócrata «especializado, que piensa y decide por ellos. Quienes tienen como única meta el ascender de casillero social, no importa a cambio de qué costos, y que consideran que una cierta autonomía económica y el logro de algunas libertades formales, en el terreno sexual, por ejemplo, son las máximas cotas a las que es posible aspirar. Para ellos es para quienes están institucionalizadas un determinado número de espitas a la frustración previniendo los casos, en realidad muy mayoritarios, en que no se les permita siquiera conseguir lo anterior, las cuales actúan de catarsis o lavativas purificadoras para que el individuo se integre al sistema sin demasiados problemas psicológicos. Por supuesto, es a este grupo al que se trata de presentar como la única juventud existente y posible, unas veces para adularla y otras, las más, con el fin de justificar la completa falta de disposición para entregarle responsabilidades.

Estos cinco modelos principales se superponen al actual sistema jerárquico de clases y engloban realmente no sólo a la juventud sino a todos los miembros de nuestra sociedad, con independencia de su edad, aunque en cada una de estas categorías puedan ser distintas las proporciones relativas entre las diversas edades.

Y para concluir, voy a permitirme unas breves consideraciones finales sobre la denominada «cultura juvenil. Para quienes defienden su existencia que son, por regla general, los mismos que se beneficiarían con su consolidación, y por ello la propugnan y alientan han cristalizado ya, o se hallan a punto de hacerlo, una serie de pautas, actitudes, conductas y valores que son peculiares y exclusivas de la juventud. En este sentido, nosotros creemos que, salvo para un sector de los varios que responden al segundo modelo analizado el de los impugnadores conscientes no activos, que sí han creado ciertas pautas distintivas, aunque muy cambiantes y aún no cristalizadas totalmente, no existe realmente una «cultura juvenil», si nos atenemos al concepto antropológico de cultura. Su pretendida existencia nos parece simplemente otro intento para desencadenar un nuevo proceso de alienación colectiva que haga a los jóvenes encerrarse en un compartimento aislado y excluyente, que ellos han de creer construido por ellos mismos, del que cada uno deberá salir individual y aisladamente para integrarse de forma automática a las normas establecidas, que se les presentan también como si fuesen connaturales a la sociedad adulta. En ese ghetto juvenil habrán de dejarse obligadamente los ideales que alguna vez pudieron sentirse como realmente nobles y liberadores y que no podrán, por tanto, acompañar al individuo en su incorporación plena a la sociedad.

Querer convencernos de que existe una relación necesaria e insalvable entre juventud y normas nuevas y madurez y normas tradicionales, equivale a pretender que la juventud se convierta verdaderamente en una categoría social segregada, con una cultura propia tan poco relacionada con la cultura de la sociedad global de la que los jóvenes forman parte que impida a éstos ejercer cualquier influencia sobre la misma. El intento alcanza el extremo de querer convertir a la juventud en línea autónoma de transmisión de rasgos y valores culturales, casi siempre secundarios o desconectados con los puntos nucleares del sistema. Es el mismo método utilizado con tanto éxito durante siglos para mantener apartada de los temas y decisiones importantes para la sociedad a la mitad de los seres humanos: los de sexo femenino. Consiste en incitar a los individuos de que se trate a que acepten como si fuese algo natural o decidido por ellos mismos aquello que les ha sido cuidadosamente fabricado con el fin de alejarles de los problemas clave a que antes hacíamos referencia: aceptación de símbolos peculiares, identificación con determinados valores secundarios o no operativos, consideración de que existen temas, problemas e inquietudes «propios» del grupo, a los que ha de dirigirse con exclusividad la atención de este, etc.

La cultura juvenil se situaría así en un período más o menos preciso, pero siempre limitado, del ciclo de vida individual, y sus normas y valores serían asumidos temporalmente para abandonarlos más tarde, cuando se consiga ser reconocido como miembro de la sociedad adulta, sin que puedan ser llevados a ésta y sin que, por tanto, puedan amenazar en ningún aspecto importante la estabilidad del sistema sociocultural imperante.

LOS JÓVENES

HOY: ENFOQUES, PROBLEMÁTICAS Y RETOS

02

LOS JÓVENES HOY: ENFOQUES, PROBLEMÁTICAS Y RETOS

42

Yamith José Fandiño Parra²

¿Qué pasa con los jóvenes latinoamericanos hoy? Esta pregunta pareciera ser hecha por alguien que mira con preocupación, disgusto o desesperanza a los jóvenes. Sin embargo, este interrogante surge del querer entender lo que no se logra dimensionar por parecer distante, confuso, ajeno. “Qué mamera”, “qué chimba”, “rumba”, “desparches”, “goces”, “bonches”, “barras bravas”, “emos”, “góticos”, “reggaetón”, “tecktonik”, entre otros, son parte de las muchas expresiones, actividades, grupos y tendencias que los muchachos emplean para comunicar o expresar lo que son, piensan, sienten, buscan y, en ocasiones, de lo que carecen y desean. Evidentemente, los jóvenes son mucho más que maneras de hablar, formas de comportarse o modos de vestirse, pero generalmente sólo eso viene a la mente cuando se piensa en ellos. Este desconocimiento o estereotipación obliga a buscar información que permita entender quiénes son, qué piensan, cómo viven, qué hacen y por qué lo hacen.

² Fandhiño Parra, Yamile José. Los jóvenes hoy enfoque, problemas y retos. Revista Iberoamericana de educación superior. Vol. II. No. 4, 2011. Págs. 150-163

Ante la complejidad y amplitud del tema, esta reflexión sólo cubrirá algunas cuestiones sobre el concepto de juventud, ciertas perspectivas empleadas para acercarse a lo juvenil, algunas dificultades y retos que viven los jóvenes de hoy y maneras posibles para empoderarlos.

El concepto de juventud

El El concepto de juventud El concepto de juventud corresponde a una construcción social, histórica, cultural y relacional, que a través de las diferentes épocas ha adquirido significados y restricciones diferentes porque “la juventud y la vejez no están dadas, sino que se construyen socialmente en la lucha entre jóvenes y viejos”. Con la publicación en 1904 de un tratado sobre la adolescencia, el psicólogo Stanley Hall constituye a la adolescencia y la juventud como campos de estudio dentro de la psicología evolutiva, definiéndolas como edades tormentosas con innumerables tensiones en las que el joven adquiere los caracteres humanos más elevados.

Una definición de lo juvenil no es simple porque éste es uno desde el punto de vista de la biología y es otro si se habla de una cualidad social o fenomenológica. Así, mientras algunos ven a los jóvenes como aquellos que no pueden seguir siendo considerados niños pero que todavía no son adultos, otros los definen como aquellos que se revelan y/o luchan por el poder de los mayores. Por su parte, La adolescencia y la juventud se han interpretado desde diversas perspectivas que han aportado un conjunto de conocimientos acerca de estas edades. El psicoanálisis, por ejemplo, plantea a la adolescencia como una fase de cambio que implica lo que se ha llamado el “segundo nacimiento”. La sociología y la antropología, en cambio, afirman que la juventud es una construcción histórico-social, producto del conjunto de relaciones instituidas en una sociedad determinada. Más concretamente, se habla de cuatro sentidos o significados de juventud: la juventud como etapa de la vida, la juventud como grupo social, la juventud como conjunto de actitudes ante la vida y la juventud como la generación futura.

Ante esta pluralidad de posiciones, ofrece unos criterios comunes en la literatura sobre juventud. Así, entre otras cosas, la juventud:

Es un concepto relacional que adquiere sentido en la interacción con categorías como las de género, etnias y clase social.

Es históricamente construida puesto que los contextos social, económico y político configuran características concretas sobre el vivir y percibir lo joven.

Es situacional ya que responde a contextos concretos bien definidos.



XXIII Encuentro Nacional

de Acción Juvenil

Pu

Está constituida tanto por hétero-representaciones elaboradas por agentes o instituciones sociales externos a los jóvenes, como por autopercepciones de los mismos jóvenes.

Se construye en relaciones de poder definidas por condiciones de dominación, centralidad o periferia, en las que se dan procesos complejos de complementariedad, rechazo, superposición o negación.

Se produce tanto en lo cotidiano en ámbitos íntimos como los barrios, la escuela y el trabajo como en lo “imaginado” en comunidades de referencia como la música, los estilos y la internet.

En consecuencia, entender la juventud exige aproximarse a enfoques y criterios diferentes pero complementarios. La condición de juventud muestra una forma específica de estar en la vida potencialidades, ambiciones, requerimientos, singularidades éticas y estéticas, lenguajes resultantes de una episteme concreta: una sensibilidad, una experiencia histórica y unos recuerdos específicos que expresan una decodificación diferente de la actualidad y resultan en un modo heterogéneo de ser contemporáneo. Para enriquecer esta aproximación, se hará a continuación un recorrido por enfoques, variables y representaciones empleados para comprender el concepto de juventud.

Que por ser periodos claves en el proceso de socialización del individuo, la adolescencia y la juventud se pueden ver desde tres enfoques: biogenético, sociogenético y psicogenético. El enfoque biogenético considera la maduración de los procesos biológicos como base del análisis de los procesos del desarrollo experimentados en la adolescencia y la juventud. Por su parte, el enfoque sociogenético caracteriza estas etapas en función de las regularidades que adopta el proceso de socialización del individuo. Finalmente, el enfoque psicogenético centra su atención en las funciones y los procesos psíquicos que caracterizan cada etapa, ya sea como desarrollo afectivo (teorías psicodinámicas), desarrollo cognitivo (teorías cognitivistas) o desarrollo de la personalidad (teorías personológicas). Cada uno de los enfoques permite entender cómo el joven estructura a través de planes, objetivos, metas y estrategias, su proyecto de vida.

Los enfoques que explica Domínguez se pueden enriquecer al estudiar cuatro variables que, determinan la realidad de la juventud: el género (categoría que distingue las expectativas, las formas de ser y los mandatos sociales asignados a hombres y mujeres), la escolaridad (categoría que marca diferencias en el grado de exclusión o integración a determinados ámbitos de la sociedad y la cultura), el estatus socioeconómico (categoría que determina no sólo el acceso material a los recursos sino sobre todo la negación, reproducción o reconciliación de ciertas imágenes y expectativas del mundo) y *la* región de pertenencia (categoría que marca la experiencia de la juventud al pertenecer a zonas urbanas, rurales, costeras, etcétera). Similarmente, hablan de otras variables o cuestiones que se deben considerar al hablar del joven. Entre ellas, vale la pena destacar:

El plano corporal: concepción del cuerpo, sus posturas y gestos, su forma y tamaño y su indumentaria, que lo convierte en portador de sentido y mediador de determinaciones y expectativas socioculturales.

La estética y el consumo de signos juveniles: articulación de códigos culturales en la que confluye el avance de la cultura de la imagen y el encumbramiento de lo juvenil, a través de lenguajes hegemónicos impuestos por la sociedad del consumo.

Construcción imaginaria del joven oficial: complejo de metamensajes verbales y visuales que prescriben criterios normativos sobre qué es deseable y qué recibe prestigio a través de los ídolos del star-system y el llamado éxito empresarial, deportivo o musical.

Las tribus urbanas: nuevas formas de sociabilidad que se oponen a la imagen del joven oficial y que se presentan como una reacción a la progresiva juvenilización de sectores desvinculados de la conflictividad social, la pobreza, el desempleo y la exclusión.

Ahora bien, hablar del joven implica también acercarse al concepto de juventud como una construcción sociocultural que se ha resignificado través de los tiempos. por ejemplo, describe cuatro tendencias que han marcado las representaciones de lo juvenil: la juventud sin valor, la juventud como carga, la juventud como ideal y la juventud como homogeneidad.

A través de un acercamiento histórico similar, es posible ver la juventud como una sucesión de diez diferentes generaciones que han irrumpido en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización.

A través de un acercamiento histórico similar, sostiene que es posible ver la juventud como una sucesión de diez diferentes generaciones que han irrumpido en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización.

La forma de vida de la mayoría de los jóvenes de hoy está ligada a los diferentes espacios y recursos que las nuevas tecnologías permiten y la red se ha vuelto algo rutinario en su vida a través de nuevas formas de socialización y expresión. Al respecto, afirma que las nuevas tecnologías no sólo les pueden enseñar a los jóvenes a ser adultos pro-activos, autosuficientes, creativos y productivos, sino que les facilita algo que en otros contextos no tienen: control. En el ciberespacio, ellos controlan qué hacer, cómo hacerlo, cuándo y con quién hacerlo. Incluso, pueden controlar el empleo de ciertas herramientas para satisfacer ciertos intereses psicológicos, socio-emocionales e intelectuales: el espacio personal, la libre expresión, la necesidad por compañía, la interconectividad, la necesidad de tomar riesgos, etcétera.

Sobre los nativos digitales, mientras su espacio se globaliza gracias a los medios masivos de comunicación, su tiempo se virtualiza al poder vivir en un continuo de microrrelatos y micro- culturas. Como consecuencia de la globalización de su espacio y la virtualización de su tiempo, el joven de hoy vive, lo que se llama nomadismo; un fenómeno que consiste en experimentar la errancia del destino incierto al poder migrar por diversos ecosistemas materiales y sociales. Esta migración se caracteriza, entre otras cosas, por poder mudar los roles sin cambiar necesariamente el estatus; por ejemplo, hacerse adulto y volver a la juventud cuando el trabajo se acaba y disfrazarse de joven cuando ya se está casado y se gana tanto como un adulto.

Con base en los enfoques, es posible afirmar que sin importar de dónde se mira la juventud (desde la sicología, la sociología, la educación, la legalidad, etcétera), o cómo o cuándo se estudia (enfoque sociogenético, juventud como ideal, generación red, etcétera), es necesario tener en cuenta los factores y variables que influyen en lo que significa ser joven (el género, la escolaridad, la generación, la construcción imaginaria del “joven oficial”, etcétera) en medio de las problemáticas y los retos que los rodean hoy. Es decir, entender la condición de joven conlleva no sólo poder y saber caracterizarlos, sino asumirlos como sujetos históricos y actores sociales enfrentados a incertidumbres que determinan y configuran no sólo las cuestiones que los influyen sino las singularidades que los caracterizan. A continuación, se hará una breve discusión de algunos de los problemas y desafíos que vive la juventud hoy.

Las problemáticas de la juventud hacen referencia a toda situación que vulnera su autoestima o que obstaculiza su satisfacción de normas y expectativas sociales. Para estas autoras, tales problemáticas suponen valoraciones negativas de sucesos o situaciones particulares que impactan tanto el ego como las relaciones con otros sujetos, objetos y eventos. Desde esta perspectiva, establecieron ocho tipos de problemas: personales (enfermedades, imagen corporal, alcoholismo, depresión, crisis de fe, etcétera), pérdidas con significación afectiva (muerte de seres queridos, cambios de lugar de residencia, desempleo, peleas con amigos, etcétera), familiares (separación o divorcio de los padres, discusiones con hermanos o tíos, abandono, negligencia, etcétera), legales/violencia (accidentes, intervención policial, asaltos, robos, abusos, actividades delictivas, entre otros), sexuales (violaciones, embarazos no deseados, conflicto con la identidad sexual, enfermedades sexuales, etcétera), educativos (dificultades de aprendizaje, pérdida de exámenes, confusión vocacional, fracaso escolar, discriminación, entre otros), paternos/maternos (vicios de los padres, castigos físicos por parte de los padres, padecimientos de los padres, nueva pareja de los padres, etcétera) y *otros* (relaciones de romance, relaciones de amistad, vínculos con pares, etcétera).

Sobre problemáticas de los jóvenes latinoamericanos, la juventud es el eje central de los dos principales problemas de la región el desempleo y la inseguridad ciudadana y, por si fuera poco, son también un factor de gran relevancia en el tercer gran problema de la región: la fragilidad democrática. Rodríguez también destaca la existencia de problemas como la exclusión social, el aislamiento social, el hueco normativo y la presencia de subculturas marginales y violentas. Por otra parte, Rodríguez asegura que, ante estas problemáticas, las sociedades latinoamericanas muestran una marcada ambivalencia porque miran a sus jóvenes como una esperanza bajo sospecha, un grupo del que se espera mucho, pero a la vez se desconfía de sus posibles y temidos “desbordes” juveniles.

En el caso de Colombia, Muñoz afirma que los jóvenes entre 14 y 26 años representan el 21% del total de la población colombiana. Desafortunadamente, muchos de ellos están marginados de la ciencia y la tecnología, de las posibilidades de trabajo, la participación política, la recreación y las posibilidades de expresión. Esta situación es caldo de cultivo para el ingreso y la participación en diversos circuitos de ilegalidad: delincuencia común, guerrilla, paramilitares, redes del narcotráfico y contrabando, prostitución, etcétera. Ante estas problemáticas, sostiene Muñoz, el Estado colombiano, como muchos otros en Latinoamérica, ha tomado acciones que han ido desde la elaboración de documentos y leyes hasta la creación de viceministerios y consejerías. Sin embargo, a pesar de los recursos y esfuerzos, los asuntos de juventud no han logrado generar los resultados previstos porque, entre otras cosas, las políticas de juventud no han tenido un norte, ni metas productivas, ni un fundamento investigativo. Para Muñoz, el panorama muestra dos grandes tendencias: o bien los asuntos de juventud han dejado de estar en la atención pública como efecto de la crisis económica, política y criminal que hace de ciertas situaciones asuntos no-prioritarios o bien las políticas que se trazan se desdibujan, pierden vigencia y no trascienden en las agendas públicas.

En cuanto a retos, Donas afirma que los jóvenes latinoamericanos tienen grandes desafíos en seis diferentes áreas, entre las cuales existen innumerables vínculos y componentes. Sostiene, además, que los jóvenes parecen entender que sus problemas específicos no podrán ser solucionados si los problemas generales de nuestros países no son corregidos antes o conjuntamente. Igualmente, Donas explica que los jóvenes manifiestan pesimismo sobre la posibilidad de que esos cambios ocurran en el corto plazo, en particular por su desencanto con los gobiernos y los políticos.

Hasta el momento, se ha hablado de las problemáticas y los desafíos que tienen los jóvenes, pero vale la pena discutir dos crisis sociales que afectan las oportunidades y las circunstancias de la juventud hoy: *la crisis de la familia y la crisis del adulto*. Muchas de las perturbaciones en el manejo de las normas y las conductas constituyen una modalidad de expresión de los contextos familiares en crisis. Crisis que directa o indirectamente hace que el joven tenga que enfrentar la falta de un referente claro de familia, distorsión de los padres como figuras de autoridad respetables, ausencia de relaciones organizadoras establecidas por los padres y falta de seguridad emocional. Es decir, muchos de los jóvenes no cuentan en sus contextos familiares con figuras claras que sean interpretadas como referentes de autoridad respetables, ni con un sistema de relación normativo-afectivo que les permita sentirse reconocidos como sujetos ni definirse como seres éticos capaces de asumir lo que les corresponde, organizar sus vidas exitosamente y responder adecuadamente a sus deberes. Así pues, la juventud se ve obligada a enfrentar relaciones parentales y familiares de abandono, agresivas o inconsistentes que potencian el desarrollo de conductas conflictivas o negativas.

Por otra parte, Moreno afirma que muchas de las problemáticas de los jóvenes no dan cuenta sino de la indiscutible emergencia que hay sobre el concepto de adulto; adulto cada vez menos claro y consistente, incapaz de situarse como verdadero referente de las nuevas generaciones en formación. Es innegable tanto la desvalorización del mundo adulto como la negación de su condición; situación que se hace evidente cuando los mismos adultos sobrevaloran lo joven, se resisten a envejecer y se obsesionan con lo moderno y la moda. El adulto de hoy es exponente de una permisividad que delata su posición culpable ante la propia vida y vergonzante frente a su papel. Al no tener orgullo por su propia historia, este adulto está mal parado para transmitirle a los jóvenes valores y representaciones provechosas para la construcción exitosa de sus proyectos de vida.

Las problemáticas, los desafíos y las crisis que rodean a la juventud invitan a reformular la construcción y la comprensión del estatus del joven. Es decir, la discusión de las dificultades que rodean o surgen de los jóvenes no se debe plantear en términos de si la juventud tiene problemas o si ella misma se constituye en problema. Más bien, esta discusión se debe plantear en términos de cómo las dificultades y los conflictos de la sociedad impactan el bienestar y restringen el progreso de los jóvenes. La juventud, entonces, no se debe ver simplemente como una población necesitada de intervención o reparación, sino como un colectivo de sujetos desprovistos de oportunidades y medios para actuar y decidir ante las dificultades y los retos que la sociedad les presenta. En otras palabras, la discusión o el análisis de los conflictos de la juventud exige ver a los jóvenes no como víctimas o victimarios sino como actores y participantes necesitados de más y mejores modos de actuar y decidir. Una posible manera de lograr mayor actuación y decisión social para y desde los jóvenes puede ser el desarrollo de un empoderamiento que les permita adquirir y ejercer poder político y simbólico en favor de sus propios intereses y necesidades. A continuación, se hace un sencillo acercamiento al concepto de empoderamiento.

Una posible propuesta: empoderamiento

La palabra empoderamiento viene del inglés empowerment y significa facultarse, habilitarse, autorizarse. El empoderamiento es el proceso por el que las personas, organizaciones y comunidades adquieren control y dominio de sus vidas. El empoderamiento es el proceso por el que los individuos, grupos y comunidades llegan a tener la capacidad de controlar sus circunstancias y alcanzar sus propios objetivos luchando por la maximización de la calidad en sus vidas. Por su parte, la Fundación Salvadoreña de Desarrollo y Vivienda Mínima define el empoderamiento como un proceso de apropiación del conocimiento y control de la realidad, así como un proceso de acción en la misma que el individuo constantemente realiza por participar activamente en la creación, conformación y transformación de las condicionantes que afectan su propia vida. El esfuerzo por acceder a los recursos, la participación con otros para lograr objetivos y la comprensión crítica del contexto sociopolítico como elementos claves del empoderamiento. Igualmente, postuló tres niveles interdependientes de empoderamiento en los que tanto los procesos como los resultados de cada uno ayudan a potenciar a los otros niveles: nivel individual, nivel organizacional o institucional y nivel comunitario.



ional

nil

Puebla 2013

El empoderamiento es un concepto que articula las nociones de poder, política y participación en acciones concretas encaminadas a la satisfacción de necesidades sociales. El empoderamiento, entonces, aparece ante la necesidad de apertura de líneas de acción para desarrollar proyectos específicos enfocados al ejercicio de poder y la toma de decisiones en todos los ámbitos de la sociedad. Aclaran García y Francés que la concreción del empoderamiento precisa de sujetos activos, convencidos de ser capaces de participar en acciones colectivas que contrarresten las relaciones de poder hacia las mayorías por parte de unas élites minoritarias. En otras palabras, las prácticas de empoderamiento se oponen a las relaciones verticales de poder vertido desde arriba.

Ahora bien, ¿qué se necesita para empoderar a los jóvenes de hoy? ¿Cómo fortalecer su capacidad para controlar sus circunstancias y alcanzar sus propios objetivos? ¿Qué líneas de acción se pueden o deben proponer y desarrollar para favorecer su ejercicio de poder y su toma de decisiones? Inicialmente, es importante entender, que el empoderamiento es un proceso de acción social que puede tener lugar tanto individual como colectivamente. Por una parte, el empoderamiento individual consiste esencialmente en la construcción de capacidades que integren la percepción de control personal, una actitud proactiva ante la vida y una comprensión crítica del entorno sociopolítico. El empoderamiento colectivo, por otra parte, tiene lugar dentro de las familias, organizaciones y comunidad e implica procesos y estructuras que aumenten la competencia de sus integrantes, proporcionándoles el apoyo necesario para operar el cambio, mejorar el ambiente colectivo y fortalecer los vínculos que mejoran o mantienen la calidad de la vida.

En un estudio sobre empoderamiento, participación y autoconcepto, recomiendan, entre otras cosas, fomentar el desarrollo de: a) habilidades cognitivas, como conocimientos cívicos, análisis de los acontecimientos y agentes causales; b) destrezas de interacción, como organización, liderazgo, toma de decisiones, resolución de problemas y negociación y expresión; c) apego e identificación con la comunidad; d) autoeficacia y motivación de control, y e) valores como la tolerancia, la confianza y respeto al otro. Por su lado, FUNDASAL aconseja trabajar en las siguientes líneas para el empoderamiento de los jóvenes: a) conocimiento de la realidad, sentido y continuidad de la vida; b) control y manejo sobre la propia existencia, y c) participación activa en la transformación de las condiciones que los afecta. Se plantean algunas dimensiones para el empoderamiento de la juventud: a) un entorno acogedor y seguro que ofrezca oportunidades para la creatividad y la expresión; b) una participación significativa a través de un liderazgo encaminado a auténticas contribuciones a la comunidad; c) un poder compartido igualitariamente con adultos que reduzca el dominio y la alienación; d) participación en la reflexión crítica sobre los procesos interpersonales y sociopolíticos que permita la emancipación de las restricciones y la construcción negociada de la vida comunitaria, y e) empoderamiento integrado que ofrezca oportunidades para el desarrollo individual y comunitario. En una línea similar, la Organización Panamericana de la Salud propone ciertas directrices para aumentar el empoderamiento de la juventud a nivel individual, familiar, sociocultural y político.

Poder ver más allá de las maneras de hablar y las formas de comportarse de los jóvenes implica entender qué los define, conocer perspectivas a través de las cuales dimensionarlos y resignificar las problemáticas y los retos que los rodean. Sin importar el enfoque, la definición de juventud no se debe restringir a una etapa de desarrollo físico, cognitivo o social, o a un posicionamiento histórico y cultural. Debe poder incluir las diferentes variables, cuestiones y factores que la constituyen y la configuran no tan sólo como una etapa de socialización sino como un periodo de construcción de subjetividad, regulación del comportamiento y desarrollo de habilidades para cumplir con los roles y campos sociales propios de la vida adulta. Igualmente, el definir la juventud, sus problemas y retos es, en gran medida, una acción política y simbólica que va más allá de una simple selección de ciertas realidades naturales, sociales, culturales, históricas y políticas. Se trata, más bien, de una estructuración de la percepción de la realidad a partir de un sistema de categorías impuesto subrepticamente por ciertos actores o grupos, según sus intereses o necesidades. Ante esta situación, los jóvenes deben dejar de verse como objetos de tratamiento o intervención, y asumirlos como actores y participantes que deben poder actuar y decidir antes las situaciones que afectan y restringen su bienestar y desarrollo. A la pregunta, ¿qué pasa con los jóvenes hoy?, la respuesta no puede ser una fría descripción de sus características ni un minucioso análisis de sus problemas. Más bien, debe ser una reflexión sobre cómo fortalecer y ampliar su poder y toma de decisiones en y sobre situaciones y procesos que los constituyen y/o configuran.

JUVENTUD, TEORÍA E

HISTORIA: LA FORMACIÓN DE UN SUJETO SOCIAL Y DE UN OBJETO DE ANÁLISIS

03

JUVENTUD, TEORÍA E HISTORIA: LA FORMACIÓN DE UN SUJETO SOCIAL Y DE UN OBJETO DE ANÁLISIS

Sandra Souto Kustrín³

La juventud se puede definir como el periodo de la vida de una persona en que la sociedad deja de verle de una persona en que la sociedad deja de verle como niño, pero no le da un estatus y funciones completos de adulto. Como etapa de transición de la dependencia infantil a la autonomía adulta, se define por las consideraciones que la sociedad mantiene sobre ella: qué se le permite hacer, qué se le prohíbe, o a qué se le obliga. Se espera que los jóvenes empiecen a diseñar un currículo de decisiones propias amigos, ocio, colectivos a los que se quiere pertenecer, educación, mercado laboral, que los convierta en sujetos autónomos, y la sociedad les exige una postura clara y definida ante ellos mismos y ante su contexto social inmediato.

³ Souto Kustrín, Sandra. Juventud, teoría e historia: la formación de un sujeto social y de un objeto de análisis. En: Revista Historia Actual. No. 13, junio del 2007. Págs. 171-192

Cronológicamente, no tiene unos límites de edad precisos ya que, con el paso del tiempo, se ha producido un proceso de ampliación de estos límites que no dependen sólo de consideraciones psicológicas, sino del desarrollo social, de las posibilidades de independencia económica y política, de la legislación, o de la percepción de la sociedad, y de los mismos jóvenes y de las organizaciones juveniles-, que continúa en la actualidad. Dentro de este periodo, además, se suele distinguir entre adolescentes y jóvenes adultos, división que destaca que estos últimos han alcanzado ya ciertas posiciones sociales que no están al alcance de los adolescentes.

Las aproximaciones teóricas a la juventud han evolucionado ligadas a la situación histórica, al papel de los jóvenes en la sociedad, al mismo desarrollo de los movimientos juveniles y en función de las teorías predominantes en cada momento en las ciencias sociales. Por todo esto, vamos a comenzar este artículo analizando el surgimiento de la juventud como grupo social en Europa para, a continuación, realizar una síntesis crítica de las diferentes teorías que han tratado de explicar el papel y carácter de lo que se considera juventud y, finalmente, concluir con unas breves consideraciones sobre el estudio de la problemática juvenil en España.

Ha habido siempre individuos adolescentes en el sentido biológico del término y desde tiempos inmemoriales se ha hablado de juventud: se puede rastrear la existencia de grupos de jóvenes por consideraciones de edad desde las sociedades primitivas a las primeras civilizaciones de la Antigüedad, como Grecia y Roma, o analizar la existencia de ideas o modelos sobre las edades del hombre desde el Bajo Imperio Romano. Se ha destacado también el papel de los jóvenes por consideraciones de edad en diferentes procesos históricos, desde la revolución francesa a la revolución de 1848 en Austria, pero se tiende a considerar que la juventud, como grupo social definido, no cobró importancia hasta la modernidad. Las sociedades europeas preindustrializadas no establecían una clara distinción entre la infancia y otras fases de la vida preadulto: en la Edad Media y a principios de la Edad Moderna y, durante mucho más tiempo entre las clases populares, a partir de los siete años los niños entraban de golpe en la gran comunidad de los hombres. Incluso la terminología utilizada para definir a los diferentes grupos de edad era diferente de la actual: la adolescencia llegaba hasta los 21-28 años según los distintos esquemas y la juventud se alargaba hasta los 40-50. Y estas distinciones se podían hacer si se hablaba en latín: por ejemplo, por lo menos hasta el siglo XVII en francés sólo existían términos para referirse a la infancia, la juventud y la vejez.

Esto no significa que las sociedades tradicionales ignorasen totalmente el fenómeno juvenil. Hubo, por el contrario, algunas que dispusieron de instituciones sólidas de encuadramiento de los jóvenes, pero en las que primaban las funciones socioeconómicas necesarias para la reproducción de la sociedad. La sublimación de valores como el honor, la solidaridad o el matrimonio precoz -este último principalmente entre las mujeres jóvenes- era un poderoso factor de integración social. Pero la juventud tal y como fue percibida a partir de la modernización hubiera supuesto un *despilfarro* irreparable para la supervivencia de la sociedad. En la Edad Media y Moderna, las universidades y los gremios tenían declaraciones simbólicas de madurez. Sin embargo, la educación sólo tuvo importancia para una minoría de hombres de clases altas; y aunque el paso de aprendiz a oficial daba a los jóvenes trabajadores cierta movilidad a escala local, esto no implicaba independencia ni posibilidad de movilidad social. La modernización introdujo también cierta autodeterminación de la juventud en relación con el acceso a una casa o a un mercado de consumo, la configuración de un estilo de vida propio o una elección matrimonial independiente de la riqueza o de las propiedades, al igual que supuso la creación de espacios para los jóvenes en los núcleos urbanos.

Especialmente durante el Antiguo Régimen existieron grupos organizados por edad y, en algunos casos, con funciones similares a las de los futuros “movimientos juveniles” (por ejemplo, la manifestación de una cultura propia de la juventud o la defensa de los valores de la comunidad), como muestran los grupos juveniles existentes en la Francia rural del siglo XVI, el papel organizado de los hombres jóvenes en charivaris y festivales populares; o, en el caso británico, el peculiar carácter de los aprendices de la gran metrópoli que era ya entonces Londres. Sin embargo, su amplitud tanto cronológica como social no tenía nada que ver con la que alcanzarían con la modernización, cuando los grupos juveniles adquirieron una mayor autonomía y responsabilidad, se ampliaron a mujeres jóvenes y adolescentes, y llegaron a pasar de transmisores de los valores preponderantes en la sociedad a heraldos de una clase u organización.



El proceso de conformación de la juventud como grupo social definido se inició en Europa entre finales del siglo XVIII y principios del siglo XIX. Aunque algunos investigadores destacan la importancia del factor demográfico, fueron más importantes las consecuencias de los cambios producidos por la modernización económica, social y política, y el desarrollo del Estado moderno, que creó toda una serie de instituciones y reglamentaciones que si, por una parte, aumentaron el periodo de dependencia de los jóvenes por consideraciones de edad, por otra, les dieron un perfil característico y facilitaron tanto su organización como su actuación de forma independiente. La juventud contemporánea es menos libre que la del Antiguo Régimen, pero con el advenimiento del pluralismo de pensamientos y valores, como dice Michael Mitterauer, la adolescencia ha pasado a ser un momento de toma de importantes decisiones personales en todos los aspectos, frente a las predeterminaciones por sexo y estatus social existentes en las sociedades tradicionales. En todo caso, esta pérdida de independencia fue mayor entre los adolescentes el grupo comprendido entre los 14 y los 18 años, que pasaron a estar cada vez más sujetos a controles familiares y de otras instituciones, que, entre los jóvenes adultos, que retuvieron parte de su anterior autonomía. Con la modernización, el adolescente y el joven se hayan expuestos en un grado cada vez mayor a una multitud de influencias competitivas y opuestas a los modelos de socialización dentro de la familia y el grupo doméstico de la comunidad local tradicional que eran básicamente uniformes y que daban lugar a una serie relativamente rígida de actitudes, normas, ideas y hasta expectativas.

La especialización, diferenciación y organización de las instituciones responsables de la socialización de los adolescentes provocaron -y provocan- enfrentamientos entre sistemas de valores cada vez más complicados y abiertos; y la creciente movilidad profesional y regional dio a los jóvenes más oportunidades para vivir conforme a sus deseos.

Entre los factores que favorecieron el desarrollo de la juventud como un grupo de edad claramente definido destacan la regulación del acceso al mercado laboral y de las condiciones de trabajo de niños y adolescentes; el establecimiento de un periodo de educación obligatoria que se fue ampliando con el paso del tiempo y que se hizo cada vez más importante para asegurar el acceso al trabajo y el mantenimiento del estatus social; la creación de ejércitos nacionales a través del servicio militar obligatorio; o la regulación del derecho de voto. Estos procesos separaron a los jóvenes de la economía tradicional y familiar y de su dependencia de las leyes de herencia, a la vez que distinguieron a través de la edad a los niños de los adultos capacitados para trabajar o para realizar una elección política consciente. Aunque algunas de estas instituciones como el ejército o la escuela- no eran nuevas, sí lo era su extensión a todos los estratos sociales. Por tanto, muchas de las “marcas” que fijan las fronteras contemporáneas entre niños, jóvenes y adultos no existían o estaban organizadas de forma diferente antes de lo que llamamos modernidad.

Sin embargo, el proceso de modernización tuvo diferente ritmo y cronología en los distintos países, lo que también se reflejó en la problemática juvenil. Por ejemplo, la primera ley restringiendo el trabajo infantil se aprobó en Gran Bretaña en 1833: prohibía el empleo de niños menores de nueve años y limitaba el trabajo de quienes tenían entre 9 y 13 años a nueve horas por día, seis días por semana. En 1839 se promulgó en Prusia una ley que prohibía trabajar a los menores de 9 años; en 1853 la prohibición se elevó hasta los 12 años y la jornada laboral se limitó a seis horas hasta los 14 años. En 1871, esta ley se extendió a todo el Imperio Alemán, y en 1891 se prohibió trabajar hasta los 14 años y se limitó la jornada a 10 horas al día para quienes tenían entre 14 y 16 años. En Francia, la ley sobre el trabajo infantil de 1841 estableció la edad mínima para entrar al trabajo en los 8 años y prohibió que se contrataran menores de 13 años en trabajos nocturnos. La jornada laboral sería de 8 horas para los menores de 12 años, y de 12 horas hasta los 16 años. Ya en 1874 se prohibió trabajar a los menores de 12 años, salvo excepciones en que se permitía empezar a trabajar a partir de los 10 años, pero el trabajo de los menores de 12 se limitó a seis horas por día y se prohibió el trabajo nocturno hasta los 16 años. En España, sin embargo, hasta 1900 no se aprobó una ley que prohibía el trabajo de niños menores de 10 años y que limitaba la jornada de trabajo a seis horas en la industria y ocho en el comercio para aquellos entre 10 y 14 años; y, en Italia, en 1902 se promulgó una ley que establecía la edad para entrar a trabajar en los 12 años, frente a los nueve anteriores, con una jornada de 11 horas diarias.

La educación primaria obligatoria se estableció en Suecia en 1842, y en Gran Bretaña, en 1870. En Francia las leyes de Jules Ferry entre 1881 y 1882 hicieron la enseñanza primaria gratuita, laica y obligatoria entre los 6 y los 13 años: aunque las leyes anteriores (como la ley Guizot de 1833 o la Ley Falloux de 1850) obligaban a los municipios (a partir de un determinado número de habitantes) a mantener colegios y a que estos aceptaran gratis a los hijos de las familias más pobres, no establecían la gratuidad de la enseñanza ni permitían, por tanto, la obligatoriedad, y uno de los debates principales en ellas -continuado en todas las leyes educativas francesas del siglo XIX- era el derecho de las confesiones religiosas a mantener sus propias instituciones educativas y la posibilidad de educación moral y religiosa en las escuelas del Estado. Más lenta fue aún la extensión de la educación secundaria, que sólo creció considerablemente después de la Primera Guerra Mundial, aunque todavía fuera escasa la proporción de jóvenes que tenía acceso a ésta.

Por otra parte, los jóvenes no han formado nunca un todo homogéneo, sino que, han reflejado las divisiones económicas, sociales, políticas y culturales existentes en la sociedad. La ampliación de la edad de dependencia fue un proceso que tuvo distinto ritmo en las diferentes clases sociales. Se inició entre las clases altas y medias y la idea de adolescencia no se aplicaba por igual a las mujeres y a los jóvenes de clase obrera. Por el contrario, algunos investigadores consideran que la juventud fue impuesta a la clase obrera, en primer lugar, a través de los reformistas y las instituciones filantrópicas de la clase media que, con sus ideales de aislamiento, separación sexual e inocencia, estaban preocupados por la precocidad antinatural de los jóvenes de origen obrero, que consideraban un síntoma de delincuencia, lo que dio lugar a un intento deliberado de formar trabajadores “respetables y conformistas”. Así, se ha destacado que el conocimiento popular del concepto de adolescencia en Gran Bretaña antes de 1914 tenía menos que ver con las escuelas privadas elitistas y con las relaciones de edad de la clase media británica, que, con la crítica social a los jóvenes de la clase obrera, el debate sobre el trabajo de los niños y el movimiento a favor de su educación, que confirmó la percepción de la juventud como un problema, una etapa que requería disciplina, supervisión y educación. La extensión del periodo de dependencia tropezó, a menudo, con la oposición de las mismas familias obreras, que necesitaban los ingresos extra que proporcionaban los niños y los jóvenes, lo que llevó a muchos de éstos a abandonar sus estudios. Los jóvenes continuaron trabajando antes y después del horario escolar y se produjeron muchos movimientos de resistencia a las reformas educativas, que incluyó el hacer novillos, pero también las huelgas escolares.

La industrialización, especialmente la llamada segunda revolución industrial, provocó grandes cambios en la formación y la vida laboral de los jóvenes. Aunque los sistemas de aprendizaje que regulaban la posición de los jóvenes en la Europa preindustrial no se disolvieron en el aire con el desarrollo del capitalismo, sufrieron una compleja transformación: el camino para trabajos más cualificados y mejor pagados empezó a depender de la extensión de la educación o la cualificación profesional, que requería un gasto adicional de dinero ya que, además, se redujeron las oportunidades de formación en los lugares de trabajo. Pero, a la vez, aumentó la demanda de trabajadores no cualificados en un gran número de sectores económicos, especialmente en el de los servicios. Así, en muchos casos, el crecimiento del número de aprendices tenía más que ver con la explotación de una mano de obra barata que con las posibilidades formativas, lo que explica que los primeros movimientos de protesta de los jóvenes obreros empezaran precisamente entre los aprendices.

Las consecuencias de la industrialización, como la concentración de la población en las ciudades debido a la emigración -principalmente de jóvenes- desde el mundo rural, o la regulación del trabajo por tiempo y salario, hicieron que la gente joven pasase a ser un grupo definido y con mayor independencia en primer lugar en las ciudades. Ya en las primeras etapas de la industrialización muchos de estos jóvenes estaban disfrutando de hecho de un considerable grado de independencia económica y social. La preocupación de los adultos por estos hechos, especialmente entre las clases medias y altas, parecía ligarse con una preocupación general por el emergente sistema industrial y la potencial amenaza para el statu quo que representaba el proletariado urbano. Así, en muchas partes de Europa la juventud surgió como un fenómeno urbano y la experiencia que vivían los jóvenes por consideraciones de edad en el mundo rural era totalmente distinta a la de sus equivalentes urbanos: las formas tradicionales duraron más tiempo, al igual que los grupos juveniles tradicionales de carácter parroquial y en los que la Iglesia desempeñaba un papel importante.



Esta concentración en las ciudades y el aumento del tiempo libre, especialmente a partir de los años finales del siglo XIX, introdujeron también importantes cambios culturales, con el desarrollo de las actividades de ocio, que se hicieron cada vez más organizadas y comercializadas: salones de baile, bares y, posteriormente, salas de cine y eventos deportivos, pero también acampadas y otras actividades al aire libre. Sin embargo, el acceso a estas nuevas formas de ocio estuvo al principio limitado a las clases medias y altas y a los sectores más favorecidos de la clase obrera. Los hijos de las capas más bajas de la sociedad trabajaban más horas y tenían menos dinero para gastar. Esta diferenciación se mantuvo durante bastante tiempo, y seguía existiendo en el periodo de entreguerras, cuando la oferta de ocio creció y se dirigió principalmente hacia los jóvenes. Así, la formación de grupos de jóvenes obreros en la calle para conversar, beber, jugar al fútbol o a las cartas fueron fuente de fricciones con la policía y de cargos ante la justicia por obstrucción.

A las diferencias económicas, sociales y geográficas hay que añadir las de género y, en muchos países, las de raza/etnia. En cuanto a las diferencias de género, hay que destacar que hasta finales del siglo XIX los conceptos relacionados con los grupos de edad eran distintos según los sexos, y los cambios producidos en las condiciones laborales de los jóvenes por la transición al trabajo remunerado afectaron de diferente forma a hombres y mujeres, por no hablar de las disparidades en el acceso a la educación y el largo periodo en que el llamado “sufragio universal” fue solamente masculino. La segregación por sexos en la escuela se mantuvo durante muchas décadas y fue especialmente duradera en los países latinos. Esto hacía la situación de la mujer joven muy distinta de la de los hombres, como han mostrado principalmente los estudios de historia de las mujeres, y las ansiedades sociales que provocaba su creciente independencia, aún mayores.

A lo largo del siglo XIX se fue afirmando también la idea de que la situación de los jóvenes trabajadores en las ciudades podía potenciar la delincuencia juvenil, o, al menos, la indisciplina. Especialmente tras la experiencia de la Comuna de París de 1870, se tomó conciencia del papel que podían tener los jóvenes, concentrados en grandes ciudades, con tiempo libre y que no necesariamente tenía trabajos fijos, pero que podían alcanzar cierto grado de independencia financiera, en el desarrollo de acciones de protesta o en el apoyo a diferentes movimientos políticos¹⁹. Pero se empezó a desarrollar la idea de que los jóvenes podían -y debían- ser “tratados y curados”, más que castigados, y se crearon sistemas judiciales especiales para los jóvenes delincuentes. En Alemania, ya desde 1876 había juzgados separados para los adolescentes, y la Ley de Tribunales Juveniles de la República de Weimar aumento de 12 a 14 años la edad mínima de responsabilidad criminal y no se juzgaba como adultos a los menores de 18 años; en Gran Bretaña, en las primeras décadas del siglo XX, se establecieron organizaciones especiales para los delincuentes que tenían entre 16 y 21 años, separados por géneros. Entre 1880 y 1918 se desarrolló en España un movimiento de reforma penitenciaria, potenciado por las clases medias, que fijó su primer objetivo en la formulación de un sistema correccional para la juventud, desarrollando el cuerpo teórico que dio lugar en la última fecha citada a la creación de los tribunales para niños. Sin embargo, lo que los gobiernos, la prensa y los trabajadores sociales veían como evidencia de la “depravación” de las clases bajas era una tradición autónoma de éstas que se puede remontar a la segunda mitad del siglo XIX, y que no tenía por qué llevar necesariamente a actividades criminales, pero tampoco a posiciones “revolucionarias.

Por ejemplo, en el tránsito del siglo XIX al XX en Gran Bretaña la preocupación adulta por la juventud obrera giraba en torno al problema del *hooliganismo*, término que apareció en este periodo y que cubría una amplia variedad de actividades, desde la delincuencia juvenil a las subculturas juveniles ya bien establecidas en la vida urbana británica pasando por la tradicional falta de respeto de los jóvenes. En el periodo de entreguerras hubo un amplio elenco de acusaciones contra la juventud británica frente a lo que se vio como una “ola” de crimen juvenil, de la que se culpaba a la relajación de la vida familiar, al sistema escolar, la decadencia de la vida religiosa o a las formas de ocio, aunque las investigaciones actuales concluyen que este crecimiento de la delincuencia juvenil fue de modestas proporciones. En España, los pánicos morales de la burguesía barcelonesa, por ejemplo, guardaban mucha relación con el incremento del número de jóvenes obreros, acostumbrados a relacionarse en las calles lo que no hacían los jóvenes de la clase media, y que eran considerados adolescentes agresivos e insolentes: según ciertos prejuicios, en la calle sólo juegan los golfos.

Con el fin de crear una juventud respetable se formaron organizaciones juveniles patrocinadas por los adultos en distintos países de Europa. Entre las primeras instituciones en crear organizaciones juveniles se encontraron las diferentes confesiones religiosas, especialmente la Iglesia católica, cuyos patronatos juveniles y obras educativas-catequizadoras tienen una larga historia en países como Francia o España. En nuestro país surgieron en el sexenio liberal democrático (1868-1874) y en 1870, al crearse la Asociación Católica en España, se formó una “Juventud Católica”, aunque no se desarrollaría de forma importante hasta el periodo de entreguerras. Pero el exitoso modelo de la Juventud Obrera Cristiana (JOC) belga no cobró importancia en España hasta los años cincuenta y sesenta del siglo XX: se cifra en 2.000 el número de jocistas en 1933. En cambio, en Francia, a partir de la Asociación Católica de la Juventud Francesa formada en 1886 e, influenciados por la JOC belga, surgieron en la segunda mitad de los años 20, la Juventud Obrera, la Juventud Agrícola, la Juventud Estudiante y la Juventud Independiente, seguidas por sus equivalentes organizaciones femeninas. En vísperas de la Segunda Guerra Mundial casi el 15% de los jóvenes franceses estaban afiliados a movimientos católicos incluía entre sus funciones educarlos en hábitos como la obediencia y la disciplina, desde una óptica cristiana.

En 1902, se creó su equivalente femenino, *la Guiris' Life Brigade*, que agrupaba a las chicas de entre 6 y 18 años. En 1908, el general Robert Baden-Powell fundó los Boy Scouts británicos- que integraban a chicos desde los 8 a los 23 años, divididos por grupos de edad, y en 1910 se fundaron las *Guiri Guides*, que agrupaban a chicas desde los 7 a los 21 años. Estas organizaciones inculcaban valores y actitudes conformistas y conservadores en materia de religión, moral y política, y defendían y educaban a las chicas para desarrollar las funciones sociales tradicionales de la mujer. La *Guiris' Life Brigade* hablaba de la necesidad de abstenerse de las bebidas alcohólicas y de la obligación de ser pura en pensamiento palabra y obra; y, en 1938, las *Guiri Guides* tenían entre sus objetivos desarrollar hábitos de observancia de la ley, obediencia y autosuficiencia” y hacer a las chicas capaces de mantener buenas casas y de educar buenos hijos.



Las organizaciones scouts pronto tuvieron más éxito que la Boy's Brigade, y se extendieron por todo el continente europeo, aunque no alcanzaron en éstos la importancia que, en Gran Bretaña, especialmente limitados en los países católicos por el recelo generado por un movimiento de origen protestante, como muestra el caso francés, donde se crearon tres organizaciones de scouts: una *neutra*, otra protestante, y una tercera católica. Tampoco la versión alemana de los Boy Scouts, los Deutscher Pfadfinderbund, formada en 1911, tuvo tanto éxito como sus homólogos británicos: la organización más influyente en Alemania no tanto por número como por servir como modelo para los adolescentes-, fue el Wandervogel: literalmente pájaros migratorios, era una red de grupos excursionistas surgida en 1901 y formada por jóvenes (hombres) estudiantes de secundaria de clase media. Pero la retórica del conflicto generacional no debe oscurecer el grado en que el Wandervogel estaba patrocinado por los adultos y dirigido por ellos desde el principio. Aunque tanto las diferentes organizaciones scouts como el Wandervogel se definieran como no clasistas, tenían poco que ofrecer a los hijos de las capas más bajas de la población: por una parte, por las diferentes tradiciones culturales de los medios de que procedían (por ejemplo, la segregación por géneros no era común en los grupos juveniles de los barrios populares); pero también por las distintas posibilidades de acceso a la educación 176 todavía existentes y por el diferente nivel económico: los hijos de los sectores más pobres de la población normalmente trabajaban y tenían menos tiempo y dinero para dedicar a este tipo de ocio. Por esto, estas organizaciones atraieron, sobre todo, además de a las clases medias, a los trabajadores cualificados, que estaban dispuestos a ajustar a sus hijos

a los modelos de adolescencia de la clase media para que ascendieran en la escala social.

El proceso de modernización y la conformación de la juventud como grupo de edad definido permitieron el desarrollo de movimientos juveniles independientes. Estos movimientos, debido precisamente al carácter desigual de dicho proceso, surgieron primero en el ámbito de la enseñanza superior: las organizaciones estudiantiles universitarias se empezaron a formar en Europa tras las guerras napoleónicas, y en muchos casos, como sucedió en España, estas asociaciones de estudiantes estuvieron en el origen de la movilización política juvenil. Las primeras organizaciones juveniles obreras surgieron, en gran parte, por el agrupamiento de los propios jóvenes por sus derechos, no por la decisión de sus respectivas organizaciones de adultos. Por ejemplo, en Francia, se formaron grupos independientes de jóvenes obreros, como el grupo de estudiantes colectivistas de París, fundado en 1893, que posteriormente se integraría en la Section Française del Internationale Ouvrière (SFIO), el partido socialista francés. Como dice Michael Mitterauer, hasta el surgimiento de las organizaciones autónomas de los jóvenes trabajadores, el movimiento obrero no había tomado muy en cuenta las cuestiones que eran importantes para la gente joven. Pero pronto buscaría y conseguiría durante cierto tiempo-, como he analizado en otro sitio, acabar con esta autonomía juvenil.

Pero hay que ser cauteloso al aplicar el calificativo juvenil a un movimiento social: existieron algunos, como la Joven Italia, la Joven Alemania los Jóvenes Turcos que hacían referencia más a la idea de una nueva nación que al hecho de que la gente joven fuera la que estuviera construyéndola; los movimientos democráticos radicales del siglo XIX fueron dirigidos por jóvenes, pero no eran movimientos juveniles propiamente dichos, y, como muestra el estudio de los existentes en Checoslovaquia en el siglo XIX, no se vieron a sí mismos como representantes de un movimiento juvenil aunque fueran apoyados y liderados por jóvenes que el término joven, generalmente, se lo aplicaran sus oponentes como descalificativo, indicando inmadurez y falta de responsabilidad.

La compleja y a veces conflictiva relación entre las organizaciones juveniles y las organizaciones de adultos ha hecho que se distinga entre los movimientos juveniles creados, organizados y dirigidos por los adultos y las organizaciones para gente joven creadas, organizadas y dirigidas por los mismos jóvenes, lo que ha llevado a algunos autores a parafrasear a Karl Marx y hablar de “juventud en sí” y “juventud para sí”. Sin embargo, como he analizado en relación con la Federación de Juventudes Socialistas de España, la situación de una misma organización juvenil con relación a sus referentes adultos puede variar a lo largo del tiempo en función de las diferentes circunstancias económicas, sociales, políticas y culturales, de cómo afectan éstas a los jóvenes y de la implantación y el carácter de cada organización.

La primera gran oleada de movilización juvenil se produjo en Europa en el periodo de entreguerras. Aunque las reacciones fueran distintas en función de las diferencias nacionales, de clase, y personales, las vidas de muchos europeos quedaron inevitablemente unidas por los problemas que surgieron como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, que tuvo un especial impacto en los jóvenes. La guerra bloqueó, debilitó o cambió radicalmente las principales instituciones sociales en que se llevaba a cabo su socialización: por ejemplo, las familias se desintegraron, muchos niños y jóvenes se quedaron huérfanos y asumieron responsabilidades que antes no tenían, al igual que los jóvenes cuyos padres estaban en el frente; las llamadas a filas de los hombres hizo que muchas mujeres y chicas jóvenes asumieran mayores funciones en la familia y trabajos hasta entonces masculinos; los restos de las sociedades tradicionales prácticamente desaparecieron en las zonas rurales. La guerra supuso un aumento de la autonomía de los jóvenes para la que en muchos aspectos no hubo vuelta atrás. Tras la Gran Guerra se hizo patente también un creciente interés de los grupos políticos por la juventud y la programación sistemática de actuaciones dirigidas a captar a los sectores juveniles de la población: tras la devastación producida por la guerra en casi todos los países beligerantes, se esperaba que la juventud fuera la fuerza dirigente de un futuro renacimiento: los jóvenes empezaron a ser vistos no sólo como la gente con problemas necesitada de ayuda o protección, sino también como la fuerza para la renovación y la regeneración la que debía iniciar el proceso de curación y renacimiento físico, mental y ético, como decía la Ley de Bienestar de la Juventud de la República de Weimar de 1922.

Aunque ya había habido llamamientos políticos a la juventud con anterioridad, las publicaciones y discursos dirigidos a los jóvenes se multiplicaron durante el periodo analizado y fueron realizados prácticamente desde todo el espectro político.



Pero la guerra que se había vendido como una gran cruzada por la civilización, Dios y la patria y que acabó convirtiéndose en el mayor ejemplo conocido hasta entonces de barbarie llevó a muchos jóvenes a buscar nuevos caminos y soluciones, y a abandonar los valores sociales tradicionales, mantenidos por los adultos que habían fracasado y les habían fallado, como parecía haber demostrado la Primera Guerra Mundial y como parecían confirmar la evolución política del periodo y la crisis económica de 1929, que afectó de forma importante a los jóvenes, no sólo porque el desempleo fue importante entre ellos, sino porque las respuestas a éste y a la crisis económica les afectaron de forma directa: por ejemplo, las familias retiraron a sus hijos de los centros de enseñanza y los gobiernos recortaron sus presupuestos educativos. Y así, aunque los jóvenes no habían sido ajenos a la participación política, especialmente en la etapa previa a la primera conflagración mundial, esta participación alcanzó el carácter propio de la nueva sociedad de masas en el periodo de entreguerras: se produjo una politización cada vez mayor de los jóvenes, un crecimiento de las organizaciones juveniles y de su autonomía, y la juventud jugó un papel destacado, e incluso protagonista, en la conflictividad social y política del periodo y en el desarrollo de nuevos movimientos, como el comunismo, el fascismo o el nazismo.

Aunque algunas de las organizaciones juveniles que tuvieron más influencia en el periodo de entreguerras existían con anterioridad al conflicto bélico, alcanzaron en este momento su mayor desarrollo y, por ejemplo, en el caso de las organizaciones juveniles socialistas, sus mayores cotas de independencia. El movimiento juvenil socialista había tenido un escaso desarrollo antes de la guerra y ésta produjo el casi completo abandono de la socialdemocracia europea por parte del movimiento juvenil socialista, que estuvo en el origen de la formación de la mayor parte de los partidos comunistas europeos. Tras su reconstrucción en 1923, la Internacional Juvenil Socialista (IJS) estaba formada por 28 organizaciones y alcanzó su cenit en número de militantes en 1932, aunque en número de organizaciones miembros siguió creciendo hasta 1938, cuando llegó a contar con 64³⁶. Fue también en el periodo de entreguerras cuando se sentaron las bases de las organizaciones estudiantiles internacionales, cuyos orígenes se remontan a la Federación Mundial de Estudiantes Cristianos, formada a mediados del siglo XIX y que en 1908 empezó a publicar un periódico titulado *Student World*. En 1919 se formó la Confederación Internacional de Estudiantes, que se expandió hasta incluir no sólo a los países europeos sino también a algunos latinoamericanos, como México y Brasil. Centrada en cuestiones específicamente estudiantiles, en 1937 representaba a 42 uniones nacionales y era reconocida por la Sociedad de Naciones como la organización internacional estudiantil oficial.

El desarrollo de las organizaciones juveniles en el periodo de entreguerras - tanto en Europa como fuera de ella- fue también el que permitió que se celebraran dos Congresos Mundiales de la Juventud, el primero en Ginebra en 1936 y el segundo en Nueva York en 1938, patrocinados por la Federación Internacional de Asociaciones pro Sociedad de Naciones.

Esta organización y movilización juvenil cada vez mayor claramente percibida por los contemporáneos, hizo que se desarrollaran estudios académicos sobre la juventud y su problemática desde principios del siglo XX y, especialmente, en el periodo de entreguerras. Así, no es extraño que las primeras teorías que intentaban explicar la adolescencia y/o la juventud también surgieran en el primer tercio del siglo XX y, especialmente, durante el periodo de entreguerras y al análisis de las aproximaciones teóricas a la problemática juvenil es a lo que se dedica el siguiente apartado.

Los intentos de explicación

Aunque clásicos como John Locke o Jean- Jacques Rousseau iniciaron la definición moderna de la adolescencia y la juventud, responsable de la definición clásica del carácter especial e independiente de la adolescencia y un primer inventario de sus características modernas, el concepto de adolescencia surgió en el ámbito académico. Éste partía de las características físicas y psicológicas de la pubertad para desarrollar una noción biológica de juventud que asociaba la adolescencia comprendida entre los 14 y los 24 años aproximadamente-, con un periodo de tensión y desorden emocional, de confusión interna e incertidumbre (el sturm und drang de los románticos), que en la mayoría de los casos llevaba a desequilibrios emocionales que podían provocar desórdenes, desviaciones y neurosis y que comúnmente se expresaban en conductas egoístas, crueles o criminales. Las obras de Sigmund Freud y sus seguidores reforzaron este modelo e impulsaron la definición del periodo como innatamente difícil y problemático, además de universal, es decir, presente en todas las sociedades humanas.

Ni las teorías marxistas ni las weberianas analizaron el papel de los jóvenes: ocupados con las estructuras macrosociales de clase y estatus, tendieron, en la práctica, a contribuir a una visión homogénea, estática o parcial de la juventud. El potencial que tenía la juventud como fuerza social y que la organización de la juventud y la elaboración de un programa específicamente juvenil fue una característica importante de las organizaciones juveniles comunistas en los años veinte y treinta. La juventud porque consideraba que su educación era fundamental en la reproducción de la hegemonía social, política y cultural. Planteó la posibilidad de que se produjeran conflictos generacionales favorecidos no por cuestiones psicológicas sino por el contexto histórico y social, pero estos conflictos sólo tendrían importancia social e histórica cuando se relacionaran con cuestiones de clase o nacionalidad.

Las primeras aproximaciones sociológicas al concepto de juventud se elaboraron en los años veinte del siglo XX. Margaret Mead inició su estudio sobre los jóvenes en Samoa como un intento deliberado de contradecir las teorías de la adolescencia de Hall: negó el carácter biológico de la adolescencia y la juventud primera fuera necesariamente un periodo de estrés y tensión, y defendió la preponderancia quizá de una forma muy determinista de los factores culturales. bandas del Chicago de su época, superando las connotaciones psicológicas y patológicas predominantes en la criminología del momento: asoció la delincuencia con la desintegración social urbana y subrayó los elementos de solidaridad interna, vinculación a un territorio y creación de una tradición cultural distintiva presentes en las bandas juveniles.

También fue en el periodo de entreguerras cuando se desarrollaron las principales teorías generacionales en que se siguen basando en gran medida los estudios actuales que parten del concepto de generación: La adolescencia y los primeros años de la vida adulta como claves en la afirmación de la mayoría de los criterios personales y en la adquisición de una identidad propia por parte de las generaciones, definidas como un grupo de personas que siendo contemporáneas y coetáneas presentan cierta relación de coexistencia, es decir, que tienen intereses comunes, inquietudes analógicas o *circunstancias* parecidas: una generación se aglutinaría en la juventud aunque generalmente tendría vigencia en la vida adulta. Este centro en la juventud fue acompañado a menudo por una visión negativa de ésta: para Ortega, la juventud es la etapa formidablemente egoísta de la vida, y Pedro Laín Entralgo caracterizó las acciones juveniles por su inseguridad, radicalidad y confusión; aunque en otros casos, se ha destacado la capacidad de cambio y la flexibilidad de los jóvenes, debido a que no están todavía integrados en el statu quo o atrapados por los intereses creados en la estructura social.

Además, muchos de los que proponen la utilización de teorías basadas en generaciones tienden a verlas como un todo homogéneo, o a diferenciar dentro de ellas, como hacía Ortega, a los individuos selectos y los vulgares, a la minoría de la masa, lo que convierte al concepto de generación, y que sólo se puede construir retrospectivamente, cuando un conjunto de referencias ha sido aceptado como un sistema de identificación colectiva y sus protagonistas elegidos para representar a sus contemporáneos distinguió dentro de las generaciones las llamadas unidades generacionales, definidas como aquellos grupos, dentro de cada conexión generacional, que emplean siempre las vivencias que distinguen a las generaciones de un modo definido y diferente del de otro, a la vez que negó que el factor generacional tuviera un carácter decisivo en la historia y que los movimientos generacionales fueran un fenómeno universal y constante. Frente a lo que diría Ortega posteriormente, Estos movimientos sólo tenían un carácter ocasional, a la vez que destacaba la existencia, al mismo tiempo, de conflictos inter e intergeneracionales. Pero, como plantea Hood Williams, las unidades generacionales no lo son tanto en la medida en que se reconoce que hay sistemas de creencias compartidas que separan a las generaciones y unen a miembros de diferentes grupos de edad, lo que hace difícil encontrar un nexo concreto que configure una generación. Por otra parte, como muestran, por ejemplo, la ruptura ideológica de la joven generación que surgió con la Primera Guerra Mundial y los grandes contrastes políticos dentro de ésta durante la República de Weimar alemana, una influencia uniforme y general durante los años formativos no tiene por qué llevar al establecimiento de una comunidad generacional.

Puede existir un contexto generacional uniforme en el sentido de un conjunto de problemas compartidos, pero no una unidad generacional cuyos miembros puedan ofrecer soluciones uniformes a esos problemas.

El recuerdo de la Gran Guerra, considerada uno de los orígenes de la cuestión juvenil, junto con la idea de que había una relación clara entre las posiciones de la juventud y la posibilidad de una consolidación democrática, hicieron que los estudios sobre los jóvenes continuaran durante la Segunda Guerra Mundial. Había una gran preocupación por la juventud alemana, probablemente por la mayor importancia del movimiento juvenil alemán y la mayor potencia económica y política de Alemania en comparación con otros países del Eje, dado que la socialización de los jóvenes en el nacionalsocialismo había sido temporalmente menos duradera que la del fascismo italiano. Esta percepción de la importancia de la cuestión juvenil también influyó en el desarrollo de nuevas políticas dirigidas hacia los jóvenes en los años que siguieron a la segunda conflagración mundial, como la ampliación del derecho de voto que convirtió en ciudadanos con plenos derechos a gente cada vez más joven, o la extensión de la educación obligatoria hasta incluir la enseñanza secundaria.

Desde el funcionalismo parsoniano y las interpretaciones basadas en éste dominantes en las ciencias sociales en las décadas centrales del siglo XX se enfatizaron las funciones positivas de la juventud en la integración social, aun considerando la juventud como un periodo de considerable tensión e inseguridad: las culturas juveniles podían hacer más fácil la transición al mundo adulto, pero, a la vez, eran una muestra de las tensiones existentes en las relaciones entre los jóvenes y sus mayores. Se centraba en las clases medias urbanas, fueron características que se vieron como un modelo para toda la juventud y demostración del surgimiento, tras la Segunda Guerra Mundial, de una cultura juvenil separada, que unía a todos los jóvenes en un modo de vida muy diferente e incluso opuesto al de los adultos. En las sociedades modernas, los grupos de edad eran homogéneos y su función principal era favorecer la transición hacia la vida adulta, debido a la tensión existente en los jóvenes entre los valores particulares de la familia y los valores universales de la sociedad. Así, sólo se podían interpretar las culturas y las protestas juveniles de los años sesenta y setenta como resultado de situaciones de anomia, de falta de unas normas consistentes para dirigir la conducta, en suma, como una situación anormal. Se vieron los movimientos juveniles como síntomas de los problemas de la transición de la niñez a la edad adulta, lo que llevó a menudo a aproximaciones neofreudianas en las que el descontento juvenil se analizaba como generalización del resentimiento que la gente joven tenía hacia la autoridad ejercida por sus padres

Estos planteamientos acababan así, en la práctica, convergiendo con las aproximaciones psicosociológicas de la adolescencia y la juventud, que partían de las ideas de Hall y de Freud, y que fueron popularizadas por Erik Erikson a partir de los años 50: una visión más relativizada y sociológica que veía la adolescencia, en las condiciones cambiantes de la sociedad contemporánea, como un periodo de crisis de identidad y moratoria de rol, que se caracterizaría por la combinación de impulsividad y de disciplinada energía, de irracionalidad y de animosa capacidad, motivada por factores biológicos y psicológicos. Las psicopatologías del adolescente, que Erikson analizaba para casos concretos tendrían “síntomas sociales” e implicaciones políticas, ya que llevarían a los jóvenes como grupo a unirse a “pandillas y bandas aberrantes” y podrían ser utilizados por movimientos políticos y sociales. Pero no hay pruebas que demuestren que más que una pequeña minoría de jóvenes sufra las psicopatologías descritas por Erikson, ni evidencias de que las sufran más los jóvenes que otros grupos de edad.

En estas interpretaciones, la movilización estudiantil se consideraba una fuerza ciega que impulsaba a odiar a los mayores, pero incluso aceptando las teorías freudianas y neofreudianas del complejo de Edipo, éstas presentan dicho complejo como universal, por lo que no valen para explicar por qué en un determinado momento histórico los jóvenes actúan y en otros no. Tampoco explicaban por qué los estudiantes de las familias más acomodadas estaban más dispuestos a actuar que los de clases más bajas y, además, la mayoría de los estudiantes que protestaban mantenían una buena relación con sus familias y sus valores solían coincidir con los de éstas. Y es que el concepto de generación se utilizó en el siglo XX y se sigue utilizando en el análisis histórico, político y sociológico con distintos sentidos relaciones de parentesco, cohorte o grupo de edad y etapa de la vida, e incluso se ha hablado de generación histórica o política (un grupo de edad que ha estado sometido a experiencias históricas importantes y fundamentales en sus años de formación y se define a sí mismo como único); y distintos investigadores defienden limitar el concepto de generación a diferentes significados. Pero ya en los mismos años setenta la idea de un conflicto generacional” no encajaba con las investigaciones empíricas: éstas, por el contrario, destacaban la importancia del estatus y de la posición social de la familia. La mayoría de los estudios realizados a los participantes en las protestas juveniles de los años sesenta en Estados Unidos demostraron un claro vínculo entre padres y activistas, mientras que, por otra parte, explicar la alienación y la movilización de los jóvenes de los años sesenta por el tópico de la tendencia de la juventud al radicalismo y al idealismo, al igual que sucedía con las explicaciones basadas en el

complejo de Edipo, no explicaba la pasividad de los jóvenes en otros periodos, como los años cincuenta.

Las primeras formulaciones críticas de estas visiones enfatizaban su carácter clasista, pero se ha destacado que la psicología de la adolescencia, al igual que el funcionalismo parsoniano, marcó una norma de conducta y apariencia juvenil universal, determinada biológica y psicológicamente, que no era sólo de clase media, si no también blanca, heterosexual y masculina. Los intentos de aplicar su modelo a la clase obrera o a las minorías étnicas llevaron a visiones patológicas de sus culturas en las que se extrapolaba a la juventud de su contexto social y cultural y se la reducía a un sustrato común esencialmente biológico y psicológico, lo que produjo numerosos anacronismos, ya que se ignoraban las importantes variaciones históricas y culturales en las formas de familia, educación, cultura u ocio que influyen en los jóvenes, y sólo se podía explicar la marginación de la juventud como una psicopatología, el producto de la anomia o del fracaso del proceso de socialización. Al mismo tiempo, la gran oleada de movimientos estudiantiles de los años sesenta del siglo XX coincidió con la crisis de ideologías revolucionarias como el marxismo, lo que llevó a algunos autores a plantear que la juventud era una nueva clase y a estudiar a la juventud como la *vanguardia* del cambio social. Al estar los jóvenes afectados por otras diferenciaciones sociales, los llamamientos a la juventud por sí sola no suelen lograr una propuesta ampliamente aceptable, viable o alternativa al orden social existente.



En los años setenta y ochenta del siglo XX, ante el fracaso de todas estas aproximaciones para explicar la movilización juvenil, se introdujo una perspectiva de clase que destacó los valores compartidos con los adultos. Así, las teorías de la reproducción social y cultural pusieron el énfasis en la recreación de las estructuras de poder y las desigualdades sociales a través de los grupos de edad, como muestran las obras de Stuart Hall y Tony Jefferson; y Geoff Mungham y Geoffrey Pearson. Estas visiones tenían como objetivo hacer regresar al primer plano las estructuras sociales y las relaciones de clase en la investigación sobre los jóvenes occidentales, pero sin abandonar las diferencias que implicaban las relaciones de edad. No es una simple cuestión de sustituir clase por edad, sino de examinar las relaciones entre ambas y más particularmente, las formas en que la edad actúa como una mediación de la clase, que se refleja en distribuciones específicas de oportunidades, ventajas y desventajas en el acceso de la gente joven a sus experiencias específicas, como la educación, el trabajo o el ocio. Aunque la juventud tiene numerosas características en común, las divisiones sociales y geográficas provocan diferencias entre ellos y les ponen en muchos casos en estrecha conexión con la gente mayor. Pero los jóvenes experimentan situaciones similares a las de los adultos de una forma distinta y en un conjunto diferente de instituciones que las de sus padres; y cuando se enfrentan a estas situaciones en las mismas estructuras, por ejemplo, en el mercado laboral lo hacen en puntos de su vida crucialmente diferentes.

Pero estas teorías también tienen limitaciones y se les ha criticado que se centran sólo en determinados grupos de jóvenes y no estudian a las mujeres o a los jóvenes conformistas de clase media; y se ha planteado que hay que tener en cuenta otras dimensiones de la estratificación social, como el género o la raza; y también la vida familiar, que juega, por ejemplo, un papel fundamental en la reproducción de las identidades de género. Se ha producido, por tanto, la introducción de más y más dimensiones sociales y culturales. En esta ampliación del campo de estudio ha jugado un papel importante la aproximación del curso de la vida, que integra las relaciones de los jóvenes en las diferentes esferas de la sociedad (familia, grupo de edad, mercado laboral, en una aproximación biográfica, en la que estas esferas son analizadas y entendidas en su conjunto. Sin embargo, aunque se valora positivamente esta perspectiva por integrar proceso y estructura, tiempo individual y tiempo histórico, sus mismos *defensores* reconocen que se corre el peligro de acabar analizando más a los individuos que a los grupos sociales.

Por tanto, la especificidad de la juventud es una norma construida históricamente, desarrollada socialmente e interiorizada psicológicamente. La juventud como fenómeno social depende, más que de la edad, de la posición de la persona en diferentes estructuras sociales, entre las que destacan la familia, la escuela, el trabajo y los grupos de edad, y de la acción de las instituciones estatales que con su legislación alteran la posición de los jóvenes en ellas. La existencia de la juventud como un grupo definido no es un fenómeno universal y, como todo grupo de edad, su desarrollo, forma, contenido, y duración son construcciones sociales y, por tanto, históricas, porque dependen del orden económico, social, cultural y político de cada sociedad; es decir, de su localización histórica y del modo en que la juventud es construida en una sociedad. En 1800, por ejemplo, no había ninguna experiencia común entre la juventud de Europa y la de sus colonias, pero estas fronteras se fueron diluyendo progresivamente al avanzar la edad contemporánea, aunque incluso en una fecha tan reciente como 1997 se podía decir que para una gran proporción de la población joven mundial la idea de juventud como un estadio universal de desarrollo era y sigue siendo un concepto inapropiado. El marco para entender la juventud debe incluir, por tanto, la continuidad y el cambio, las relaciones dentro y entre los diferentes grupos de edad, y las divisiones sociales de clase, género, raza y/o etnia, en un proceso en el que los jóvenes se interrelacionan con muchas instituciones como la escuela, la familia, la Iglesia o el Estado de una forma común y específica, diferente a la de otros grupos de edad. La juventud deviene, así, un proceso de socialización.

La organización social de las sociedades contemporáneas favorece las diferenciaciones entre los distintos grupos de edad, pero sólo en determinadas circunstancias históricas los jóvenes cobran importancia política, aunque no siempre los conflictos en los que participan tienen un carácter generacional. Hay que estudiar las coyunturas históricas en las que aparecen los grupos que se autodefinen como jóvenes, analizarlos en todos sus aspectos, incluyendo las representaciones que se asocian con ellos y las condiciones que posibilitan su formación, e investigar qué clase de relación de edad es relevante para la situación específica que se investiga. Las estrategias desarrolladas por los diferentes grupos de jóvenes dependen de la coyuntura histórica y están en una compleja relación con las de otros grupos de la misma edad y las de los adultos, con las instituciones y sus diversas formas de control, y con la cultura dominante.

Ha sido, por tanto, desde los estudios empíricos si no históricos, con una importante base histórica, desde la que más se ha avanzado en el estudio del surgimiento y desarrollo de la juventud como grupo social. Pero a pesar de que las ciencias sociales han integrado la historia en sus análisis sobre los jóvenes, y que la historiografía sobre la juventud y los movimientos juveniles ha alcanzado un gran desarrollo en todo el continente europeo, este no parece ser el caso de España, probablemente influido por el ya conocido retraso español por las décadas de oscurantismo de la dictadura franquista. Los análisis sobre la juventud, las políticas dirigidas hacia ella, sus formas de vida, sus organizaciones, o su participación en la conflictividad social y política en el periodo anterior a los años 60 del siglo XX son escasos y no han tenido, hasta ahora, una gran continuidad, y como pasa con otros temas históricos, también son escasos los estudios de investigadores españoles sobre la historia de la juventud y de su organización fuera de España y las traducciones de obras sobre este tema⁶³.

Tampoco parece que desde las otras ciencias sociales que estudian a la juventud se conozca suficientemente su desarrollo histórico: cuando todavía se tiene que destacar en un, por lo demás, magnífico estudio sobre la violencia de los grupos juveniles actuales, que “la existencia de grupos juveniles que reclaman determinadas adscripciones ideológicas no hay que entenderlo en ningún caso como un fenómeno de una supuesta patología social y se considera preocupante y novedosa la utilización de esos grupos juveniles por otras organizaciones en su propio beneficio, a pesar de los precedentes existentes en toda Europa, incluida España; se puede utilizar como ejemplo de movimiento juvenil “temprano” el movimiento estudiantil argentino de 1918 sin pensar en la impresionante movilización estudiantil que tanto influyó en la caída de la dictadura de Primo de Rivera; o se puede hablar de la existencia de bandas juveniles sólo después de la Segunda Guerra Mundial, con unos antecedentes en el caso norteamericano, sin acordarse de las cliques berlinesas de la República de Weimar, de las bandas juveniles obreras de la Gran Bretaña de entreguerras o, por quedarnos más cerca, de las bandas de jóvenes obreros barcelonesas de los años veinte y treinta, sólo se puede concluir que es preciso ahondar en el estudio histórico de los jóvenes en España en un marco comparativo europeo e insistir en la necesaria relación entre las diferentes ciencias que se ocupan de lo social, en este caso, en cuanto a la temática juvenil.

E L DESARROLLO

JUVENIL CONTEMPORÁNEO: ENTRE LA INTEGRACIÓN Y LA EXCLUSIÓN

04

EL DESARROLLO JUVENIL CONTEMPORÁNEO: ENTRE LA INTEGRACIÓN Y LA EXCLUSIÓN

Dina Krauskopf⁴

Los cambios puberales son un punto de partida para asumir un nuevo rol social y construir la propia identidad: emerge el ser productor y reproductor y los jóvenes cuentan, por primera vez, con la propia capacidad para aportar a la conducción de su proceso existencial, completar vacíos que se dieron en las bases de su experiencia de vida y reenfocar situaciones, tanto de la niñez como de su presente. Las características biopsicosociales del período facilitan la liberación de energías psíquicas, lo que a su vez acelera el cambio.

En la fase juvenil se producen procesos claves que absorben el ritmo de los tiempos. El desarrollo intelectual y la maduración sexual se constituyen en recursos y motivaciones para elaborar la diferenciación identitaria y desarrollar la vida social con un replanteamiento de las relaciones con el mundo. Es la etapa donde con mayor intensidad son cruciales las interacciones entre los recursos personales y grupales con las opciones y características del entorno.

⁴ Krauskopf, Dina. El desarrollo juvenil contemporáneo: entre la integración y la exclusión. En: Seminario Internacional la escuela media hoy. Desafíos, debates, perspectiva, del 5 al 8 de abril del 2005. La experiencia juvenil contemporánea. Ministerio de educación, ciencia y tecnología de la Nación. Págs. 1-10

La trama del desarrollo juvenil se da con el influjo de la globalización, alcanzando un mayor o menor grado de multiculturalidad, con relaciones de género e intergeneracionales en transición y en estructuras de oportunidades enraizadas en las condiciones históricas, económicas y políticas de sus sociedades.

Las sociedades latinoamericanas están fraccionadas por la inequidad, la exclusión y la pobreza. En el contexto vigente, ello contribuye a la dualidad social: mayor aproximación y articulación internacional para los grupos de más recursos económicos y mayor aislamiento para los sectores pobres. Así los jóvenes de grupos económicamente acomodados se parecen más a los jóvenes de su misma situación en otros países, que a los jóvenes de bajo nivel económico de su propio país.

El ecosistema bidimensional de las agencias básicas del desarrollo personal que descansaban en la alianza de la familia como instancia socioafectiva y en la escuela como instancia sociocognitiva, ha sido sobrepasado. En mayor o menor grado, ha sido atravesado por otras agencias socializadoras y por las influencias multiculturales, pese a lo cual mantiene un papel central en las subjetividades juveniles. Entre ambas instituciones hay un conjunto complejo de dispositivos mediadores que posibilitan al joven del nuevo siglo, el acceso simultáneo a distintos mundos posibles.

La condición para el desempeño del rol protector de estas instituciones ha cambiado. Señala Turkle: "En el pasado, el sistema de inmunidad se describía como una fortaleza privada, un muro firme y estable que protegía de lo interno y de lo externo. Ahora hablamos sobre el sistema inmunológico como algo flexible y permeable. Su buen estado depende de su adaptabilidad. No es casual que el modelo de resiliencia haya hecho últimamente sus aportes, cambiando la perspectiva de las estrategias de protección al desarrollo de los seres humanos, reconociendo la importancia del fomento de las capacidades para enfrentar situaciones de riesgo desde el sujeto.

La modernización ha contribuido a la prolongación de la vida e incidido en que la fase juvenil sea un período cronológico suficientemente amplio como para requerir sentido en sí mismo y no ser visto meramente como una transición al futuro adulto. Los cambios acelerados y la rápida obsolescencia de los instrumentos influyen en la existencia de trayectorias flexibles y diversificadas con nuevos referentes temporales en la evolución de los conocimientos y prácticas. Sin embargo, para el desarrollo de los jóvenes que crecen en exclusión, la prolongación de la vida no es una promesa existencial.



La nueva condición de los jóvenes integrados destaca por una valoración de la autonomía, la avidez por multiplicar experiencias vitales, la emancipación más pronta en los aspectos emocionales y afectivos, el retraso en lo económico, con un ejercicio más temprano de la sexualidad y sin impaciencia por adquirir la condición adulta, con mayor contradicción en las demandas en torno a la vida sexual y con una desregulación creciente en las condiciones que enfrentan.

El cambio histórico que se ha dado en el campo de los derechos, con la reciente inclusión democrática de niños, adolescentes y jóvenes, enfrenta el hecho que, en América Latina y el Caribe, el derecho a la participación ha sido muy débilmente ejercido en general apoyado también por el concepto de moratoria psicosocial, que posterga la ciudadanía responsable. La discriminación por edad afecta a los sectores jóvenes y la cultura poco participativa provocada por los conflictos externos de los países, así como los conflictos armados y la violencia, han sometido a los adolescentes y jóvenes a situaciones difíciles, entre ellas la hostilidad policial. La aceptación de los derechos de las personas jóvenes sufre toda suerte de embates de comportamientos de riesgo, gratificaciones efímeras, anestesia o intensidad sensorial en las drogas, entre las que predomina el alcohol.

El trabajo juvenil interrumpe los estudios, impulsa las migraciones, y se inicia con bajas condiciones salariales y ausencia de garantías laborales. Las personas jóvenes ingresan mayoritariamente en el sector informal de la economía. Los empleos esporádicos, de baja calificación, actúan como desorganizadores en la vida de los jóvenes. La estacionalidad en el área rural produce meses de búsqueda, desorientación y tiempo improductivo.

En la lucha por alcanzar las metas de afirmación juvenil en el desarrollo, se incrementa la necesidad de los adolescentes y jóvenes de encontrar los elementos para organizar su comportamiento y dar sentido a su relación presente con el entorno. Para el éxito en el enfrentamiento de las dificultades de la fase juvenil, las condiciones económicas y el capital social de la familia, la escuela y la comunidad son muy importantes. Aportan al desarrollo de este capital, la calidad de las redes en que están insertos, las bases en que se establece la confianza y cooperación entre las personas, las normas que prevalecen en el colectivo y la vinculación de las instituciones.

Las representaciones juveniles y su visibilidad

Ser joven es una condición que se está expandiendo, no sólo en cuanto a la edad y la identidad asumida, sino en la representación que esta tiene en la sociedad. La identificación y el reconocimiento de las identidades juveniles como tales son relativamente recientes.

Los jóvenes se identificaban como estudiantes, obreros, generación de relevo, etc. Hoy, cada vez más, identifican sus prácticas sociales como jóvenes. Ser joven es, en sí, una identidad social, plantea nuevos sentidos que modifican las transiciones juveniles, sus formas de productividad, participación y expresión. Es un hecho actual que, cada vez más, los jóvenes se reconocen a sí mismos con la identidad de jóvenes.

Sin embargo, amplios sectores juveniles viven la exclusión y la invisibilidad, muchas veces producto de una homogeneización que oculta las diferencias de género, culturas, el estrato económico y la presencia de etnias. Es frecuente que la invisibilidad de la etnicidad en la representación de las juventudes, esté inserta, además, en la invisibilidad de la juventud rural.

Los paradigmas con que se han representado las juventudes, también han incidido en su invisibilidad.

Tradicionalmente se les ha visto como la etapa del ciclo vital dedicada a la preparación. Este concepto de preparación se instala a partir de la postergación de la acción y de la toma de decisiones, entendiendo la preparación como subordinación al que sabe y por lo tanto, ausencia de valoración del aporte participativo del sujeto juvenil ciudadano. Ello da lugar a representaciones sociales del llamado educando, que están desvinculadas de la experiencia y de la cosmovisión del sujeto joven. Ante esto puede surgir la interrogante juvenil ¿prepararse o vivir?

Más allá de los jóvenes que son invisibles por considerarse en fase de transición y preparación, llaman la atención aquellos que no se integran a dicha propuesta. Son las juventudes vistas como etapa problema. La visibilidad juvenil emerge fácilmente en lo negativo y se brinda importancia a los jóvenes en virtud de problemas que buscan corregirse: su sexualidad, la drogadicción, la delincuencia, la llamada deserción escolar. Así se produce un círculo vicioso: invisibilidad, falta de oportunidades de participación constructiva, anonimato, combate juvenil al anonimato, procurando el reconocimiento mediante la identidad negativa asignada- identidad negativa asumida. La visibilidad aterrante se torna en opción de empoderamiento y las gratificaciones intensas son más importantes que la preservación de la vida para estos jóvenes. La visibilización negativa, basada en el reconocimiento estigmatizante de las personas que atraviesan el periodo juvenil, es una adversidad poco identificada, insidiosa en su socialización. La carencia de ámbitos para una visibilidad positiva y para la incorporación social de las habilidades y destrezas de niños y jóvenes, pueden hacer de la calle, la escuela y de la cárcel, la universidad.

La aceleración de los cambios y las relaciones intergeneracionales

La aceleración de los cambios introduce la diferencia entre lo que el individuo proyecta para su vida y los proyectos que para él forjó su familia original. Se ha planteado que las diferencias pueden ser consideradas como indicadores de la velocidad de cambio (Erdheim,1992). M. Mead señalaba que la tradición en los modelos tenía sentido cuando el futuro de los nietos era el pasado de los abuelos.

Hoy, ni el futuro de los hijos es el pasado de los padres. En el ámbito identitario las tecnologías acentúan la brecha intergeneracional y son enfrentadas de modo radicalmente diverso por adultos y jóvenes: para los mayores es tecnología; para los niños y jóvenes es parte del mundo en que nacieron.

La rapidez de los cambios ha conducido a códigos diferentes para interpretar la realidad entre las generaciones. La elaboración de identidades encuentra nuevos canales en el espacio cibernético, aparecen expresiones culturales propias y conocimientos manejados ágilmente por las nuevas generaciones. Los jóvenes de los últimos decenios han crecido en un ecosistema comunicativo tecnológico. Lo tecnológico y lo sociocultural se encuentran recíprocamente influenciados; los medios de comunicación, las redes de información y de mercado, las industrias culturales, los procesos de consumo y la presencia del ciberespacio son fundamentales en la producción de subjetividades contemporáneas y diversas.

El ritmo de difusión de conocimientos rompe las antinomias que dejaban como fase de relevo a los jóvenes de los grupos incluidos y reducían a la juventud como etapa preparatoria. Toman relevancia los logros, gratificaciones y reconocimientos en el presente. La preparación no cumple su sentido para las personas jóvenes si no va unida a la valoración de sus aportes y a la experiencia productiva. La posibilidad de poner las ideas y valores en práctica permite enriquecer las conceptualizaciones, acciones e incorporación social de los jóvenes. Esta es una condición necesaria en las estrategias académicas de la educación secundaria. Se les priva de la capacidad de acción, se les mantiene en la impotencia y, por lo tanto, en la omnipotencia del pensamiento. Agreguemos que, también, así se facilitan las acciones intersticiales que son cada vez más amplias y diversas en los mundos de vida juveniles. Zapata (2002) observa que los jóvenes generan intersticios de resistencias frente a un orden social del que están convencidos que no están convidados a su construcción, dirección e interpelación.

Los jóvenes enfrentan con facilidad la obsolescencia del conocimiento y aportan respuestas innovadoras, la experiencia ya no es el único referente para ampliar el conocimiento. Los adultos también se ven impelidos a flexibilizar sus procesos identitarios para incorporar las nuevas transiciones del mundo contemporáneo en el contexto de la prolongación de sus vidas. En concordancia con ello, el signo juventud se revaloriza y aparece en los adultos, la juvenilización. Esta valoración del signo juventud, paradójicamente, no va acompañada por el aprecio adulto hacia las personas jóvenes.

El intento de recuperar el equilibrio perdido de la autoridad adulta tradicional, se aprecia en la reagudización de los controles externos que a veces ejercen los mayores y las agencias sociales, en la perplejidad que emerge ante la intuición juvenil de un futuro inimaginado y ante la evidencia de la mayor velocidad de las generaciones jóvenes para la adquisición de conocimientos innovadores. La transformación del período adulto ha llevado a que los mayores oculten menos, o destaquen en exceso, lo que consideran los costos de la adultez. Los jóvenes perciben estas realidades en su entorno adulto y experimentan sus consecuencias.

Las distancias generacionales con los mayores se han modificado, los jóvenes saben cosas que los adultos no saben y los conflictos intergeneracionales ya no derivan de la avidez juvenil por alcanzar el poder adulto. La ineficacia de los instrumentos psicosociales tradicionales para afirmar la autoridad y brindar la protección mediante el control externo, exacerba y agrava la rigidez e inadecuación de las respuestas de los mayores, devalúa las capacidades juveniles, incrementa la discriminación en lugar de estimular y asesorar la actualización de potencialidades.

Es lo que se ha llamado adultocentrismo: proviene de las tradiciones patriarcales, discrimina por edad a las personas que se encuentran en la fase juvenil, no incorpora ni legitima sus perspectivas, descalifica o estigmatiza las manifestaciones que no coinciden con las expectativas de los interlocutores mayores. Desde este enfoque se prioriza los problemas juveniles sin establecer un espacio de escucha y participación ni dar reconocimiento a la exigibilidad de sus derechos. Frecuentemente encubre el desconcierto adulto frente a las demandas formativas de la época actual, así como la dificultad de redistribuir el poder que había sido favorecido por la discriminación flexibilidad para incorporar los conocimientos y aportar a la innovación. Debidamente reconocidas las nuevas circunstancias, el problema puede ser resuelto de modo integrador. De lo contrario son posibles las fracturas en las relaciones intergeneracionales.

Las nuevas temporalidades en la construcción de las trayectorias de vida

La modernización y la globalización han roto la homogeneidad de las culturas y por consiguiente, la inmovilidad de los roles.

Las personas en la fase juvenil ya no corresponden a un pre - proyecto de futuro. La calidad del presente, el sentido y calidad de vida que este ofrece, son factores determinantes en la forma que los jóvenes proyecten su futuro.

Para las sociedades, el presente se ha vuelto omnipresente y el futuro ha dejado de ser eficiente como foco ordenador alrededor del cual se fijaban metas, se planificaba y organizaban las acciones. Por la aceleración de los cambios, el futuro sólo puede avizorarse de acuerdo a lo que el presente permite proyectar. Esto es un gran desafío en la formación de los educadores. Reconoce que muchos educadores nos acostumbramos con facilidad a pensar y actuar en las dimensiones del pasado y del futuro dos tiempos vitales que no son desconociendo el presente la población juvenil nos pone en una situación de asumir el tiempo más exigente: el de ahora, con la intensidad y la frecuencia vital con la que les tocará vibrar.

El aumento de la esperanza de vida en el contexto de cambios acelerados lleva a que ya no pueda hablarse de un solo proyecto existencial, fijo y predeterminado. Ganan sentido las inserciones juveniles con potencial innovador, la flexibilidad frente a los cambios abandonando la orientación de los pasos dados hacia una supuesta certidumbre. La incertidumbre y la imprevisibilidad son elementos que deben incorporarse al desarrollo. Desaparecen las transiciones clásicas y nuevas estrategias deben incorporarse en el sentido de vida. Más que de un proyecto de vida, debemos hablar de una vida con proyectos.

La vida social, no se presenta más como una continuidad espacio temporal con destinos vistos tradicionalmente como previsibles o inevitables.

En vez de claros peldaños hacia un horizonte seguro y predefinido traducido en un proyecto de futuro que ordena el presente y lleva hacia la adultez, son necesarias estrategias que incorporan las transformaciones propias del sujeto juvenil en las nuevas condiciones de existencia. Por ello sus trayectorias se desarrollan en el marco de proyectos de diversa estructuración y proyección.

La secuencia ordenada por hitos como nupcialidad sexualidad activa formación de familia reproducción, ha perdido la fuerza de su linealidad en el recorrido de vida. A su vez se imbrican con variaciones en la secuencia estudio-trabajo. La independencia entre cada una de estas metas ha aumentado y constituyen decisiones separadas. El sentido de las rutas juveniles no se ordena sólo para su futuro -como tradicionalmente se entiende desde la adultez-, sino para ser cogestor y promotor del desarrollo propio y de su colectivo.

Se rompe así la linealidad y normatividad con que se han supuesto las etapas y tareas del desarrollo. Además, es sabido que, en ciertas etnias, grupos en condiciones de pobreza y de exclusión social, no se cumplen las secuencias de acciones y roles esperados en el imaginario normativo de las etapas. Un ejemplo de ello son las madres-niñas que cuidan del hogar y han iniciado el rol materno antes de gestar. Posteriormente es posible que sean hijas- madres al embarazarse en la adolescencia.

La presencia de lo efímero e incierto no constituye necesariamente inestabilidad, pues vivir en un crisol de contradicciones, cambios y diversidad de insumos hace necesario desarrollar estrategias de articulación interna y de relación con el mundo externo para incorporar la paradoja social que Reguillo ha llamado "la incertidumbre como única certidumbre". Los jóvenes están desarrollando la "gestión de la incertidumbre".

Esto modifica la constitución de la estabilidad como eje de la identidad contemporánea. Turkle señala que hasta hace poco la estabilidad se valoraba socialmente y se reforzaba culturalmente a través de roles de género rígidos, trabajo repetitivo permanecer toda la vida en una pequeña ciudad. La estabilidad basada en la flexibilidad, con la incorporación de la multicentralidad y la valoración a la diversidad de alternativas, el aprendizaje permanente, los conocimientos, destrezas emocionales y sociales de amplia aplicabilidad, permiten enfrentar los cambios y la incertidumbre con imaginación y decisión transformadora.

La resignificación de la moratoria

En el contexto actual de prolongación de la vida, de cambios acelerados, de modificación del recorrido existencial, de rápida obsolescencia de los instrumentos y superación de conocimientos, los nuevos sentidos del tiempo, la incertidumbre, etc., la identidad se organiza con elementos diferentes a los referentes con que Erikson desarrolló su concepto de moratoria. En el recorrido existencial, es posible que se requiera un tiempo para resolver las disyuntivas que se enfrentan, sin embargo, no es requisito quedar eximido con el compromiso de las acciones, como podría entenderse en la moratoria psicosocial.

Grandes mayorías de jóvenes latinoamericanos son invisibilizados como tales, al no vivir la moratoria y enfrentar la premura psicosocial. Esta premura se intensifica a partir de la pubertad que parece legitimar su responsabilidad de procurar la subsistencia y aportar a sus familias. El tiempo de ser joven identitariamente varía entre estratos y clases sociales.

Ya no se puede pensar que la identidad se estructura de una vez (en la adolescencia, periodo de aprendizaje) y para toda la vida (la adultez, periodo de consolidación y experiencia). En síntesis, la moratoria ya no tipifica a la fase juvenil ni es exclusiva de este periodo de la vida. Ambas generaciones deben aprender permanentemente para enfrentar los cambios. Los estudios de identidad de Marcia (1966), basados en las clasificaciones de Erikson, concluyeron que la moratoria puede expresarse como crisis en cualquier momento de la vida adulta, lo que no es de extrañar si reconocemos que la esperanza de vida se ha hecho cada vez mayor. Las condiciones, problemas y respuestas, se transforman con el correr del tiempo ante los nuevos desafíos que la longitud de vida implica.

El concepto de moratoria psicosocial mantiene el reduccionismo de la juventud como etapa preparatoria. Dicho reduccionismo surge como una postergación de los derechos de los niños y jóvenes, al considerarlos carentes de madurez social e inexpertos.

Implícitamente se les niega el reconocimiento, se tornan invisibles como sujetos sociales y sólo se les destaca cuando se considera que causan problemas, lo que, como ya mencionamos, facilita la estigmatización.

En nuestros tiempos la elaboración de la identidad es un imperativo del desarrollo el tema es ahora tan estratégico, como lo fue la sexualidad en tiempos de Freud. La vertiginosidad de los cambios exige plantearse quién se es realmente. La configuración de identidades juveniles (y adultas) está menos marcada por la continuidad lineal que por la heterogeneidad en las condiciones de vida.

Por otro lado, es necesario rescatar el valor de la pluralidad de las membresías, pues amplía el espectro de la construcción de la identidad y puede relativizar la tendencia a sobre enfatizar en su reconocimiento, reduciéndolo a algún aspecto, sea este negativo o positivo. El multicentrismo da paso a la simultaneidad de los insumos y expresiones y debilita la fuerza que poseían las antinomias lineales y asimétricas. Estas, asentadas en lo patriarcal, organizaban los insumos de la identidad: Lo masculino como opuesto a lo femenino, una generación adulta que sabe (incluida) y una generación joven que se prepara para el relevo (postergada).

La formación de la identidad ha sido clásicamente considerada como resultante del proceso de interrelación continua entre tres niveles de integración: la integración espacial, la integración temporal, la integración social. A continuación, desarrollaremos estos niveles de acuerdo a las condiciones de la experiencia juvenil contemporánea.

La integración espacial. Su cohesión interna permite la comparación y contraste con los objetos y los otros seres: incluye el plano corporal. El escaso dominio y la carencia de espacios sociales propios que experimentan muchos jóvenes, el incremento del énfasis en la individuación, los han llevado a privilegiar el cuerpo como territorio simbólico de expresión y autoafirmación: tatuajes, vestimentas, cabellos.

La integración se constituye de acuerdo a la característica epocal donde prevalece lo múltiple y lo multicéntrico. Dicha característica se aprecia en el desarrollo multicéntrico de las ciudades, el impacto de la multiculturalidad a través de los medios masivos de comunicación, del ciberespacio, la modernización del transporte, la fuerza de las migraciones. Así, por ejemplo, el acto de acoger la cultura de otra geografía no presupone la renuncia a una identidad propia sino la reorganización de esta.

En los tiempos actuales la identidad se ha expandido cibernéticamente y, además, la territorialidad geográfica ha dejado de ser un ámbito identitario monolítico. Podemos hablar de territorios económicos y psicosociales que cada vez están menos predefinidos geográficamente y son articulados de acuerdo a las oportunidades identitarias.

La cercanía local ya no determina de modo exclusivo la presencia de las influencias. A través de los medios masivos de comunicación se da la multilocalización; se puede estar presente en varios lugares. La informática produce realidades virtuales que abren nuevas rutas para la elaboración de la identidad y las cosmovisiones.



La integración temporal. Comprende las diferentes representaciones de sí mismo en el tiempo. Así, los jóvenes conviven y participan en múltiples interconexiones que se traducen en la multiplicidad de los tiempos concretos de la vida cotidiana. A la vez la representación del tiempo tiene actualmente múltiples referentes: tiempos públicos, tiempos familiares, tiempos subjetivos, tiempos biológicos. El presente se hace simultáneo y extendido, el futuro más brevemente anticipado. La identidad establece continuidad en el plano interior, enfoca sus contradicciones, articula su descentralización y otorga la base del sentimiento de mismidad.

Por ello, como ya señalamos, es necesario analizar la dinámica de la integración identitaria, no sólo por sus elementos secuenciales, sino también por el reconocimiento de los procesos de simultaneidad y articulación. Las identidades propenden a una organización multicéntrica que demanda un abordaje integral e innovador en el reconocimiento de las prácticas juveniles en la modernidad.

La integración social. Relaciona aspectos de sí mismo con los elementos que rodean al sujeto y están a su alcance a través de la identificación y la proyección.

La elaboración de la identidad juvenil es un proceso personal y frecuentemente grupal.

Un elemento importante que determina particularidades en el desarrollo de la identidad, es la exclusión y la modernidad, pues los procesos tradicionales de socialización pierden eficacia. Las vías identificatorias de los jóvenes en las agregaciones urbanas reflejan también una respuesta a las dificultades de los nuevos tiempos. Los ámbitos de agregación juvenil son espacios de sociabilidad, en los intersticios de los procesos de socialización tradicionales impartidos por la escuela, la familia, el trabajo, la religión, la política, y otros asignados a los tiempos de ocio, donde se expresan culturas juveniles constituidas en centros de producción de sentido múltiples, mutantes y diversos. En su combate a la despersonalización han llegado a constituir un self colectivo y sentir que esta identidad es su fuerza.

Las tribus urbanas, las microrredes, están enmarcadas en la desinstitucionalización. La sensibilidad juvenil comienza a poner en práctica toda una ritualidad distintiva que va marcando y protegiendo el espacio de su cotidianidad. Conjuntamente con ello, se va produciendo una reasignación del hábitat urbano donde se desenvuelven estas sensibilidades. La dimensión estética como creación de otros marcos de referencia, de nuevas subjetividades colectivas y de formas artísticas, permite ver a las culturas juveniles, y a las más creativas entre ellas, como descomunales potencias de transformación. La música ha demostrado ser la empatía estética más importante para la juventud. Se ha constituido en un elemento de convocatoria, lenguaje cohesionante, identificatorio y expresivo, diferenciador de la niñez y la adultez.

En las creaciones y manifestaciones juveniles la dimensión estética trasciende los límites del arte y se instala en el desarrollo de modos de existencia integradores, relaciones sociales con búsqueda de lo ético, los signos culturales y políticos, lo artístico y la producción de conocimientos desde la experiencia. La ecología, la diversidad sexual, la paz, los derechos humanos, la defensa de las tradiciones, la expansión de la conciencia, el rock, se convierten en banderas, en objetos-emblema que agrupan, que dan identidad a grupos de jóvenes.

Conclusión

La diversificación y complejización del funcionamiento de las sociedades, ha significado la modificación de los trayectos de vida, pues ya no siguen secuencias lineales ni se instrumentan de la misma forma permanentemente. Esto hace parte de los procesos de construcción de la identidad no sólo en los jóvenes, sino también de los adultos.

Integrar los contextos y opciones contemporáneas implica difíciles desafíos en las interacciones humanas, particularmente cuando el desarrollo de los mecanismos de integración social con la influencia de la globalización económica y la modernización se segmentan y modifican. Para ello es necesario reconocer la heterogeneidad de las juventudes y la aceleración de los cambios en las trayectorias de vida en una perspectiva intergeneracional e intercultural. Los adolescentes y jóvenes tienen fundamentalmente, un sentido de vida positivo. La fase juvenil es tiempo de capacidad y oportunidad, un momento clave para redireccionar situaciones de vida para lograr el enriquecimiento del desarrollo.

La multiplicidad de referentes con que las sociedades entraron a este milenio genera nuevas temporalidades y devela la diversidad en las condiciones, sentidos y recorridos existenciales en todo el ciclo vital. El debilitamiento del futuro como foco orientador de los proyectos de vida y el predominio del presente como eje del sentido existencial hacen que la identidad ya no se construya en la postergación de la inserción social.

Las representaciones sociales de la juventud orientan, por lo tanto, su inclusión, omisión o exclusión de las acciones públicas. La invisibilidad predominante de los jóvenes como sujetos sociales y actores estratégicos del desarrollo, asociada a la omisión de las respuestas, genera vacíos y peligros en el desarrollo juvenil y para sus sociedades. La modernización ha traído una débil y contradictoria estructuración para integrar activa y constructivamente las juventudes, lo que se constituye en una crisis social. Este desarreglo profundo en la sociedad tiene consecuencias visibles e inmediatas entre jóvenes y adultos que son agravadas por la pobreza y la exclusión. La perversión de las oportunidades y los cambios sociales demandan contar con nuevas condiciones para romper los ciclos de pobreza intergeneracional, producir condiciones para la esperanza y la resiliencia de las juventudes, la preservación de su vida y las opciones para expresarse culturalmente y contribuir a su entorno.

La ampliación de la fase juvenil requiere orientarse a un manejo competente de la vida independiente y su aporte al desarrollo del colectivo en la sociedad contemporánea. Las manifestaciones culturales específicas de los jóvenes son espacios de participación valiosos que los expresan como sujetos sociales, con una voz legítima y autónoma. Dan forma estética a una ética propia y a nuevos sentidos de lo político. Las culturas juveniles poseen saberes, prácticas y potenciales que pueden contribuir a la sociedad en general.

Las sociedades deben contar con las juventudes, con su capacidad de aprender a aprender y reciclar con flexibilidad sus competencias y actitudes, su goce creador y energía vital. Con ellos, en un nuevo pacto de corresponsabilidad y colaboración intergeneracional se pueden construir las nuevas estrategias del desarrollo y de la orientación existencial.

ADOLESCENCIA Y

SOCIEDAD: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD EN TIEMPOS DE INMEDIATEZ

05

ADOLESCENCIA Y SOCIEDAD: LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDAD EN TIEMPOS DE INMEDIATEZ

Cecilia Vázquez⁵

Javier Fernández Mauján

Sociedad actual. Los nuevos escenarios

Es cierto que el mundo es siendo por lo cual, denunciar que se está produciendo un cambio social no es una novedad para nadie. Sin embargo, estamos asistiendo a un cambio que afecta sustancialmente los modos de ser y estar en el mundo. El declive de las instituciones, la imagen como factor determinante en la obtención de logros o su inevitable contrapartida: no ser; y la inmediatez como modalidad, son factores encadenados fundantes de estos cambios.

Si por un momento nos detuviéramos a pensar en la década del 50, podríamos identificar un discurso único compartido generador de significaciones y modos de ser de esa época. El discurso hegemónico del Estado era el de ser un orden simbólico articulador que comprende a todos por igual bajo la figura de ser ciudadano de un Estado benefactor. Esto implica para este ciudadano, además del reconocimiento de un poder único impartidor y regulador del orden social, una pertenencia a un nosotros instituido junto a un monto de certezas: un futuro conocido y anticipable.

5 Cecilia Vázquez, Javier Fernández Mouján. Adolescencia y Sociedad - La construcción de identidad en tiempos de inmediatez. En: Revista Psocial. Facultad de Ciencias Sociales. Vol. 2. No. 1, 2016. Págs. 38-55

En las últimas décadas el mercado desbordó las fronteras nacionales, dando origen a la globalización. A medida que el mercado se empodera sin reconocer fronteras, las naciones se desdibujan y la figura del ciudadano, como soporte subjetivo de los Estados, fue quedando vacía de representación.

Este fenómeno produce un nuevo concepto al que Ignacio Lewkowicz denomina Estado técnico-administrativo. Junto a la conversión de los Estado-nación en Estados técnico-administrativos-enuncia el autor-se da la conversión de los ciudadanos en consumidores.

En la década del 80 los principios del mercado impregnaron la cultura y todos los ámbitos de la sociedad. La consigna de la época es vivir en “Busca de la Excelencia” como camino obligado para la obtención del éxito. “Liderar el mercado” es la mayor aspiración y el éxito es considerado sólo bajo una acepción más cuantitativa que cualitativa.

Valiéndose de los beneficios de los avances tecnológicos y los medios masivos de comunicación, el marketing pasa a ser el gran protagonista, que con propuestas innovadoras liquida y licúalos tiempos sólidos. Las estrategias de mercadeo a través de su herramienta estelar, la publicidad, y los medios masivos de comunicación como soporte, apuntan a la creación de nuevas necesidades. De esta manera los productos y servicios ofrecidos pasaron a convertirse en promesas de felicidad eterna, cuya clave del éxito es que, al ser adheridas al deseo inconsciente de los consumidores, jamás se agota.

Pues bien, en esta sociedad post-estatal y bajo estas nuevas condiciones, ya sea ciudadano, consumidor u homo eligen, como lo llama Bauman hay un sujeto que se constituye en y de la misma. Ese sujeto único, no puede ser pensado sin el contexto social, ni viceversa. Su sí mismo se construye y se inscribe en una cultura con una concepción típica de un tiempo y un espacio, en estrecha interacción con los demás. En este caso, bajo los designios del mercado.

¿Qué sujeto surge de este desacople, qué experimenta, qué desea? El mercado por definición necesita del consumo constante. Para esto se requiere la producción de nuevas necesidades. Su alimento es la búsqueda de satisfacción del deseo muchas veces disfrazado de obtención de un producto imprescindible para la existencia. Sin embargo, aquello que hoy es imprescindible, mañana será reemplazado.

Esa es su dinámica. Este mandato social es percibido como una amenaza constante para el sujeto que siente que sus potencialidades están en peligro si no se cumple su regla básica, hay que consumir no importa dónde, ni cómo, ni qué. “El capitalismo tardío ha sometido el deseo de las masas a una organización que está al servicio del consumo por el consumo mismo”.



¿Y el que no consume? El mercado sólo nombra al consumidor, el que no consume queda excluido de esta lógica: Los preceptos de vida de las leyes escritas y no escritas de los mercados sólo pueden ignorarse a riesgo personal y suele castigarse con la exclusión; operación social prefieren denominar expulsión otorgándole así un carácter móvil al incluir en la denominación a la fuerza que lo hace posible.

En forma desapercibida, el discurso del Estado- Nación es reemplazado por el discurso del Mercado. Este ya no nombra a todos por igual, sino sólo a los que consumen. Los sujetos comienzan a perder la pertenencia a ese nosotros y la protección simbólica que les otorgaba el ser parte de ese pueblo.

Se produce así un vacío de sentido como pérdida de discursos que nombren a los sujetos y les asignen un lugar en la sociedad. Esta crisis, por ende, acarrea una crisis del proceso identificadorio. Al respecto, el discurso que la sociedad sostiene de sí misma, en la representación, hay un pretenderse como esa sociedad; una investidura tanto de la colectividad como de las leyes por medio de las cuales esa sociedad es lo que es. El autor hace foco en la instauración de tres dimensiones -representaciones, finalidades y afectos- que se lleva a cabo por todo tipo de instituciones haciendo que se instituya cada vez un tipo antropológico específico: “el florentino del siglo XV no es el parisino del siglo XX, en función de todo lo que es, piensa, quiere, ama o detesta”. Sin embargo, la colectividad no es eterna, lo que es investido como eterno por sus miembros es el sentido que se le da a partir de tales significaciones. Para el autor el problema de la crisis de los procesos identificadorios es que hoy el sentido, socialmente, no está en ninguna parte.

El mercado va introduciendo una nueva alteración en los modos de existencia. Desde que éste ostenta una lógica cuya temporalidad es la velocidad, la subjetividad mercantil debe adaptarse a condiciones que varían permanentemente. En tanto hablaban de innovación y flexibilidad como las novedosas claves para éxito; irrumpe con el concepto de modernidad líquida: en la que el sujeto requiere de una identidad flexible para integrarse socialmente y adaptarse a la realidad mutante que le toque experimentar en su devenir: Lo pequeño, lo liviano significa ahora progreso aferrarse al suelo, puede resultar positivamente perjudicial, mientras las nuevas oportunidades aparecen en cualquier otra parte.

A su vez, dentro de las nuevas condiciones sociales y culturales debemos considerar especialmente a los nuevos modos de vincularse que surgen de una nueva práctica.

Estar conectados a la red

Las redes sociales son el tipo de web que más minutos de navegación registran. De los países latinoamericanos, Argentina tiene el horario promedio más alto. En el año 2012 se registró un total de 28 millones de usuarios de internet en Argentina, lo que implica una penetración del 68%, la más alta de la región.

Entre la diversidad de usos que se le da, hoy Internet es la fuente de información más consultada del mundo, en primer lugar. Le siguen las comunicaciones por correo electrónico, mensajería, chats y conversaciones a través de las redes sociales, Facebook, Twitter y las videoconferencias por medio de Skype. También es utilizada para descargar música, películas, libros y otros archivos; para acceder a información de empresas e instituciones, públicas o privadas, realizar pagos, hacer trámites y transacciones bancarias, subir información a la red, videos o fotos al mismo tiempo que acceder a ésta; jugar en línea; publicar productos o servicios, comprar y vender productos o servicios, leer los diarios de todo el mundo, acceder a sus archivos y volcar una opinión; realizar reservas aéreas, de hoteles, de espectáculos y museos y recorrer variedad de ciudades en forma virtual. Es una indiscutida herramienta de trabajo y año tras año, se incrementa su uso en el área de educación de todos los niveles, al punto que es posible hacer carreras universitarias y posgrados a distancia. También es posible crearse una segunda vida, habitar una sociedad virtual y mucho más.

Ya nadie podría dudar que internet ha ocasionado un cambio sustancial en la vida de los sujetos. Es más, estas mismas acciones que mencionábamos y que hoy nos pueden resultar tan obvias, implican tal vez, uno de los cambios más profundos que jamás haya experimentado el ser humano: los dos ejes que por definición han operado como marco del sujeto en su historia, han devenido inciertos:

Como en una película de ciencia ficción, el espacio se ha contraído -o ampliado. El impacto de este fenómeno es observable en todos los ámbitos sociales. Internet ha habilitado un nuevo espacio que no está ni adentro, ni afuera; no es un lugar específico, pero es muchos lugares al mismo tiempo. Para su mejor comprensión, imaginemos una reunión a la que asistan todos los gerentes de una multinacional, desde sus despachos locales. ¿Dónde se estaría llevando a cabo esa reunión? ¿En el despacho de cada uno de los concurrentes, de los cinco continentes? ¿O en el ciberespacio? Lo cierto es que hoy, un padre que se va de viaje puede estar más conectado con su hijo que cuando están bajo el mismo techo, las despedidas ya no son tan despedidas, ni los reencuentros tan reencuentros.

En esta misma línea, y como adelanto del próximo apartado plantearemos un nuevo interrogante: Cuando un adolescente se queda encerrado en su habitación, chateando con un grupo de amigos toda una tarde ¿está encerrado? Cuando encontramos en una mesa de un restaurante a una pareja, cada uno manteniendo una conversación porque, aunque se trate de mensajes escritos, y no se escuche ninguna voz, igual se denomina conversación con otras personas; ¿dónde podemos decir que están realmente, en ese restaurante, en alguna otra parte o en los dos lugares a la vez? ¿Y cuándo su interlocutor -quien está del otro lado del teléfono, claro- pueda ver el plato pedido en el mismo instante que los presentes, porque recibió una imagen por Instagram- en esa mesa, si es que hay alguien, cuántas personas hay? ¿Dos, tres, cuatro?

Y, por último, ¿Qué está lejos y qué cerca? ¿Aquello que está a 200 mts y sin conexión o a 20.000 km y on line?

También podemos concebir que existió un tiempo estatal, aquel que suponía una temporalidad lineal que traía implícita la idea de progreso orientada hacia el futuro, y también, tiempo mediante, un principio de autoridad y saber: Aquel que sabe porque ha vivido una experiencia, goza de respeto y autoridad porque puede hacer un valioso aporte a otras generaciones al transmitir ese saber y experiencia.

Y, por otro lado, de un tiempo nuevo, o no estatal. ¿Cuáles son las características de este tiempo nuevo? La velocidad y la inmediatez: El no tiempo. El poseedor de la información ya no es quien más se ha instruido, o quien más ha vivido, sino quién tiene más a mano un dispositivo para acceder a toda hora a la información de todo el mundo. Para ilustrar la alteración en los modos de vida que implica este sencillo acto, veamos un ejemplo ilustrativo, que, si bien es extremo, no deja de ser verdadero:

Viajemos imaginariamente hasta los tiempos del Virreinato del Río del Plata, allá por el siglo XIX. Supongamos que el Virrey emprende una comunicación epistolar con su superior, el Rey de España. La carta escrita de su puño y letra, tomaría unos tres meses en llegar en barco, y otros tres meses demoraría la respuesta desde otro lado del océano. Podríamos calcular que esta comunicación se completaba, en el mejor de los casos, en seis meses. Pues bien, el mundo entero se movía a esa velocidad. Bajo esas condiciones nos es fácil imaginar tiempo para la cordialidad, los encuentros, la planificación, la educación y la familia.

Veamos ahora otro ejemplo sin tener que alejarnos tanto en el tiempo. Hace apenas 30 años, en Buenos Aires, realizar una reserva en una compañía aérea era un desafío que podía tomar toda la jornada de trabajo de un empleado de una agencia de turismo. En primer lugar, teníamos que esperar el tono, conseguir que no esté ocupada la línea y que un asistente de reservas atienda antes que se corte la comunicación. Esto implicaba una cantidad de intentos que hoy supera nuestra imaginación, de varias horas y también días. Si en una jornada sólo se podía realizar una operación, sólo había una preocupación, un tema en la agenda, una gestión por vez. El avance tecnológico de las telecomunicaciones ha permitido agilizar la transmisión de mensajes de manera tal, que en la actualidad cuando comenzamos nuestra jornada laboral -lo cual tenemos posibilidad de hacer desde casa, la calle, el subte y abrimos un dispositivo conectado a la red, la cantidad de mensajes que esperan respuesta no sólo supera ampliamente la capacidad que tenemos de resolverlos en un solo día, sino en muchos casos, de leerlos. En cuanto a la reserva aérea, la hace el mismo pasajero on line, luego de elegir el precio y el horario más conveniente de toda la oferta del mercado, abona el pasaje e imprime su boarding, todo en menos de un minuto.

Las acciones ahora nos llevan tan poco tiempo, que el concepto proceso de a poco es sustituido por el de instantaneidad, nada más ni nada menos que la supresión del tiempo mediante. El alcance de esta concepción es de tal significación que hoy en nuestra sociedad, especialmente para los jóvenes, todo aquello que no puede resolverse con un click para muchos pasa a categoría de imposible.

Nuestros jóvenes, nativos digitales

Retomando a la sociedad como moldeadora de identidad recordemos que la construcción de una nueva identidad yoica es una de las tareas más significativas que produce el joven durante la adolescencia echemos un vistazo a la sociedad en que se desarrollan nuestros adolescentes de hoy. Estos son los jóvenes que nacieron en la última década del siglo XX, que crecieron con las premisas y creencias de los padres que en general transitaron por su escolaridad durante los años de gobierno militar y completaron su adolescencia en el primer período de gobierno democrático que siguió a la dictadura.

A pesar de haber nacido con un Estado debilitado, en una etapa de creciente globalización, el discurso seguía operando desde el seno familiar por ser éste el discurso conocido y vivenciado por sus padres. Por otro lado, esa generación atravesó su adolescencia en los años ochenta, la década en que el marketing, los medios de comunicación y la publicidad plantaron su bandera como símbolo de conquista de la nueva era: la era del consumo. Las nuevas familias se conformaron con el nuevo sello, los sujetos desde la cuna fueron blancos de las estrategias de mercadeo. Ya no hay una ley integradora que nombre a todos como ciudadanos de una nación; sino una ley del consumidor que nombra sólo a quiénes consumen. La tendencia a disolución de los lazos que sostenían la trama social, sumado a la imposibilidad de pensarse en un futuro anticipable, hace que se pierdan las representaciones que permitían la ilusión de ser parte de un nosotros. Ante esta crisis identificatoria, se erige el mercado salvador que propone llenar ese vacío con promesas de satisfacción. Cada marca ofrece una fórmula para la felicidad y acceder a las propuestas del mercado signa la diferencia entre ser o no ser.

Los adolescentes de hoy, también llamados nativos digitales, son jóvenes que nacieron con dispositivos tecnológicos al alcance de su mano, los cuales constituyeron su modo de vincularse. Crecieron con nuevas concepciones de tiempo y espacio. No necesitan adaptarse a la inmediatez ni al devenir caótico, porque éste es su mundo.

La adolescencia

145

A nadie podría resultarle una difícil tarea diferenciar a un niño de un adulto, cualquier persona podría incluso dar una definición simple de cada una de estas etapas, las que se explican por sí mismas, pero en el caso de la adolescencia, para definirla se lo hace en función de los procesos que un joven realiza en su traspaso.

La realización de estas tareas está supeditada a las características de la época en que al adolescente le toque vivir, amén de su particular situación familiar, de lugar, de género, de clase social. Veamos algunos ejemplos:

En las sociedades primitivas, la adolescencia abarca un instante representado por un ritual de paso de una etapa de la vida a otra en la cual se accede a la sexualidad activa, se adquieren responsabilidades y poder dentro de la tribu. En esos casos la pubertad marca el fin de la infancia y el comienzo de la vida adulta. En épocas en las que la expectativa media de vida era de 30 años podríamos asumir que una vez que el niño puede valerse por sí mismo ya adoptaría una vida de adulto. Con la extensión en las expectativas de vida, comienzan a surgir nuevos grupos etarios, entre ellos los jóvenes y los viejos. En las sociedades desarrolladas también existieron ritos de iniciación: unas décadas atrás usar pantalones largos, comenzar a fumar, ir a un prostíbulo, eran hitos en el pasaje hacia la edad adulta en el varón y maquillarse, usar medias de seda y tener novio, lo eran en la mujer. Sin embargo, no es sólo una cuestión de épocas. Podemos encontrar también sociedades con un rito de pasaje: desde un período de alejamiento de los púberes de sus aldeas, seguido de un bautismo, una circuncisión o alguna otra ceremonia de marcación corporal. Los miembros de estas sociedades pasan casi sin transición o con alguna mínima extensión temporal, directamente desde la infancia a la adultez. "Históricamente esto se ha dado así y lo inusual es que haya sociedades con juventud. Adolescentes y jóvenes, entonces, serán todos los que una sociedad considere como tales".

Igualmente, desde una óptica psicoanalítica europea, ubica un cambio conceptual a partir de la segunda guerra mundial explicándolo en estos términos:

Antes de 1939, la adolescencia era contada por los escritores como una crisis subjetiva: uno se rebela contra los padres y las obligaciones de la sociedad, en tanto que, a su vez, sueña con llegar a ser rápidamente un adulto para hacer como ellos. Después de 1950, la adolescencia ya no es considerada como una crisis, sino como un estado. Es en cierto modo institucionalizada como una experiencia filosófica, un paso obligado de la conciencia.

Para la autora sería la era posindustrial la que permitió desarrollar y extender la adolescencia a buena parte de los jóvenes. ¿Por qué no a todos? Porque los jóvenes pertenecientes a sectores de bajos ingresos o campesinos quedan fuera de este proceso, para ellos la entrada en la adultez es brusca.

Si consideramos a la adolescencia como ese intermezzo entre el inicio de la pubertad y el ingreso al mundo adulto, ya sea por medio de la emancipación o la adquisición de responsabilidades laborales que lo inserten socialmente, es fácil imaginar que los jóvenes de sectores de bajos recursos, expuestos al trabajo infantil, los embarazos a edades tempranas y la necesidad de autoabastecerse por falta de adultos que los sustenten, tienen impedida la posibilidad de esta moratoria.

En definitiva, para que podamos comprenderlos, más que juzgarlos, tenemos que contextualizarlos en su relación con la situación histórica y social que les toca vivir.

Para cerrar el tema y tomando el pensamiento de Urresti (2000), estamos en condiciones de afirmar que, si vamos a utilizar la edad para definir la adolescencia, ésta nos sirve en el sentido que tener una edad y no otra, supone haber sido socializado en un momento histórico determinado, ser hijo de una coyuntura y darle un tipo de relieve temporal a la propia experiencia. Y en un segundo análisis podríamos ir aún un poco más allá y dejar asentado el carácter variable de la presencia de esta etapa en una composición social. De acuerdo a lo que vimos, por estar su existencia sujeta a ciertas condiciones culturales, comenzando así a poner en duda su manifestación en la actualidad.

Adolescencia como crisis

De la variedad de configuraciones que ha presentado la adolescencia -como etapa, como rito, o instante- el agente fundante indiscutido, es el cambio.

Desde la óptica del modelo presentado por Octavio Fernández Mouján, el joven pierde todo nexo con lo que fue. Este ser, desidentificado, es un ser en situación, sin pasado, sin premisas, sin conocimiento previo, suelto en un campo participativo, donde lo única sujeción es la identidad grupal.

Este adolescente deambula por los espacios que le brinda el ambiente, mostrándose con mutaciones permanentes y “múltiples identidades”, sin aferrarse a ninguna. En esta búsqueda que se da en un vacío de antiguas representaciones determinantes y verdades prestadas; vivencia la experiencia junto a sus pares, en situación sin preceptos.

A su vez esta experiencia se da en una era de vacío, de un sujeto fragmentado. Una sociedad que no es dadora de sentido, está desidentificada. Por otro lado, no admite categorías ni clasificaciones porque éstos sólo son posibles en referencia a algún punto fijo. Hoy, como dice Lewkowicz, no tenemos puntos fijos, sino más bien dos variables variando a la vez, es decir, nada. Ahora podemos comprender que la adolescencia como crisis vital es una desnudez de representaciones adquiridas y podemos inferir que como tal está incrementada su condición vulnerable e influenciable. A partir de estos supuestos analizamos cuáles son las características que detenta el adolescente de nuestra contemporaneidad. O, mejor dicho, qué es “ser adolescente” en nuestra sociedad. Para esto nos tenemos que referir a una etapa de crisis identificatoria que se produce en una sociedad que fue pronunciada en crisis identificatoria.

La identificación, un imprescindible en la construcción de identidad

La identidad es una construcción subjetiva en la cual el Otro es condición de posibilidad. Su configuración se va diseñando por medio de un proceso de identificaciones que el sujeto realiza desde los primeros años de vida y se delinea en su historia en relación con los otros. Es por un lado un sí mismo único y también puede ser varios nosotros acorde con los roles que se asuman socialmente. La identidad que distingue un grupo o comunidad de otros y una individualidad de otras, no es estática, va cambiando y supone alteridad, al darse por la experiencia con los otros -diferentes- en el tiempo.

Como vimos, no hay modo de eludir la impronta social en la subjetividad. Ahora bien, cuando aquello que imprime la sociedad es una cultura de consumo: ¿qué mejor blanco bajo la mira de los publicistas que los adolescentes? Indudablemente no hay nada más oportuno que ofrecerle una identidad a quienes se están despojando de la propia. Lo que aquí se produce, en palabras, sería un abuso social, ejercido por una sociedad que muestra su lado perverso al captar con extrema puntería las debilidades de los adolescentes para utilizarlos en lo que cree es su propio beneficio, quedando convertidos de este modo, en sujetos u objetos de consumo al servicio de la misma.

¿De qué modo se produce esto? En el reposicionamiento subjetivo que implica el abandono de las viejas representaciones por nuevas, en este movimiento entre las identificaciones y des-identificaciones propias de esta crisis, resulta funcional para los medios masivos imponer un modelo que sirva de guía. Y del mismo modo que Lacan expresa en El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica; el adolescente debe ser entendido como un cuerpo fragmentado que precisa de una imagen ortopédica que le dé una unidad. Así como cuando bebé constituyó la identificación primaria frente a su imagen especular, se podría decir que el adolescente experimenta con el mismo narcisismo la imagen especular que le devuelve el espejo de la mirada de la otra sociedad.

En esta etapa los jóvenes sienten gran preocupación en cuanto a la percepción que los demás tengan de ellos respecto a lo que ellos mismos sienten que son. Buscan proyectar la propia imagen y oíca en los otros con el fin que se refleje y se aclare gradualmente, lo cual los ayudará a constituir su identidad.

La mirada aprobatoria, por lo tanto, no sólo otorgará al niño la confianza necesaria para autoafirmarse en los primeros años, sino que también le facilitará integrarse socialmente al ser validado por sus pares.

¿Qué es lo que hoy validan o aprueban sus pares? Estar dentro de los cánones que estipula el mercado por medio de sus estructuras perversas, entendidas éstas como aquellas que sacan provecho del estado de fragilidad de los adolescentes, induciéndolos a un consumo que es ofrecido como vital.

Sobre la mirada -análisis elogiado y retomado por Lacan- indica que quien contempla el mundo es el punto central de aquello que lo rodea: “las cosas están allí solo para mí, esperando que yo las organice. Pero todo cambia a partir del ingreso de otro”.

Porque ese nuevo objeto se convierte él mismo en un centro de organización de las cosas desde el momento que mira. Este Otro no sólo desplaza al sujeto de su lugar de privilegio y se apropia de su universo que ahora se organiza en torno de él, sino que, al mismo tiempo, porque observa, convierte al sujeto observado en objeto. Sólo me apercibo de la realidad del otro, de que es un sujeto como yo, cuando me mira y me convierte en un objeto visto. El punto central de este ser- visto consiste en que, cuando me sé mirado yo no miro al otro porque mi intencionalidad no se dirige hacia él sino hacia mí expuesto a su mirada. Para Sartre, el hombre se encuentra con su mismidad en esta experiencia. “Nos reconocemos tal como somos porque sabemos que el otro nos está mirando”.

Hoy nuestra sociedad nos permite entender a las redes sociales como la mirada del otro actual en su condición de principio estructurante de la identidad en el proceso de los adolescentes en la sociedad postestatal.

Un adolescente argentino se conecta a Internet varias veces al día, todos los días. Los dispositivos conectados a la red les permiten a los jóvenes conectarse y desconectarse; decidir cuando quieren ser visibles y para quién. También pueden explorar y experimentar el mundo a través de una navegación sin límites en las redes, manipular la realidad, invadir la “privacidad” pública de otros, diseñar una página, imponer o censurar contenidos, fundar una comunidad, establecer reglas y decidir quién puede ser parte o no de ella.

De este modo la conectividad opera como nuevo elemento de emancipación. Estos nuevos medios de independencia de la familia anticipan un horizonte ajeno a los padres, aun estando bajo el mismo techo. De alguna manera la web le ofrece a los jóvenes el único espacio en el que pueden sentirse libres.

Tiempo atrás los adolescentes se reunían en el club, en la calle o en las plazas. En estas interacciones iban moldeando sus gustos. Internet les ha dado nuevos espacios y oportunidades de encuentro. Los chicos hoy seleccionan y publican lo que quieren que otros vean sobre sí mismos y el feedback de su producción es inmediata: pueden ver en forma instantánea la repercusión de sus publicaciones, la aprobación de lo que son, sentando los cimientos de la construcción de su “sí mismo” por medio de indicadores cuantificables. La cantidad de likes y seguidores con potestad de refuerzo positivo parece marcarles el rumbo correcto hacia la integración. La imagen que les devuelven estos múltiples espejos, ya sea aprobando o reprobando su publicación les indicará -de ser necesario los ajustes que deben realizar para lograrla. De esta manera, a prueba y error, avanzan en su propia construcción de sí. Para construir el perfil igual que la identidad se necesita del Otro.

Los jóvenes también exploran los perfiles ajenos convirtiéndose en jueces a la vez que los utilizan como vara para medirse. Esta altísima exposición es experimentada en un estado de permanente ansiedad: no se puede bajar la guardia. Actualizar el perfil, enviar un twitt para dar cuenta de la propia existencia, narrar la propia historia por medio de acciones siempre felices es un arduo quehacer, sin embargo, no se puede evitar. Freud señala en *El malestar de la cultura* que la cultura tiene la función de remediar el sufrimiento que implica las relaciones entre los hombres, pero como los métodos que utiliza la cultura son coactivos, la cultura se convierte en una nueva causa de sufrimiento. Es decir: en ella el hombre no puede ser completamente feliz, pero sin ella no puede sobrevivir. Pues bien: esta es la cultura de nuestros adolescentes. Es probable que tener que realizar estas acciones los agote. Sin embargo, sienten que no pueden elegir, no hacerlas los dejaría fuera.

Por otro lado, la imagen en sí misma ha cobrado un valor determinante. El mercado además de imponer a cada hora los objetos indispensables para alcanzar la felicidad, también impone un modelo de belleza, ingrediente necesario para lograr “el éxito”. La imagen ha logrado ocupar un lugar tan protagónico en la vida de los adolescentes, que, así como hasta hace unos pocos años las personas tomaban una fotografía para recordar un momento feliz, ahora los chicos recrean un momento feliz con el fin de tomar una fotografía para poder mostrarlo. No importa si se sienten felices, lo importante es mostrarse como tales.

Por eso los chicos hacen una selección minuciosa de qué mostrarán de sí mismos, porque con cada publicación se construye su propio relato, una identidad que se construye sin tiempo mediante. Lo que antes era un largo proceso, ahora como en un circo romano, los likes juzgan en forma instantánea. Pero un resultado no esperado tampoco es grave, con la misma velocidad se puede cambiar el rumbo.

En la sociedad del espectáculo ha habido un deslizamiento del tener al parecer: Si no se muestra, si no aparece a la vista de todos y los otros no lo ven, entonces de poco sirve tener lo que sea. En esta cultura de las apariencias cada vez más, hay que aparecer para ser. Si nadie ve algo., es muy probable que ese algo no exista.

Estar visible en Internet es la prueba de existencia, estar desconectado equivale a volverse invisible.

Conclusiones

Cada sociedad, acorde a coordenadas específicas temporo-espaciales y condiciones que le son propias, produce una “adolescencia” que le es particular. Por lo cual pensarla, exige un forzoso análisis sociológico.

Nuestra sociedad -suelo de constitución subjetiva- transita una crisis que, en tanto pasaje de una totalidad articulada a un devenir no reglado, la convierte -en palabras de Lewkowicz- en devenir caótico.

El recorrido desde la lógica estatal hasta la hegemonía del mercado torna comprensible que en tiempos lineales la emergencia de una moratoria social (la adolescencia), que permita a los jóvenes dedicarle tiempo a su formación, capacitación y madurez, resultara necesaria para que éste pueda “hacerse” un lugar en la sociedad. Entendiendo este lugar como un buen puesto en el campo laboral, que además de darle posibilidades de progreso y de proyectar un futuro, le proporcionaría una identidad. Esta posición en el entramado social le garantizaba un buen porvenir, seguridad y la posibilidad de ser parte de un nosotros: integración social. En tiempos de bonanza, con una universidad prestigiosa y valorización de la educación, el joven elegía de una bandeja de posibilidades que le ofrecía la mesa del futuro. Es decir, podía decidir, planificar y tener la certeza que podría llegar al lugar correcto por medio del esfuerzo en la dirección correcta. La metáfora de la mesa no es azarosa; una mesa supone estabilidad.

En la sociedad actual ya no hay bases estables; las ideas, la fluidez; la liviandad, la delgadez, la flexibilidad y la capacidad de adaptación cotizan más alto que el saber y la experiencia. Este es el contexto en que ha crecido esta generación llamada Generación I (de Internet) o nativos digitales por otros, por haber nacido en una época de un significativo despliegue tecnológico de comunicaciones satelitales. Bajo este escenario, las definiciones en las que se incluía la concepción de moratoria para ingresar a la vida adulta dejan de nombrar a la adolescencia.

¿Qué particularidades singularizan a los adolescentes de nuestra contemporaneidad y en qué aspectos las redes sociales tercian en su producción subjetiva?

En primer lugar, el desarrollo de las telecomunicaciones que líneas arriba mencionamos acarrea una singularidad: Los dispositivos con conexión a internet han batido los records de todos los bienes de consumo en cuanto a su corto ciclo de vida. Son perecederos. Un nuevo modelo que deja obsoleto al anterior es lanzado al mercado mucho antes de haber sido saturado. De la lógica de la fugacidad se desprende el primer rasgo: La inmediatez. (Como modalidad para obtener lo que sea).

A su vez, cada actualización cibernética arroja consumidores ya no ciudadanos, claro al vacío. Si bien esta afirmación puede resultar desmesurada, es así como lo viven los adolescentes. A modo de ejemplo: no poder acceder a Skype es como no ir al club; no tener whatsapp puede provocar desde llegar solo a una fiesta que fue cancelada, hasta la silenciosa desaparición en un grupo sin que nadie lo haya notado. Y esto marca un segundo rasgo: La constante amenaza de invisibilidad.

Ricoeur decía que la mismidad estaba dada por el nombre propio y la ipseidad por las narraciones reales o ficticias de una historia de vida. Pues bien, los jóvenes narran su propia historia, cuentan y se cuentan la historia que les permite seguir perteneciendo, acumular likes y seguidores. Pero al mismo tiempo es común escucharlos llamarse por su nick que pasó a ser su nueva identidad habiendo reemplazado al nombre propio, “lo inmutable”. Pueden pasar horas chateando con amigos de los que no conocen los nombres, es que tampoco es un dato relevante. Otro rasgo es entonces la identidad líquida.

Otro fenómeno que promueven las redes sociales es el alcance de la transmisión de las modas juveniles. Por un lado, los jóvenes han ampliado su red de amigos a partir de las mismas. Es común encontrar adolescentes que se ven por primera vez y que se tienen en sus listas de amigos. Por medio de Internet, los amigos y los amigos de los amigos, conforman una red de jóvenes que tienen acceso a la misma información y se transmiten expresiones, fotos, twitts, “modas”. Hoy todos los jóvenes que comparten una misma lengua comparten su cotidianidad, la red los une a todos. Otro rasgo es la conectividad.

Por otro lado, la Mirada desde siempre constituyó un componente activo en la subjetividad, actualmente en la llamada era de la imagen, la apariencia ha devenido mucho más determinante. Otra particularidad es la exposición.

Si tenemos en cuenta a Internet como fuente de información, no podemos dejar de mencionar la repercusión que la deslocalización del saber supone en la implicancia simbólica en cuanto a las relaciones con los adultos. Podemos mencionar entonces la horizontalidad en el acceso a la información como una peculiaridad actual.



Resulta indiscutible que la vida social de los jóvenes hoy, tal como lo afirma Morduchowicz, se mueve entre dos esferas: la virtual y la real. Ellos entran y salen de ambos espacios sin distinguir sus fronteras ni tampoco está definido que en uno se esté adentro o afuera. O sí, pero es forma inversa a lo que los adultos juzgan. Cuando se ve a un adolescente desconectado de la realidad, expresión utilizada con frecuencia para referirse a los jóvenes; ellos están conectados, están adentro de la red. Estar adentro implica pertenecer. Cuando un joven no está conectado a las redes sociales, cuando está plenamente conectado al mundo real, está fuera de lo que está pasando en el universo de los jóvenes.

Coincido en este aspecto con Morduchowicz en que ningún joven se pregunta cuáles son las fronteras que marcan el final de un mundo y el comienzo del otro porque en realidad nadie advierte la necesidad de separarlos: ambos forman parte de la vida.

Así la realidad virtual es cada vez menos virtual y más realidad. Tengamos en cuenta que virtual tiene por sinónimo los conceptos irreal, imaginario y aparente, pero también probable, eventual y potencial. En los comienzos de internet, el uso de la misma era nombrado por el primer grupo de términos. Sin embargo, si nos remitimos al campo de la experiencia, vemos que hoy se deja nombrar por el segundo, que admite lo posible. Los jóvenes pueden moverse dentro de un círculo de amigos, sin embargo, cuando participan de algún evento masivo, muchos de los que nunca se han visto, se llaman por su nick, conversan, lo hacen como si llevaran años conociéndose porque conocen los gustos, preferencias y los amigos que tienen en común.

Experimentan simultáneamente lo público y lo privado

161

A su vez, los jóvenes se consideran amigos de quienes mantienen contacto frecuente. Yo pertenezco a una generación que, durante largos períodos, especialmente el verano, se perdía contacto entre muchos amigos sin embargo éste nunca fue un motivo que hiciera peligrar la amistad. Hoy cuando los “amigos” no se conectan con continuidad en menos de un mes esta categoría podría entrar riesgo. Es decir, el contacto virtual es aquello que les confiere autenticidad a las relaciones entre los jóvenes.

¿Hoy existe la adolescencia? - Una categoría bajo sospecha

Habiendo esbozado algunos rasgos que singularizan el tipo subjetivo que conforman quienes experimentan la adolescencia bajo estas coordenadas socioculturales, se antepone en urgencia de respuesta un nuevo interrogante: ¿qué sería hoy entendido por adolescencia?

En referencia a otras etapas. Pudimos ver que las definiciones de adolescencia sólo se hacían posibles enmarcándola entre la niñez y la adultez. La adolescencia representa un intermezzo, dijimos, entre ambas. En tanto se haya entrado en la pubertad y no estén dadas las condiciones que hacen que un sujeto sea considerado adulto, es adolescente. Cabría preguntarse en este sentido, qué representan hoy la niñez y la adultez.

Desde el momento que éstas hoy no pueden ser definidas con los viejos parámetros, la adolescencia como representación queda desinvertida.

Entre las líneas del presente podremos hallar que se ha consensuado que un adulto es un sujeto que se ha emancipado, que está en condiciones de asumir un monto de responsabilidades, que tiene una cierta cantidad de vivencias que lo hacen suponer poseedor de un saber, que a su vez en quien transmite ese saber y desde ese lugar ejerce poder sobre los no adultos. Un adulto supone además un sujeto con una identidad definida, un monto de certezas y que goza de cierta estabilidad. Por algún motivo durante varias décadas esta etapa fue a la que se esperaba ansiosamente. Basta con recordar los juegos predominantes en las niñas: jugaban a la mamá, a la maestra, a la vendedora y se disfrazaban como tales. Si ahora observamos a las niñas pequeñas, cuando desarrollan algún juego simbólico -es decir, si no están jugando en red- juegan con sus Barbies, ideal de belleza inalcanzable, eternamente joven a la que le compran ropa y accesorios. La diversión aquí es vestirlas a la moda. Cuando ellas mismas se disfrazan, eligen vestirse de adolescentes o imitar a alguna artista juvenil. Sin dudas, la edad de privilegio a la que se espera llegar y la que cada vez cuesta más dejar es la adolescencia, así también lo expresa Obiols. Pero el tema que aquí nos preocupa es otro: la adolescencia supuesta como una etapa camino a la adultez, hoy no la define.

En referencia a su carácter de transición ¿Podríamos conservar las antiguas definiciones de adultez? ¿Cómo podría ser definido un adulto en permanente incertidumbre, que es atrapado en los designios del mercado, que vive en la inmediatez, que se jacta de un saber que no es aplicable, que no puede proyectar a largo plazo, no experimenta estabilidad y mucho menos certezas porque el contexto no lo habilitan para tales estados? ¿Cómo sería una identidad adulta? Me atrevería a argüir que el adulto tal como lo conocemos está dejando de existir. En tal caso, si tomamos las definiciones de la adolescencia en la que se la considera una etapa de transición hasta la edad adulta, como tal, también queda bajo sospecha.

La experiencia subjetiva en condiciones no regladas, este nuevo estatuto de una humanidad sumergida en la incertidumbre, parece indicar que la adolescencia ya no es una etapa transitoria sino una modalidad permanente. Un nuevo modo de ser y estar en el mundo. O, en palabras de Javier Fernández Mouján (2007) refiriéndose a la adolescencia tardía: “Crisis existencial permanente.

Por otro lado, si en el contexto social actual la incertidumbre, la inmediatez, la fluidez nombran una crisis, que en palabras de Lewkowicz es una crisis que llegó para quedarse, sería auténtico concebir que ya no podemos hablar de crisis, sino de modalidad contemporánea.

En tal caso, si el razonamiento de la ausencia del carácter transitorio nos inhabilita a pensar en una crisis, ya no tenemos parámetros ni categorías, sólo podemos vivir en situación. Como los adolescentes. A esto llamo yo cambio sustancial.

CONDICIÓN JUVENIL

CONTEMPORÁNEA: REFLEXIONES FRENTE A LAS REALIDADES DEL ACTUAL CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO

06

CONDICIÓN JUVENIL CONTEMPORÁNEA: REFLEXIONES FRENTE A LAS REALIDADES DEL ACTUAL CONTEXTO SOCIOHISTÓRICO

María Eugenia Pico Merchán⁶

José Venegas García

Aunque todavía no existe un acuerdo entre los autores acerca de cuándo se dio la construcción y legitimación del concepto juventud, sí existen ya apuestas teóricas muy sólidas que dejan entrever momentos, acontecimientos y vertientes que empezaron a visualizar y justificar una etapa en la vida de los seres humanos que caracterizaba la manera de vivir y visionar el mundo de aquellas personas que no se podían ubicar ni como niños, ni como adultos

⁶ Pico Merchán, María Eugenia; Venegas García, José. Condición juvenil contemporánea: reflexiones frente a las realidades del actual contexto sociohistórico. En: Revista Polis Latinoamericana. No. 39, enero del 2015. Págs. 1-20

En las siguientes líneas se presentan los desplazamientos teóricos de la juventud en la medida que se da una apropiación del conocimiento sobre los jóvenes en diferentes momentos históricos y la distinción entre los poderes en disputa por parte de las disciplinas frente a dicho conocimiento sobre los y las jóvenes. Desde esta perspectiva, se establece en este artículo la postura o punto de vista relacional e histórico, que ha permitido según Castellanos, la configuración de la juventud permeada por la producción de sujetos que han sido clasificados de diferentes maneras (biológica, demográfica, psicológica y desde las políticas) no ya referido concretamente a la producción de los jóvenes, sino a la producción de sujetos en condición juvenil. Así se ha concebido la juventud bajo las posturas de: 1) La juventud desde su concepción psicobiológica. Se trata de la visión que apunta a los cambios psicológicos, psíquicos y biológicos que se suceden en el desarrollo de la persona, de forma cíclica, progresiva, en lo que se define como adolescencia” - acepción que significa que “adolece” de las formas estructuradas y procesos propios que ya han alcanzado los adultos- perspectiva influenciada por la psicología del desarrollo, el psicoanálisis y los estudios sociológicos de enfoque funcionalista, a la vez que involucra las características “normales” y “anormales” en el comportamiento de una persona joven o adolescente, vista la juventud como una etapa de “riesgo” o “peligro” La juventud vista como dato sociodemográfico.

Esta mirada se desarrolló en la segunda mitad del siglo XX, en la que se ubicó a la juventud como grupo de edad para efectos de estudio y análisis desde lo poblacional, visto como grupo homogéneo, sujeto de las estadísticas, de manera marcada integrado por todas las personas que coinciden en un grupo de edad definido por cortes resultantes de intereses de carácter de medición para control poblacional, de la inserción productiva o aun por formas de caracterización de los comportamientos de los jóvenes de manera general, con lo que se invisibilizan la diversidad y heterogeneidad en cuanto a condiciones y realidad de éstos. 3) La juventud desde la perspectiva de la moratoria social. Se relaciona con “un periodo de permisividad que media entre la madurez biológica y la madurez social”, es decir, tiene que ver con el tiempo intermedio en el que los jóvenes, principalmente los de las clases privilegiadas y las medias, retrasan los compromisos de matrimonio, tener hijos y que pueden dedicar mayor tiempo para el estudio y la capacitación; por esto también se conoce como concepción pedagógica de la juventud, porque ésta se define como fase para la formación y de moratoria social o de estadio de la vida de espera o postergación de responsabilidades económicas sociales y familiares. Los de los sectores populares no tendrían condiciones para acceder a la moratoria social, porque éstos deben ingresar tempranamente al trabajo, generalmente de baja remuneración y estatus, quienes también asumen tempranamente obligaciones familiares (formar familia con hijos), incluso durante la adolescencia, como es el caso de las mujeres de estos sectores.

Esta perspectiva al enfatizar en que sólo podrían ser considerados jóvenes los sujetos de los sectores privilegiados, “los otros carecerían de juventud”, introduce un factor de exclusión y diferenciación social. 4) La juventud como agente de cambio y problema del desarrollo, “objeto” de políticas sociales. Se consideran dos vertientes: una que va desde la influencia del materialismo histórico, que basada en la visión idealista de la juventud, la concibe como “agentes” y motores de la revolución reconocido su aporte en procesos de cambio social significativos (el Mayo francés, la revolución cubana, los movimientos pacifistas). Según Alpizar y Bernal se tiende hacia una postura de naturaleza positiva, que asigna a la juventud como depositaria de las esperanza frente a los vientos de cambio de la realidad social.

La otra vertiente se relaciona con problemas del desarrollo, debido a la presencia de condiciones sociales tales como el desempleo, el consumo de sustancias ilícitas, el embarazo en adolescentes, es decir, se identifica la población joven en riesgo o como grupo “vulnerable”, cuya integración es necesaria para el desarrollo socioeconómico, a lo cual se proponen políticas sociales dirigidas a esta población. 5) La juventud como construcción sociocultural desde los estudios de las ciencias sociales. Esta visión es más reciente e incluye diversas perspectivas como la postura antropológica del culturalismo estadounidense de Margaret Mead, quien analizó y comparó las vivencias marcadas por una transición suave y la educación impartida por la familia en las adolescentes nativas de la isla Tau, en Samoa, océano Pacífico, con la educación familiar y escolar, los conflictos, indecisiones e inestabilidades en esa misma etapa de la vida de las norteamericanas, en lo que encontró que eran muy disímiles, lo cual atribuyó a las diferencias entre culturas y los diferentes momentos de civilización que vivía cada sociedad. También Margaret Mead publicó una serie de ensayos conceptuales en los que elaboró una tipología de sociedades de acuerdo con las interrelaciones entre las nuevas y las viejas generaciones, llamó sociedad posfigurativa a la colectividad que tiene una transformación lenta y en la que los jóvenes aprenden de los adultos, sociedad cofigurativa a la que tiene cambio moderado y en la que los jóvenes y los adultos aprenden de sus pares, y sociedad prefigurativa a la de cambio acelerado y en la que los adultos aprenden de los jóvenes.



Ruth Benedict abordó las diferencias entre la naturaleza y el comportamiento humano encontrando que existen una serie de mediaciones que parten de la cultura y que influyen en la conformación de contrastes y diferencias entre los individuos de acuerdo con los roles que desempeñan, tal es el caso de la condición del individuo como niño y como padre (joven/adulto), en la que se presentan las oposiciones responsabilidad-no responsabilidad, dominio-sumisión y sexualidad-asexualidad.

De la Escuela de Chicago fue Frederic Thrasher quien primero investigó sobre jóvenes. Su obra: *The gang. A study of 1313 gangs in Chicago*, está dedicada a analizar las formas de integración de las pandillas juveniles, su estructura organizativa, las ocupaciones de sus miembros, las normas que las rigen, sus prácticas, fines y propósitos desde una perspectiva microsociológica, llegando a la conclusión que las bandas les proporcionan a los jóvenes lo que la exclusión social les niega, como la protección, el acompañamiento y la solidaridad. Por su parte, William Foote Whyte estudió las condiciones de los jóvenes del vecindario de Corneville entre 1937-1940 distinguiendo a los habitantes de las esquinas por su desempleo y abandono escolar y los muchachos de colegio como los que tienen la posibilidad de educarse en niveles superiores y tener una vida de reconocimiento social y profesional. Whyte también describe y analiza las relaciones del líder con los integrantes del grupo y viceversa.

A partir de los desarrollos de la sociología siguiendo la pista de Pérez Islas, surge la propuesta de las generaciones, de José Ortega y Gasset quien expresa que una generación es un colectivo de hombres que coinciden en el mismo espacio y en el mismo tiempo, tienen la misma edad y poseen alguna relación vital; los periodos que caracterizan a cada generación pueden ser de dos tipos: épocas cumulativas, las que se caracterizan por la dirección de los ancianos y en las que los jóvenes se doblan a ellos; y, las épocas eliminatorias y polémicas, en ellas son los jóvenes quienes llevan la dirección y orientación con su beligerancia constructiva. En *La rebelión de las masas*, Ortega y Gasset respondiendo a la pregunta de quién manda en el mundo, dice que en el siglo XX son los jóvenes quienes mantienen la preeminencia, porque es la época en que el hombre es productivo, lo cual le permite crear su particular forma de vivir, de esta manera lo que está expresando es que cada generación tiene su propio estilo de vida, de lo cual se desprende que la edad no es una fecha concreta, sino una época que entrelaza diversas fechas, en la que se suelen realizar ciertas especificidades de ese ciclo de la vida.

Karl Mannheim en su trabajo *El problema de las generaciones* cuestiona desde una teoría del relacionismo el planteamiento generacional de Comte por partir de un tiempo externalizable, mecanicista, lineal y mensurable, y la posición histórico-romántica de Dilthey, por considerar que el vínculo que unificaba los miembros de una generación no era del todo comprensible como comunidad de influjo espiritual y social. Para proyectar su planteamiento de lo que debe pensarse como una generación, Mannheim considera el tiempo como algo vivencial, al que se tiene acceso por un sinnúmero de apreciaciones, de acuerdo con el estrato generacional en el que se hallen los individuos; es decir, desde una situación social, lugar o estado específico que se ocupe en la sociedad, “en su sentido más amplio, se puede entender por situación de clase la afinidad de posición que están destinados a tener determinados individuos dentro de la contextura económica y de poder de su respectiva sociedad”, como quien dice, desde la posición social en la que se encuentren las personas en su colectividad, éstas tendrán unas vivencias y unos pensamientos determinados que les permite encuadrarse en un proceso histórico concreto; la conexión generacional se da por la adhesión que se presenta en los individuos al participar en sucesos y vivencias comunes vinculadas en el mismo momento histórico-social, lo que también coadyuda a establecer la unidad generacional; y sólo se puede decir que existe conexión generacional si los contenidos sociales reales y los contenidos espirituales tienen un vínculo efectivo para los sujetos que se hallan en la misma posición generacional.

Del enfoque funcionalista se puede mencionar a algunos autores, entre ellos Talcott Parsons, James Coleman y Shmuel Eisenstadt. En este sentido, Parsons afrontó la temática de juventud al considerar el rol como interacción social de la persona con el sistema en el que vive; en dicho sistema cada individuo tiene una serie de roles que cumplir, los cuales se caracterizan por ser funcionales y contribuir a la integración del todo social; es decir, el rol es un papel que desempeña la persona como actor de un campo determinado del sistema social desde un interés particular de acción e interacción.

Entre los años setenta y ochenta, los ingleses del Centro de Estudios Culturales Contemporáneos —CCCS—, por sus siglas en inglés, de la Universidad de Birmingham aportan a la temática juvenil y en sus trabajos investigativos revelan los conflictos de las nacientes subculturas juveniles de clase media ocasionados por los cambios estructurales que se dieron en la Inglaterra de la posguerra; en ellos proyectan su mirada sobre el fenómeno que encarna la lucha de los jóvenes por el reconocimiento de sus subculturas por parte de las clases hegemónicas desde una perspectiva sociohistórica, en que las tensiones se libran desde espacios como los simbolismos, los estilos y las modas, y las formas de ser, que son el reflejo de las transformaciones y los cambios sociales de un nuevo sensorium juvenil que empieza a reconocerse como una nueva modernidad. Se destacan como autores, que analizaron a los subgrupos juveniles como contraculturas y formas de resistencia simbólica frente a las clases dominantes

Ahora, la condición juvenil ha emergido como una categoría central en los estudios socioculturales de Iberoamérica y empieza a ser reconceptualizada, a partir de los desarrollos teóricos de diferentes científicos sociales; quienes han incursionado desde las experiencias de los y las jóvenes en los contextos situados de América Latina y de algunos países de habla hispana que han permitido su continua reflexión e indagación desde aquellas opacidades o cisuras que comúnmente han pasado desapercibidas. En este sentido es necesario ir perfilando que de acuerdo a Valenzuela “la juventud es un concepto vacío de contenido fuera de su contexto histórico y sociocultural”, en el que el autor enfatiza que lo juvenil no se puede analizar fuera de su contexto social y relacional, no sin antes dejar claro que no siempre desde lo juvenil se pueden dar respuestas abarcativas sobre el conjunto de elementos que dan cuenta de los proyectos de vida de los jóvenes, se precisa entonces de pensar la juventud “como construcción sociocultural históricamente definida”.

Desde otra postura Reguillo argumenta sobre la inestabilidad y la incertidumbre en la que viven y habitan los jóvenes y es clara con respecto a la centralidad sociopolítica y capacidad analítica de la categoría condición juvenil a la que define “como el conjunto multidimensional de formas particulares, diferenciadas y culturalmente “acordadas” que otorgan, definen, marcan, establecen límites y parámetros a la experiencia subjetiva y social de los/las jóvenes [...]. Continuando con la misma teórica, plantea dos entradas analíticas para el estudio de los jóvenes, en la medida de poder incursionar por un lado, con la dependencia de las estructuras sociales y por el otro, con base en la idea de que la condición juvenil no tiene sentido por sí sola, sino que se pretende integrar lo subjetivo como constitutivo del papel de los jóvenes como actores sociales, por esto en palabras de Reguillo [...] “la condición juvenil es un concepto que posibilita analizar, de un lado, el orden y los discursos prescriptivos a través de los cuales la sociedad define lo que es “ser joven” y, de otro, los dispositivos de apropiación o resistencia con que los jóvenes encaran estos discursos u órdenes sociales”.

Por condición se entiende desde la visión de posiciones, categorías, clases, situaciones, prácticas, prescripciones, proscripciones que se asumen como esenciales y naturales al orden vigente, las cuales también tienden a ser vistas como propias de estas edades, de aquí se desprende que la condición juvenil sea entendida como parte de los mecanismos tanto de carácter estructural como cultural que determinan los procesos de inserción de los jóvenes concretos, en una dinámica social, económica y cultural configurada.

Según Rossi, la condición juvenil desde la participación política, es interpretada en cierta medida como transitoria por algunos jóvenes, dicha participación confluye en el horizonte de estos jóvenes como medio, más no como parte constitutiva de su actoría, ni estructura la participación política de los mismos, además que ésta no representa un deber, ni fidelidad a las diferentes organizaciones en las que ellos participan, ya que la fidelidad se da en el sentido de los principios que las sustentan.

Margullis señala la significación social de la condición juvenil, en tanto es una noción no natural, ni esencial, que no depende de la asociación biológica que se inscribe en la reflexión de lo que sucede naturalmente. Desde esta mirada la noción de juventud no estaría circunscrita a la demarcación dada por la edad o el tiempo vivido por una persona, en razón a que la edad como criterio de orden biológico es desbordada y afectada por la complejidad de significaciones sociales y una de estas significaciones es la juventud que alude a una condición social.

En este sentido, la condición juvenil no puede ser definida por un rango etario, en razón a su insuficiencia explicativa y abarcativa, puesto que no considera el contexto histórico y sociocultural de relaciones sociales, además de las particularidades específicas. Es por lo anterior, que hay que tener en cuenta como puntos clave para pensar la condición juvenil contemporánea, a los componentes de lo relacional y la identificación, además de su carácter de construcción sociocultural históricamente definida.

Con respecto a lo relacional se plantea que la concepción de condición juvenil es necesario incluirla dentro del sistema de relaciones sociales, de interacciones, de fuerza, de sentido que es posible definir según las características específicas y de situación espacio- temporal de los jóvenes donde de paso adquiere sentido, por tanto, lo relacional como elemento constitutivo de la condición juvenil se inscribe dentro de un entramado de relaciones y de naturaleza contextual a la vez que le imprime su carácter de sentido.

Para hablar de la identificación es pertinente referirnos a la perspectiva constructivista y procesual de Hall o teoría cultural inglesa, la aborda como “proceso que actúa a través de la diferencia, entraña un trabajo discursivo, la marcación y ratificación de límites simbólicos, [...] Necesita lo que queda afuera, su exterior constitutivo, para consolidar el proceso”. Con esto se argumenta que se construye a través de la diferencia y que la identidad siempre es una relación con el otro; identidad y alteridad están en una relación dialéctica, en tanto obedece a la lógica del más de uno (el sujeto y ese “otro” con el que se identifica) con lo que implica la continua marcación y ratificación de límites simbólicos, la producción de efectos de frontera, es decir, necesita de lo que queda afuera.

Así para Hall lo relacional es un elemento fundante en la constitución de la identidad teniendo en cuenta que las representaciones motivan la adhesión identitaria de los sujetos y lo hacen mediante la identificación, ésta siempre está en proceso, es siempre inestable, una fantasía de incorporación, por lo tanto, la identificación es un proceso de articulación, una sutura; así Hall plantea que la identidad es el punto de sutura entre, por un lado, los discursos que nos interpelan y tratan de “ponernos en nuestro lugar”, y por otro lado, los procesos y prácticas con que se construyen sujetos susceptibles de decirse.

Por tanto, para pensar la condición juvenil es pertinente analizar la identificación a la luz de una perspectiva alejada de la postura esencialista y como algo dado y fijo, mediante el reconocimiento de la expresión cambiante, dinámica, transitoria, fragmentada, flexible y contradictoria de las identidades particularmente las juveniles en un determinado contexto sociohistórico; entendida la condición juvenil como noción que instituye un referente desde el cual se puede entender la multiplicidad de formas de ser joven en los diferentes contextos, además de su carácter relacional como parte de las expresiones y representaciones que crean y recrean los actores juveniles y grupos sociales, que sólo se explican y definen en relación con los demás: en lo que compartimos, en las similitudes y en las diferencias, en la que las características de lo juvenil adquieren significación. “No existe un único modo de ser joven, no podemos hablar de juventud en singular. De acuerdo con el lugar que se ocupe en el espacio social, de acuerdo con el género, con los capitales materiales y simbólicos por los cuales se esté atravesado, se es joven de distinta manera”.

Para el caso de los jóvenes las posturas de De la Garza son esclarecedoras, en tanto, en este contexto socio histórico y económico se plantea que esta población es afectada por las mismas fuerzas del mercado, ya que frente al trabajo le restringen e inmovilizan las posibilidades de elección para acceder a puestos laborales, en contraposición a la libertad y flexibilidad del gran capital inversor para imponer las leyes y normas globales. Este fenómeno se observa en la mayoría de países Latinoamericanos e incluso los europeos como España, en donde el desempleo juvenil ronda por el 22% uno de los más altos de dicho continente. Quizá esta sería una explicación para el proceso de movilización de los “indignados” en el 2012 que en su mayoría eran jóvenes desempleados que propugnaban por cambios en la sociedad española y en el sistema financiero global. Resulta paradójico que la juventud a pesar de manejar y consumir los nuevos medios de procesamiento de información y de una mayor participación de redes a distancia, e incluso más años de educación, no ve que se traduzca en mayor presencia en las instancias de decisión política, a la par de un mejoramiento de condiciones materiales, planteando desafíos a la inclusión. En el mismo sentido, se argumenta que las reclamaciones de los jóvenes apuntan en asuntos relacionados con la inconformidad en cuanto a las condiciones precarias, los altos costos de vivienda, imposibilidad de acceder a una pensión y el mejoramiento de condiciones de la educación, son aspectos que sugieren que la situación de la condición juvenil en los países periféricos como Colombia es a todas luces también precaria.

Así la expresión de la globalización en Colombia que afecta lo local, encuentra su nicho en el sistema económico y las relaciones productivas que privilegian el modelo exógeno de afuera hacia adentro, basado en la competitividad global de los mercados, con un débil apoyo a la investigación, la innovación y el desarrollo de los sistemas productivos locales, afectando el capital social y el conocimiento producido. De ahí que sería deseable para el contexto local, el planteamiento de un sistema territorial de innovación de carácter endógeno, de adentro hacia afuera, que surja como parte de los procesos de desarrollo gestados en los territorios regionales, solidario y colaborativo, basado en el conocimiento, como principal factor de desarrollo de los sistemas productivos locales, se plantea como una necesidad.

Los estudios en las sociedades latinoamericanas, han coincidido en asegurar que el trabajo no ha desaparecido según lo argumentado por Rifkin, pero si se ha transformado, es así que es necesario estudiarlo desde las condiciones en que se realiza y sus expresiones en la actualidad. Para Cortés, el trabajo continúa siendo fundamental y relevante en la sociedad, como se aprecia en las diferentes transformaciones y dinámicas socio laborales surgidas en el trabajo asalariado y el creciente aumento del trabajo informal, con lo cual se evidencia que la experiencia laboral continua siendo esencial en la vida de las personas. Con lo anterior, es posible plantear que la tesis sobre la crisis del trabajo en la mayoría de países de América Latina, está estrechamente ligada a una crisis de precarización de las actividades, de exclusión social vinculada a la creciente pobreza, por tanto, no se puede enfatizar que en nuestro contexto latinoamericano el trabajo no es relevante, sino que los cambios han llevado a procesos de pérdida de las condiciones de seguridad y de realización que antes si se garantizaban como el trabajo protegido, con seguridad social integral, estabilidad laboral, por tiempo indefinido, entre otros.

Para teóricos como De la Garza, la crisis del trabajo en Latinoamérica adquiere otras connotaciones diferentes a los llamados países centrales, en razón a que es sobre todo la crisis del empleo en las unidades de tamaño mediano y pequeñas, además por la presencia de microunidades de trabajo que son tan pequeñas y a la vez separadas unas de otras, esto tanto en los sectores de servicios, manufacturero y de autoempleo; de lo anterior se desprende que la fragmentación de las identidades de los trabajadores “no es por la diversidad de mundos de vida (trabajo, familia, ocio, etc.) para la mayoría de la población en América Latina, sino por laborar en unidades tan pequeñas y desarticuladas. Sin embargo, este sentido de la fragmentación tiene una parte importante de homogeneidad: la precarización”. Continúa argumentando este autor que otra característica de los trabajadores de estas unidades de trabajo es que son de baja calificación y de condiciones precarias semejantes y, concluye que “tampoco se trata de un aumento espectacular del desempleo, sino un incremento sustancial de las actividades precarias”.



Por esto el capitalismo de mercado corte neoliberal, ha permeado todo el tejido social, en la que los jóvenes se encuentran inmersos; es indudable que los jóvenes actualmente desde el punto de vista de las nuevas realidades, se dedican a experimentar caminos diversos para sobrevivir e innovar, García Canclini explica el evidente cuestionamiento y malestar de los jóvenes manifestado en discursos de carácter cultural representado en canciones, videos, blogs, twitters y en prácticas que conllevan autoorganización o como muchos que deciden emigrar, ello ha promovido la emergencia y la importancia de la creatividad en muchos ámbitos vitales. Lo anterior se presenta, porque de la mano del avance de las tecnologías de la comunicación y la informática, la expansión de la conectividad ha posibilitado a las personas el desarrollo de la creatividad con el fin de alcanzar por medio de ésta mejores condiciones de vida y trabajo, en sentido contrario, las desventajas socioeconómicas y el riesgo de exclusión representado en inestabilidad y precariedad laboral, se vinculan a la falta de competencia en las nuevas tendencias de innovación y creatividad. Siguiendo a García Canclini argumenta que no basta con concebir la creatividad “como recurso para superar estructuralmente la pérdida de seguridad en el trabajo, la inestabilidad y precarización. Lo que logramos captar son algunas vías a través de las cuales ciertos sectores se reubican. Una ponderación adecuada de su alcance requiere verlos en el contexto de creciente desempleo; en el marco de la tercerización y la subcontratación temporal, las redes informales donde la sobreexplotación del trabajo y del tiempo impide a muchos concluir la formación escolar y reciclarse”.

Así mismo, la condición juvenil ha mutado en diferentes perspectivas (la cultural, la del consumo, la de la participación) pero especialmente ha desplegado su proceso de valorización como nueva fuerza de trabajo. Según, se da la confluencia de trabajos enmarcados en la incertidumbre en los que los jóvenes son importantes por el presentismo, en tanto no construyen proyectos de largo alcance, sino que los proyectos que construyen son marcados por la rapidez, lo efímero y la intensidad, es el caso típico de los jóvenes trabajadores del mundo del espectáculo, de las entidades financieras, corredores de bolsa, la industria de la moda, la publicidad y los deportes, entre otros. Una segunda forma de valorización de la fuerza de trabajo juvenil es la que involucra de acuerdo con Pérez Islas, la superexplotación que se relaciona con “la reducción del fondo de consumo de los trabajadores por la vía de la disminución salarial o de la masa salarial, dando contexto a la precarización del trabajo”. En esta forma de valorización laboral este autor menciona a las jóvenes de las maquilas, a los y las jóvenes de cadenas comerciales y de alimentos, los jóvenes de los *callcenters*, cuya característica común de dichas ocupaciones es que son “trabajadores de rutina”.

Un tercer mecanismo de valorización de la fuerza de trabajo juvenil apunta hacia el desafío que va más allá de la incertidumbre, y es la que tiene ver como insumo al riesgo en tanto única forma de incrementar su valor, mediante estrategias de enfrentar peligros y de resistencia en la que se arriesga hasta su vida, son los jóvenes pertenecientes a las ventas ambulantes, las ventas de la calle, la comercialización legal o paralegal de zapatos, discos, ropa pirata, y las ventas de sustancias consideradas ilegales y hasta el tráfico de armas y personas. Estos tipos de trabajo se realizan por lo general de manera grupal, así se da la presencia de organizaciones de vendedores ambulantes, la formación de mafias de armas o drogas que se constituyen en redes de pertenencia que instrumentalizan a sus miembros mediante prácticas protectoras, sancionatorias y de autorización para dichas actividades. Estos tres horizontes de valorización arriba descritos, envuelven a los sujetos en condición juvenil en nuevos modos de ser en el mundo, lo que deviene en subjetividades más proclives a la inmediatez, al cambio, a vínculos débiles, a la incertidumbre, a la sensación de estar a la deriva y a la flexibilidad básicamente en el ámbito de lo laboral.

A lo anteriormente propuesto es necesario introducirle un aspecto de relevancia que también es central en la constitución de la condición juvenil y es el cuerpo juvenil, toda vez que la dimensión corporal es un componente de la biopolítica, como mecanismo de regulación y control de la sociedad, desde su interior. Para autores como Reguillo, 2000 y Pérez Islas, 2010, la condición juvenil desde esta visión así planteada, permite entender una biopolítica del cuerpo-mercancía, concepto que engloba las estrategias laborales antes descritas en un entorno de valorización particular de lo juvenil, al igual que como mecanismo de obtención “de mayor plusvalía del “capital corporal” que tienen las nuevas generaciones”.

Por último, para pensar la relación condición juvenil y contexto laboral es imprescindible reflexionar sobre las articulaciones entre estructuras, subjetividades y las acciones en la agencia juvenil en razón a los cambios que se han dado, ya que sus referentes de reflexividad son distintos, su lógica es otra -su horizonte ya no es a largo plazo-, se asume el riesgo y la incertidumbre como condición para obtener mejores beneficios enmarcados en las reglas y recursos propios de las estructuras sociales, que cada vez son menos regularizadas puesto que no son ya el soporte o guía seguro de anclaje de los sujetos. Para De la Garza, cuando se analizan las estructuras sociales, tener en cuenta que éstas se encuentran en diferentes niveles desde las de naturaleza económica, las políticas, las culturales pasando por las subjetivas donde se presentan incoherencias, discontinuidades, por tanto, una parte es dependiente del individuo, y otra de la sociedad que le está imponiendo sus reglas y recursos. Parafraseando a Castel, la condición juvenil constituye la categoría que mejor simboliza las rupturas subjetivas de las transformaciones en el mundo del trabajo y que más se ve afectado por la sensación de incertidumbre que sumerge a los sujetos, tras esta serie de quiebres y rupturas.

Conclusiones

El resurgimiento de nuevas formas de plantear la incursión de los jóvenes en las sociedades, como lo es la interpretación de las experiencias que los atañe, ha implicado el reconocimiento de la diversidad, heterogeneidad, movilidad, lo efímero, lo circunstancial, lo indeterminado que acompaña muchas de las expresiones de lo juvenil. La mirada de la condición juvenil es una apuesta que en la contemporaneidad nos estimula a indagar en otras discursividades diferentes a la oficial/hegemónica, que apunte a la visibilidad de las prácticas que emergen en contextos específicos, como el laboral, donde los y las jóvenes configuran sensibilidades, utopías y transitoriedades, en tanto necesitan el reconocimiento en su especificidad y a la vez como parte de un todo en el sentido de unicidad. Junto a la erosión de algunos referentes como lo fue el trabajo e incluso la escuela, y frente a los contextos de violencia latinoamericanos, es importante plantear que lo que buscan los jóvenes y las jóvenes es su inclusión como pares, a la vez articulados en las redes institucionales y sociales donde viven y a la vez en las que participan, más que ser reconocidos desde la política como “juventud”. De esto se desprende que la condición juvenil es una construcción sociocultural, definida históricamente, cambiante y transitoria, que se presenta como parte de los procesos de disputa y negociación, entre las representaciones externas y las propias de los sujetos jóvenes en esta condición; lo anterior teniendo en cuenta la heterogeneidad cultural y la desigualdad estructural que perfilan la condición juvenil y las identificaciones laborales específicas.

Es evidente que desde nuestros espacios académicos y partiendo desde la vida cotidiana de los jóvenes para explorar sus experiencias, nos impulsa a repensar que si se quiere generar una alternativa a las posturas hegemónicas, hay que generar desde los escenarios donde vive, trabaja e interactúa la gente, un pensamiento y unas ciencias sociales críticas capaces de revertirlas, de generar otros mundos posibles, que tenga en cuenta también la relación capital-trabajo en un contexto de mayor equidad en especial con la masa de trabajadores informales, jóvenes flexibles y que permita la afiliación social de los desafiliados que habitan las ciudades y zonas rurales, sin esperanza de formar parte de la sociedad de la que han sido expulsados.

LA JUVENTUD EN EL **MUNDO ACTUAL**

07

LA JUVENTUD EN EL MUNDO ACTUAL

193

Glenda Gallardo⁷

El concepto juventud implica una definición que es un tanto compleja. Existen diversos enfoques que se traslapan. De ahí que la definición del concepto juventud deba abordarse desde diversos ángulos.

Uno de estos ángulos es el de ciclo de vida. Bajo este enfoque se plantean tres etapas en la vida de las personas: la niñez, la adolescencia y la vida adulta. En la definición de los rangos de edad para cada una de las etapas mencionadas aún existen debates en diversas latitudes y organizaciones, para determinar los rangos de edad aplicables a cada una.

⁷ Gallardo, Glenda. La juventud en el mundo actual. United Nacional Development Programme. Abril del 2013. Págs. 1-7

Otro enfoque, define la juventud como una construcción social y cultural. "Bajo este enfoque es necesario reconocer que la juventud se conforma de experiencias diversas, que muchas veces están marcadas por el origen social o familiar. La juventud no la percibe igual un joven de una familia con amplios recursos económicos que un joven que proviene de una familia pobre. Tampoco perciben igual su juventud los y las jóvenes de los centros urbanos que los y las jóvenes de los centros rurales. Las mujeres jóvenes tendrán una percepción de su juventud diferente a los de los jóvenes varones. Por esta razón diversos autores se refieren a juventudes en lugar de solo juventud, dado que, a su juicio, hablar de juventud únicamente es colocar un velo a las enormes diferencias socioculturales del fenómeno social de la juventud. Algunos autores han identificado cuatro grupos específicos dentro de la juventud: a) los estudiantes universitarios; b) la juventud popular urbana; c) los y las jóvenes rurales, y, d) las mujeres jóvenes. Dada su especificidad, es necesario agregar a estos grupos juveniles la variable étnica, ya que tienen sus propias particularidades que es necesario tener en cuenta. Debería ser obvio que para cada uno de estos grupos específicos, la juventud tiene significados distintos, determinados en buena medida por "el contexto circunstancial en que las personas crecen y maduran".



Otro enfoque señala a juventud como una etapa de moratoria social, es decir, una etapa de la vida que se dedica a prepararse para la vida adulta. Esta moratoria social, es diferente en diversos casos. Por ejemplo, los y las jóvenes de familias de altos ingresos, pueden dedicar su tiempo y energía a estudiar a tiempo completo, sin tener que trabajar y a tener tiempo para el ocio y recreación. En tanto que los y las jóvenes de familias pobres tienen una moratoria social muy corta, pues a muy temprana edad los y las jóvenes tienen que comenzar a trabajar para generar ingresos para ellos y sus familias. Por esta razón en muchos casos estos jóvenes no tienen tiempo ni para estudiar mucho menos para el ocio y la diversión.

También la juventud depende del género. La juventud la viven diferente las mujeres jóvenes que los varones jóvenes. La moratoria social puede ser diferente para una mujer joven que para un hombre joven. En el caso de una mujer joven que llega a estar embarazada y a ser madre a temprana edad, tiene que asumir responsabilidades propias de un adulto que van a restringir sus opciones como joven en diferentes ámbitos de su vida. Esto no es siempre el caso en los jóvenes varones

La juventud también entraña una moratoria vital, un excedente de energía que pareciera inagotable. Esta moratoria vital puede verse amenazada por la violencia organizada, como ha sucedido en algunos países en donde los jóvenes, al no tener oportunidades económicas y sociales, llegan a formar parte de maras o pandillas, que en muchos casos pueden conducir a que pierdan la vida a temprana edad. En el caso de las mujeres jóvenes esa moratoria de vida se puede acabar con embarazos de alto riesgo mal tratados que puedan llevar a que tanto la madre joven como su hijo recién nacido pierdan la vida.

Más allá de la definición que se pueda utilizar, la juventud es hoy día un factor de cambio fundamental de los pueblos y las sociedades del mundo. En esta era de las comunicaciones y de la tecnología, en donde el mundo se ha convertido en una "aldea global", los y las jóvenes son actores activos dentro de los contextos sociales, económicos y políticos de los países del mundo. Y es que hoy las redes sociales cibernéticas, y en particular las redes juveniles cibernéticas forman parte sin duda del tejido social de las sociedades. Es a través de esas redes que los y las jóvenes de hoy comparten sus experiencias y expanden sus conocimientos. Estas redes permiten establecer las comparaciones de los contextos en los que la juventud vive y se desarrolla. Permiten también abrir una ventana a los sueños y las aspiraciones juveniles.

Los y las jóvenes de hoy, son agentes de cambio. Para que los y las jóvenes puedan ejercer esa capacidad de agencia, es decir, su capacidad de actuar y de promover su propio bienestar y el de su comunidad en función de lo que él o ella valoran o tienen razones para valorar, es fundamental la eliminación de las fuentes de privación que limitan el desarrollo humano de los jóvenes. Entre estas fuentes de privación, se pueden encontrar en diversos países del mundo, la pobreza, el desempleo, la escasez de oportunidades económicas, las privaciones sociales sistemáticas, el abandono de los servicios públicos, la intolerancia y la represión, entre otros.

Los y las jóvenes son actores económicos claves. La juventud de hoy constituye un buen porcentaje de los consumidores mundiales que determinan las tendencias de mercado. Los y las jóvenes pueden aportar ideas e innovación a los procesos productivos y contribuir a la expansión económica de las naciones del mundo.

También la juventud de hoy constituye la semilla del nuevo empresariado, a nivel nacional, regional y mundial. Como jóvenes, cuentan con ideas frescas e innovadoras. Es necesario darles las oportunidades para que accedan a los activos económicos como ser el capital, la tecnología, el conocimiento de la dinámica empresarial para hacer germinar en ellos esos nuevos empresarios que los países tanto necesitan.

No obstante, es fundamental que a los y las jóvenes no se les perciba únicamente desde el punto de vista utilitarista, sino más bien que se les involucre en los procesos completos de desarrollo, lo que implican el que ellos y ellas puedan también disfrutar de los beneficios económicos de los procesos a los que están contribuyendo.

Lo anterior significa que los jóvenes, más allá de aportar su fuerza de trabajo, su ingenio y productividad, deben beneficiarse de procesos educativos de calidad y pertinencia con el mercado laboral. Los sistemas educativos para los y las jóvenes de hoy evidentemente no pueden quedarse anclados en el pasado. Estos sistemas deben pasar de estilos memorísticos a nuevas dinámicas donde la creatividad y el análisis formen parte central de los mismos. El uso de las nuevas tecnologías de la información es central para la educación de los y las jóvenes de hoy.

También deben tener acceso a servicios e información en materia de salud. Es importante para la juventud que vive en siglo XXI, tener acceso a la información sobre salud sexual y reproductiva, y a las herramientas que les permitan prevenir el VIH/SIDA y otras enfermedades.

En materia de seguridad social, los y las jóvenes constituyen el pilar de muchos de los sistemas de pensiones del mundo. En este sentido, ellos y ellas también deben poder beneficiarse de esquemas incluyentes que les permitan en un momento de sus vidas contar los recursos necesarios para una vida digna una vez que han terminado su participación activa en el mercado laboral.

A nivel social, y en términos del fortalecimiento del tejido social, los y las jóvenes pueden jugar un rol catalítico. Existen diversos ejemplos alrededor del mundo donde el voluntariado juvenil ha sido una excelente herramienta para apoyar procesos de desarrollo nacional. El voluntariado juvenil puede darse en distintas formas. Una de ellas puede ser el involucramiento de jóvenes voluntarios en el apoyo a procesos de descentralización. En este sentido los y las jóvenes voluntarios pueden apoyar a los gobiernos locales, a fin que los mismos puedan desempeñar sus funciones en beneficio de la comunidad. También existen experiencias de voluntariado juvenil en asociación con Organizaciones No Gubernamentales en áreas vitales como la salud, la educación, entre otras. Asimismo, existen ejemplos de voluntariado juvenil entre redes juveniles y en el desarrollo de proyectos apoyados por la cooperación internacional y por el sector privado en diversas áreas del quehacer nacional de un país.

Es relevante estimular este tipo de redes asociativas juveniles que buscan el bien común y que pueden ser apoyadas y completados sus esfuerzos desde las altas esferas de las administraciones centrales de los gobiernos de los países interesados en fomentar la cultura del voluntariado juvenil.

La juventud es una fuente de talento, energía y poder transformador. Como se ha visto en las noticias mundiales, la juventud ha participado en amplios y recientes procesos de movilización social y política. La juventud de hoy consta de los líderes del futuro. Los liderazgos juveniles se dan desde el hogar, la escuela, las universidades, etc. A nivel local los liderazgos juveniles se ven expresados en formas de alcaldes jóvenes, gobernadores jóvenes, etc. El apoyo a los liderazgos juveniles forma parte de las acciones necesarias para fortalecer los procesos democráticos y para contribuir a la buena gobernabilidad democrática.

Como se expresó anteriormente, la juventud implica una moratoria social. Dentro de esa moratoria social, se considera la libertad que tienen los y las jóvenes de poder gozar de un tiempo de ocio o esparcimiento. Esta etapa es muy importante en el desarrollo juvenil, antes de que los y las jóvenes crezcan y les toque asumir las responsabilidades de la vida adulta. Sin embargo, como ya se expresó, el tiempo de moratoria social será diferente en el caso de jóvenes que provienen de familias de altos ingresos que en el caso de aquellos que provienen de familias pobres. Estos últimos cuentan con menor tiempo para el esparcimiento y la diversión pues deben entrar al mercado laboral a temprana edad.

Ese tiempo de ocio juvenil debe contar con alternativas constructivas que permitan canalizar la energía juvenil. Entre estas alternativas están los deportes. El fomento del deporte entre la juventud es importante para estimular el desarrollo de las aptitudes constructivas. Adicionalmente, el desarrollo de una gama de opciones culturales que les permitan a los y las jóvenes expresarse a través de la música, el teatro, el cine, la literatura pueden potenciar los aportes positivos de la juventud a la sociedad y más importante aún pueden contribuir a un desarrollo más integral de los jóvenes.

La juventud es una etapa en la que el sentido de pertenencia cobra mucha relevancia. En algunos países del mundo, con problemas de exclusión social, los y las jóvenes han encontrado ese sentido de pertenencia en grupos de maras o pandillas, asociadas a actividades, en muchos casos, delictivas. Esta situación ha conllevado al incremento preocupante de la delincuencia juvenil organizada. En algunos casos esa delincuencia se puede ver coludida con otras formas de crimen que además de poner en precario la vida de los y las jóvenes mismos, debilita las condiciones de vida y bienestar de la sociedad en su conjunto.



En este sentido, es fundamental que los y las jóvenes puedan ser y sentirse actores del desarrollo de sus países. El fomentar el arraigo y los valores, debe de ir acompañado de la puesta en marcha de políticas públicas que garanticen que la juventud tendrá amplias oportunidades en diferentes ámbitos del quehacer nacional y que se velará porque la condición de ciudadano, se extienda más allá de un documento que le identifique como mayor de edad, sino más bien, se garantizará por que los y las jóvenes puedan disfrutar de los derechos económicos, políticos, sociales y culturales que les asisten. El disfrute de estos derechos por parte de la juventud, deberá ir acompañado de un claro entendimiento de las responsabilidades que los y las jóvenes mismos tienen que cumplir como ciudadanos.

Todo lo anterior subraya la importante necesidad que en los países se cuente con una política sobre juventud y con un plan de acción de juventud, que indique de manera concreta las acciones que se emprenderán, con los y las jóvenes y para los y las jóvenes. Es fundamental que, en el diseño de estos instrumentos, la juventud no sea percibida como receptor pasivo, sino al contrario como un actor activo involucrado en todas las etapas del proceso.

QUÉ LES **ESTAMOS HEREDANDO A LOS JÓVENES**

08

QUÉ LES ESTAMOS HEREDANDO A LOS JÓVENES

Paulina Lomelí⁸

La desaparición de 43 estudiantes en Iguala, Guerrero, al ser víctimas de intereses de criminales infiltrados en el Estado, es una muestra del nivel de injusticia e impunidad que prevalece en México. Es por ello que estudiantes, provenientes de todo el país y también residentes en el extranjero, se han sumado a la indignación y exigencia de los familiares de los jóvenes normalistas, para que se los regresen vivos. Sin duda, es una época en que México llora y clama por justicia, a cualquier precio, independientemente de quién gobierne.

Lo más indignante es no hacer nada y sólo observar cómo aún desde la infancia se insiste en inculcar el menosprecio por la vida y por los más débiles: basta ver el tema de los videojuegos más vendidos, la legalización del aborto (que implica matar a un ser que no puede defenderse, alegando que interrumpe el plan de vida de una mujer), el escuchar a un joven sicario decir “más vale vivir pocos años pero 'bien', a vivir como vivieron mis padres”, imitar las estructuras de “vida” que proyectan los protagonistas de las series televisivas más vistas y ver el abandono de muchos ancianos por parte de sus familiares al considerarlos como una carga.

Anteriormente, era común el reproche de un hijo por la ausencia de su padre; ahora el panorama se ha agravado con la ausencia también de la madre, por tener que salir a trabajar para completar los gastos más básicos.

⁸ Lomelí, Paulina. Qué le estamos heredando a los jóvenes. En: Revista Bien Común. Año XX. No. 236, noviembre del 2014. Págs. 66-70

Hubo una época a quien se le ocurrió la “brillante” idea de congelar salarios, como la única medida para que la inflación no subiera (omitiendo que había otros instrumentos de política como la fiscal) y esto llevó a que el país hoy tenga un salario mínimo que no alcanza a cubrir las necesidades mínimas de la familia y a que las madres tengan que salir a buscar un empleo. Sin duda, esto rebela que quien apoyó este criterio de política ignoró que habría una factura para las siguientes generaciones, porque los ejemplos de vida (sus padres) no estarían en casa conviviendo lo suficiente con sus hijos y lo que quedaba eran los “principios” que venden más (en la TV) en lugar de los inculcados en familia. Esa medida fue producto de una visión miope, que olvidó que el bienestar de una familia no dependía solamente de un nivel de ingreso, sino de que ésta pudiera cumplir su función como “primera escuela de virtudes, de hábitos buenos: la justicia, la solidaridad, la fortaleza, la prudencia, la templanza, el uso responsable de la naturaleza, el compromiso del cumplimiento de la ley... y ante todo escuela de amor”.



Nuestros jóvenes, al observar el panorama social se preguntan: ¿Para qué estudiar? y en esta encrucijada se define el porvenir de un país ya que cada vez que una generación percibe que prepararse no es redituable, tiende a desertar cada vez más del estudio y este hecho no sólo le cuesta al joven, sino a una familia y a la sociedad, dado que se pierde inversión en capital humano y el talento bien encausado. Vergonzosamente, México es el segundo país miembro de la OCDE, después de Turquía, con mayor número de jóvenes que no trabajan y que tampoco estudian. La siguiente gráfica muestra esa realidad: En la instrumentación de una política pública que tenga como finalidad aumentar el nivel educativo de los mexicanos se debe plantear claramente el costo de oportunidad de no estudiar o de no invertir en capital humano a fin de no escatimar recursos destinados a infraestructura y equipamiento de las escuelas, para una mayor capacitación de los profesores y la actualización continua de los programas de estudio y sus técnicas.

En estos tiempos en donde se podría hacer uso de la tecnología para subir el nivel de capacitación de los egresados de las universidades y escuelas técnicas, esta oportunidad no se ha aprovechado, agravando el hecho de que las empresas públicas y privadas tienen muy pocos incentivos a contratar y muchos incentivos para subcontratar, situación que ha provocado que las condiciones laborales sean más precarias y que por lo tanto, disminuyan el costo de oportunidad de ingresar a la informalidad, sector que abarca el 60% de la economía que se beneficia de bienes públicos sin que contribuya al erario público.

En un país en donde se premia el talento y las instituciones funcionan correctamente, la educación tendría que estar relacionada fuertemente con el ingreso, sin embargo, en México, como en muchos otros, hay elementos viciados que pueden hacer que dicha relación se debilite o se rompa.

A continuación, se enumeran algunos de ellos: En México los salarios se encuentran en función de la productividad esperada de los trabajadores potenciales en el mercado; esto provoca que personas con alto nivel educativo y con una alta productividad estén “subvaluadas”, es decir, perciban un salario menor al de su productividad. Esto a su vez, lleva a que disminuya el costo de oportunidad de no estudiar o de incorporarse al mercado informal. Tal y como se muestra a continuación: ha ocurrido en el mercado laboral de México en los últimos años. Dada la inflexibilidad en el mercado laboral formal (el alto costo de contratación, la poca movilidad, horarios rígidos y el desempleo estructural, la forma en que se negocia el salario mínimo, etc), en donde, además, los salarios se calculan con base en la productividad esperada (no pudiendo diferenciar entre trabajadores con productividades distintas) y con un bono demográfico que empuja la oferta laboral hacia abajo. al salario se provoca un exceso de demanda, el cual se ve compensado o cubierto por el sector informal hasta llegar a un salario, que además ofrece horarios más flexibles, salarios o negociaciones salariales más flexibles, con una cobertura de salud muy básica (seguro popular), condiciones laborales a veces muy precarias y con la evasión al fisco (pero con el disfrute de los bienes públicos).

Hay quien ha argumentado que la principal razón histórica de que el ingreso y el nivel de educación no se relacionen de forma muy clara en México es el modelo de sustitución de importaciones que se agotó en el país en los años 70, ya que este modelo no promovía la competitividad sino el proteccionismo, lo cual impidió que se generara una demanda de trabajadores creativos, capaces de utilizar, adaptar y desarrollar nuevas tecnologías.

Sin embargo, con la apertura comercial, que empezó desde el ingreso de México al GATT (1986) se requirió ser más competitivo y ser capaz de adaptarse y cambiar rápidamente. Un argumento más actual respecto a la ruptura entre ingreso y nivel educativo, se encuentra en el enriquecimiento basado en los privilegios de unos cuantos, tal y como lo ha señalado Macario Schettino y; en ese sentido la corrupción ha propiciado una mayor polarización del ingreso.

Lo cierto es que la economía en México, a pesar de ser la principal exportadora de ingenieros, aún es intensiva en mano de obra no calificada; por ello, los rendimientos de la educación son castigados y esto disminuye los incentivos para acumular mayores niveles de capital humano. Ejemplo de ello son las empresas maquiladoras que se dedican a ensamblar materias primas importadas de Estados Unidos y con un bajo valor agregado. Otras investigaciones, como la de Hanson, muestran que la causa de la ruptura en esta relación se encuentra que una mala calidad en el sistema educativo y una legislación inadecuada, lo cual lleva a una escasa innovación científica y a una menor producción. Y la causa que ha minado en mayor medida esta relación es padecer un sistema educativo viciado por los intereses del SNTE y la CNTE.

Dados los factores anteriormente mencionados, es importante emprender acciones para reestablecer la relación entre ingreso y educación, por los motivos que a continuación se mencionan: Como bien señala Juan Pardinás, México posee una vocación exportadora, pero le falta transformarse para competir en la era de la información, porque ya no le es suficiente su cercanía a los Estados Unidos, además, para competir con las grandes economías comerciales ofreciendo como única ventaja, trabajadores con bajos salarios, no lo llevará muy lejos. Por ello, es de vital importancia que los trabajadores tengan conocimientos adecuados para manejar nuevas tecnologías en la línea de producción. Este argumento se justifica a la luz de que China quiere convertirse en el taller de ensamblado más grande del planeta, por lo que a México no le bastarán los bajos salarios para competir por captar la inversión. Lo que se debe buscar es aumentar el valor agregado.

Otra razón es la estructura poblacional del país ya que en el 2000 la edad promedio era de 26 años, pero en el 2050 será de 44 años y para ese entonces, la proporción de población con más de 65 años será de 24.2%. Este bono demográfico es una oportunidad ya que más del 67% de la población está en edad de trabajar y de ser productivos y para aprovecharlo es necesario crear las condiciones idóneas para que haya un impacto en el crecimiento.

Recomendaciones de política pública: Es urgente elevar la calidad de la educación en todos los niveles. Para ello será importante transparentar las cuentas sindicales del SNTE y la CNTE con la finalidad de que el magisterio funcione con incentivos adecuados y no meramente políticos. La educación en México debe estar a la altura del reto que enfrenta el país, frente a la competencia y el talento de sus ciudadanos. México es uno de los principales exportadores de ingenieros en el mundo y ha empezado a posicionarse en la fabricación de productos aeroespaciales, pero falta mucho por hacer para ser más competitivo.

La era del conocimiento demanda una preparación mayor en habilidades tecnológicas que permitan una inserción mayor en puestos con una mayor remuneración.

Mientras haya tantas rigideces en el mercado laboral para contratar dada la carga impositiva a las empresas y prevalezca la cultura de clientelas y de “no pago”, difícilmente desaparecerá la economía informal; pero puede ir avanzándose paulatinamente si se apuesta a una mayor inversión en educación superior de calidad, tal y como ha sucedido en la India. Este simple hecho, hace más competitivo a un individuo no sólo a nivel nacional sino en la esfera global y le permite acceder a un mejor salario

Sin duda, México debe dejar de aspirar a ser atractivo sólo para inversiones en donde se soliciten trabajadores con una baja calificación, horarios extenuantes y las mínimas condiciones laborales.



El hecho de que las mujeres cada vez se preparen más y que sean las que en promedio ganen menos que los hombres, indica que o bien hay un factor discriminatorio o que ellas mismas están dispuestas a ganar menos con tal de tener un horario más flexible.

La reforma educativa ofrece una oportunidad para avanzar, pero también quedó incompleta debido a que los intereses sindicales quedaron intactos y a que la evaluación en la práctica está detenida. Estos dos aspectos deben ser atendidos.

Es necesario re-direccionar el gasto social, favoreciendo también a la educación superior, el equipamiento de las escuelas y la capacitación; deben crearse las condiciones para que la mayoría de las personas tengan acceso a la tecnología y a herramientas que les permitan a los jóvenes ser más competitivos a nivel global, movilizándose hacia empleos donde se requiera y aproveche su mayor nivel de educación y sus talentos.

En pocas palabras, México debe dejar de ser un país que ofrece su mano de obra barata como ventaja comparativa y para ello, los responsables de diseñar políticas públicas y los actores sociales deben de ser capaces de crear condiciones adecuadas de inversión que atraigan talento y que hagan aún más redituable educarse; por eso, es importante permanecer en el sistema educativo el tiempo suficiente y capacitarse para competir en un mundo globalizado en la era del conocimiento. Esta tarea corresponde al Estado, a los profesores, a los alumnos y a los padres de familia.

En medio de todo este cúmulo de conocimientos, además, debe incluirse la educación en valores, cuya meta no sólo lleva a exigir que se respeten los derechos humanos o se cultiven hábitos virtuosos, se trata de ir más allá de un discurso, viviendo de acuerdo al principio básico de amor a la vida, desde el mismo instante en que un ser humano es concebido. Entonces, sólo entonces, podremos vislumbrar un país menos violento, en lugar de contemplar la cosecha de nuestras decisiones erradas. La herencia que les dejemos a los jóvenes depende de ello.

LAS JÓVENES **GENERACIONES CONTEMPORÁNEAS**

09

**LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD
CONTEMPORÁNEA**

LAS JÓVENES GENERACIONES CONTEMPORÁNEAS

218

Eduardo González Calleja⁹

Desde los tiempos más remotos, la juventud ha sido una fuente inagotable de problemas políticos. La peculiar posición que los sectores de menor edad ocupan en la pirámide social, los cambios radicales que experimentan en sus años formativos, su carácter inquieto y su voluntad de cuestionamiento de los valores tradicionales han generado, ahora y siempre, un largo cortejo de tensiones intergeneracionales. En la Grecia clásica, Platón ironizaba sobre la crisis de la autoridad adulta que implicaba culto a lo juvenil, y Aristóteles alababa el orgullo, la esperanza, el idealismo, la audacia y la exageración como características de los jóvenes. En la contemporaneidad habría otras generaciones, como la «joven-europea» surgida en torno a 1830-1840, o la forjada en los mitos y valores de la «revolución cultural» de los años 60, que optaron parcialmente por la defensa armada de sus ideales políticos.

⁹ González Calleja, Eduardo. Las jóvenes generaciones contemporáneas. En: Revista Open Edition Journals. No. 34, enero del 2004. Págs. 217-242

La conflictiva inserción del joven en el mundo de los adultos ha generado, en efecto, tensiones en todas las épocas y en todas las sociedades. Pero la aparición de un activismo juvenil específico data en muchos países europeos de los últimos treinta años del siglo XVIII, cuando el incremento del contingente de población juvenil y del desempleo contribuyó a generar el malestar revolucionario en la ciudad y en el campo, y a dar protagonismo a este grupo de edad en las guerras revolucionarias y napoleónicas. A fines del siglo XIX comenzó a hacerse evidente un fenómeno nuevo: la aparición y el desarrollo de movimientos juveniles autónomos y perfectamente organizados (buena parte de ellos de carácter nacional revolucionario hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial), que apostaban decididamente por un cambio sociopolítico radical. Una realidad que se hizo francamente perceptible en las primeras décadas del siglo XX, y que trastocó los modos de protesta colectiva durante el resto de la centuria, ya que a pesar de que la proporción de jóvenes comenzó a descender en las naciones de Europa occidental a inicios del novecientos, el crecimiento acelerado de la población en el Tercer Mundo generó numerosas revueltas desde la Segunda Guerra Mundial. En cualquier sociedad la presencia de un importante número de adolescentes y jóvenes influye en el tipo de vida: a mayor proporción de jóvenes, mayor posibilidad de cambio político y cultural. Pero las consecuencias socioeconómicas de la presencia de cohortes juveniles varían enormemente entre las diferentes sociedades.

Este protagonismo marcadamente juvenil en las luchas políticas del siglo pasado nos empuja a plantear tres cuestiones de modo sucesivo: ¿bajo qué condiciones una cohorte de edad se transforma en una generación política bien caracterizada con voluntad de cambio? ¿De qué modo se articula esa identidad generacional en movimientos políticos de tipo juvenil? ¿Cómo y por qué su actuación en la escena pública se plantea eventualmente en términos violentos?

Durante el proceso industrializador la discontinuidad entre la infancia y la edad adulta se hizo más evidente, y las implicaciones de la ubicación generacional en el desarrollo humano ganaron interés para los estudiosos del cambio social. Es bien sabido que la edad no es un concepto unitario, y puede ser empleado en referencia al ciclo de la vida (juventud, madurez, vejez), o en un sentido generacional, bien como factor genealógico (referido a un subgrupo humano en relación a otros subgrupos de gente aglutinada en otro corte de edad), bien como grupo de edad particular implicado en el devenir histórico. La superación del concepto de generación biológica y su traslado al ámbito del análisis sociohistórico fue obra de filósofos como Comte y, sobre todo, de Dilthey, pero mientras que para los positivistas las distintas edades vitales eran fuerzas que condicionaban las experiencias humanas, para la escuela histórico-romántica los factores históricos estructuraban la mentalidad de una generación y le daban unidad. En concreto, Dilthey vinculó la identidad generacional a la dependencia directa de eventos clave y de transformaciones históricas de gran calado.



Para las corrientes sociológicas de tipo estructural, como el marxismo o el funcionalismo, la evolución histórica de las generaciones no dependía de un acontecimiento determinante, sino de complejos procesos económicos, sociales o culturales que daban sentido a la identidad compartida por un conjunto más o menos extenso de individuos que resultaban contemporáneos y coetáneos. En esta perspectiva, las fronteras generacionales no responderían de forma estricta a factores biológicos, sino a circunstancias sociohistóricas de carácter estructural.

En el período de entreguerras, pioneros de la «teoría generacional» como François Mentré, José Ortega y Gasset o Karl Mannheim pusieron énfasis respectivamente en los estados mentales (sentimientos y creencias) compartidos, en una común adscripción intelectual o en procesos de construcción de una identidad por sensibilidades, afinidades, proyectos e intereses colectivos, fruto de una experiencia vital coincidente durante los años de formación. En un trabajo pionero que aún hoy resulta imprescindible para abordar el estudio del problema de la caracterización sociohistórica del hecho juvenil, Mannheim destacaba que la dinámica generacional dependía del contexto social específico, y no al revés. De forma que la contemporaneidad no era un mero asunto de coincidencia cronológica (coetaneidad), sino un sentimiento de pertenencia basado en experiencias históricas compartidas, lo que implicaba similares percepciones de la realidad y determinados tipos de actuación considerados históricamente relevantes.

Para Mannheim, un sector de la juventud siempre constituye la vanguardia de la sociedad debido a su cualificación y a su especial capacidad para promover los cambios sociales. Una generación adquiere identidad propia —«unidad generacional», según Mannheim— durante la juventud, etapa en la que se reciben impresiones que aglutinan a sus individuos y que son susceptibles de perdurar (factor personalidad). Pero el elemento más influyente parece ser el momento histórico (factor entorno), compuesto de los acontecimientos o conjunto de acontecimientos que marcan a dicha generación.

De acuerdo con las ideas de Ortega y Mannheim, una generación sería «un grupo de personas que, siendo contemporáneas y coetáneas, presentan cierta relación de coexistencia, es decir, que tienen intereses comunes, inquietudes analógicas o circunstancias parecidas»: tener la misma edad, estar situado en el mismo escenario temporal e histórico y mostrar perspectivas vitales semejantes. La generación es en sí misma un elemento de identidad, una fuente de experiencia y una forma de contraste de estas vivencias culturales que puede en ocasiones (como otras formas de segmentación social como la clase, el género, la etnia, la cultura o la nación) resultar conflictiva. De modo que las generaciones son nexos que unen biografías, estructura social y dinámica histórica, y se identifican, no por una rigurosa coincidencia de edad, sino por la adscripción subjetiva de los actores, por un sentimiento de «contemporaneidad» expresada por «recuerdos en común», por acontecimientos generacionales (guerras, movimientos de protesta, etc.), lugares comunes, etiquetas, autocalificaciones, etc.

En definitiva, por la presencia de unas pautas culturales propias, adquiridas en espacios institucionales (escuela, trabajo, medios de comunicación), parentales (familia, vecindario), de ocio (calle, locales de diversión), etc. En ese sentido, las culturas juveniles se refieren a la manera en que las experiencias sociales de los jóvenes son expresadas colectivamente mediante la construcción de estilos de vida distintos, localizados fundamentalmente en el tiempo libre o en espacios intersticiales de la vida institucional. Pero no es menos cierto que uno de los grandes factores estructurantes de las culturas juveniles es la vinculación generacional como grupo de edad bien delimitado en un mismo período histórico. Las culturas juveniles más visibles tienen una clara identidad generacional, que sintetiza y simboliza de manera espectacular el contexto histórico que las vio nacer.

Aunque, como acabamos de constatar, no sea la última *ratio*, la dinámica histórica ejerce un influjo indiscutible en la forja de la identidad generacional y en la vigencia de las generaciones como empresas colectivas. Para Amitai Etzioni, los factores históricos inciden en las estructuras afectiva y cognitiva de las diversas generaciones, y para Rudolf Heberle «el ritmo de los cambios en las ideas políticas y las instituciones parece estar estrechamente relacionado con el ritmo de cambio de las generaciones», cuyo momento crucial es el período formativo. En efecto, cuanto más se acelera el tempo del cambio social y cultural, las generaciones experimentan un sentimiento más intenso y diferenciado de participación en un destino común. Pero con esa reactivación del cambio social se suele producir también la reducción del ámbito temporal de vigencia y predominio de una «generación política». La duración y los cambios logrados por una generación determinan su efectividad e impacto en la sociedad y en la historia.

La paulatina construcción durante los años 20 y 30 de una «teoría de las generaciones» que pudiera ofrecer explicaciones «naturales» a un proceso de cambio sociopolítico cada vez más desbocado e imprevisible, activó el interés por analizar la dimensión juvenil de los procesos históricos, y sirvió de base para el estudio del conflicto generacional. Esta preocupación por las consecuencias sociales que podían acarrear los desencuentros entre los grupos de edad se reactivó notablemente durante la oleada contestataria de los años 60, que propició la aparición de nuevos significados de la condición juvenil, y la incorporación de pautas juveniles a los modelos de conducta más valorados en la sociedad. Una inquietud científica que acabó por transformarse en una de las líneas de investigación más caudalosas y prometedoras en el estudio de los movimientos sociales contemporáneos, habida cuenta de la participación mayoritaria de los jóvenes en ellos.

Una interpretación pionera del problema de la inserción social de la juventud fue la implícita en el análisis freudiano de la formación de la identidad en la adolescencia, momento en el que tiene lugar la conciliación o el conflicto entre los *roles* asignados a la juventud y otros nuevos que surgen al acercarse a la edad adulta. Los enfoques psicoanalíticos ven los procesos de autoafirmación que subyacen a la formación de las identidades colectivas como manifestaciones de estructuras mentales innatas en el individuo y conceptualizadas como patologías narcisistas, o como conflictos intergeneracionales motivados por la rebeldía juvenil. Para los psicólogos neofreudianos, la agresividad no es una potencialidad innata, sino que es el resultado de tempranas frustraciones y de conflictos intrapersonales que degeneran en complejos o en deseos de agresión y de venganza contra todo aquello que amenace el narcisismo o el *ego* del individuo. Los jóvenes necesitados de autoafirmación a través del reconocimiento consciente o inconsciente de una autoridad son más proclives a integrarse en grupos cerrados, cuya organización formal les proporciona fortaleza y ánimo. Sus impulsos hacia la violencia se ven así justificados por las normas del colectivo en el que se integran, y con el que se identifican acríticamente.

Los psicólogos sociales difieren de los psicoanalistas, y de muchos psicólogos en general, en el énfasis que ponen en los rasgos estructurales de la sociedad que fomentan la socialización en el prejuicio y la marginación de un segmento de la juventud. La violencia se inscribiría así en una red compleja de cuestiones decisivas que se plantea el adolescente, relativas a la sexualidad, la racionalidad, la ética, y actuaría como rito iniciático y como lazo de unión entre los jóvenes, junto con prácticas sexuales sadomasoquistas, derivas místicas, actitudes inconformistas, etc. Una vez que la identidad política se va modelando en los años de formación (normalmente, entre los 17 y los 25 años), los sistemas, partidos, organizaciones e ideologías políticos buscan desviar en su provecho ese potencial de violencia adolescente ensalzando y fomentando la imagen idealizada de la energía y del inconformismo juveniles. Es fácil constatar que esta interpretación psicológica del conflicto juvenil violento peca de una radical antihistoricidad. Volcar todo el peso de la explicación en las presuntas tendencias naturales del joven a la rebeldía implica ignorar tanto las condiciones externas del conflicto como los mecanismos de interacción de los individuos con las organizaciones y las redes de los movimientos juveniles, que son básicos para entender cómo se construyen las identidades colectivas de sus seguidores, y la forma en que éstos confieren sentido a su acción colectiva.

Un segundo tipo de aproximación social al problema es la que pone el énfasis en los cambios sociales no rutinarios y en los conflictos en el sistema sociopolítico como fruto de la diferenciación estructural y la modernización. En esta perspectiva, que podríamos identificar de forma genérica con la tradición funcionalista, las inconsistencias sociales y la discontinuidad de valores surgidas en una sociedad sometida a un proceso de cambio traumático influyen en la conciencia de la juventud, que se muestra más receptiva a las posibilidades y a las oportunidades de protestar contra las condiciones sociales creadas por sus mayores. Por ejemplo, Kornhauser lanzó la hipótesis de que los movimientos juveniles tienden a aparecer cuando la autoridad autocrática está siendo desplazada por valores democráticos e igualitarios, mientras que para Smelser los adolescentes y los jóvenes que han abandonado los viejos lazos colectivos por culpa de las fuerzas de diferenciación sin estar aún integrados en el nuevo orden social, son los más proclives a emplear formas de conducta conflictiva.

Según Eisenstadt, los cambios sociales agudos producen una discontinuidad entre los valores de las familias y los de la esfera ocupacional, ruptura que se manifiesta en el bloqueo de las agencias básicas de la socialización. Parte de las funciones de la familia y de la escuela son desempeñadas entonces por grupos y movimientos juveniles que permiten establecer un puente entre los valores operativos en ese ámbito primario y en el del trabajo. En opinión de Parsons, el desarrollo autónomo de grupos de edad era la expresión de una nueva conciencia generacional que cristalizaba en una cultura propia e interclasista centrada en el consumo hedonista.

Algunos autores rechazan por excesivamente simplificadora la idea de la existencia de una generación «joven» y otra «vieja» como contendientes exclusivos y excluyentes en el proceso político, de la misma forma en que Marx esquematizó la lucha de clases en la moderna sociedad industrial como un enfrentamiento bipolar entre clases poseedoras y clases desposeídas. Incluso se reivindica la «funcionalidad» que para el cambio pautado implica la convivencia en una misma coyuntura histórica de varios tiempos vitales o generacionales, que debieran permitir la comunicación de experiencias entre el pasado que representan las viejas generaciones, el presente controlado por los maduros y el futuro al que aspiran los jóvenes.

Para esta tendencia de análisis, los movimientos juveniles no pasan de ser un barómetro, por lo general bastante inocuo, del cambio social no pautado, ya que, al estar vinculado a una etapa concreta de la vida, el inconformismo juvenil acostumbra a derivar en simples acciones episódicas de carácter fuertemente simbólico, protagonizadas por un grupo de edad que trata de obtener por medios rupturistas más o menos violentos los valores y el *status* que les niega la sociedad adulta.

Ni los peculiares estados mentales del adolescente ni las condiciones externas parecen capaces de determinar por sí mismos el origen, el proceso y la intensidad de las movilizaciones juveniles. Una tercera perspectiva de análisis pone el énfasis en la voluntariedad y la reflexividad de la actividad política, entendida como una acción consciente, autónoma y básicamente racional. En esa línea interpretativa, el modelo de generación histórica elaborado por Richard Braungart se presenta como una síntesis alternativa a la visión «constructivista» de la identidad colectiva propia de la teoría generacional clásica, al ahistoricismo de las explicaciones biopsicológicas y al rígido estructuralismo del marxismo, que hace girar el cambio social en torno a conflictos de clase, y del funcionalismo, que considera que la organización de un sistema social está dada de antemano y que la rebeldía juvenil sólo puede pretender un reequilibrio parcial del mismo. Según esta nueva hipótesis, la protesta juvenil no surge de la nada, sino que es la respuesta a un período de intensa actividad política, fruto de determinados procesos históricos (acontecimientos como crisis sociales, políticas, económicas y culturales, y cambios estructurales como la emigración, la industrialización, la urbanización, la secularización o la burocratización) que interactúan con las fuerzas biológicas y psicológicas para dar lugar a una generación con caracteres propios.

Braungart señala que los debates contemporáneos suscitados por las ciencias sociales diferencian tres acepciones del término «generación», de las cuales se extraen tres perspectivas de análisis del inconformismo juvenil. La primera es el concepto restringido de generación, que definido como etapa en el curso biológico de la vida ha puesto el énfasis en los cambios biopsicológicos en el funcionamiento cognitivo, las manifestaciones emocionales y las necesidades de los individuos coetáneos. Ello ha permitido esbozar una teoría de las bases generacionales del comportamiento político diferencial en las distintas etapas de la vida: infancia (comprensión gradual del mundo político), juventud (crítica a los mayores y predisposición al conflicto generacional, la rebelión y la revolución), mediana edad (moderantismo, mínima alienación y mayor voluntad de participación institucionalizada) y vejez (conservadurismo). Desde esta perspectiva, la protesta juvenil sería una de las posibles salidas de la expresión emocional y de las tensiones propias del desarrollo juvenil.

La segunda acepción es el concepto de generación como cohorte de personas nacidas en torno a la misma época en la historia y que actúan juntas. Los acontecimientos históricos dramáticos (depresiones económicas, guerras, inmigración, innovación tecnológica y cambio cultural) afectan a todos los miembros de una sociedad, pero tienen un impacto especial en las actitudes políticas de los jóvenes que están en la fase formativa de su aprendizaje político. Las actitudes forjadas durante la etapa juvenil ofrecen los fundamentos para interpretar los subsiguientes eventos políticos, y las actitudes y comportamientos no cambian sustancialmente con la edad.

En tiempos de cambio rutinario o gradual los procesos de socialización se reproducen sin excesivos problemas, pero en circunstancias de cambio rápido y contradictorio las cohortes de edad evolucionan hacia generaciones históricas, que rompen los límites de la convención social para producir movimientos generacionales con identidad propia. Este tipo de movimientos surge de la combinación del tiempo histórico (en forma de acontecimientos que condicionan su aparición) y del tiempo biológico y sociológico, en forma de creencias compartidas y sentido de misión. Pero las generaciones históricas no son agrupaciones homogéneas o estables, ni afectan o implican de la misma manera a todos los individuos coetáneos, de forma que los movimientos generacionales acostumbran a estar débilmente articulados y mostrar un carácter frecuentemente reactivo (protesta contracultural, disidencia artístico-intelectual, etc.).

Conciencia, especificidad, solidaridad y capacidad de movilización para el cambio social y político son las características que distinguen a una generación histórica de un simple grupo de coetáneos. Como señalaron Ortega y Gasset y Mannheim, una cohorte de edad representa una categoría en sí misma, mientras que una generación actúa como un grupo social para sí mismo. El motivo por el que una generación aparece durante ciertos períodos de la historia y no en otros se ha analizado desde dos perspectivas: las explicaciones que ponen el acento en las circunstancias históricas precedentes (crecimiento de población, urbanización, industrialización, depresión económica, desempleo, cambio tecnológico, nacionalismo y cambio cultural), en las discontinuidades sociales, y la capacidad de movilización de oportunidades a través de las redes organizadas, la solidaridad, el liderazgo carismático, la competición intergrupala y la predisposición al conflicto con fines políticos.

En el curso de su desarrollo, marcado por la adopción de un universo de valores y creencias compartidos, una generación histórica puede adquirir un compromiso político más o menos intenso, cuya potencialidad de movilización colectiva puede desplegarse eventualmente a través de la articulación de movimientos juveniles. Surge entonces una tercera acepción del concepto de generación, como grupo de edad especial en la historia que no sólo es una cohorte, sino que toma conciencia de su especificidad, desarrolla distintas actitudes y conductas en relación con otros grupos de la sociedad, y une sus fuerzas para trabajar por el cambio social, como sucedió con la generación de la Gran Depresión o la generación contestataria de los años 60.

Aunque por su voluntad sincrética de tendencias sociológicas tan diversas apenas lo refleje de forma explícita, Braungart emplea alguno de los conceptos básicos de la teoría de la acción colectiva para desentrañar las condiciones de aparición de los movimientos juveniles. Nosotros los utilizaremos para adelantar algunas hipótesis sobre la peculiar idiosincrasia de la participación política de la juventud y su pretendida proclividad violenta.

Desde una perspectiva generacional, la protesta juvenil puede producirse cuando una gran cohorte de edad vive un particular grupo de experiencias históricas, condiciones socioestructurales y oportunidades para la movilización, generando estructuras propias de movilización.

Los movimientos juveniles vinculados a las generaciones políticas son el resultado de la interacción entre las características del ciclo vital de la juventud (alta energía, conciencia cognitiva, búsqueda de identidad, relaciones entre el yo y la sociedad), las experiencias comunes de la cohorte/generación (crecimiento bajo determinadas condiciones familiares, sociales y globales) y las tendencias sociopolíticas e históricas. Una generación política existe cuando un grupo de edad rechaza el orden existente, se une y trata de redirigir el curso de la política como su misión generacional, pero resulta muy difícil saber cuándo una generación política va a aparecer en la escena política.

Cuando se dan las circunstancias sociohistóricas adecuadas, como el debilitamiento de la autoridad institucional y/o la falta de instrumentos eficaces de socialización, las generaciones históricas pueden implicarse en formas de conflicto intergeneracional a través de la desautorización de forma simbólica o violenta de los valores, normas, prácticas y tradiciones de la vieja generación, y la erección de la juventud en símbolo y vehículo del cambio social. Sin embargo, para Gramsci, las querellas intergeneracionales eran fenómenos superficiales, inherentes a la esfera educativa, a menos que tuvieran un componente clasista, por ejemplo, si los jóvenes de las clases dirigentes se rebelaban y otorgaban su apoyo a la clase progresista. En caso contrario, se produce un estado de rebelión permanente sin una clara salida política, lo que deriva en fenómenos como el misticismo, el sensualismo o la violencia.

Buena parte del esfuerzo organizativo y de movilización se suele dirigir a modalidades de conflicto intrageneracional: mientras que unos movimientos juveniles desafían a la sociedad adulta, un número no determinado de unidades generacionales coetáneas puede emerger de forma espontánea o inducidas por los adultos para competir sobre algunos fines sociales y políticos, sobre el modo de lograrlos o sobre la definición y el control de la realidad. En este segundo tipo de conflictividad juvenil, que ha resultado más frecuente que la primera a lo largo de la historia, todos los protagonistas pertenecen a una misma generación histórica, pero se diferencian por su actitud reactiva o proactiva, que les vincula más o menos al modelo social canónico definido y defendido por las generaciones precedentes.

Los movimientos juveniles expresan insatisfacción respecto del *statu quo*, y crean de forma revolucionaria nuevas formas de conciencia que son el resultado de fuerzas biológicas, sociales y culturales. Como agentes conscientes del cambio social y político, los movimientos juveniles se comportan en la arena pública de un modo semejante a otros movimientos sociales de protesta, y son, por tanto, susceptibles de ser analizados con las herramientas disponibles para el estudio de la acción colectiva, especialmente a través del paradigma de la «estructura de oportunidades políticas». Doug McAdam enumera tres factores decisivos para la emergencia de un movimiento de protesta. El primero es la expansión de las oportunidades políticas, o elaboración de un contexto favorable para la acción colectiva. Si entendemos ésta como el fruto de una elección racional basada en el cálculo individual de costes y beneficios, según la tesis clásica de Mancur Olson, los jóvenes están en mejores condiciones objetivas para actuar (es decir, asumen un menor coste de oportunidad política), ya que tienen menos que perder (y, por tanto, aceptan riesgos mayores), no suelen movilizarse con el objetivo exclusivo de obtener incentivos selectivos (sus motivaciones pueden ser más altruistas), y acostumbran a sufrir un nivel de coacción institucional menor (los gobiernos les consideran una «élite protegida», sobre todo si son estudiantes), lo que en su conjunto dificulta el *free riding* o comportamiento egoísta que cohibe la acción.

Como advierte McAdam, «entre la oportunidad y la acción median las personas y su forma de entender la situación en la que se encuentran». En ese momento intermedio debe producirse una «liberación cognitiva», o ruptura con la resignación fatalista, que implica la definición de la situación actual como injusta y necesitada de cambio, conforme a reivindicaciones juzgadas como legítimas, y que se acompaña de la convicción de que la acción colectiva puede ser emprendida con perspectivas de éxito. Esa «liberación cognitiva» está íntimamente ligada a los procesos colectivos de interpretación y comprensión de la realidad, de atribución de significado y de construcción de la identidad colectiva que median entre la oportunidad, la organización y la acción. En este caso, los gran facilidad identidades y significados comunes con base en los recursos culturales de los que disponen, y ocupan una peculiar posición simbólica en la sociedad, derivada de su participación en subculturas y estilos de vida que les permiten cuestionar con más eficacia las normas sociales y reivindicar el derecho a redefinir elecciones vitales. La homogeneidad de los miembros de una categoría social tiende a facilitar las comunicaciones y el necesario sentimiento de unidad. Al igual que la solidaridad basada en la raza, la vecindad, la lengua, el lugar de trabajo o la religión, la vinculación por la edad puede formar la base de una acción militante, como de hecho sucede en otros tipos de acción colectiva contenciosa. En contraste, cuanto más estrechos son los vínculos interpersonales, más violentos resultan los desacuerdos que dividen a los autores. Así puede explicarse la particular saña con la que se atacan las pandillas callejeras y otros «grupos de conflicto» primarios de carácter marcadamente juvenil.

Al rechazo en la identificación con el mundo adulto se une la tensión ante el inminente acceso a un mercado laboral cada vez más competitivo, y en el que la integración de las nuevas generaciones resulta en ocasiones muy dificultosa. Los psicólogos sociales destacan la menor adhesión a la autoridad y el afán de libertad y de socialización alternativa de los jóvenes; en una palabra, su idealismo e inconformismo frente al mundo de los adultos al que teóricamente pertenecen. Entienden, como señaló Weber, la política como vocación, como una ética de fines absolutos vinculada a valores como igualdad, honestidad, democracia y socialismo, que en no pocas ocasiones contraponen a actitudes de madurez asociadas a la ética de la responsabilidad.

La tercera condición establecida por McAdam es la capacidad organizativa. No cabe duda de que los jóvenes disponen de recursos organizativos propios, como unas subculturas y unos ámbitos de socialización más cercanos al entorno social básico como son la escuela, el barrio, el club, el grupo de amigos, etc.

El análisis de las relaciones intergeneracionales resulta esencial para entender la persistencia de subculturas de oposición, ideologías resistenciales o estructuras organizativas de un movimiento. Algunas capas sociales más o menos amplias de jóvenes pueden iniciarse a la vida pública en términos marcadamente violentos, bien porque su socialización política se realiza en un contexto donde la fuerza es un elemento ambiente de la vida cotidiana, bien porque la estructura normativa general o particular del grupo tiende a justificar determinadas formas de acción violenta.

A través de una fase intensamente agonística, los miembros más jóvenes de una comunidad definen, aprenden y comunican su posición particular ante las normas dominantes en una sociedad. El desarrollo de actitudes violentas es un factor crucial de cohesión dentro de muchas subculturas juveniles, e implica un proceso diferencial de aprendizaje del comportamiento social. Se puede recurrir a la fuerza como exhibición de una virtud particular (por ejemplo, como una forma de valentía u hombría en el seno de grupos juveniles) reconocida socialmente, en defensa de la posición o *rol* social, o como parte de una estrategia más o menos racional de acceso e intervención en los asuntos públicos.

Estas potencialidades o aptitudes organizativas derivan en la adopción de determinadas estructuras de movilización que los jóvenes conocen por su experiencia directa, como la «pandilla de pelea», el club, la peña, la fraternidad, etc., o de modelos organizativos más formalizados y extensos, como el sindicato estudiantil, el movimiento juvenil, la juventud de partido, la célula activista o los movimientos reivindicativos de nueva generación. Muchas de estas agrupaciones están vinculadas de una u otra forma con la organización de la violencia, que a su vez determina y estimula la adhesión al movimiento. La organización de una protesta que se prevé violenta requiere una especial cohesión interna, y la creación de lo que Selznick califica de «arma organizativa», o transformación de una asociación voluntaria en una estructura de gestión de la fuerza física, que transforma a sus miembros voluntarios en agentes (y en último extremo, en soldados) de un proyecto político para cuya defensa intervienen en la lucha y en cuyo nombre acatan ciegamente las órdenes. Los jóvenes suelen ser los más cualificados integrantes de estos «grupos de conflicto» que aparecen como gestores especializados de la violencia, porque en las crisis políticas la dinámica del relevo generacional se acelera, y los jóvenes, en la plenitud de su fuerza vital, acceden al primer plano del activismo político. Las formaciones militares o clandestinas atraen a algunos jóvenes porque reafirman sus ansias de energía, utopía, autonomía, apertura a la experimentación, búsqueda de identidad y de fidelidad, etc.

En las coyunturas de crisis, la movilización de la protesta juvenil puede realizarse a través de una serie de repertorios de acción violenta, o modalidades de actuación en común urdidas sobre la base de intereses compartidos, que se van redefiniendo en el transcurso de la acción en respuesta a nuevas identidades, intereses y oportunidades, y que son interiorizados por los grupos sociales tras un largo proceso de aprendizaje. Los repertorios, que presentan varios niveles de complejidad, constituyen un número limitado de creaciones culturales dictadas por la tradición, la costumbre o la experiencia acumulada en la interacción con las autoridades. Los contendientes tienden a innovar en el marco restringido del repertorio de acción disponible en cada momento. Su evolución se vincula a la historia acumulativa de las luchas colectivas, de modo que, en el ámbito juvenil, ha pasado de manifestaciones que podríamos calificar de «primitivas» (en el sentido que Tilly da a la acción desarticulada y localista entre grupos rivales, corporaciones o comunidades naturales), como la algarada callejera y la riña escolar, a formas «modernas» de protesta que son desplegadas por asociaciones especializadas y organizadas a escala nacional para la acción política, como las manifestaciones, las huelgas, las insurrecciones o las acciones revolucionarias. Se podría hablar incluso de la aparición desde el fin de la Segunda Guerra Mundial de un repertorio posmoderno de acción violenta juvenil, protagonizado por los nuevos movimientos sociales y caracterizado por el anticonvencionalismo de la acción reivindicativa: protesta transgresora, manifestación festiva, ocupaciones, desobediencia civil, insumisión, violencia difusa, etc.

A título ilustrativo, podríamos señalar la presencia de, al menos, cuatro estructuras dominantes de confrontación juvenil a lo largo de la contemporaneidad: la turba estudiantil, la juventud de partido, la organización paramilitar y el movimiento social de nueva generación. Hay que advertir que estas formas organizativas y estos repertorios de acción política violenta de la juventud no han discurrido de forma lineal, sino que conviven, declinan, se reproducen, perviven o se transforman en función del contexto histórico, de los cambios que experimenta el colectivo juvenil en su Weltanschauung y en su propia identidad, y de la estructura de oportunidades políticas. En coyunturas cargadas de fuerte tensión, alguna de estas estructuras de movilización se coordinó para articular una respuesta unitaria. En esas circunstancias críticas, las diferentes manifestaciones del repertorio violento (de la algarada estudiantil a la acción paramilitar o la movilización masiva) se sucedieron con enorme rapidez, aunque en cada fase histórica podría constatarse el predominio de una de ellas por su especial eficacia para obtener los objetivos políticos propuestos. De este modo, la protesta escolar fue predominante durante el siglo XIX y la segunda mitad del siglo XX, la violencia partidista y paramilitar tuvieron su época dorada entre el fin de siglo y la Segunda Guerra Mundial, y las reivindicaciones vinculadas a los movimientos sociales de nueva generación han ido adquiriendo protagonismo desde los años 60 hasta la actualidad.



Aunque la historia del último siglo está repleta de rebeliones estudiantiles, la movilización juvenil contemporánea también está vinculada a movimientos de mayor calado político, en relación estrecha con la aparición de los jóvenes como segmento social bien caracterizado a fines de siglo XIX, al hilo de la reducción del porcentaje de población de menor edad en las pirámides de población de los países industrializados, y de la configuración inicial de un mercado juvenil, al que no era ajena la aspiración al «consumo» de «productos» políticos. Entre las instituciones que posibilitaron la aparición de la juventud como grupo social diferenciado figuraban: un modelo nuevo de familia, transformada en ámbito de afectividad y de aprendizaje; la escuela como instrumento normalizado de iniciación social; el ejército como rito de paso, y el mundo laboral como frontera social y económica hacia la edad adulta. En la primera mitad del siglo XX se produjeron, además, el descubrimiento, el reconocimiento social y la democratización de la adolescencia como fenómeno propio de las sociedades desarrolladas. El tiempo entre generaciones se amplió desde el momento en que la juventud de las sociedades occidentales retrasó sus responsabilidades de adulto, como el trabajo y la familia. Los adolescentes fueron «expulsados» dulcemente del mercado laboral, y aparecieron las primeras asociaciones juveniles modernas dedicadas al tiempo libre. Pero también surgió una legislación social *ad hoc*, que con el argumento de proteger a la juventud recortó su independencia: tribunales tutelares, servicios de ocupación y bienestar, escuelas, etc. Un proceso de control paternalista que se agudizó en los regímenes autoritarios y alcanzó su máxima expresión en los totalitarismos de uno y otro signo.

La juventud comenzó a vincularse estrechamente a las luchas políticas. En la mayor parte de Europa, este salto cualitativo en la participación pública de la juventud se hizo de la mano de los movimientos políticos y sociales existentes, que asumieron el control de sus manifestaciones más extremas. En ocasiones, la conciencia generacional trató de ser fijada en estructuras orgánicas como las juventudes de partido, aunque una organización juvenil creada y/o liderada por adultos es diferente de otra que es controlada exclusivamente por jóvenes, ya que tiende a quedar supeditada a los criterios políticos de la generación dominante. Durante los años 30, en el ambiente de pesimismo creado por la crisis económica, la militancia política se transformó en un recurso para consolidar un apoyo político volátil. En ese momento, las organizaciones juveniles cobraron autonomía y se convirtieron en un importante factor de desestabilización política, ya que el encuentro entre los empresarios políticos (*political entrepreneurs*) y esa juventud alienada por la crisis produjo breves pero llamativas explosiones de violencia. Los procesos de radicalización derivaron de una serie de elecciones estratégicas sobre la violencia política, y produjeron continuos conflictos internos que a veces culminaron en la formación de grupos armados de carácter terrorista.

En las últimas décadas del siglo XX, el tránsito acelerado desde una sociedad moderna basada en el individualismo atomizado y en los principios de clase, nación e industria, a un nuevo modelo social basado en la primacía del sujeto reflexivo y autónomo, en la elaboración de nuevas identidades, en la extensión de la globalización y en la producción, circulación y consumo de los bienes de comunicación, ha impuesto la aparición de nuevos modos de actuar en común, donde la violencia organizada a gran escala ha ido dejando paso a otros modos no convencionales de protesta. Desde los años 60 se ha producido una rutinización y profesionalización de las acciones reivindicativas, donde a nivel administrativo y legislativo se ha ido clarificando y aumentando el derecho de los ciudadanos a la protesta legítima.

Los nuevos movimientos reivindicativos (asociaciones de consumidores, pacifistas, ecologistas, antinucleares, en pro de los derechos civiles de minorías culturales o raciales...) tienen un carácter instrumental y una naturaleza marcadamente contracultural; actúan de forma coordinada, en un espacio transnacional y con un elenco de objetivos similares, basados en la reivindicación de derecho.

El desarrollo de los nuevos movimientos sociales ha generado una nueva cultura del conflicto que es la predominante en la juventud de los países que gozan de amplios e iguales derechos de ciudadanía. Predominan actitudes no violentas, e incluso en su forma más subversiva y militante los nuevos movimientos sociales emplean muy raramente la violencia extrema, y prefieren recurrir a repertorios de acción que utilizan de modo paralelo y flexible formas de acción convencionales (como, por ejemplo, la apelación a los tribunales) y anticonvencionales, basadas en formas no institucionalizadas de participación y de movilización, como las protestas moral o socialmente transgresoras, las manifestaciones festivas y burlescas, las huelgas salvajes, las ocupaciones, los pequeños sabotajes, la desobediencia civil y la insumisión, cuyo componente altamente simbólico y expresivo resulta de gran impacto en la moderna sociedad de la imagen globalizada.

La realidad de una protesta cada vez menos basada en la confrontación física no puede ocultar la realidad de grupos juveniles marginales (como los habitantes de los guetos ciudadanos, los *skin-heads*, los okupas, los ultras deportivos o los sectores juveniles radicalizados de grupos nacionalistas, separatistas o integristas) que, además de la utilización de modalidades violentas de amplia tradición en la confrontación política, como el terrorismo, la algarada callejera o la agresión individual, emplean una violencia que podríamos definir como «posmoderna»: de baja intensidad, desestructurada, eruptiva, socialmente difusa, escasamente ideologizada y poco discriminada, que a pesar de su limitada capacidad subversiva no ha tenido hasta la fecha una respuesta preventiva o represiva eficaz por parte del Estado.

En definitiva, los estudios dirigidos a desentrañar las características de la movilización política de las jóvenes generaciones no deberían basarse únicamente en explicaciones de carácter estructural, tal como advierte el profesor Enrique Laraña: La condición vital de los actores es el factor en que es necesario centrarse para la comprensión de estos hechos [la protesta juvenil], y no en factores estructurales que buscan su explicación en la posición que ocupan en la organización de la producción.

En la sociedad industrial avanzada, el factor «edad» puede alcanzar tales implicaciones que es posible aludir a la existencia de una «clase de edad» para aludir a su potencial de conflicto.

De este modo, a través de las remozadas perspectivas de análisis que brinda la investigación sobre los nuevos movimientos de protesta, la juventud alcanza plena caracterización y autonomía como actor social, y obtiene el rango de objeto de estudio específico para las ciencias sociales.

RETOS

CONTEMPORÁNEOS EN LOS ESTUDIOS SOBRE JUVENTUD

10

RETOS CONTEMPORÁNEOS EN LOS ESTUDIOS SOBRE JUVENTUD

251

Maritza Urteaga Castro Pozo¹⁰

Hace muchos años Margaret Mead desafió la manera en que Occidente había definido la juventud: como una condición universal, una fase del desarrollo humano que se encontraría en todas las sociedades y momentos históricos, basándose casi exclusivamente en los planteamientos del psicólogo Stanley Hall. En su obra *Adolescence. Its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*, Hall caracteriza la adolescencia como una etapa de tempestad y estímulo, que al tener una base fisiológica la hace un estadio inevitable del desarrollo humano. Señala que esta etapa está dominada por las fuerzas del instinto que requieren, para calmarse, un periodo largo durante el cual los jóvenes no sean obligados a comportarse como adultos, porque se hallan en un estadio intermedio entre el “salvajismo” y la “civilización”.

¹⁰ Urteaga Castro Pozo, Maritza. Retos contemporáneos en los estudios sobre juventud. En: Revista Alteridades. Vol. 21. No. 42, 2011. Págs. 15-52

Una de las primeras antropólogas en cuestionar el etnocentrismo subyacente en la teoría psicológica de Hall sobre la juventud occidental fue Margaret Mead. Gran parte de su trabajo de investigación sobre las adolescentes en Samoa estuvo dirigido a argumentar, con información de campo, que los rasgos caracterizados por Hall como definitorios de la adolescencia en la sociedad estadounidense no podían generalizarse a otras culturas. Me interesa rescatar aquí la actitud teórica de la antropóloga, quien con base en datos de campo cuestiona una definición construida a partir de las, entonces, disciplinas y posturas teóricas hegemónicas en el estudio de las sociedades: la psicología y el evolucionismo organicista que, ahora sabemos, racionalizaron gran parte de los fenómenos sociales emergentes en la modernidad occidental generalizando esas representaciones al resto de sociedades y culturas. Pienso que las interrogantes de Mead -“¿puede considerarse la juventud como una condición natural?, ¿pueden generalizarse a otras culturas los rasgos de la juventud occidental contemporánea?” - siguen siendo pertinentes, y ayudan a revisar con esos grandes lentes el caso de la reciente formación, y el reconocimiento dentro de las etnias mexicanas, de un grupo de edad que puede ser denominado juventud.

Me interesa rescatar la actitud teórica de Mead al preguntar sobre las formas de construcción juvenil actual entre los indígenas migrantes y/o radicados en las ciudades. Mis cuestionamientos, sin embargo, tienen un pequeño giro, ¿cuál es la especificidad de esta juventud que se está formando en muchos grupos étnicos? ¿Las percepciones sociales indias sobre este segmento etario son similares a las que otros grupos de la sociedad mexicana tienen sobre sus jóvenes? ¿A quiénes se denomina jóvenes entre las diferentes etnias? ¿Por quiénes está compuesta esta reciente categoría? ¿Hay una sola manera de vivir y de ser joven? ¿Qué puede aportar la antropología a la construcción conceptual sobre lo juvenil étnico en la contemporaneidad mexicana?

La documentación, material de campo y las argumentaciones aquí presentadas no intentan responder de manera total las preguntas y mucho menos agotar el tema de lo juvenil en lo étnico. Al contrario, y por las razones que se irán planteando y sustentando, quieren provocar estas y otras preguntas que podrán tener respuestas en futuras investigaciones, en lo que se abre como un ámbito contemporáneo en el estudio de lo juvenil.



Las relaciones que los actores seleccionados establecen en la ciudad con las instituciones escolares, laborales, asistenciales, recreacionales y de salud están siendo vividas y percibidas desde posiciones muy diferentes y desiguales. La diferenciación social y el tiempo de arribo generacional de los grupos étnicos a la urbe condicionan fuertemente el rango de opciones que tienen los actores para escoger. Dos son las situaciones donde esta relación es clara: la escolaridad y el empleo y sus vinculaciones. Todos los entrevistados están cursando o pasaron por el sistema escolar y cuentan con niveles de escolaridad superiores a las generaciones de migrantes anteriores; sin embargo, sus grados, experiencias y percepciones con y sobre el sistema escolar son muy distintos. En un polo muy reducido están las y los profesionistas y estudiantes universitarios, algunos de los cuales tienen maestrías o cursan dos licenciaturas simultáneamente. Éstas y éstos forman parte del 2.9% del total de la población hablante de lengua indígena (HLI) que tiene algún grado de instrucción profesional aprobado o alguna carrera profesional. Si bien sus experiencias con el sistema escolar son muy heterogéneas, este pequeño sector está utilizando con mucho éxito la vulnerabilización de la condición indígena por parte del gobierno federal y de los gobiernos estatales, mediante el acceso a becas en programas de educación superior, aunque éstas sean insuficientes, dada la creciente demanda para las mismas. En el otro extremo están los de la primaria inconclusa que, siendo ya jóvenes, arriban al Distrito Federal (D. F.) desde pueblos con alta marginación social y educativa.

Entre ambos polos existe una variedad de situaciones que pasan por tener la primaria o la secundaria o la preparatoria concluida y/o haber realizado capacitaciones extracurriculares en alguna especialidad (informática, electrónica, derechos indígenas). También encontramos jóvenes menores de 18 años, hijos de migrantes otomíes en el D. F., que están dentro de la población que el Gobierno del Distrito Federal considera “en riesgo de deserción escolar”, por lo que, además de cursar la secundaria, tienen apoyos institucionales como los del Centro Interdisciplinario para el Desarrollo Social (Cides) donde acuden y aprenden “sobre trabajo infantil, la discriminación, que les ayuden en la tarea o [...] salir al parque a jugar”. La educación escolarizada básica es uno de los ámbitos de mayor tensión y conflicto intercultural, debido a prácticas discriminatorias y racistas por parte de los maestros y maestras -que prohíben a los niños hablar en lengua nativa obligándolos a “moldearse a los demás”-, así como por parte de los pares mestizos, que insultan a los niños, niñas o adolescentes con “facciones indígenas” diciéndoles “oaxacos”, “indios atrasados”, lo cual no hace fácil a las y a los jóvenes en la ciudad identificarse como indígenas.

El empleo es el ámbito más crítico para las y los jóvenes indígenas, circunstancia que comparten con el resto de la juventud mexicana. Por lo que se conoce, las generaciones anteriores de migrantes construyeron redes familiares y comunitarias étnicas de apoyo para insertarse laboral y culturalmente en la ciudad, que funcionan tanto para indígenas pobres como para indígenas que no lo son. Estas redes son usadas y valoradas de manera positiva por jóvenes con poca escolaridad que llegan del campo a la ciudad a ocupar los últimos escalones laborales y sociales, con escasa remuneración y baja calificación: albañiles, mecánicos, mozos, soldados, ellos; empleadas domésticas, ellas. En general, estas redes son una posibilidad de avanzar paulatinamente o, al menos, sobrevivir. Sin embargo, para muchos jóvenes de las nuevas generaciones altamente escolarizadas (algunos con maestrías y doctorados) esas mismas redes dejan de ser útiles para acceder a mejores puestos de trabajo. Esto es, a mayor preparación educativa menores son las posibilidades de conseguir un empleo gracias a estas redes, según las nuevas expectativas generadas. No obstante, aún es imposible generalizar este fenómeno, pues depende del tipo de redes en las que se insertan las y los jóvenes.

Las etnias con mayor antigüedad y arraigo en la ciudad, con fuerte posicionamiento socioeconómico y vínculos con el poder hegemónico -como la zapoteca de Juchitán (Oaxaca)- pueden ofrecer mejores empleos; mientras otras, como la triqui, compuestas en su mayoría por migrantes no escolarizados o medianamente escolarizados y no muy bien posicionada económica, social y políticamente en la ciudad, tienen poco que ofrecer a sus jóvenes profesionistas en la ciudad: "...pero éstos tienen a su papá que es abogado, a su abuelo, y lo van a colocar. tú no tienes a nadie, tú eres hijo de un humilde campesino que desertó del campo y llegó acá a la policía y él no tiene redes, influencias, no tiene nada y tú tienes que abrirte camino solo, no hay quien te abra".

Incluso con las limitaciones que tienen las redes, como fuentes de recursos y de empleo, pertenecer a ellas es mucho mejor que no contar con alguna, como sucede a los jóvenes indios y a las jóvenes indias que acaban de salir de la universidad, pertenecientes a etnias de "reciente migración", quienes viven su experiencia laboral en la ciudad como "multiusos", dentro de un horizonte cerrado en opciones. Por otro lado, la venta ambulante de artesanías y de otros productos son las actividades más altas a las que pueden aspirar jóvenes menos calificados pertenecientes a etnias como los tzentzales y tzotziles o de migraciones consolidadas (otomíes, mazahuas) con largas trayectorias de empleo como albañiles, trabajadoras domésticas, meseros y otros.

El espacio que tienen las jóvenes indias es mucho más estrecho en términos de opciones de empleo en una ciudad donde abunda la demanda de trabajo doméstico y se asocia *mujer indígena* con empleada doméstica. Incluso aquellas que han realizado estudios medio superiores, tienen como única experiencia laboral esta actividad.

El que niños, niñas y jóvenes otomíes, menores de 14 años, trabajen en las calles de la ciudad para ayudar en el ingreso familiar es percibido por los ciudadanos como sinónimo de explotación infantil, pero otras investigaciones han señalado la importancia no sólo económica, sino formativa, que para los grupos étnicos tiene el educar a los niños, niñas y jóvenes, a través del trabajo, en las responsabilidades y los compromisos, así como en su preparación para la autonomización del hogar familiar. Esta costumbre choca con la concepción de juventud occidental y moderna¹⁶ -en la cual la juventud misma es producto de su expulsión de la esfera laboral, de su separación de la vida y de su infantilización y dependencia moral y económica-. Los adolescentes otomíes están construyéndose como jóvenes en este espacio fronterizo: mientras unos trabajan como limpiaparabrisas o vendedores de dulces, organizan apretadamente su día para tener tiempo de ir a la escuela, al Cides u otra institución, y jugar; otros ya no trabajan, van a la escuela y al Cides, y tienen más tiempo para jugar y ver la televisión. En el primer caso, al sentido tradicional de ser joven se agregan nuevas atribuciones y características de lo que significa ser joven en la ciudad, mientras en el segundo, la concepción moderna y urbana de joven parecería estar abriéndose paso.

Esta última concepción tiene entre sus vehículos más importantes la televisión, y en particular las telenovelas. Que figuraron entre los constructores de juventud más significativos entre las etnias, como consecuencia de la proyección de imágenes juveniles cargadas de atributos como rebeldía, maldad, irresponsabilidad y otros, que sirven para distinguir a quien es joven de quien no lo es; a la vez que venden un “estilo de juventud”, donde “ser delgados y güeros, vivir en tal residencia, con tal carro, son los objetivos de la vida”. Autoadscribirse como indígena en la ciudad es un asunto complicado para los jóvenes, por la carga negativa y peyorativa del término. La constante presencia indígena en la capital no ha significado una transformación del sistema de distinciones y clasificaciones sociales -indio-india/mestizo-mestiza-, construido históricamente, que los coloca por debajo de los mestizos, incidiendo en la reproducción de los prejuicios y estereotipos que niegan su acceso pleno a la ciudadanía tanto en zonas rurales como urbanas. La palabra indígena remite a “gente ignorante”, “que no sabe hablar español”, “sucio”, “indigente”, “pobre”. En el uso de este término hay una clara asociación entre cultura y clase que traspasa la relación mestizos e indios, pues de éste también hacen uso las propias etnias cuando discriminan y califican de manera negativa a otros pueblos indígenas que consideran diferentes e inferiores a sí mismos: “A las chicas mixtecas no las dejan juntarse con los triquis que porque los triquis son unos salvajes”.

A pesar de la discriminación de la que son objeto al autoadscribirse como indígenas -señalaron algunos jóvenes-, puede ser benéfico en la medida en que existen “las redes de comunicación, influencia y apoyo” de comunidades étnicas bien organizadas. Hasta el momento, ellas han sido las formas privilegiadas de reagrupación de los indígenas migrantes en la ciudad. Desde este punto de vista, autoadscribirse indígena “es igual de vulnerable” que ser “punketo”, “darketo”, “roquero”, reivindicándolo “como ejercicio del derecho a la diferencia”.

Lo juvenil indígena se hace más complejo con la condición de migrante en la ciudad. Si bien en estricto sentido cualquier nacido fuera de la ciudad puede considerarse un migrante en ella, diversos autores observan que sólo a *los indígenas* se les etiqueta socialmente de *migrantes* en la ciudad, como una estrategia de exclusión alimentada por las mismas instituciones que separan, para controlar la información, a la población indígena migrante de la originaria, y a éstas de los mestizos. Algunos jóvenes denunciaron en el término una exclusión por razones de competitividad laboral; para otros el vocablo los hace sentirse “diferentes”, “extranjeros o extranjeras” y lo viven como “una desventaja” en una ciudad negada a vivir -en la práctica- en el respeto a la diferencia. La experiencia de algunos actores parece justificar este rechazo a su diferencia cultural, incorporando a la calidad migratoria un sentido de *temporalidad*, “mientras estudio, mientras logro mi objetivo”. Otras y otros, toman conciencia del cambio de su condición migratoria y llegan a sentir esta temporalidad como (auto)exclusión, luchando por ser considerados como *radicados* o habitantes de la ciudad, postura que interiorizan de manera incluyente: “se es uno y el otro a la vez, migrante y habitante o residente de la ciudad”. Una idea central en el migrante es la del desplazamiento, la de estar desplazándose entre territorios a fin de mejorar/cambiar la calidad de sus vidas. Hay quienes consideran que se “pierde algo de identidad”; mientras que hay quienes opinan que se amplían y agregan otras características a su condición migrante y residente y emerge un nuevo papel o rol a jugar como jóvenes entre la ciudad y sus comunidades de origen, como portadores y portadoras del cambio.

Éste es el ámbito máspreciado y a la vez más controvertido de vivir y pensar para los jóvenes y las jóvenes que llegaron siendo niños y niñas o jóvenes, o para aquello que nacieron aquí y son hijos de padres y madres migrantes; para quienes viven con la familia o entre la comunidad de migrantes, o para quienes viven separados o separadas de ellas (porque sólo llegan temporalmente a trabajar o porque decidieron *salirse* de esas redes). Es un ámbito rico en tensiones culturales y está siendo reconstruido por los jóvenes indígenas migrantes en la ciudad. Los entrevistados expresan una fuerte vinculación con sus familias, sea que éstas se encuentren en los pueblos de origen o se conviva con ellas. De parte de los jóvenes, con envíos regulares de dinero o dándoles una porción de sus ingresos y cumpliendo otros compromisos de trabajo y afectivos; de parte de las familias, el apoyo afectivo, las redes comunitarias o mandando productos. Pero no todas ni todos tienen vínculos con sus comunidades de origen o con sus comunidades migrantes; en todo caso, sus compromisos mostraron mucha variabilidad. Hay quienes están fuertemente “amarrados” a través de su pertenencia a las organizaciones étnicas en la ciudad, mientras otros se vinculan con sus comunidades y familias de una manera individual y sentimental, pero estas decisiones son tomadas a lo largo de toda la trayectoria migratoria de los actores, y no son nunca definitivas. Las situaciones con las que me encontré podrían enmarcarse en la tensión entre “compromiso comunitario” y “salida individualista”, en medio de las cuales existen múltiples formas de relación.

Algunos jóvenes que pertenecen a la primera generación que estudió una carrera universitaria en la ciudad tienen un fuerte *compromiso comunitario*, y aunque sus trayectorias de vida fueron diferentes -algunos migraron siendo niños, otros nacieron en la ciudad-, en general no recibieron por parte de sus familias el vínculo comunitario ni la lengua, sino que tuvieron que construirlo por sí mismos. Asumir un compromiso con la comunidad significa empezar a concretar su voluntad de pertenencia a una etnia determinada, que les posibilita una forma comunitaria de vida “que la ciudad no puede ofrecerles” y empezar a hacerse cargo de que “uno existe gracias a la comunidad”, principio contradictorio del individualista que prevalece en la ciudad, donde “todo existe gracias a uno”.

La pertenencia a una comunidad no se hereda, haber nacido en los pueblos de origen no garantiza ser parte de su vida colectiva; ella se gana, se construye, a través de *la asunción de cargos y otros compromisos/responsabilidades comunitarios* -como el tequio- *así como familiares* -como “mano vuelta”, “gozona”, guetza, que toman diversos nombres en cada pueblo-. Éstos se asumen “porque se sabe que de ello depende la sobrevivencia de la comunidad” y como necesidad porque “tiene que prevalecer la comunidad para que yo pueda prevalecer, de allí que es obligación propia que me permita sentir pertenecer a la comunidad y por tanto existir”); y se toman porque “aun cuando existe una *obligación*, existen derechos sobre la tierra, aun viviendo en la ciudad, siempre y cuando se cumpla con lo anterior”.



El cargo es “un ritual de paso que reafirma la pertenencia [de ego] a la comunidad”, la que, a su vez, “[lo] reconoce como miembro de la misma”. Algunos jóvenes y algunas jóvenes estudiantes han ingresado en las múltiples organizaciones de comunidades migrantes indígenas radicadas en la ciudad, estrechamente vinculadas a las comunidades de origen, en donde se socializan en los valores y en el compromiso comunitario en la práctica: se aprende a trabajar en colectivo -sistema de cargos y tequio- realizando funciones en servicio de las comunidades migrantes. Aquí me encontré con una institución formativa clave en la reproducción cultural de las etnias contemporáneas en México, pero también con otro aporte fundamental a la construcción de lo juvenil contemporáneo. El trabajo colectivo marca una gran diferencia con las maneras modernas de construcción de juventud. En éstas se habla de moratoria social sin que sean reconocidos de forma positiva los aportes de los jóvenes (trabajar joven es socialmente mal visto o victimizado por la sociedad), segregándolos en instituciones educativas separadas de la realidad adulta, forzándolos a vivir como jóvenes en el ocio y el consumo, o vulnerabilizándolos -lo que los exime de asumir responsabilidad social alguna-, mientras se obstaculiza o estigmatiza su *participación* en otros quehaceres apartados para los adultos.

La salida opuesta es la “individualista” y es la que escogen algunos jóvenes que llegan a la ciudad o nacidos en ella, deseando borrar todo rastro de indianidad en su figura y en su vida: no hablan su lengua nativa ni asisten a lugares donde encuentren migrantes indígenas, cambian su apariencia, tienen novios o novias y amigos mestizos o amigas mestizas, postergan sus compromisos matrimoniales, estudian y trabajan y gastan sus salarios en sus personas, socializándose cada vez más en las expectativas urbanas. Sin embargo, en todos los casos estudiados, las y los jóvenes no han dejado de trabajar y de estudiar, de aportar a la familia, y, en otros menos, a la comunidad migrante y de origen y de ser reconocidos positivamente por los miembros de sus comunidades.

La (mujer): Con respecto a la juventud indígena, creo que sí hay una persecución de metas colectivas, y no hay responsabilidades tan concretas (como) que te tengas que bañar, barrer y ciertas actividades dentro de la casa; sí hay una identidad, esa persecución de metas colectivas y que te identificas con los otros grupos que no están casados. En las comunidades indígenas no se deja de ser joven al estar viviendo en pareja, se adquieren más responsabilidades, pero no se deja de ser joven.

Las comunidades étnicas no separan a los jóvenes y a las jóvenes de los asuntos de la comunidad o de la vida real, sino que *los retienen* dándoles mayores responsabilidades que benefician la vida familiar, y apoyan a los jóvenes a lograr su autonomía. No obstante, esta situación se ve obstaculizada por los sistemas políticos y sociales comunitarios de tipo gerontocrático existentes en gran parte de las etnias, donde los espacios de participación para las y los jóvenes son bastante estrechos. Algunos jóvenes ilustrados en la ciudad sostuvieron que, dentro de sus comunidades, “los jóvenes no contaban; tenían voz, pero no voto”. Observé, como otros investigadores, que los jóvenes con una mayor educación y más tiempo en la ciudad tienen expectativas y demandas en su presente que no pueden ser satisfechas en el marco actual (y ancestral) de las relaciones de poder comunitarias, sin que algo de esas relaciones se transforme en beneficio de la continuidad y la reproducción de los propios pueblos étnicos.

CONVENCIÓN

NACIONAL CIUDADANA: LA ALIANZA CON LA SOCIEDAD CIVIL

CONVENCIÓN NACIONAL CIUDADANA: LA ALIANZA CON LA SOCIEDAD CIVIL

Partido Acción Nacional¹¹

Esta alianza partidos-ciudadanía, y este primer esfuerzo de trabajo conjunto, abre la puerta a un involucramiento mayor de la sociedad civil con los institutos políticos, construyendo una relación que podría ser aliciente para refrescar a los propios partidos en sus temáticas, generar mayores mecanismos de control y transparencia por parte de las y los ciudadanos, y una serie de acciones que permitirían vigorizar la vida interna de las tres fuerzas que aceptaron atender a este llamado.

Desde hace ya varios años, hemos dedicado un número considerable tanto de ediciones como de contenidos a insistir en las bondades, los retos, las posibilidades y sobre todo la necesidad que tienen hoy en día las democracias de tender puentes y generar puntos de encuentro entre ciudadanía y partidos, para con ello ir poco a poco abatiendo la distancia que separa a una de otros y con ello avanzar en la construcción de una agenda política, económica, social e institucional acorde con los retos de nuestro tiempo.

¹¹ Partido Acción Nacional. Convención Nacional ciudadana: la alianza con la sociedad civil. En: Revista Bien Común. Año XXVIII. No. 311, febrero del 2021. Págs. 49-67

Celebramos así el encuentro entre partidos y Sí por México, y compartimos las participaciones de quienes se dieron cita en la Convención Nacional Ciudadana, así como la totalidad de la Agenda Ciudadana presentada en esa ocasión.

Agradecemos a los medios de comunicación que hoy nos acompañan. Asimismo, quiero saludar a los quinientos dos representantes de las organizaciones que se han adherido a la Agenda Ciudadana de Sí por México: contamos ya con un representante en cada una de las 32 entidades federativas y en 237 de los municipios más poblados.

Con ustedes construimos una nueva mayoría en todos los rincones del país, y aunque por razones sanitarias no podemos reunirnos en un mismo espacio, sí podemos unirnos en una misma causa: tener un país más justo y más próspero para todas y para todos.

Es por eso que hoy es un día para celebrar. Quienes aquí participamos representamos la pluralidad de México, sabemos que tenemos diferencias, pero realmente nos enriquecen nuestras coincidencias, nos unifican para lograr un país mejor. Y es preciso realizarnos la siguiente pregunta: ¿cómo vamos a materializar nuestra propuesta por la vía democrática, por la vía institucional con nuestra voz, con nuestro voto, y sobre todo sin miedo?

c



272

Meses atrás las Organizaciones de la Sociedad Civil nos pusimos de acuerdo en una Agenda Ciudadana. Hace dos semanas se lo enviamos a los diez partidos políticos que van a contender en las elecciones del 21, para saber si la apoyaban. Cuatro de los partidos políticos dijeron que sí a nuestra agenda, y se comprometieron a defenderla en las urnas el próximo mes de junio estos son: PRI, PAN, PRD y Movimiento Ciudadano; lamentablemente el Partido Verde, Morena, Fuerza Social, y Redes Sociales Progresistas le dieron la espalda a la ciudadanía, con su silencio nos dijeron que no.

A los partidos que nos dijeron que sí, los invitamos hoy a dialogar y a encontrar la mejor manera de trabajar en forma conjunta para que la Agenda Ciudadana sea la próxima plataforma política y social que rijan en México.

Hoy nos acompañan Marko Cortés, presidente nacional del Partido Acción Nacional. Como pueden ver poco a poco se dibuja una línea muy clara, los partidos del “sí” y los partidos del “no”. A los partidos del “sí” con los que queremos construir la nueva mayoría democrática, tendrán nuestro respaldo y nuestro voto; a los partidos del “no” les decimos: con nuestro voto llegaron y con nuestro voto se irán.

Democracia plena: Como ustedes saben, nuestra propuesta está organizada a partir de seis grandes causas. Estas propuestas cuentan con el respaldo de las organizaciones que le han dicho sí a México.

Comienzo con la primera: Sí a una democracia plena. La concentración de poder en una sola persona, o en un solo grupo de personas, conduce inevitablemente hacia el autoritarismo; queremos un país donde el poder no sea rehén del capricho y ambición de su Presidente, un país donde los gobernantes respeten el orden constitucional, la división de poderes y los derechos humanos sin distinciones.

Queremos un país libre, donde la libertad de conciencia de expresión, de asociación, donde la tolerancia y el respeto a las diferencias sigan formando parte de las grandes conquistas alcanzadas. Queremos un país donde la gente no tenga miedo: no podemos aceptar que se utilice la amenaza y la persecución como instrumentos de represión y control político.

La democracia mexicana se encuentra en estado de emergencia, necesitamos de ustedes, los partidos, para salvarla. Necesitamos que se comprometan a cambiar las reglas, necesitamos que se comprometan a abrir las puertas a la participación y vigilancia ciudadana, necesitamos que se constituyan como un verdadero contrapeso en la Cámara de Diputados y en la Cámara de Senadores.

Todos sabemos lo que está en juego, evitemos que el águila, esa ave que nos señaló dónde erigir La Gran Tenochtitlán -el origen de un hogar diverso y multicolor- sea expulsada por la arbitrariedad, construyamos juntos un acuerdo inédito, vanguardista, de unidad y reconciliación entre partidos y sociedad para revertir leyes autoritarias y devolverle a México el derecho a soñar.

Sabemos que para lograr todo esto tenemos que construir una nueva mayoría democrática en las elecciones del 21. Como ustedes se comprometieron con estas ideas, nosotros vamos con ustedes en el 21.

Seguridad, acceso a la justicia y combate a la corrupción: Nuestra segunda propuesta es la siguiente: Sí a la seguridad, el acceso a la justicia, y el combate a la corrupción.

Queremos un país donde nos sea posible salir a las calles sin miedo, donde nuestros hijos salgan a estudiar, salgan a trabajar y regresen sanos y salvos, con vida a sus hogares. Necesitamos que las policías del país estén capacitadas para recuperar la paz en las calles, queremos un país donde la seguridad y la justicia no sean un lujo ni un privilegio.

No es justo que en México se deban esperar años para obtener justicia, ni que tu derecho a ella depende de cuánto dinero tengas o de tus contactos; los derechos humanos deben ser una realidad para todos y para todas, y para lograrlo es urgente que la defensoría pública sirva para que los inocentes no lleguen a la cárcel: se debe de reformar el Poder Judicial para que los criminales no salgan impunes, y para lograr todo lo anterior tenemos que ganar la nueva mayoría democrática en las elecciones del 21.

Porque ustedes se han comprometido con estas ideas, nosotros vamos con ustedes al 21.

Economía inclusiva que combata la pobreza y la desigualdad: Este es el tercer punto de nuestra agenda: Sí a una economía inclusiva que combata la pobreza y la desigualdad.

La concentración del poder económico es tan aberrante como la concentración del poder político: queremos un país donde el esfuerzo, trabajo y talento permitan a los mexicanos mejores condiciones de vida.

Buscamos que la pobreza no sea un destino y que las oportunidades económicas permitan movilidad social; queremos un país donde haya trabajo, donde el gobierno deje de ser una carga para la economía y que en cambio sea un amplio promotor de la capacidad productiva de nuestro México.

Queremos liberar el potencial económico del país para generar más riqueza y sobre todo distribuirla de una manera más equitativa. Necesitamos generar más empleo bien pagado, necesitamos que todas las empresas cumplan con su responsabilidad social.

Se debe de respetar el Estado de derecho para generar certeza jurídica y recuperar la confianza que hasta este momento hemos perdido: no tenemos opción para los pequeños y medianos negocios que en este preciso momento están resistiéndose a morir y que representan más del 90% de la capacidad productiva de México. Simplemente esto no es justo, no puede ser.

Para emparejar la cancha y acabar con el clientelismo político de los programas sociales, proponemos un ingreso básico universal progresivo, para que todas las personas cuenten con lo mínimo para poder vivir con dignidad: debemos acabar con la indignante brecha que existe entre los que tienen todo y los que no tienen absolutamente nada.

Sabemos que para lograr todo esto tenemos que construir una nueva mayoría democrática para el 21: porque ustedes se comprometen con estas ideas, nosotros nos comprometemos con ustedes.

Educación y salud universal: Este es el cuarto punto de nuestra agenda: Sí a la educación y salud universal de calidad.

Queremos que el acceso a la salud y educación de calidad sea un derecho para todas y para todos, y no sólo un privilegio exclusivo para quienes pueden pagarlos.

Reconocemos que la única ruta para acabar con la desigualdad en el largo plazo es un sistema educativo que nos permita equilibrar la balanza entre quienes nacieron con todo y quiénes tienen poco o nada.

En materia educativa queremos que se recupere el sistema de evaluación de las maestras y los maestros, y se invierta decididamente en escuelas de tiempo completo, así como en la educación media y en las universidades públicas.

Por lo que toca a lo que estamos viviendo hoy, la pandemia ha dejado ver las deficiencias del sistema de salud, que deja sin amparo a los más vulnerables: es un hecho que la mayoría de las muertes por COVID-19, por enfermedades curables, se dan en sectores de alta marginación y pobreza: ocho de cada diez muertes por COVID pertenecen a este segmento de la población, que votó y dio la confianza a un gobierno que simplemente hoy los olvidó.

La actuación del Gobierno durante la pandemia ha sido criminal; no tienen la culpa de la pandemia, pero sí del mal manejo de la misma: existen omisiones contradicciones y cálculos políticos que han costado vidas humanas, y es inaudito que los partidos políticos les dijeron sí.

Les exigimos que impulsen la construcción de un mejor sistema de salud pública para todas y todos, señores presidentes de partido. Presionen para que el Gobierno se tome en serio la emergencia sanitaria que estamos viviendo; el hecho de que no sean Gobierno federal hoy, no los exime de trabajar codo a codo con la población, por ejemplo, luchar por el presupuesto necesario para comprar las medicinas en general, y muy particular, las necesitadas por la población infantil con cáncer.

Sabemos que para lograr todo esto tenemos que construir la nueva mayoría democrática en las elecciones del 21. Y porque ustedes se comprometieron con estas ideas, nosotras y nosotros vamos con ustedes al 21.

Igualdad sustantiva y combate a la violencia contra las mujeres: Soy una mujer sensible a todo lo que adolecen las mujeres en nuestro país, porque desde distintos escenarios he tenido que salir adelante estudiando, trabajando, educando y formando a mis hijos. Por todo ello, y porque quiero que sí sucedan cosas positivas en México, estoy aquí.

El quinto punto de nuestra agenda es Sí a la igualdad sustantiva y al combate a la violencia contra las mujeres.

Hoy en México mueren más de diez mujeres diariamente por la violencia feminicida, y cómo responde el señor presidente: pidiendo que no se distraiga la atención de los grandes temas, que este no es un gran tema.

Sus palabras no nos sorprenden. El presupuesto para los refugios de mujeres víctimas de violencia ha mermado, no importa que en muchos casos representa la oportunidad para que las mexicanas salven la vida; lo mismo sucede con el presupuesto para las estancias infantiles, que nos afecta a todas las mujeres.

No, señor presidente. Atender y erradicar la violencia contra las mujeres no es una agenda ideológica de las feministas, es un acto de justicia para todas y para todos. No queremos más casos como el de Fátima, o Ingrid, o Claudia, o Alexis: exigimos que el Gobierno responda y dé soluciones.

En cuanto al tema de paridad, decirle que esta es una conquista de nosotras, de las mujeres, no es una concesión de nadie, como en el caso del INE: sabemos que para lograr todo esto tenemos que construir una nueva mayoría democrática en las elecciones del 21.

Porque ustedes se comprometen con estas ideas, nosotros vamos con ustedes en el 21.

Medio ambiente sano y sustentable: Nuestra última propuesta, pero no la menos importante, es decir Sí a un mejor medio ambiente, sano y sustentable.

Queremos un país donde todas y todos tengamos derecho a respirar un aire limpio; necesitamos un Gobierno que deje de resistirse a todos los cambios globales, que promueva el uso incentivo de las energías limpias y renovables y, sobre todo enfrente el mayor reto: tener un país que dejarles a las siguientes generaciones.

La economía del futuro va de la mano con la protección del medio ambiente. Queremos que México deje de ser el país donde desaparecen especies endémicas, y que deje de ser el número uno de los asesinatos y defensores y activistas del medio ambiente.

Es necesario que el desarrollo tenga por norma el respeto y la protección a la naturaleza, y evitar que se destruyan y se contaminen ecosistemas por construir obras faraónicas, como el tren maya, que está destruyendo una parte de la Selva Lacandona, o la refinería Dos Bocas, que está lastimando irremediablemente a los manglares.

Tenemos que decir sí a la agenda 2030, y una reducción del 75% para la Semarnat nos habla del gran desinterés de este Gobierno. Tenemos que hacer políticas públicas modernas y generar infraestructura para cuidar y limpiar el agua: el cambio climático ya está aquí y Tabasco lo está sufriendo hoy.

Sabemos que para lograr todo esto tenemos que construir una nueva mayoría democrática en las elecciones del 21.

Porque ustedes se comprometieron con nosotros vamos por ustedes en el 21.

El compromiso de los partidos políticos

Es tiempo de reconciliación y de unidad: alto a la división, a la polarización, a los insultos, a los ataques que solo han beneficiado al gobernante.

Para lograr el México que queremos, debemos hacerlo unidas, unidos con apego a la legalidad y a la democracia, esa es la única manera. En el pasado hemos sido críticos de los partidos políticos, de su actuar y de sus errores, pero es necesario que nosotros como ciudadanos aceptemos que hemos fallado.

Estamos ciertos que nunca habíamos tenido un encuentro franco y abierto como el que estamos teniendo hoy con ustedes; por ello, gracias a quienes atendieron a nuestro llamado con la evidencia, en la madurez que dan los años, de que hemos entendido que para fortalecer la democracia necesitamos construir con los partidos políticos mejores canales de comunicación y acción, que faciliten y fortalezcan la participación ciudadana.

Llegó la hora de ir de la mano, ustedes son el vehículo para que los anhelos y las demandas de la ciudadanía se materialicen: hoy comienza un nuevo diálogo, honesto, sin demagogia, un encuentro franco y de frente a la ciudadanía.

Ustedes ya conocen nuestra propuesta y nuestra disposición a trabajar por un mismo objetivo: lograr la mayoría en la Cámara de Diputados, la mayoría de las gubernaturas y la mayoría de las presidencias municipales en el 21.

Partido Acción Nacional

Realmente festejo este encuentro, lo festejo porque es inédito y es histórico, como las circunstancias que estamos viviendo.

Yo saludo a los más de cincuenta mil ciudadanos que ya forman parte de Sí por México, a las cuatrocientas dos organizaciones de la sociedad civil que ya forman parte de Sí por México, y saludo a mis compañeros de Partido que hoy han acudido a esta invitación.

Gracias por invitar a Acción Nacional, con mucho gusto estamos aquí entre ustedes y hoy coincidimos en que a México le urgen resultados, soluciones, no pretextos, y cada vez somos más los mexicanos que vemos que las cosas en el país no van bien; si hoy nos reunimos aquí, nosotros, es por la necesidad de defender la libertad, la democracia, las instituciones, el México nuestro y de nuestros hijos.

Decía Carlos Castillo Peraza que para que exista democracia se requieren demócratas, y hoy nosotros necesitamos poner por encima del interés personal y de nuestros partidos, el interés de México, y por eso estamos diciendo Sí por México.

Se requiere que construyamos un México de instituciones fuertes, que resistan los egocentrismos y los vaivenes de la política. Quienes estamos aquí, más allá de nuestras claras diferencias ideológicas y conceptuales, necesitamos generar un auténtico despertar social, para que, en el 2021, la sociedad libre, pensadora, se volque a las urnas a participar, y entonces construyamos esa nueva mayoría en la Cámara de Diputados para reconducir la política económica, social, de seguridad en nuestro país.

Es inconcebible la negativa del Presidente de México de reconocer el triunfo de Biden como Presidente ya electo de los Estados Unidos, principal socio comercial de nuestro País; ya el propio ministro de Canadá se ha reunido con él virtualmente para generar lazos y comunicación, y en México no podemos estar sujetos al capricho del resentimiento de un solo hombre mexicano o estadounidense.

La actuación del Ejecutivo debe ser como Jefe de Estado, debe regirse por principios democráticos y legales; el Gobierno de México ya debería de estar trabajando por una agenda bilateral que incluya los temas como migración, seguridad, medio ambiente, comercio...

El comportamiento del Presidente es propio de un autócrata, sus reacciones son las de un gobierno autoritario, muestra de la clara intolerancia y de la Incongruencia en su supuesto combate a la corrupción: ahorcar presupuestalmente a los organismos autónomos, negarse al diálogo, atacar a la prensa, son síntomas graves de nuestra democracia mexicana. Requerimos que en México se vuelva a debatir sin avasallamiento para que la discusión sea producto de acciones propositivas para mejorar México, y en Acción Nacional festejamos que hoy sociedad civil, que ciudadanos, que políticos estemos coincidiendo y construyendo a favor de una agenda común.

Lo que hoy nos une es el encontrarnos con Sí por México, por eso ante su pregunta respecto si hacemos nuestra su Agenda, la Agenda que hoy nos presentan, la respuesta de Acción Nacional es: sí, y no porque nos sumemos hoy sino porque son parte de nuestras causas desde hace décadas.

Yo felicito a las y los organizadores de Sí por México por esta iniciativa, también reconocemos el esfuerzo de otros grupos de la sociedad que con sobradas razones exigen aquí y ahora, soluciones, y están pidiendo más hechos y menos palabras por parte del Gobierno.

Acción Nacional desde sus orígenes ha enfrentado lo injusto, lo hicimos en el pasado contra el régimen autoritario y hoy lo hacemos ante la tiranía morenista. Acción Nacional está aquí para decirle a la sociedad civil organizada, que estamos al servicio de nuestro país para sumar esfuerzos y corregir el caos que Morena ha venido llevando a México.

Hoy venimos a decir Sí por México. Tengan la absoluta seguridad que nosotros, que Acción Nacional, no se dobla; tengan la certeza de que aun en las circunstancias más complejas que podamos enfrentar, contarán con la firmeza de las convicciones de Acción Nacional; tengan la seguridad que en México cuenta con esta institución, con Acción Nacional, para defender y cuidar a nuestro país.

Nosotros estamos puestos para ir por un cambio positivo y hacia el futuro, para que las familias no reciban solo un programas social sino que tengan un trabajo digno para llevar lo necesario a su casa.

Nosotros estamos aquí para luchar por un país donde sean los criminales los que vivan con miedo, y no los ciudadanos de bien; para que tengamos un país sin violencia que respete a las mujeres y que termine por desterrar el maltrato de género; para cambiar hacia el futuro impulsando un México de energías limpias, innovador, moderno y competitivo.

Hoy Acción Nacional le dice a todo México y a la sociedad civil, “presente”, estamos aquí diciéndole Sí a México.

Conclusión

Quisiera hacer hincapié en que este movimiento nace como consecuencia de un país inmerso en la incertidumbre: vivimos, como ustedes saben, momentos muy difíciles que se han agudizado por tres crisis: la de salud, la de seguridad y, por supuesto, la económica.

Como ciudadanía tenemos que estar a la altura de estas crisis. Vamos por buen camino, ya somos más de cincuenta mil ciudadanas y ciudadanos, cerca de quinientas organizaciones en todo el país, y contamos con cuatro partidos políticos como vehículos de quienes respaldamos al sí.

Tenemos que reiterar algo que ya se ha dicho, pero creo que vale la pena repetirlo a los partidos cercanos al gobierno: no les interesó nuestra Agenda, y es tiempo de tomar definiciones; ellos ya tomaron la suya, le dieron la espalda a la ciudadanía, nos dijeron no.

A quiénes sí vinieron el día de hoy, les reconocemos su sensibilidad, su visión, su compromiso, pero queremos pedirles que pasen de las palabras a los hechos, que dialoguen y se atrevan a construir un punto de encuentro con la sociedad, para obtener una mayoría democrática en el 21.

Nos queda, como ustedes saben, muy poco tiempo: somos un movimiento pacífico pero somos un movimiento firme que cree en las instituciones y en la democracia, que dialoga, que construye y tiende puentes a pesar de las diferencias, pero que ya no tiene paciencia para discursos huecos y para la falta de resultados.

A los partidos que dijeron sí, les decimos que tienen nuestro voto de confianza, pero este voto no es un cheque en blanco. No queremos volver al pasado, pero no podemos quedarnos donde estamos.

¿Queremos un México donde las mujeres no seamos acosadas en la calle?
¿Queremos un México donde se abren verdaderas oportunidades de superación para los jóvenes?. ¿Queremos un país donde haya más empleo mejor pagado?
¿Queremos un México que cuide el medio ambiente e impulse las energías limpias?
¿Queremos un México donde los políticos escuchen más y hablen menos?
¿Queremos un México donde nos vaya bien a todas y a todos?

Abran sus puertas al talento ciudadano. Necesitamos mujeres y hombres honorables, comprometidos, que generen equilibrio y acción en el Congreso: hoy inicia una nueva etapa en la historia del país, llegó la hora de las y de los ciudadanos.

Hemos cambiado, participamos más: justo el día de mañana se cumplen dos años de la primera marcha en contra de una decisión arbitraria que fue la cancelación del nuevo Aeropuerto de Texcoco.

Los ciudadanos participamos, actuamos y muchos nos han preguntado ¿cómo nos sumamos qué sigue?

Todas las personas que creen en este proyecto tienen que concentrarse en tres acciones: construir una nueva mayoría en torno al sí, hacer que tu voto sí cuente, y hacer que tu voz sí se escuche.

La primera: para construir una nueva mayoría tenemos que convocar a diez personas a que den el Sí, los ciudadanos debemos de participar más, tenemos que escribirles un mensaje por WhatsApp o empezar a llamarles por teléfono y contarles cómo decir que sí, y hablar del sí en nuestras reuniones familiares.

Vamos a pedirles que nos conozcan entrando a nuestro sitio web [sipormexico.org. mx](http://sipormexico.org.mx), y que participen, se inscriban, que den Sí por México, a nivel nacional o en cada uno de sus estados, que nadie se quede fuera.

Segundo, para hacer que tu voto sí cuente, vamos a asegurarnos que todos nuestros amigos tengan su credencial de elector vigente, actualizada y que de aquí al 2021 la cuiden muchísimo, los que no cuenten con ella vamos a ayudarlos, a orientarlos para hacer su cita en el INE y que se preparen para votar. En el 2018 los candidatos del no llegaron con votos, pues con votos se tienen que ir.

Y tres, para que tu voz sí se escuche, tenemos que trabajar permanentemente, como decía Dessiré: no podemos quedarnos sentados, tenemos que pasar de una democracia representativa a una democracia participativa, donde todos hagamos ciudadanía todos los días y a todas horas.

Sí por México: Propuesta ciudadana Sí a una democracia plena *¿Qué queremos?* Defender la Constitución y el Estado de derecho; Procurar una verdadera división de poderes; Promover un real federalismo; Respetar de manera irrestricta los derechos humanos; Velar por la libertad de expresión, asociación y prensa libre; Defender la autonomía e independencia de los órganos autónomos, incluyendo al INE, ante cualquier intento por coartar sus atribuciones y presupuesto.

¿Qué proponemos para lograrlo? Que la composición de la cámara refleje el porcentaje de votos de los electores (hacer valer el principio de la máxima sobre representación del 8%); Que los candidatos a los puestos de los órganos autónomos sean propuestos por especialistas en la materia y designados por el Poder Legislativo; Acotar las facultades discrecionales del ejecutivo en materia presupuestal; Hacer vinculante para las Legisladoras las conclusiones de ejercicios de Parlamento Abierto con participación de ciudadanos y expertas.

Lo que significa para ti. Que se tome en cuenta la diversidad de intereses de los ciudadanos, incluyendo por ejemplo a los papás de los niños con cáncer, la comunidad científica, las creadoras y artistas, etc. Que siempre tengas información veraz para evaluar al gobierno y vigilar que se gaste en lo que tu necesitas. Por ejemplo, ¿A dónde se van nuestros impuestos? Que tengas garantizados tus derechos de propiedad, protegiéndolos del capricho del gobernante en turno. Por ejemplo, que la Fiscalía y los Jueces no se manejen con fines políticos. Que el gobierno no pueda cambiar el destino de nuestros impuestos unilateralmente. Por ejemplo, dejando de comprar medicinas para repartir dinero discrecionalmente.

Sí a la seguridad, acceso a la justicia y combate a la corrupción ¿Qué queremos? Fortalecer a los cuerpos policiales civiles -en los tres órdenes de gobierno- garantizando su profesionalismo y probidad, que estén bien remunerados, entrenados, equipados, y que se coordinen entre sí; Implementar una estrategia eficaz contra el crimen organizado en todas sus manifestaciones, y; Regresar paulatinamente a las Fuerzas Armadas a su papel fundamental de seguridad nacional y auxilio de la población en momentos de desastre natural; Lograr la verdadera autonomía y eficacia de las fiscalías tanto a nivel federal como local; Garantizar la autonomía y profesionalización del Poder Judicial, corrigiendo casos de nepotismo y corrupción; Asegurar que el acceso a la justicia sea una realidad para toda la población y no un privilegio reservado a quienes pueden cubrir honorarios legales; Fortalecer a las instituciones encargadas del gasto y su auditoría, y; Consolidar el Sistema Nacional Anticorrupción.

¿Qué proponemos para lograrlo? Agregar a la “Seguridad Humana” como un derecho ciudadano en el artículo 4° constitucional; Definir una Política de Seguridad que atienda las diferencias regionales y locales, con seguimiento por un Órgano Ciudadano trans sexenal creado para dicho fin; Incrementar el presupuesto en Seguridad como % del PIB al menos de 1 a 1.7%, creando un Servicio Civil de Carrera Policial para los 3 órdenes de gobierno; Triplicar el presupuesto para fortalecer la autonomía y profesionalización del Poder Judicial (equivalente a 0.25% adicional del PIB en 2021); Establecer un presupuesto vigilado por la ciudadanía, para el fortalecimiento, profesionalización y garantía de autonomía de los Ministerios Públicos (0.25% del PIB adicional en 2021); Crear un organismo ciudadano para dar seguimiento, vigilar y calificar el desempeño y uso de recursos del poder Legislativo; Reorganizar y fortalecer el sistema de defensoría pública.

Lo que significa para ti. Recuperar los espacios públicos para nosotros y nuestros hijos: la calle, el parque, la carretera, la plaza y la escuela. Tener policías entrenadas y honestas a la que podamos acudir para ser auxiliados, y que sean vistas como parte de la comunidad.

Que la justicia no sea solo para los que puedan pagarla sino para quien se vea en la necesidad de recurrir a ella. Que cuando hagas una denuncia sea atendida de manera efectiva, y que te traten digna y respetuosamente y no como un sospechoso. Sí a la salud y educación universal con calidad

¿Qué queremos? Garantizar un sistema de salud articulado, preventivo y de calidad; Asegurar recursos suficientes para contar con personal médico bien capacitado y remunerado, así como con la provisión de medicinas, materiales e instalaciones; Dar atención a grupos vulnerables como niños con cáncer y enfermos de VIH-Sida; Enfatizar la formación inicial y la profesionalización continua del personal docente; Ampliar el programa de escuelas de tiempo completo; Mejorar y extender la enseñanza del inglés; Asegurar el acceso a la tecnología en todas las escuelas públicas; Atender de manera prioritaria a la primera infancia; Impulsar y hacer accesible a muchos más la educación superior, y; Apoyar a nuestros artistas y creadores.

¿Qué proponemos para lograrlo? Incrementar el gasto en salud como porcentaje del PIB en un punto (lo cual es equivalente al 30% de la brecha observada con países de la OCDE) de 2.8% a 3.8%; Vigilar el gasto por medio de una instancia ciudadana que asegure su uso eficiente y equitativo; Incluir el concepto de garantía de “calidad en la educación” en el artículo 3°, con la obligación para el Estado de proveerla; Establecer mecanismos de medición de calidad mediante la evaluación resultados de aprendizaje en todos los niveles; Incrementar el presupuesto en Educación Media y Superior como % del PIB de 0.8% a 1% (Promedio OCDE).

Lo que significa para ti. Que nadie se quede sin medicamentos por la negligencia de las autoridades. Que el personal de salud cuente con el equipo necesario para trabajar de manera digna, y que todos tengan acceso a servicios de salud.

Que tus hijas e hijos tengan una educación de calidad con las mejores docentes, las mejores escuelas. Que tengas alternativas como las escuelas de tiempo completo, dando facilidades a las madres trabajadoras. Que a nadie se le niegue la posibilidad de una educación de calidad por su condición social.

Sí a una economía inclusiva que combata la pobreza y la desigualdad ¿Qué queremos? Garantizar la propiedad privada y el libre emprendimiento; Terminar con el capitalismo rentista y de complicidad e impulsar la competencia; Regular justa y eficazmente la actividad económica privada para asegurar que cumpla sus responsabilidades con los trabajadores, la sociedad y la hacienda pública.

Incentivar la investigación, las competencias científicas y la adopción de tecnologías de punta; Promover un enfoque de generación de igualdad de oportunidades productivas para la población de menores recursos; Implementar una política social no-asistencialista que incluya mecanismos de generación de riqueza y corresponsabilidad social, con transparencia y rendición de cuentas;

Garantizar opciones de capacitación laboral que permitan aprovechar las oportunidades que se generen.



¿Qué proponemos para lograrlo? Legislar la creación de un sistema de seguridad social integrado que ofrezca beneficios y protección a todas las trabajadoras y trabajadores; Fortalecer el presupuesto, autonomía, y perfil técnico de los organismos reguladores existentes; Establecer por Ley un Ingreso Básico Alimentario a la población en pobreza extrema (30 millones en 2020), con corresponsabilidad social -costo equivalente al gasto programado en 2021 para Programas Sociales de bajo impacto (Sembrando Vidas, Jóvenes Construyendo el Futuro, Tandas para el Bienestar, Micro Crédito, etc.); Instalar una política fiscal progresiva y justa que permita al Estado ampliar su inversión en servicios básicos e infraestructura en las zonas mas pobres; No autorizar el gasto de programas sociales que carezcan de padrón público, evaluación, mecanismos de rendición de cuentas, y corresponsabilidad social.

Lo que significa para ti. Que el gobierno se enfoque en promover la generación de empleo y no en gastar de manera asistencialista. Que todos los empleos den acceso a servicios sociales como la salud, una pensión digna, seguro de accidentes, guarderías, etc.

Que tengas los mejores servicios públicos al menor costo, garantizando que siempre haya competidores y alternativas. Que nadie carezca de lo más básico para vivir con dignidad y aportar a la sociedad, sustentado en un gasto público eficiente.

Que nuestras jóvenes tengan oportunidades de empleo productivo en los sectores en donde México tiene mayor potencial. Sí a la igualdad sustantiva y al combate a la violencia en contra de las mujeres

¿Qué queremos? Promover la igualdad para las mujeres en materia económica, educativa, política, empresarial y en general de oportunidades y remuneraciones; Poner especial énfasis en la prevención y en la no impunidad para los delincuentes que atenten en contra de las mujeres; Garantizar el acceso de todas las mujeres a la impartición de justicia con perspectiva de género; Combate eficaz a cualquier tipo de discriminación y violencia.

¿Qué proponemos para lograrlo? Legislar la rendición de cuentas y la medición de avances hacia la igualdad sustantiva en materia de género, por parte de los órdenes de la Administración Pública; Reinstaurar los servicios de instancias infantiles para madres trabajadoras mejorándolos con base en evidencia;

Reabrir las casas de resguardo y los albergues para víctimas de violencia. Lo que significa para ti. Que las mujeres cuenten con alternativas adecuadas y viables de financiamiento para emprender un negocio. Que cuenten con estancias infantiles, escuelas de tiempo completo, y servicios institucionales o domiciliarios de cuidado de adultos mayores y personas con discapacidad. Que cuenten con servicios adecuados de prevención, atención y sanción de la violencia, incluyendo el acceso a refugios y albergues para víctimas de violencia. Que cuenten con la garantía de un entorno seguro en tu comunidad y hogar para una movilidad segura libre de violencia.

Sí a un medio ambiente sano y sustentable ¿Qué queremos? Procurar la conservación y rescate de nuestros ecosistemas y biodiversidad; Lograr la limpieza y ordenamiento de nuestras ciudades; Cumplir nuestros compromisos en el combate al calentamiento global; Fortalecer el sistema de áreas naturales protegidas, y; Acelerar el uso y generación de energías limpias y renovables.

¿Qué proponemos para lograrlo? Vigilar con participación ciudadana que al 2024 se avance lo necesario para cumplir los Acuerdos de París de reducir emisiones de gases de efecto invernadero y de carbón negro en 22% y 51% al 2030.

Incrementar el presupuesto para la protección del medio ambiente como porcentaje del PIB al menos de 0.1% a 0.66% (promedio de la OCDE).

Lo que significa para ti. Que vivas en un medio ambiente sano, con menos enfermedades respiratorias, etc. Que tengas acceso a agua limpia. Que los fenómenos naturales como los huracanes causen menos daños. Que las siguientes generaciones puedan conocer y disfrutar la riqueza natural del país. Que los recursos naturales sean fuente de riqueza sostenible.

LOS JÓVENES Y **SU INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO**

12

LOS JÓVENES Y SU INFLUENCIA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL ORDEN POLÍTICO

Aurora Espina Vergara¹²

Cuando se habla de personas jóvenes y de juventud, normalmente se hace desde una visión adultocéntrica que visibiliza a esta como entes pasivos e incapaces de asumir sus propias decisiones. De igual forma, es de interés particular el hecho de que no existe un acuerdo común sobre cuál es el rango de edad que comprende a las personas jóvenes, cosa que ejemplifica de buena manera la mucha o poca relevancia que se le brinda a este grupo poblacional, y la falta de entendimiento del mismo.

En este sentido, la primera vez en que se hizo referencia a una definición de juventud, particularmente, en cuanto al segmento poblacional que representa de acuerdo con su rango de edad, fue en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en el año de 1981, en donde se entendía a la juventud como aquella comprendida entre los 15 y los 24 años. Posteriormente, en el año 2015, en la resolución 2250 del Consejo de Seguridad de la ONU, la juventud es entendida como aquella que comprende a las personas entre 18 y 29 años. Para los fines de esta investigación, se retoma este último entendimiento realizado por el Consejo de Seguridad de la ONU.

¹² Espina Vergara, Aurora. Los jóvenes y su influencia en la construcción del orden político. Fundación Rafael Preciado Hernández. Documento de trabajo. No. 865, abril del 2021. Págs. 1-48

Una vez superada la cuestión de “definición” de la juventud, aunque sin un consenso general al respecto, conviene regresar a esa mirada adultocéntrica de la juventud, porque de esta mirada vienen muchas de las lecturas académicas que describen a las personas jóvenes como egoístas, faltos de interés por el mundo que les rodea, y como meros entes pasivos. Además de tener una visión compartida de comprender a la juventud como el adulto en potencia, y no como un sujeto político en sí mismo.

Es en este entendido que profundizar en la relevancia de los movimientos colectivos y el involucramiento de la juventud en ellos, adquiere una gran relevancia en el entendimiento de la participación política de las personas jóvenes, así como de su capacidad de incidencia, desde un enfoque de lo glocal, en la configuración del orden político mundial.

Debe comprenderse que las personas jóvenes realizan mayoritariamente sus actividades de incidencia, a partir de los movimientos colectivos, que constituyen una nueva modalidad de participación política, que particularmente hace eco en este segmento de la población por su grado de horizontalidad y de organización colectiva a partir de procesos de co-creación.

De acuerdo con Gianfranco Pasquino, la participación política debe ser entendida como un fenómeno que es antiguo, dado que este se da desde el momento en que se puede hablar de política como actividad desarrollada en comunidades organizadas; pero al mismo tiempo, como un fenómeno reciente, puesto que está estrechamente vinculado con las transformaciones de la naturaleza de las comunidades políticas, así como de los sistemas socioeconómicos.

Aunado a ello, Pasquino señala la existencia de múltiples definiciones de participación política, a lo que propone una fusión entre aquellas que consideran las actividades de los individuos, y las que se centran en el interés. De este modo, llega a una posible definición de la participación política como: “ese conjunto de acciones y de conductas que apuntan a influir de manera más o menos directa y más o menos legal sobre las decisiones, así como la misma selección de los detonadores del poder en el sistema político o en cada organización política, en la perspectiva de conservar o modificar la estructura (y por ende los valores) del sistema de interés dominante.”

Esta participación política puede darse en distintos niveles y bajo distintas modalidades, como por ejemplo la participación electoral, dentro de organizaciones o de partidos políticos. Sin embargo, en la actualidad se observa con mayor fuerza el surgimiento de movimientos sociales o colectivos como nueva modalidad de la participación política, que ha resultado ser la predilecta de las personas jóvenes.

De acuerdo con Pasquino, el 68 marca un momento particular de explosión de los movimientos colectivos, dejando de lado, o relegando a un segundo plano, otras formas de participación política institucionalizadas como la participación a través de grupos de presión y de interés.



La comprensión de esta participación política, a través de los movimientos colectivos, se ha caracterizado por la existencia de cuatro tesis o dilemas interpretativos de los mismos: sobre la relación existente entre los componentes psicológicos y los componentes sociológicos en el actuar social; la cuestión de la “normalidad” o la “excepcionalidad” de los movimientos colectivos; las características de sus participantes; así como las modalidades de institucionalización o disolución de los movimientos colectivos.

Finalmente, conviene considerar que, independientemente de que las personas jóvenes tiendan a participar dentro de las movilizaciones colectivas, su participación puede ser vista, aunque en menores proporciones, desde otras modalidades de participación política formal, como lo es la pertenencia a algún grupo que puede ser un partido político, una institución privada, o una organización de la sociedad civil, siendo esta última una de las modalidades formales más recurridas por las personas jóvenes cuando de participar se trata.

Para los fines de esta investigación, resulta de particular interés el observar cómo es que se da esta participación política de las personas jóvenes a partir de sus diversas modalidades, especialmente las movilizaciones colectivas, para identificar, y en su caso analizar su grado de influencia en la construcción del orden político mundial. Por tal motivo, es necesario centrar el enfoque primero en la conceptualización del orden político per se, para finalmente avanzar hacia el entendimiento de lo que es el orden político mundial y sus implicaciones.

En razón de ello, conviene hacer una revisión desde la filosofía y la teoría política, que recoja diversas perspectivas que permitan comprender los elementos constitutivos del orden político, y cuyas lecturas representan un aporte de particular interés para el objeto de estudio.

Una mirada inicial es la que se propone desde el humanismo político, en el que el orden político es entendido, en resumidas cuentas, como la expresión del Bien Común a partir de la comunidad política.

En este sentido, el Dr. Fernando Romero Moreno, concibe a la comunidad política como “la sociedad perfecta que garantiza el bien común integral en lo temporal. Las instituciones infra-políticas o intermedias (familia, clan, municipio, gremio profesional, empresa, provincia, región) existen en función de bienes comunes parciales, pero no podrían alcanzarlo sin la comunidad política.” En consecuencia, se concibe al bien común como la finalidad de la comunidad política, y muy particularmente al bien común inmanente, entendido como “la unión orgánica y jerárquica de los bienes esenciales participables y comunicables, que perfeccionan a la persona humana y los cuerpos intermedios.”

La relevancia de la comunidad política subyace, de acuerdo con René Coste, en el hecho de que no puede haber política si no existe el soporte de una comunidad. En este sentido, la persona debe ser entendida como ser comuniones que por ende encuentra su máxima realización desde la donación y el encuentro con el otro.

Aunado a ello, Coste desarrolla los elementos que son necesarios dentro de una comunidad, estos son poder, autoridad, ley e instituciones o visión institucional. De modo tal, que existe un marco común al que voluntariamente se adscriben las personas que forman parte de esa comunidad, compartiendo una visión común y un marco común de normas de comportamiento, y en donde la máxima autoridad tiene el uso legítimo del poder y capacidad de mando.¹²

En su libro sobre la Revolución, Hannah Arendt recuerda la estrecha relación entre libertad y propiedad, afirmando: “era la propiedad y no la ley la que garantizaba la libertad”, esto haciendo referencia a que en los siglos XVII, XVIII y XIX la protección a la propiedad privada era lo que se concebía como la función primordial de las leyes, misma que constituye un elemento que ayuda a comprender la conceptualización del orden político desde la perspectiva liberal, que se centra en la protección y promoción de la libertad individual.

Desde esta perspectiva, se establece a partir de la ley, una limitación autoimpuesta para hacer posible la libertad. Es decir, es a partir de la Ley, que el Estado tiene la capacidad de coaccionar al individuo para garantizar su libertad. En razón de ello, surge la necesidad de limitar, controlar y dividir el poder del Estado, para evitar que su derecho a la coacción se vea extralimitado, deviniendo en autoritarismo o en una tiranía de la mayoría.

De acuerdo con Hannah Arendt, el orden político tiene como centro a la revolución y a la acción política como sus elementos constitutivos. Por un lado, comprende a las revoluciones desde dos perspectivas distintas, como hace notar Marcelo Raffin; primero, son entendidas como un acontecimiento político que sienta las bases de un nuevo comienzo: "...las revoluciones constituyen los únicos acontecimientos políticos que nos ponen directa e inevitablemente en contacto con el problema del origen."; y segundo, como sinónimo de constitución o fundación de la libertad y el poder, particularmente desde la experiencia revolucionaria estadounidense.

En este mismo sentido, Arendt vincula a la acción política como nacimiento y promesa, así como con la fundación de un nuevo orden; puesto que "la acción es la única facultad humana de hacer milagros", y el milagro constituye en sí mismo el correlato de un nuevo comienzo que es capaz de conferir a los asuntos humanos fe y esperanza.

Por su parte, Samuel P. Huntington, señala que el orden político más que una realidad, es un objetivo y en razón de ello hace referencia a la inestabilidad y el desorden, así como también brinda descripciones de violencia a partir del estudio de diversas naciones. Todo ello lo aborda desde una propuesta de análisis histórico a partir del orden político y la decadencia política como dos polos opuestos y en constante tensión.

Desde su perspectiva, “el orden político está sujeto en parte a la relación entre el desarrollo de las instituciones políticas y el ingreso en ellas de nuevas fuerzas sociales” Su tesis central radica en cómo es que la inestabilidad política y la violencia que se experimentan en sociedades en desarrollo son consecuencia de los rápidos cambios sociales y la veloz movilización política de nuevos grupos, dentro de un contexto de lento desarrollo de las instituciones políticas

Este lento desarrollo de las instituciones políticas ante una realidad cambiante es lo que Huntington denomina decadencia política, elemento que no sólo constituyó una categoría de análisis histórico en su investigación, sino que también formó parte de su tesis central. Desde su perspectiva, la violencia y la inestabilidad son resultado del “rápido cambio social y de la veloz movilización política de nuevos grupos, junto con el lento desarrollo de las instituciones políticas”, es decir, son signo de la decadencia política del sistema político

De acuerdo con Francis Fukuyama, el orden político tiene tres componentes esenciales que lo dotan de estabilidad; mismos que consisten en el hecho de contar con un Estado fuerte que sea capaz de garantizar el orden público, a partir del uso legítimo de la fuerza, y con capacidad de mando.

Dicho Estado, a su vez, debe contar con límites o restricciones que se dan bajo el Imperio de la Ley; así como un ejercicio basado en la rendición de cuentas, en el que cuenta con un cierto consentimiento por parte de sus gobernados.

Fukuyama habla también sobre la decadencia política, una cuestión que señala a menudo es ignorada, pero que es preocupante en términos del futuro de la democracia. Desde su perspectiva, la decadencia política hace referencia a la inadaptabilidad de los sistemas políticos a las circunstancias cambiantes de su entorno. Es decir, se habla de unas instituciones anquilosadas en un pasado que ya no es capaz de atender las necesidades de la realidad política, económica, social y cultural de una nación.

En este orden de ideas, y una vez abordadas distintas perspectivas de lo que es el orden político, y las lecturas que de este se dan, conviene adentrarse en el entendimiento de lo que es un orden político mundial, así como de las implicaciones que este tiene para la comunidad internacional.

Henry Kissinger, en su libro “Orden Mundial”, define orden como aquel conjunto de reglas justas y legítimas, aceptadas por consenso, que delimitan las acciones permitidas y propician un balance de poder, promueven moderación y previenen que una entidad política domine a las demás.

Cuando Kissinger hace referencia a un orden mundial, afirma que nunca ha existido un verdadero orden mundial, sino que más bien, existen variedades de orden mundial desarrolladas a partir de una serie de perspectivas mínimas de índole regional.

En su libro “El Fin del Poder”, Moisés Naím afirma que el poder, entendido como la capacidad de dirigir o impedir las acciones actuales o futuras de otros grupos o individuos. O, dicho de otra forma, el poder es aquello con lo que logramos que otros tengan conductas que, de otro modo, no habrían adoptado, se ha convertido en la actualidad en uno más débil y más efímero, uno que se vuelve mucho más fácil de adquirir, más difícil de utilizar y más fácil de perder.

De igual forma, Naím menciona que la degradación del poder representa una tendencia en el siglo XXI, de la que no necesariamente se está hablando, pero que es muy necesaria comprender dado que está modificando la forma en la que funcionan el poder y las relaciones de poder.

Para comprender lo que es la degradación del poder y sus implicaciones, Naím hace referencia al surgimiento de los micropoderes que al desafiar a los megas actores logran tener repercusiones globales, y en este sentido, los micropoderes logran hacerse del poder rápidamente, desafinado a estos megas actores que antaño eran los grandes detentadores del poder, y que, sin embargo, hoy esos actores tradicionales seguirán siendo importantes y seguirán teniendo poder, pero en un menor grado.

En este sentido, menciona que “a los actores tradicionales les costará cada vez más tener el poder al que aspiran o incluso el que siempre han tenido.” Degradación que finalmente podría generar inestabilidad, desorden y parálisis ante problemas complejos.

Por su parte, Daniel Innerarity, hace referencia a la desafección política como un elemento que se correlaciona directamente con desprecio a la clase política, y en última instancia a la política, en donde la crítica y el sentimiento de indignación son el vehículo para convertir esa desafección política en una acción política colectiva. Esta lectura sobre la desafección política, constituye un elemento que se considera de relevancia para comprender mejor aquello que origina y provoca la acción política desde la juventud.

Hay que tener presente, que una de las principales discusiones de la Ciencia Política tiene que ver con la tensión constante entre orden y conflicto, y en este caso, cuando se habla de orden político, necesariamente se habla de conflicto e inestabilidad.

Esto puede ser revisado a partir de los diversos estudios de caso que conforman la presente investigación, mismos que se centran en cómo la acción política, realizada desde la exclusión, y motivada o como consecuencia de la degradación del poder, así como de la decadencia y la desafección políticas, deviene en un actuar revolucionario que termina contribuyendo a la construcción del orden político.

Puede afirmarse entonces, que poder y contrapoder, o un esquema binario de bloques de poder es lo que caracterizó al campo de la política internacional en la era de la posguerra, y que dominó buena parte del siglo XXI, como una manera de hacer frente al caos y a la devastación alcanzados tras las Primera y Segunda Guerras Mundiales.

En consecuencia, en el periodo de la posguerra, y en respuesta a la devastación generada tanto por la Primera, como por la Segunda Guerras Mundiales, se gestaron diversos movimientos juveniles que buscaban establecer una nueva forma de convivencia social, que criticaban a los sistemas preexistentes y que buscaban impulsar un nuevo orden político para sus naciones, que al final de cuentas se traducía en la colaboración hacia un nuevo orden político mundial.

Como parte de las movilizaciones juveniles en Europa del Este conviene identificar tres momentos clave que dejan muy en claro el rol de las personas jóvenes en la construcción del orden político mundial, dada la magnitud de las implicaciones que su actuar político tuvo para tales fines.

En un primer momento se encuentran las movilizaciones estudiantiles de la segunda mitad de la década de los 50's en Hungría y que permiten comprender el proceso de desestalinización del Estado Soviético y la consecuente consolidación de dicho Estado.

Hecho que debe ser considerado de gran relevancia, puesto que representó la primera ocasión en que surgieron movimientos estudiantiles que luchaban contra el orden de dominación político del Estado Soviético, y que además puede ser considerada como la iniciadora de lo que posteriormente sucedería en 1968.

El segundo momento lo constituye la Primavera de Praga en Checoslovaquia, en el que se retoman las movilizaciones estudiantiles que recogen la decepción y la crítica de la intelectualidad de izquierda frente a la Unión Soviética, movimiento que finalmente fue detenido por el ejército rojo con el propósito de preservar la hegemonía soviética frente a los países que conformaban el bloque soviético.

Finalmente, el tercer momento se identifica en la Polonia de fines de la década de los 70's y principios de los años 80 y que representó un momento de gran relevancia en el proceso de desaparición de la URSS y de la caída de la Cortina de Hierro. El surgimiento de Solidárnoste sin lugar a dudas, cimbró los cimientos de un régimen que se refugiaba tras la cortina de hierro, y aunque en este caso particular no se trató de un movimiento principalmente estudiantil, sí tuvo una gran participación de jóvenes y de trabajadores jóvenes.

El llamado Estado de Bienestar que posibilitó el surgimiento de la juventud como sujeto social y político, tuvo un gran declive en el año de 1973, como consecuencia de la crisis petrolera.

Posteriormente, la caída del Muro de Berlín enmarcó la desaparición de la URSS, es decir, la caída de la cortina de hierro; hecho que dio paso a una nueva reconfiguración de la política global, y más propiamente del orden político mundial.

Esta “cancelación del socialismo como brújula orientadora de la política” dio paso a un cambio de época en el que se dieron el surgimiento y consolidación de regímenes comunistas en países como China, Corea del Norte y Cuba.

Como consecuencia de estas transformaciones, la juventud, como sujeto social, fue reduciendo su participación política en las décadas de los 80's y de los 90's, un periodo en el que esta juventud desapareció de la escena política, para encarrilarse hacia una esfera de lo público completamente despolitizada, pues se involucró en ámbitos como el deporte, el espectáculo y la delincuencia.

Con la configuración de un nuevo orden mundial en la posguerra, se desdibuja la existencia de polos dicotómicos, que como poder y contrapoder, existían cada cual en razón del otro. Ya no existe en este sentido, una alineación hegemónica hacia uno u otro polo, las fronteras se han desdibujado, y se han generado una multiplicidad de esquemas de intercambio y colaboración entre actores que antaño pudieran ser considerados como antagonistas.

Esta reconfiguración de los polos o ejes de poder, se verá necesariamente en un desdibujamiento de las ideologías en la arena de lo político, en el que las propuestas políticas que antaño estaban muy definidas, ahora se visualizan grises y ambiguas en temas que en su momento contaban con posicionamientos muy claros y definidos.

En este vaciamiento de la política, se observa el surgimiento de fenómenos como la antipolítica, como elemento que contribuirá no sólo a la degradación del poder, sino que contribuirá también como elemento desestabilizador del orden político. Provocando un proceso de desvinculación con lo político y que Josep Ramoneda conceptualiza como cultura de la indiferencia: Entiendo por cultura de la indiferencia la apolítica, la banalización de la palabra, el desprecio al otro (le negamos el derecho a la indiferencia, le señalamos como diferente, para tratarlo con indiferencia) y el desprecio por los perdedores.

Crónica de una desafección política contemporánea

Después de estas luchas icónicas e históricas en el proceso de configuración del orden político mundial, se puede afirmar que las personas jóvenes han vuelto con mayor fuerza a la arena de lo político como consecuencia de diversos procesos de repolitización que, desde la indignación y la desafección política, han trasladado su actuar político a las movilizaciones colectivas que les han llevado a ocupar nuevamente las ciudades.

2011 fue el año que marcó una cascada de movimientos y movilizaciones colectivas globales lideradas por personas jóvenes, que iniciaron a finales del año 2010, y que tenían como punto central el combate y el rechazo a la desigualdad.

El aspecto interesante de estas movilizaciones fue la horizontalidad en la que se fueron gestando los movimientos, la rapidez con la que lograron ver cumplidas o realizadas, si no todas, al menos algunas de sus exigencias. Ello en contraste con las movilizaciones colectivas del 68, que tardaron años en hacer patentes sus exigencias y en avanzar siquiera hacia alguna reivindicación concreta.

En cuanto a este proceso de reivindicación de las exigencias de las movilizaciones colectivas, conviene poner sobre la mesa el caso de la denominada Revolución Naranja en 2004, en la que miles de personas se congregaron en la plaza Maidan de Kiev, para protestar contra la manipulación de las elecciones presidenciales. Como consecuencia de dichas protestas, se llevaron a cabo nuevos comicios, que culminaron con el ascenso al poder, como presidente, del reformista Víktor Yúshchenko.

Sin embargo, dicho gobierno no tuvo la capacidad de dar respuesta a las propias exigencias de la revolución naranja, como tampoco logró brindar soluciones al grave problema de corrupción en Ucrania. Todo esto en el marco de la crisis financiera global de 2008-2009, que terminó desembocando en un proceso electoral en el año 2010, que le dio el triunfo electoral a Víktor Yanukóvich, quien fuera acusado anteriormente de amañar las elecciones del 2004, hecho que detonó la revolución naranja.

Este es un ejemplo claro de que las movilizaciones colectivas no siempre tienen la capacidad de concretar el cumplimiento de sus demandas y agendas al integrarse de manera formal a una participación institucionalizada.

Y la pregunta que conviene hacer aquí es si justamente este caso constituye por esta situación, un ejemplo de decadencia política, puesto que es reflejo también de esa incapacidad institucional de adaptación a las circunstancias cambiantes que esta revolución naranja representaba, junto con todo el entorno internacional.

Otro elemento que resulta de interés es la cuestión de que la desafección política, originalmente ocasionada por las acusaciones de corrupción y de amañar el proceso electoral, no fueron ya un móvil de actuación o un motivador del voto o de la acción política, para el proceso electoral del año 2010. Cosa que deja en claro por un lado lo efímero que pueden llegar a ser estas movilizaciones colectivas ante la falta de concretar sus exigencias.

El rol que han desempeñado las personas jóvenes en los procesos de cambio, ha sido uno muy variado y esencialmente desarrollado desde la exclusión. Esto en primer lugar porque los espacios de participación para las personas jóvenes son limitados y bastante categorizados a partir de la construcción adultocéntrica de entender a la persona joven como un adulto en potencia, y en ese mismo asumir sus necesidades.

En segundo lugar, porque al no existir esos espacios formales de participación, no existe tampoco una posibilidad real para que las personas jóvenes se involucren en espacios de toma de decisiones. Como consecuencia de ambas cosas, la acción política y social es construida desde la exclusión, a través de mecanismos poco convencionales y esencialmente bajo un esquema de horizontalidad.

Dentro de este análisis, conviene destacar el rol que han tenido las universidades como polos de movilización juvenil. En consecuencia, deben ser comprendidas como espacios de la socialización de las ideas, que paradójicamente hoy se han visto rebasadas por nuevas dinámicas y experiencias juveniles, que han llevado su participación desde fuera de los espacios tradicionales, e inclusive convencionales.

Hoy observamos un gran salto generacional en el que ahora son las y los adolescentes quienes actúan y se movilizan desde la exclusión y particularmente desde una edad mucho más temprana que la que puede observarse con las movilizaciones colectivas analizadas con anterioridad.

En este sentido, conviene poner sobre la mesa las implicaciones de un actuar político desde la adolescencia, con miras a contribuir a la configuración o reconfiguración del orden político. Como ejemplos de esto pueden observarse de manera particular la March for Our Lives (Marcha por nuestras vidas), organizada por los estudiantes de la secundaria Stoneman Douglas en el condado de Parkland, Florida en Estados Unidos, para exigir una política que aumente las restricciones al acceso de armas y que permitan garantizar a las escuelas como entornos libres de armas.

Estas movilizaciones se llevaron a cabo en el mes de marzo, en el que los estudiantes de secundaria se organizaron para exigirle a las autoridades y al presidente mejores políticas que les garantizaran su seguridad en las aulas. Ello, como consecuencia del tiroteo que ocurrió en la secundaria Stoneman Douglas en el estado de Florida, y que dejó un saldo de 14 alumnos y tres adultos asesinados.

Como hecho relevante de estas movilizaciones, radica el hecho de que lograron concretar una agenda particular a la que se sumaron el apoyo de algunos actores políticos, como medidas necesarias a llevar a cabo, y que lograron congregarse a alumnos de 3 mil escuelas a nivel nacional que se sumaron a la protesta nacional en contra de las armas en las escuelas.

El denominado como fenómeno del “Youthquake” es producto de la conjunción de los vocablos ingleses juventud y terremoto, un término que en el año 2017, el diccionario de Oxford de la lengua inglesa eligió como la palabra del año, y que hace referencia al “cambio cultural, político o social que nace de las acciones o influencia de los jóvenes.” Este terremoto juvenil, se ve expresado en la consolidación de nuevos espacios y mecanismos de participación para hacer visibles problemáticas y agendas concretas, desde la etapa adolescente.

Al respecto, conviene también examinar el caso particular de Greta Thunberg que al día de hoy se encuentra posicionada como una de las líderes por el clima a nivel mundial y que destaca por su juventud. Un 20 de agosto de 2018, y con 15 años de edad, decidió emprender una huelga por el clima, que consistió en ausentarse de la escuela hasta que las elecciones generales de Suecia, que se celebrarían el 9 de septiembre de ese mismo año.

Su protesta surge como consecuencia de una ola de calor y de incendios forestales, ante lo que Greta exigía al gobierno sueco que redujera las emisiones de carbono, cumpliendo con lo establecido en el Acuerdo de París. De este modo, todos los días Greta se sentaba a protestar a las afueras del Parlamento de Suecia, durante la jornada escolar, siempre acompañada de un cartel que decía “Huelga escolar por el clima”.

Antes de que se llevara a cabo el proceso electoral, el 7 de septiembre de 2018, Greta anunció que seguiría protestando cada viernes afuera del Parlamento hasta que Suecia cumpliera con los elementos del Acuerdo de París. En este marco empleó el slogan “viernes por el futuro”, y que terminó llamando la atención a nivel internacional, transformándose en un movimiento en el que en diciembre de 2018 más de 20 mil estudiantes habían realizado manifestaciones en más de 270 ciudades en diferentes países del mundo.

Ambos casos, ponen sobre la mesa la interesante participación desde la adolescencia con una agenda clara, desde la exclusión y con mecanismos fuera de lo tradicional. Todos ellos caracterizados por movimiento colectivos que son horizontales y que son plenamente replicables. La única exigencia que tienen es adherirse a una agenda común que beneficia a todos, en el caso de Greta a todas las personas que vivimos en este plantea, y en el caso de la March for Our Lives, en beneficio de todos los estudiantes.



Puede comprenderse pues a estos movimientos como micropoderes que articulados de manera horizontal, logran congregarse de manera acelerada a un gran número de adolescentes y que ponen en jaque a las autoridades a la hora de poner sobre la mesa una serie de exigencias concretas a las que piden dar solución por parte de las mismas.

De igual forma constituyen una suerte de Contracultura, puesto que proponen e impulsan una serie de valores que modifican el statu quo imperante al que de una u otra forma buscan transformar, en estos casos concretos: el control de armas por un lado, y en el otro el cumplimiento de los Acuerdos de París y la puesta en marcha de medidas para mitigar los efectos del Cambio Climático.

La juventud como contra-poder “Nunca en la historia ha habido tantas posibilidades de acceder, vigilar y desafiar a la autoridad, pero nunca se ha sentido la gente tan frustrada en relación con su capacidad de hacer que la política sea algo diferente.”

Desde esta perspectiva, resulta de particular interés reflexionar desde lo que Innerness plantea como esta frustración existente en la ciudadanía ante la incapacidad de hacer que la política sea algo diferente, puesto que ese sentimiento de frustración, pero al mismo tiempo de indignación, son conductores de la desafección política, que hace referencia no únicamente a la clase política, sino también a la arena de lo político.

Lo interesante de ello radica en el hecho de que tal frustración e indignación puede representar un verdadero detonador para la actuación política de las personas jóvenes que al ver limitadas las formas de transformar el orden político imperante y al sistema cultural imperante, buscan mecanismos que en mayor medida son poco ortodoxos. Hecho que transforma su forma de participación y su capacidad de incidencia.

Como consecuencia de ello, hay una serie de elementos a considerar, primero el comprender a las personas jóvenes como actores y sujetos políticos, porque es un hecho que están presentes en la arena de lo público y que están haciendo política desde la exclusión a partir de mecanismos poco convencionales.

La discusión hoy nos lleva también hacia la pregunta sobre qué significa el poder, y a cuestionarnos en dónde entran o qué representan las juventudes ante una degradación del poder como la que estamos viviendo. Puesto que pareciera que el elemento característico de estas movilizaciones que se traducen en transformaciones del orden político es que se están convirtiendo en micropoderes, como sugiere Moisés Naím, y en consecuencia se consolidan como una suerte de contra- poder ante un orden político establecido que se muestra decadente.

Por su parte, la degradación del poder constituye un elemento clave que hace que hoy en día las juventudes utilicen con mayor fuerza, o más fácilmente, mecanismos poco convencionales que hacen contrapeso a las autoridades, no sólo a las que están al frente de las naciones, sino también a las que están al frente de organismos internacionales.

Quizás, lo que estamos viendo, es también un mejor entendimiento de lo glocal por parte de esta nueva generación, y de alguna forma podría intuirse su alineación hacia un nuevo orden político mundial desde esta visión de lo glocal.

Un fenómeno en el cambio de época que estamos viviendo, es el hecho de que las personas jóvenes hoy son contrapeso no sólo para sus gobiernos, sino también para organismos internacionales. Estas juventudes ejercen de manera activa su ciudadanía, al tiempo que una buena parte de estas personas jóvenes aún no está en edad de ejercer su derecho al voto, puesto que aún están en la etapa de la adolescencia.

Por decirlo de otro modo, son constructores de un nuevo orden político mundial, como outsiders del propio sistema político en el que están en constante proceso de conversión como un contra-poder desde lo micro.

A partir de los estudios de caso analizados, es un hecho que no todas las movilizaciones colectivas necesariamente se van a ver traducidas en transformaciones tangibles, o tendrán una colaboración con la construcción del orden político. Pero que sin lugar a dudas permiten transformar la conceptualización de la juventud como adulto en potencia, para entenderla más bien como un actor político.

En conclusión, puede afirmarse que sí existe una correlación entre la degradación del poder, la desafección política, la decadencia política y la generación de nuevas formas de participación y movilización de las personas jóvenes.

Aunque estos elementos presentan variaciones de acuerdo con el contexto de cada momento analizado, es un hecho que están relacionados entre sí y que se complementan como detonadores de la acción política de las personas jóvenes. En los años más recientes puede observarse esta acción política de las personas jóvenes a través de nuevos modelos y esquemas de organización, que se caracterizan por ser mucho más horizontales, democráticos y poco convencionales.

En concordancia con ello, puede observarse a partir de los estudios de caso que las personas jóvenes han influido en buena medida en la construcción del orden político mundial, a pesar de las diferencias de época y generacionales, la influencia está presente desde el análisis de lo sucedido con las movilizaciones estudiantiles del 68, o la forma en la que se dieron las grandes transformaciones detrás de la Cortina de Hierro y que culminaron con la desaparición de la URSS.

Para finalmente pasar a un proceso de reconfiguración de la región de los países árabes, y lo que actualmente puede denominarse como un proceso de reconfiguración del orden político mundial, desde una generación de personas jóvenes como actores políticos de menor edad y desde la exclusión, pero que están siendo partícipes de una nueva configuración del orden político mundial, de manera particular en un contexto de pandemia global, como la que inició en marzo del 2020.

Finalmente, la actuación política de las personas jóvenes debe ser entendida como una realizada desde la exclusión y en su calidad de sujetos políticos, puesto que las personas jóvenes siguen siendo entendidos como adultos en potencia, que son colmados de expectativas a futuro, como si fueran ajenos a la misma realidad que enfrentan los adultos.

Por esto mismo, la actuación política de las personas jóvenes se hace desde la exclusión, y hoy con mayor fuerza en ese sentido, a modo de contracultura, puesto que al mismo tiempo busca transformar el establishment, a partir del desarrollo de estrategias de acción colectiva mediadas por plataformas tecnológicas, así como por mecanismos de colaboración y cocreación caracterizados por su horizontalidad y su replicabilidad.

SITUACIÓN

SOCIAL DE LA JUVENTUD EN EL MUNDO ACTUAL: PROBLEMAS Y RETOS

13

SITUACIÓN SOCIAL DE LA JUVENTUD EN EL MUNDO ACTUAL: PROBLEMAS Y RETOS

327

Gerardo Machado Alfonso¹³

Luis Gómez Suárez

La situación social de los jóvenes en la actualidad, sus problemas y los retos que tienen ante sí constituye un asunto de suma relevancia dada su vinculación al futuro de la humanidad y su permanencia en el planeta. Los jóvenes constituyen un grupo social único y diferente en sí mismo que atraviesa todas las esferas del quehacer humano. Aquí se parte de que a través de la comprensión de los problemas generales de los jóvenes es posible acceder a las cuestiones particulares que los distinguen y afectan.

¹³ Machado Alfonso, Gerardo; Gómez Suárez, Luis. Situación social de la juventud en el mundo actual, problemas y retos. Documentos de trabajo. Dentro de estudios sobre la juventud, 2006. Págs. 1-13



El esclarecimiento de los problemas globales de los jóvenes es una necesidad y un reclamo de los organismos internacionales. No resulta extraño que las Naciones Unidas se preocupe por este sector hace ya varios decenios y lo incluya en sus informes anuales, particularmente en su publicación sobre el “Estado de la población mundial.” Estudios e informes sobre la juventud, con énfasis regional, han sido realizados por numerosas instituciones, entre ellas la Organización Iberoamericana de Juventud integrada además de por España y Portugal, por los países de América Latina de habla española y portuguesa. Al fundamentar el papel y accionar de la juventud en la sociedad, los clásicos del marxismo propusieron partir del reconocimiento de la situación real del grupo en cuestión; este aspecto compendia las condiciones materiales en que se desenvuelven los jóvenes, así como la variedad de relaciones sociales en las que se encuentran involucrados. Como es conocido, estas cambian en dependencia de la formación socioeconómica y del desarrollo histórico de uno u otro régimen social. Si embargo, esta concepción de la cuestión juvenil desde una comprensión amplia a partir de las condiciones histórico concretas no fueron suficientemente tomadas en consideración en los países ex socialistas, propagándose una visión estrecha de este sector social, que repercutió incluso en los enfoques y proyecciones de los partidos comunistas de los países capitalistas. Pese a ello, los movimientos juveniles en algunas regiones, como, por ejemplo, en América Latina tuvieron una cierta autonomía y participación activa en la lucha antiimperialista y por la emancipación nacional y social.

Sí antes se asociaba la participación política juvenil, de modo casi exclusivo, a la perspectiva clasista, hoy esta ha variado un tanto, considerándose ese análisis como excesivamente determinista, pues en la actualidad tienen una considerable repercusión las motivaciones culturales e individuales. Por otra parte, ya no es posible abordar el tema del movimiento juvenil en singular, toda vez que la diversidad alcanzada por los jóvenes en el último decenio es incuestionable, creando una pluralidad axiológica digna de tener en cuenta.

Los enfoques políticos reduccionistas impidieron incorporar al análisis de la cuestión juvenil los aportes realizados por especialistas y académicos occidentales quienes contribuyeron a desarrollar una visión más amplia y pluralista de la juventud. Tal es el caso de los procesos identitarios valorados por Erik Erikson, la diferenciación apuntada por Mario Margulis, y la comunidad específica de intereses estudiada por Margaret Mead. Se fue rechazando así, la visión simplificadora de la juventud, e imponiéndose como una realidad compleja.

La situación social de la juventud contemporánea se encuentra condicionada por las coordinadas determinantes del mundo capitalista en los órdenes socioeconómico y político; nos referimos al neoliberalismo y al neoconservadurismo que han pautado el desarrollo del sistema, con particular énfasis a partir del último decenio del siglo XX. Es conocido cómo dicho sistema ha llegado a polarizar en grado extremo a la sociedad, concentrando la riqueza en manos de unos pocos mientras reparte la pobreza entre los trabajadores. Por su esencia es un modelo inhumano hoy en crisis, entre cuyas víctimas figura la juventud, la cual excluye sin contemplaciones de ninguna índole. De modo que la situación de la juventud en la actualidad puede ser catalogada de dramática.

En realidad, el impacto del neoliberalismo en la juventud no se diferencia mucho del que ha dañado a otras clases y grupos. Téngase en cuenta que la juventud no constituye una clase, toda vez que sus integrantes se distribuyen en forma diversa en la estructura clasista de la sociedad. De modo que, como es de suponer, los sectores juveniles más conmovidos por la ofensiva neoliberal son aquellos cuya procedencia se haya entre la gente más menesterosa. Sin embargo, la globalización no imprime sus huellas del mismo modo en los diferentes sectores de la población; los individuos son marcados de acuerdo con la clase social, el género, la raza y la edad, entre otras peculiaridades.

Gran parte de los jóvenes en el mundo comparten la pobreza, la desigualdad de oportunidades para acceder a una educación de calidad y a un empleo seguro con una remuneración adecuada, así como a los servicios básicos de salud. Por estas carencias confrontan cada vez mayores dificultades para materializar sus proyectos de vida y crear una familia propia, la cual en caso de constituirse se desenvuelve en condiciones sumamente precarias. En el presente estas calamidades no son privativas de los países periféricos, pues los jóvenes de las naciones desarrolladas.

Es de común criterio entre los especialistas y académicos que los procesos relacionados con la globalización neoliberal que con más fuerza repercuten entre los jóvenes sujetos son el desempleo, el tráfico y consumo de drogas y la alucinante influencia de las industrias culturales. Tal consideración, no significa en modo alguno, que estas problemáticas, partes del contenido estructural del sistema, sean las únicas, pues existen otras también de gran relevancia y repercusión como son la educación, la seguridad social, la salud y la vivienda.

Dicha perspectiva propicia la frustración de expectativas creadas por la misma sociedad capitalista periférica y promueve estrategias alternativas que conducen al delito. Todo ello genera y alimenta la violencia y el consumo de drogas, cuyas manifestaciones se han propagado con fuerza por todos los países de la región. Según los datos levantados por la UNESCO, tres naciones sudamericanas: Colombia, Venezuela y Brasil, se encuentran entre los cinco países con mayores tasas de homicidio juvenil en el planeta.

Al enfocar el tema nos detenemos en las contradicciones que se manifiestan entre la juventud en la época contemporánea. Se parte para ello de que la cuestión juvenil es una relación social entre el joven y la realidad social diversa. La contradicción central se manifiesta entre lo que significa ser joven para el mundo contemporáneo y la situación real de estos. En otros términos, se refiere al contraste entre la trascendencia actual del valor juventud, y la invisibilización a la que se somete a la joven generación del siglo XXI.

En efecto, si recurrimos a las nuevas tecnologías relacionadas con el mundo de las imágenes y los símbolos de identidad como la publicidad y los bienes de consumo (entre ellos los cosméticos, automóviles, implementos deportivos, modas, hábitos alimenticios, musicales y otros), se podrá constatar que la noción de juventud adquiere por sí misma una significación autónoma capaz de influir en otros ámbitos y condicionar un modo de ser generalizado digno de imitar. Lo joven se sitúa en el pináculo de lo valioso, adecuado, mejor, importante y decisivo. Muchos textos que valoran el envejecimiento y la tercera edad, reconocen la transposición del paradigma de la vejez (con todos sus atributos) por el de la juventud. Ser joven es la moneda de cambio universal, la nueva religión que muchos desean profesar. Y en esta relación el fetiche objeto de culto resulta ser la edad por sí misma.

Como han expresado Alicia Mederos y Antonio Puente: “Los valores prototípicos de la juventud, tradicionalmente tenidos como de mero tránsito o aprendizaje para una vida adulta ulterior, han acabado por convertirse en un valor autónomo, capaz de prestigiar con su sola impronta —como una suerte de nuevo Rey Midas— al resto de las edades. Y en el camino inverso, la vejez, anteriormente considerada como fuente de prestigio y sabiduría queda estigmatizada en sus valores tradicionales específicos, orientándose del mismo modo por aquella impronta de juvenilización colectiva.”

Sin embargo, en un mundo de creciente culto a lo juvenil como paradigma de vida y estatus en venta, la juventud real aparece más obviada y marginada que nunca.

Los jóvenes imponen a la sociedad retos incalculables. La Organización Internacional del Trabajo (OIT) calcula, por ejemplo, que la mitad de los desempleados del mundo tienen menos de 24 años. La situación se agrava al saber que del total de trabajadores pobres que no logran superar junto con sus familias la línea de pobreza de un dólar diario, 130 millones son jóvenes.

El drama no es menor en el ámbito de la educación. Dicha actividad, que constituye un valor muy codiciado por los jóvenes, se encuentra muy lejos de estar al alcance de las mayorías. Así, de acuerdo con la UNICEF, en el 2004 más de 121 millones de seres no han podido disfrutar del placer de descifrar el texto recogido en simple libro de lectura. Los jóvenes que logran acceder a la enseñanza secundaria difícilmente pueden continuar a grados superiores. En muchos países, incluso desarrollados, la educación superior se torna más costosa e ineficiente y se ha transformado en una fábrica de desempleados. En los mismos Estados Unidos, el país más desarrollado del mundo, cientos de miles de jóvenes se ven obligados a renunciar a las aulas universitarias.

De esta forma la contradicción central señalada, se desdobra en múltiples paradojas del más diverso tipo. Según el estudio realizado por la Comisión Económica Para América Latina y el Caribe y la Organización Iberoamericana de Juventud en 2004 los jóvenes son afectados por un decálogo de contradicciones, a saber: Disfrutan de un mayor acceso a la educación y menos oportunidades de empleo.

Gozan de más acceso a información y menos acceso a poder. Poseen más destrezas para la sociedad de la comunicación y menos opciones de autonomía. Están mejor provistos de salud, pero menos reconocidos en su morbilidad. Son más dúctiles y móviles, pero están más afectados por trayectorias migratorias inciertas.

Son más cohesionados hacia adentro, pero más segmentados en grupos heterogéneos hacia fuera. (Se refiere a la generación de identidades colectivas y la participación en universos simbólicos, pero estas identidades son consolidadas, fragmentarias y cerradas). Más aptos para el cambio productivo, pero más excluidos del mismo. Dan muestras de una mayor autodeterminación y protagonismo. Son receptores de políticas en las que aparecen como protagonistas de cambios. Detentan un mayor consumo simbólico (medios de comunicación, universos virtuales, etc.)

Todo esto hace a la juventud sumamente vulnerable, en una época en que los retos son mayores y en que se pone en juego la propia existencia humana. Las paradojas mencionadas conspiran contra el ideal de integralidad de la juventud, necesario para responder a las exigencias del presente y el futuro.

Enfrentar los retos que se plantean a la humanidad supone contar con un joven más coherente e integral. Sin embargo, la globalización neoliberal le ha robado la integralidad, marginando al joven, enajenándolo. Por esto hemos señalado que la juventud vive hoy un drama terrible. La pérdida de la integralidad solo puede ser recuperada por cambios sociales donde la cultura desempeñe un papel decisivo.

Lo cierto es que la juventud es estremecida por un conjunto inquietante de factores que pueden coadyuvar a situaciones verdaderamente explosivas, haciendo entrar en acción el potencial revolucionario hoy adormecido en los jóvenes. Estos factores: las crecientes dificultades para encontrar trabajo en concordancia con los niveles educativos alcanzados en un mercado laboral que los rechaza, el mayor acceso a la información, y la creación de expectativas acerca de novedosos y variados bienes y servicios que no pueden alcanzar, son condicionantes de la movilidad social ascendente y portadores de un estatus.

En el plano político, la problemática socioeconómica descrita promueve una pugna entre los jóvenes por retomar los objetivos de solución de los graves problemas que aquejan a sus respectivos países, hasta hoy abandonados. Hoy las causas que mueven a los jóvenes pueden parecer menos radicales y más difusas, como el medio ambiente o la globalización neoliberal. Al mismo tiempo, sin abandonar su inclinación por la música y la moda de actualidad, integran agrupamientos que constituyen "tribus urbanas" extendidas por toda la región.

En suma, en el presente los jóvenes se debaten entre el individualismo hedonista impuesto por los medios de comunicación masiva y la lucha por la inclusión social, junto con la solución de los grandes problemas que afectan a sus pueblos.

En la actualidad el estado de conciencia es heterogéneo, difuso, hay mucho de espontaneidad en los movimientos juveniles internacional, pero no dudamos que finalmente se impondrá en la conciencia, como ya sucede con el movimiento internacional contra el neoliberalismo. La juventud comienza a manifestarse con fuerza, aunque de forma espontánea, en Europa, particularmente en Francia con el polémico Contrato del Primer Empleo para los jóvenes, en el cual se estipulan dos años a prueba y la posibilidad de quedar desempleado al cabo de ese plazo. Semejante disposición de evidente corte neoliberal beneficia a los empresarios y daña a la juventud, en un país con cifras alarmantes de desempleo. Ello ha desatado fuertes protestas de los jóvenes y de los sindicatos que los apoyan. En Estados Unidos se producen marchas y paros por lograr una reforma migratoria con el propósito de legalizar alrededor de 12 millones de emigrantes que corren el riesgo de ser expulsados, así como el reconocimiento de su trabajo en el país.

En América Latina, en una perspectiva de conjunto, los distintos agrupamientos juveniles se debaten por romper con el proceso de fragmentación y dispersión en el que se sumergieron al fracturarse las izquierdas tras el derrumbe del socialismo en Europa Oriental y la Unión Soviética.



En los últimos años, las acciones juveniles han emergido en América Latina, con particular fuerza hacia el sur, con un impulso sin precedentes en la historia reciente de la región. La señal más visible de esta transformación política social en la que los jóvenes han tenido una participación notable son las victorias electorales de candidatos presidenciales de izquierda o centro - izquierda en distintos países: Hugo Chávez en Venezuela, quien ha devenido en el principal crítico de los Estados Unidos y de su afán por intervenir política, económica y socialmente en la zona; Luis Ignacio Lula da Silva en Brasil, Néstor Kichner en Argentina; Tabaré Vázquez en Uruguay y Evo Morales en Bolivia. Victorias que podrían repetirse en las próximas elecciones presidenciales de México en donde Manuel López Obrador lleva una ventaja clara a los candidatos de los otros partidos políticos. También Perú amenaza con girar a la izquierda con la crisis del régimen del gobierno de Alejandro Toledo.

Cuando de recuperación de los movimientos juveniles se habla, es preciso tomar en consideración que no se está haciendo referencia al rescate de los modelos propios de los años 70 y 80, pues las realidades no son las mismos, ni tampoco los paradigmas asociativos actuales. El asunto hace referencia a una nueva articulación contra hegemónica y antisistémica, la cual no puede ser resuelta por la vía de los actuales agrupamientos como los movimientos sociales, espontáneos, dispersos, que no cuentan con un proyecto social alternativo ni con una estrategia de acción concertada.

Al concluir el primer lustro del presente siglo se puede afirmar con cierto optimismo que la izquierda se reagrupa y articula en las nuevas condiciones, ahora bajo el influjo de la Revolución Bolivariana que encabeza Hugo Chávez, la cual constituye un acicate para todos los luchadores del continente. En el programa bolivariano propuesto Chávez las juventudes de la región tienen una incuestionable motivación y un reto insoslayable. Para ello es preciso superar definitivamente la atomización, que no han logrado vencer, por lo cual no han podido pasar a la ofensiva, pues todavía prosiguen con una línea de acción eminentemente defensiva. Dentro de la amplia pluralidad juvenil, es preciso construir una alianza global que fragüe la unidad de acción tan necesaria como principal fuerza que permita pasar a la ofensiva.

No son pocos los retos de la juventud en el mundo contemporáneo, pero la propia realidad irá propiciando el desarrollo de las alternativas que permitan enfrentar su situación social y así construir, con la ayuda de la concepción marxista y otros referentes teóricos importantes, el camino de la auténtica emancipación. La consigna de “Otro mundo mejor es posible” enmarca la aspiración de superar la irracional e inhumana sociedad capitalista.

T EORÍAS SOBRE **LA JUVENTUD EN LA** **ERA** **CONTEMPORÁNEA**

14

TEORÍAS SOBRE LA JUVENTUD EN LA ERA CONTEMPORÁNEA

Carles Feixa¹⁴

Según la historiografía canónica, la adolescencia fue inventada al principio de la era industrial, pero no se empezó a democratizar hasta alrededor de 1900, cuando diversas reformas en la escuela, el mercado de trabajo, la familia, el servicio militar, las asociaciones juveniles y el mundo del ocio, permitieron que surgiera una nueva generación consciente de crear una cultura propia y distintiva, diferente a la de los adultos. La historia del siglo XX puede verse como la sucesión de diferentes generaciones de jóvenes que irrumpen en la escena pública para ser protagonistas en la reforma, la revolución, la guerra, la paz, el rock, el amor, las drogas, la globalización o la antiglobalización. Hemos bautizado a cada una de las diez décadas del siglo con las iniciales de determinados conceptos que se pueden considerar metafóricos (de la generación “A” a la generación “R”). En este paseo mostraré cómo se combinan los cambios en la forma de vida de los jóvenes y las jóvenes con reflexiones científicas, filosóficas o literarias en torno a este grupo de edad. Lo que denominó “Generación XX” es fruto de una dialéctica intelectual que fue configurando el juego de miradas y silencios sobre la juventud contemporánea.

¹⁴ Feixa, Carles. Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales. CEANJ. Vol. 4. No. 1, julio-diciembre del 2006. Págs. 1-18

En 1899 se impuso, en la legislación británica, la prohibición de encarcelar a los menores de 16 años al lado de los adultos; en 1908 se instauraron los tribunales de menores: eran medidas que ponían de manifiesto el reconocimiento social de una nueva categoría de edad, situada entre la infancia y la mayoría de edad. Primero en los Estados Unidos y Gran Bretaña, y después en el resto de países occidentales, los jóvenes comenzaron a retrasar su incorporación al mundo laboral y a pasar cada vez más tiempo en instituciones educativas. Escuelas e internados, prisiones y tribunales de menores, servicios de ocupación y bienestar, todo eso formaba parte del reconocimiento social de un único status a quienes ya no eran niños pero que aún no eran plenamente adultos. Reconocimiento no falto de ambigüedad: si por un lado se saludaba el carácter natural del nuevo status — como preparación a la vida de adulto—, por el otro se subrayaba su carácter conflictivo. En el fondo la ambivalencia ponía de manifiesto las reacciones contrapuestas que la implantación de la adolescencia supuso según la clase social. Mientras para los jóvenes burgueses significaba un período de moratoria social dedicado al aprendizaje formal y al ocio, para los jóvenes obreros era una de las consecuencias de la segunda industrialización, que los expulsaba del mundo del trabajo y los condenaba al paro forzoso y a la calle.

En 1904 el psicólogo y educador norteamericano G. Stanley Hall publicó *Adolescence: its Psychology and its Relations to Physiology, Anthropology, Sociology, Sex, Crime, Religion and Education*. Esta obra monumental se considera el primer tratado teórico sobre la juventud contemporánea. Hall se inspiró en el concepto de evolución biológica propuesto por Darwin, para elaborar una teoría psicológica de la recapitulación, según la cual la estructura genética de la personalidad lleva incorporada la historia del género humano: cada organismo individual, en el curso de su desarrollo, reproduce las etapas que se dieron a lo largo de la evolución de la especie, desde el salvajismo a la civilización. La adolescencia, que se extiende de los 12-13 a los 22-25 años, corresponde a una etapa prehistórica de turbulencia y transición, marcada por migraciones de masa, guerras y culto a los héroes. El autor la describe como un período de storm and stress (tormenta y agitación), concepto equivalente al sturm und drang de los románticos alemanes y utilizado para definir la naturaleza "crítica" de esta fase de la vida. La adolescencia está dominada por las fuerzas del instinto que, para calmarse, reclaman un período largo durante el cual los jóvenes no sean obligados a comportarse como adultos porque son incapaces de hacerlo. Las teorías de Hall tuvieron un enorme eco entre educadores, padres, madres, responsables políticos y dirigentes de asociaciones juveniles. La obra contribuyó a difundir una imagen positiva de la adolescencia como el paradigma del progreso de la civilización industrial, celebrando la creación de un período de la vida libre de responsabilidades, caracterizado por el conformismo social.



En 1908 Sir Baden Powell fundó la organización juvenil que marcaría toda una época: los Boy Scouts. Este antiguo general de las guerras *Boers* pretendía utilizar las virtudes militares para adaptarlas a la formación de los jóvenes. La vocación puritana de formación en el ocio se unía a la salvaguarda de los efectos distorsionadores de la vida urbana. Existía un precedente en Alemania, donde en 1901 habían aparecido los *Wandervogel* (pájaros emigrantes), con unas finalidades parecidas, aunque con una organización menos jerárquica. La ideología del escultismo original era una combinación de patriotismo, darwinismo social y culto a la adolescencia. Baden-Powell se enorgullecía de comprender el "espíritu del chico": su imaginación fue prodigiosa en la producción de rituales, canciones y festivales adaptados a la maleable naturaleza del adolescente burgués; pero tenía poca experiencia con el estilo de vida de los trabajadores. Los pantalones cortos y la segregación de sexos podían imponerse a los chicos de clase media, pero era difícil que fuese popular entre la gran mayoría de los chicos obreros. De hecho, el escultismo eligió un modelo de separación del mundo de los adultos ya establecido en las escuelas privadas de elite. Como organización masculina, hizo virtud del retraso del acceso a los roles adultos, sosteniendo la idea de que el contacto prematuro con el sexo opuesto hacía peligrar la masculinidad de los chicos y corrumpía la feminidad de las chicas: "Los chicos han de ser chicos, y las chicas chicas".

En 1914 un joven estudiante de filosofía, Walter Benjamin, publicó un artículo titulado "Metaphysik der Jugend" (Metafísica de la juventud), en el cual planteaba que las nuevas generaciones habían de encabezar una revolución cultural de naturaleza espiritual. Durante los mismos años en los que se difundían los boy scouts, emergió toda una "literatura edificante", de signo religioso y moral, que al tiempo de "dirigir" y "proteger" a los jóvenes, reconocía la especificidad de su modo de vida. Pero también nacieron nuevos discursos, de carácter progresista, que proclamaban la emergencia de una nueva "cultura juvenil" creada en los ambientes escolares y que habría de renovar profundamente la sociedad. Benjamin había sido influido por sus maestros en las Universidades de Friburg y Berlín, Gustav Wyneken y Heinrich Rickert, fundadores de la "Comunidad escolar libre", que sostenían que el "ser joven" era algo específico y no un mero tránsito de la infancia a la edad adulta. Su reforma consistía en la puesta en marcha de una "cultura de la juventud", donde la escuela jugaba un papel fundamental en poner en contacto a los jóvenes con el espíritu y no con los intereses materiales. En 1912 escribió un artículo titulado "La reforma escolar: un movimiento cultural", en el cual se clausuraba con las siguientes palabras: "Juventud, escuela renovada, cultura: este es el circulus egregius que hemos de recorrer una y otra vez en todas direcciones". En otro texto, publicado en 1915, se avanzaba una concepción de la juventud como metáfora del cambio social: "El significado histórico actual de los estudiantes y la universidad... pueden describirse como una metáfora, como una reproducción en miniatura de un estado histórico más elevado, metafísico".

En 1920 la sociedad europea vivía abrumada por las consecuencias de la “gran guerra”, que había provocado una verdadera sangría demográfica en los renglones de la juventud: los campos de Ypres, Verdun y Somme tomaron la vida de más de 8 millones de jóvenes. Igualmente, la retórica de la muerte fue pronto sustituida por la retórica de la “generación”. El término se comenzó a vincular al de “quinta”: el servicio militar obligatorio se había implantado con la revolución francesa, cuando se estableció la “conscripción”, es decir, la obligación para todos los jóvenes que hubiesen cumplido 20 años de defender su patria. La “mili” contribuyó a desarrollar el sentimiento de pertenencia a una misma clase de edad (y a una misma nación). También comenzó a asumir la connotación de rito de paso hacia la edad adulta. Las quintas de guerra, en particular las de la I Guerra Mundial, asumen, al volver a la vida civil, esta dimensión generacional. El triunfo de la revolución soviética, en 1917, con el impacto que tuvo en los jóvenes progresistas de todo el mundo, fue el otro gran “acontecimiento generacional”, que provocó la necesaria toma de decisión por parte de los jóvenes de los años 20. Por ello puede tomarse la organización juvenil impulsada por los comunistas soviéticos, el *komsomol*, como el símbolo de esta nueva conciencia generacional. Se trata de una nueva organización juvenil, inspirada por el modelo *boy scout*, pero adaptada a las necesidades del estado revolucionario: los chicos y las chicas (la división sexual desaparece) son agrupados en grados de edad que sirven para desarrollar actividades de ocio y formación cívico-militar.

En 1923 el filósofo español José Ortega y Gasset publicó un artículo titulado "La idea de las generaciones", donde defendía la idea de que los hombres nacidos en la misma época compartían una misma "sensibilidad vital", que se opone a la generación precedente y posterior, y que define su "misión histórica". En La rebelión de las masas el autor insistiría sobre estos temas, reconociendo que "en todo presente existen tres generaciones: los jóvenes, los hombres maduros y los viejos... El conflicto y colisión entre ellos constituye el fondo de la materia histórica". El filósofo español argumentaba de hecho contra la nefasta influencia de la revolución soviética, pero a la vez se constituía en paradigma de la fuerza regeneradora de los jóvenes. La juventud remplazaba al proletariado como sujeto primario de la historia y la sucesión generacional substituía la lucha de clases como herramienta principal de cambio. Sin embargo, aparte de vagas observaciones sobre la "capacidad orgánica" y la dialéctica elites-masas, Ortega y Gasset nunca se ocupó de cómo los grupos de edad desarrollaban una conciencia común y empezaban a actuar como una fuerza histórica coherente. Fue otro pensador, Karl Mannheim, quien en la misma época y de forma independiente desarrolló la teoría de las generaciones, considerando sus estratificaciones internas a partir del concepto de "unidad generacional".

A principios de 1930, Benito Mussolini publicó un libro titulado *Cuestiones firmes sobre los jóvenes*, donde hacía cuatro propuestas para la formación fascista de la juventud: programa para rejuvenecer el régimen; preparación de los jóvenes para el totalitarismo; orientación de los mismos hacia el aprendizaje político y preparación espiritual para el clima moral del fascismo. El dictador italiano había creado una organización juvenil de estado muy efectiva, constituida también por grados de edad: los chicos pasaban de *balilla* a vanguardistas (sus actividades se centraban en las actividades deportivas y paramilitares); las chicas de *piccole a giovane italiane* (la formación era como madres y como cuidadoras de soldados). Todo se envolvía de una escenografía de imágenes, canciones y desfiles. Durante el período de entreguerras, bajo el estímulo de la revolución soviética, la crisis económica y las luchas obreras, tuvo lugar la politización revolucionaria de muchos jóvenes trabajadores, y muchos provenían de la burguesía, lo que contradecía las tesis sobre la pasividad y el conformismo de este grupo de edad. Más que el comunismo, fueron el nazismo y el fascismo las doctrinas políticas que consiguieron movilizar a los jóvenes durante los años 30: las Juventudes Hitlerianas en Alemania y los Balilla Fascistas en Italia fueron espacios de socialización y grupos de choque utilizados por estos regímenes para extender su hegemonía entre amplias capas de la población. Pero algunos grupos juveniles encontraron en la música y el baile un espacio a donde escapar de estas tendencias autoritarias, como sucedió con los famosos rebeldes del swing en Alemania, convirtiéndose a finales de los años 30 en el único referente de disidencia posible en una sociedad alienada en una ideología militarista y totalitaria.

Alrededor de 1930 el pensador italiano Antonio Gramsci, que había estado encarcelado por el régimen de Mussolini, comenzó a redactar clandestinamente sus cuadernos *"Cuaderni del carcere"*, donde reflexionaba sobre temas de literatura, política, arte y cultura. En algunos de los 28 cuadernos que escribió, el autor abordó temas que llamaba *"La quistione dei giovani"*. En el primer cuaderno Gramsci ya planteaba el debate en los términos siguientes: si bien hay muchas "cuestiones juveniles", dos son esenciales: 1) Los conflictos entre la generación "vieja" y la "joven", inherentes en toda la obra educativa; y cuando el fenómeno asume un carácter "nacional", es decir, no aparece abiertamente la interferencia de clase, entonces la cuestión se complica y surge caótica: "Los jóvenes están en estado de rebelión permanente, porque persisten sus causas profundas, sin que sea permitido el análisis, la crítica y la superación, no conceptual y abstracta, sino histórica y real". En estas situaciones el conflicto generacional puede asumir formas como "el misticismo, el sensualismo, la indiferencia moral, degeneraciones patológicas psíquicas y físicas, etc.", pero no las atribuye a la naturaleza interna de la juventud, sino a contextos históricos que determinan la emergencia de "crisis de autoridad".

En 1945, al final de la II Guerra Mundial, la juventud europea parece abatida, desencantada, sin fe. La bomba nuclear inicia los miedos de una nueva era, y se levantan telones de acero entre países, regímenes y generaciones. En Alemania se empieza a hablar de la “generación escéptica”, que después de sufrir las penalidades de las trincheras ve como se derrumban los ideales de su juventud. En Italia los sociólogos hablaron de los “jóvenes de las 3 M”. En Francia, el existencialismo recupera la actitud desencantada y nihilista de algunos pensadores de principios de siglo (por bien que frente a las *cavas* de la *rive gauche* surgió también una nueva actitud *engagé*). En España, J. L. Aranguren habla de la “generación abatida” por la necesidad de sobrevivir y despolitizarse tras la guerra civil. Pero este discurso no durará mucho. Con el crecimiento económico de posguerra, la situación comenzará a cambiar lentamente. En un contexto de plena ocupación, con una capacidad adquisitiva creciente por parte de los jóvenes, con la difusión de los medios de comunicación de masas y de la sociedad de consumo, con la escolarización masiva y el nacimiento del mercado adolescente, nace la noción de “cultura juvenil” como categoría autónoma e interclasista, comienza a tener éxito el culto a la juventud, y ésta se convierte en la edad de moda. Al mismo tiempo nace la imagen del “rebelde sin causa”.

En 1957 el sociólogo alemán Helmut Schelski publicó *Die Skeptische Generation* (La generación escéptica), que recogía diversas investigaciones sobre los valores de los jóvenes alemanes de posguerra, realizadas durante la década anterior. Las tesis del autor se desprendían del título de su libro, que desde entonces se convertiría en un lugar común en la investigación empírica sobre la juventud. Schelski oponía los jóvenes de posguerra a tres generaciones que se habían sucedido en Alemania desde principios de siglo: la nueva generación se caracterizaba por su falta de compromiso político y moral, por su conformismo con la sociedad establecida, por su adaptación funcional. Según otro sociólogo alemán: “La juventud procura integrarse en esta sociedad tan pronto como le sea posible, para poder aprovechar plenamente todas las posibilidades que le ofrecen. La pauta dominante de comportamiento es la adaptación. De esta manera la sociedad consigue hacer de las futuras generaciones unos colaboradores dispuestos a jugar el juego del sistema establecido”. En realidad, las características que Schelski consideraba propias de los jóvenes podían extenderse a adultos, que vivían en plena crisis de identidad provocada por el trauma del nazismo y la deshecha bélica. La visión metonímica de la juventud —atribuirle valores propios de toda la sociedad— era típica del método utilizado por Schelski, que basaba sus interpretaciones en sondeos de opinión promovidos por el Instituto Emnid, que iniciaba el camino largo y no siempre brillante de las encuestas a la juventud, que desde entonces ocuparían un lugar hegemónico en la sociología empírica.

En 1954, en Memphis, la música *blues* de los negros comenzó a ser cantada por jóvenes blancos: había nacido el *rock & roll*. Se trataba de un nuevo tipo de música, interpretada por chicos y chicas que no tenían más de 18 años, orientada hacia un nuevo mercado juvenil, que pronto se convertiría en el símbolo de la primera cultura auténticamente *internacional-popular*. En el período de posguerra, cuando el alargamiento de la permanencia de los jóvenes y las jóvenes en instituciones educativas y la aparición del "consumidor adolescente" consagran el nacimiento de una nueva clase de edad en los países industrializados, las teorías sobre la existencia de una "cultura juvenil" autónoma e interclasista se generalizan y se dotan de legitimidad científica. La escuela secundaria —la *high school*— se convierte en el centro de vida social de una nueva categoría de edad: el *teenager*. La escuela no sólo ofrecía una cultura académica, sino un espacio de sociabilidad compuesto por una serie de rituales con los que las películas de esta época nos han familiarizado: deportes, clubes, sonoridades y fraternidades, bailes y fiestas de graduación, cines al aire libre, etc. En definitiva, era “una ciudad dentro de la ciudad”, en la cual la edad era mucho más importante que la clase. Quienes tenían menos de veinte años, pero ya no eran niños o niñas, formaban una nueva generación que por primera vez tenían modelos de su edad: estrellas del cine como James Dean; o de la música.

En 1955 el sociólogo norteamericano James Coleman publicó *The Adolescent Society*, que pronto se convertiría en una obra de referencia sobre la emergente “subcultura adolescente en la sociedad industrial”. El autor se había basado en una gran encuesta realizada en diez high schools ubicadas en el Estado de Illinois, que cubrían una amplia gama social que iba desde hijos e hijas de granjeros y obreros hasta las clases medias. El autor llega a la conclusión de que en el entorno de la escuela secundaria estaba emergiendo una auténtica “sociedad adolescente”, donde imperaban normas diferentes a las de la “sociedad adulta”. En 1942 Talcott Parsons había escrito un artículo en el cual caracterizaba a la juventud en oposición al estatus de adulto: “En contraste con su énfasis en la responsabilidad, la orientación de la cultura juvenil es, de forma más o menos específica, irresponsable”. Para Parsons el desarrollo de grupos de edad era expresión de una nueva conciencia generacional, que cristalizaba en una cultura autónoma centrada en el consumo hedonista. La imagen predominante se basaba, pues, en la uniformidad de la cultura juvenil, que reflejaba los valores universales que los estructurales-funcionalistas percibían como una sociedad altamente integrada. Su cultura era la de una generación que consumía sin producir, que al estar en las instituciones educativas no sólo se separaba del trabajo, sino de la estructura de clases. El acceso nominal a los estilos de ocio parecía cancelar las diferencias sociales. La adolescencia facilitaba el cambio sin amenazar el consenso.

En 1964, en Berkeley, los jóvenes universitarios iniciaban el Movimiento por la Libertad de Expresión. Se trataba de una típica protesta estudiantil que se convirtió en un movimiento para los derechos civiles de amplio alcance, que pronto se difundió a otras muchas universidades norteamericanas. Desde los años cincuenta la bahía de San Francisco había visto florecer la llamada beat generation, articulada en torno a la música jazz, el consumo de hachís, la vida bohemia y la disidencia artístico- cultural. Estos movimientos convergieron, a mediados de los años sesenta, en el flower power que sería universalmente conocido con el nombre de movimiento *hippy*. La juventud ya no era considerada como un conglomerado interclasista, sino como una nueva categoría social portadora de una misión emancipadora, incluso como una "nueva clase revolucionaria". Bajo el estímulo del *mayo del 68*, los teóricos más radicales aplicaron las teorías marxistas para analizar las relaciones de producción que los jóvenes mantenían con los adultos; también aplicaron las teorías freudianas para analizar los conflictos edípicos de la sociedad patriarcal. Más que interpretaciones científicas, estos discursos aparecían como herramientas políticas al servicio de los combates sociales que los jóvenes habían de librar, legitimando la revuelta de la nueva generación.

En 1968 —una fecha emblemática— el filósofo norteamericano Theodore Roszak publicó *The making of a counterculture*. Esta obra se convertiría pronto en un auténtico manifiesto generacional, que teorizaba la misión de la juventud como creadora de una cultura alternativa a la dominante en la sociedad, es decir, de una contra-cultura. En este proceso de legitimación uno podía recuperar y releer autores anteriores olvidados, como es el caso de Wilhelm Reich, un freudomarxista heterodoxo que había identificado en la represión sexual de los jóvenes una de las bases de la cultura autoritaria. Como Herbert Marcuse, crítico del hombre unidimensional, de la "tolerancia represiva" del sistema, profeta de los movimientos contraculturales y estudiantiles como los gérmenes de un mundo liberado. O como Paul Goodman, lúcido analista de los problemas de los jóvenes en la "sociedad organizada". Pero también podía dar lugar a nuevas teorizaciones, que intentaban aplicar el paradigma freudiano al estudio de la rebelión juvenil, tema que desarrollaría el psicoanalista francés Gérard Mendel en sus obras *La révolte contre le pere* y *La crise des générations*. La matriz idealista de este paradigma desemboca en la alternativa fantasmagórica de una "revolución de las conciencias" susceptible de derrumbar el "mito del conocimiento objetivo", fundamento de toda alienación. Su matriz más práctica, después de la deshecha de París, Roma y México, se orientó hacia el movimiento de las comunas, la ocupación de casas y la revolución de las drogas, el sexo y el *rock & roll*.

En 1976, poco después de la explosión de los Sex Pistols, nace en los barrios sudoccidentales de Londres, y en el entorno de King's Road, un nuevo estilo bautizado con el significativo nombre de *punk* (literalmente: basura, mierda). Su difusión fue rapidísima: con los vientos de crisis, la provocación como bandera, y una música electrizante y simple que recupera "la onda rebelde del rock", los *punks* se encuentran pronto en Milán, Tokio, San Francisco, México y Santa Coloma de Gramanet. La actitud provocativa de Johnny Rotten, líder de los Pistols, y la trágica epopeya de Sid Vicious, catapultaron el movimiento punk a primera línea del escenario. En el ámbito musical, retomaba elementos que provenían de David Bowie y del glitter-rock, del proto-punk americano, del rock de inspiración *mod*, del *rhythm and blues*, del *soul*, del *reggae*. Esta alianza de tradiciones musicales diversas y aparentemente incompatibles quedaba ratificada con un estilo de vestir igualmente ecléctico. Este conjunto de cosas literalmente "prendidas" con agujas imperdibles se convirtió en un fenómeno altamente fotogénico, que desde 1977 provisionó a los periódicos sensacionalistas una buena reserva de material. Pero el éxito del estilo punk se debió, en parte, a su capacidad para retratar con colores fuertes el momento histórico que empezaban a vivir las sociedades occidentales.

En 1975 se publicó *Resistance through rituals*, un libro editado por Stuart Hall y Tony Jefferson, que recogía el trabajo colectivo del Centre for Contemporary Cultural Studies de la Universidad de Birmingham, donde desde principios de los años setenta se habían unido un conjunto de científicos sociales y jóvenes investigadores e investigadoras, interesados en el estudio de las subculturas juveniles, de los *teddy boys* a los *punks*. Huyendo tanto de las teorías funcionalistas sobre la emergencia de una cultura juvenil interclasista, como de las teorías contraculturales que veían en la juventud la nueva clase revolucionaria, los autores de la escuela de Birmingham encontraron la manera de interpretar cómo las experiencias sociales de los jóvenes, situadas en particulares marcos de clase, son expresadas y negociadas colectivamente mediante la construcción de estilos de ocio distintivos, fruto de la interacción entre tradiciones de clase y símbolos comerciales. Con una base marxista de inspiración gramsciana, estudian las subculturas de posguerra como estrategias de "resistencia ritual" generadas en precisos contextos históricos y de clase, que pusieron en crisis el mito del consenso en la sociedad del Welfare State y de la opulencia de los años sesenta. A pesar de la indudable riqueza de las aportaciones de esta escuela, son pertinentes las críticas suscitadas: los estudios culturales se centraron más en algo desviado que en algo convencional, más en los adolescentes de clase obrera que en los de sus coetáneos de clase media, más en los chicos que en las chicas, más en el mundo del ocio que en las instituciones adultas.

En 1985 la Unesco declaró el Año Internacional de la Juventud: era un signo que las cosas no acababan de ir bien en el mundo de los jóvenes. El incremento galopante de la desocupación juvenil, el hundimiento de las ideologías contraculturales, el retorno a la dependencia familiar, generaban discursos que ya no incidían en la capacidad revolucionaria y constructiva de los jóvenes y las jóvenes, sino en la incertidumbre cultural y en los problemas que encontraban en la inserción social. Nació una actitud entre cínica y desencantada, que tuvo múltiples traducciones en los imaginarios juveniles, pero que casi siempre guardaban relación con una K subcultural: punKs, oKupas, sKinheads, maKineros. El sociólogo francés Michel Maffesoli habló del “tiempo de las tribus” para referirse a esta proliferación de microculturas juveniles, nacidas de la cultura de consumo o de los márgenes contraculturales que ocupaban nichos diferentes en el territorio urbano. Se trataba de una metáfora perfectamente aplicable a las culturas juveniles del fin del siglo XX, fruto de la confluencia de comunidades hermenéuticas donde fluyen los afectos y se actualiza lo “divino social”, caracterizadas por reafirmar las fronteras estilísticas, las jerarquías internas y las oposiciones frente al exterior. Sin embargo, era mucho más difícil de aplicar a los estilos juveniles emergentes en ese cambio de milenio, que más que las fronteras enfatizaban los pasajes, más que las jerarquías remarcaban las hibridaciones, y más que las oposiciones resaltaban las conexiones. Vivir la juventud ya no era —como en el complejo Tarzán— transitar de la naturaleza a la cultura, ni tampoco —como en el complejo Peter- Pan—, resistirse a la adultez, sino experimentar la errancia del destino incierto —como en el complejo Replicante, tomado del humanoide de Blade Runner que se rebela porque no tiene memoria del pasado—. Se trata quizá de una de las manifestaciones exteriores de eso a lo que

se ha llamado el “fin de las ideologías” y el “fin de la historia” (conviene recordar que la década acabó con la caída del muro de Berlín y del comunismo soviético).

En 1983 la misma UNESCO publicó un informe titulado *La juventud en la década de los 80*, en el cual se dejaban claros los términos en que se tenía que plantear el debate: “Ni el enfoque ni el lenguaje característicos de la década de los 60 parecen adaptarse a las nuevas realidades que la juventud tendrá que afrontar en la década que empezamos. En el 68 se hablaba de confrontación, protesta, marginalidad, contracultura... en definitiva, era un lenguaje que denotaba una confianza posible en un cambio hacia un mundo mejor. Tal vez en el próximo decenio las palabras claves que experimentarán los jóvenes serán: paro, angustia, actitud defensiva, pragmatismo, incluso supervivencia”. En este contexto, ¿es legítimo pensar en la juventud como una categoría social dotada de una cierta unidad de representaciones y actitudes? La respuesta de Pierre Bourdieu es aparentemente lapidaria: “La jeunesse n'est qu'un mot”. Para Bourdieu la edad no es más que una forma de marcaje social que se aplica a grupos en competencia — “jóvenes” y “viejos”— para marcar simbólicamente su preeminencia actual o futura; el análisis científico de las edades no es irrelevante, pero se limita al estudio de las luchas para la clasificación.

En 1994, en Chiapas, el subcomandante Marcos encabeza una revuelta de jóvenes indígenas que, más que las armas, utilizó las nuevas tecnologías de la comunicación para difundir sus denuncias y consignas. Lo que algunos autores y autoras han llamado “*la primera guerrilla postmoderna*” se convirtió en un referente generacional para aquellos jóvenes que habían entrado en la juventud con la caída del muro de Berlín. En 1999, en Seattle, la década se cierra con una protesta contra una reunión de los poderes económicos mundiales, protagonizada por el llamado Movimiento de Resistencia Global. Paradójicamente, los “antiglobalizadores” son los primeros en utilizar las nuevas tecnologías de la era de la globalización: se trata de lo que algunos autores han llamado “*web movements*” (movimientos telaraña). Unos años antes, el escritor Douglas Coupland había popularizado el término “Generación X” para referirse a una juventud marcada por las incertidumbres y las paradojas de la sociedad postmoderna, y por la falta de un sistema de valores sólido. Pero hay otra característica de los jóvenes y las jóvenes de fin de siglo que nos parece más reveladora: su acceso a las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, sobre todo su acceso a la red por definición: inter-net.

En 1998 Don Tapscott, uno de los profetas de la revolución informática, publicó un estudio dedicado a la Generación R (Growing Up Digital: The Rise of the Net Generation). Para este autor, así como los baby-boomers de posguerra protagonizaron la revolución cultural de los años sesenta, basada en la emergencia de los mass-media y de la cultura rock, los niños y niñas de hoy son la primera generación que llegará a la mayoría de edad en la era digital. No se trata sólo de que sean el grupo de edad con el acceso más grande a los ordenadores y a internet, ni de que la mayor parte de sus componentes vivan rodeados de bites, chats, e-mails y webs; lo esencial es el impacto cultural de estas nuevas tecnologías: desde que tienen uso de razón les han rodeado instrumentos electrónicos (de videojuegos a relojes digitales) que han configurado su visión de la vida y del mundo. Mientras en otros momentos la brecha generacional venía marcada por grandes hechos históricos (la guerra civil, mayo del 68) o bien por rupturas musicales (los Beatles, los Sex Pistols), los autores y autoras hablan de la generación bc (before computer) y ac (after Computer). Eso genera nuevas formas de protesta, como las marchas antiglobalización, donde jóvenes de distintos países acuden a manifestaciones convocadas por internet, propagadas por flyers y gestionadas por teléfonos móviles. Y también nuevas formas de diversión (como las *macroraves*), donde se utilizan formas de convocatoria semejantes para finalidades lúdicas. Pero también surgen nuevas formas de exclusión social que podríamos llamar cibernéticas (¡para acceder a la red hace falta tener una llave de acceso!). La red genera comunidades virtuales, pero también nuevas soledades como los *hikikomoris*, adolescentes japoneses que se encierran en su habitación digital.

Un evaluador anónimo del presente manuscrito me hizo ver, con toda la razón, que la historia de las teorías sobre la juventud del siglo XX esbozada tenía un sesgo occidental (europeo y norteamericano para ser más precisos). Por ello me ha parecido oportuno retomar en estas conclusiones una perspectiva latinoamericana, a manera de sucinto resumen del impacto de las teorías señaladas en los países del subcontinente, así como de algunas aportaciones originales al debate teórico sobre la juventud surgidas desde América Latina.

En América Latina, el comienzo de la atención teórica hacia los jóvenes se remonta a las primeras décadas del siglo XX. Una fase que puede rotularse como de “ensayística”, “especulativa” o “creativa”, debido a la naturaleza de las obras y de los autores que las produjeron. Allí se encuentra gran parte de los intelectuales llamados “nacionalistas latinoamericanos” y sus ensayos emancipadores, prescriptivos o edificantes sobre estos actores. Captales resultan J. E. Rodó, con *Ariel* (1900), dedicado a “Los jóvenes de América”; J. Ingenieros con *El hombre mediocre*, J. Vasconcelos con *La raza cósmica*; J. C. Mariátegui con “La reforma Universitaria”. La “juventud”, para el grueso de estos autores, es entendida como un reservorio moral tanto para la construcción de un “nuevo” y “joven” proyecto civilizatorio en la refundación de la nación y la identidad latinoamericana, como para la encarnación de la modernidad “civil” — Reforma Universitaria de Córdoba, Argentina, en 1918— y estética (vanguardias). Preocupan sólo “los” jóvenes (masculinos, de las elites y mesocracias ilustradas) como discípulos, con una misión iluminista. Este proceso se verá interrumpido por el arribo y legitimidad del positivismo en las ciencias sociales, particularmente en la psicología. Así, ya desde la década de los años treinta, aparece la figura de Aníbal Ponce como “cientista social” emblemático, con las obras *Sicología de la adolescencia* y *Ambición y angustia de los adolescentes*. Sus planteamientos convergen con la mayoría de las investigaciones que se estaban desarrollando en Estados Unidos y Europa desde principios de siglo en ese campo disciplinario.



A partir de los años cincuenta y sesenta, con la profundización modernizante y desarrollista, unas ciencias sociales precariamente institucionalizadas —como la psicología y la sociología— tuvieron para hacer de la realidad juvenil un fenómeno estudiable. Las miradas y enfoques se prenden de un estructural-funcionalismo norteamericano estigmatizador o de un marxismo europeo instrumental. El primero preocupado por normalizar a los "jóvenes disfuncionales o desviados" derivados de los procesos de industrialización y migración rural-urbana; y el segundo, más interesado por la concientización de clase y la irrupción de los movimientos juveniles, básicamente estudiantiles. Los acentos agotan un arco de énfasis disciplinarios que van desde las perspectivas psicologistas que, en un doble aspecto, intentan comprender los fenómenos producidos a nivel individual en los procesos de conformación y búsqueda de la propia identidad y el tránsito fisiológico (estudios herederos de la obra de E. Erikson); hasta los enfoques sociológicos influidos por la tradición estructural-funcionalista, herederos de las obras de T. Parsons y R. Merton, que tuvieron una gran presencia desde la década de los años cincuenta en América Latina y que tradujeron a la juventud como "problema". En ellos fue relativamente mecánica la aplicación del constructo "desviado", "disfuncional" o "anómico", a un segmento de los jóvenes que en ese momento a la sociedad adulta le preocupaba: migrantes, delincuentes, alcohólicos, revolucionarios, "hippies" o "rebeldes". Pese a ello, estos aportes extendieron los elementos conceptuales suficientes para entender el "período juvenil" como una forma de socialización y moratoria.

Con el advenimiento de los movimientos sociales y "emancipadores" en las décadas de los años sesenta y setenta, los estudios sobre juventud comenzaron a ampliarse e institucionalizarse. Fue esencialmente la sociología la que, la mayoría de las veces bajo el paraguas del Instituto Latinoamericano de Planificación Económico y Social, ILPES (dependiente de la CEPAL), se ocupó "oficialmente" de la temática. La mayor parte de estos estudios estaban focalizados en los procesos de integración y desarrollo social de los jóvenes, intentando sumar dichas situaciones a proyectos modernizadores; como también se detecta un énfasis acusado en indagaciones de carácter político e ideológico en la juventud, básicamente estudiantil. Así, se puede constatar que los estudios sobre procesos políticos desde la perspectiva de la juventud universitaria, monopolizaron la mayor parte de la investigación social sobre estos actores.³ No obstante, tendríamos que convenir que estas obras son marginales en su conjunto con respecto al grueso de las investigaciones hechas en la región, al menos hasta el año Internacional de la Juventud proclamado por la ONU en 1985. Los estudios socioculturales habían tendido a ignorar la dimensión generacional: tanto los estudios sobre las comunidades indígenas, como los centrados en sociedades rurales y urbanas, tendieron a ver a sus sujetos de estudio como indios, campesinos, colonos, hombres, mujeres, burgueses, obreros, pero no como niños y niñas, y todavía menos como adolescentes o jóvenes. La explicación tradicional a estas omisiones pone énfasis en la inexistencia de las categorías de infancia y juventud en las sociedades latinoamericanas más allá de algunas minorías sociales (clases medias) y territoriales (zonas urbanizadas).

Este supuesto se basa en la concepción de que la gran mayoría de latinoamericanos y latinoamericanas pertenecientes a los sectores subalternos tienen una temprana incorporación a la vida adulta (lo que quizá explica por qué “infantólogos” y “juvenólogos” no son comunidades académicas separadas en América Latina).

En la segunda mitad de la década de los años ochenta, con la emergencia de las juventudes urbano-populares y el auge de estudios provocados por el Año Internacional de la Juventud, estas omisiones sociohistóricas y precariedades teóricas comenzaron progresivamente a resolverse. De manera simultánea en varios países latinoamericanos, la reflexión sobre los jóvenes se trasladó al terreno de las bandas y las culturas juveniles, de los territorios nómadas desde los que los jóvenes de la periferia social y territorial accedían al centro del escenario. Al mismo tiempo, algunos referentes de la escuela latinoamericana de estudios culturales plantearon reflexiones teóricas e históricas sobre la juventud de amplio alcance, basándose en estudios de campo sobre las culturas juveniles llevados a cabo por nuevas generaciones de investigadores. De este modo, los estudios sobre la juventud pasaron de ocupar un lugar marginal a un lugar central en los debates de las ciencias sociales, convergiendo (a veces de manera espontánea) con las teorías europeas en boga durante la misma época, analizadas con anterioridad, como los estudios subculturales de la escuela de Birmingham, la teoría de la distinción de Bourdieu y el tribalismo de Maffesoli.

En los albores del siglo XXI, la agenda latinoamericana de los estudios sobre la juventud está por construir. Tras una fase ensayística-especulativa en el primer tercio del siglo XX, una fase empírico-modernizadora en los años sesenta y setenta, y una fase etnográfico- experimental después de 1985, es necesario un esfuerzo de reformulación teórica y conceptual que contribuya a resituar la investigación de campo sobre bases más sólidas. Tres son los temas axiales a dilucidar: en primer lugar, la construcción histórica y cultural de la juventud a partir de la diversidad; en segundo lugar, la relectura de las teorías sobre las generaciones en una óptica latinoamericana; y en tercer lugar, la metamorfosis de la juventud en la era de la globalización. Esos pueden ser, precisamente, los retos de las nuevas generaciones de investigadores e investigadoras que, como sucede en Manizales, pueden viajar al siglo XXI con las lecciones del siglo XX aprendidas.

VIGENCIA DE LOS PRINCIPIOS DE DOCTRINA DE ACCIÓN NACIONAL

15

VIGENCIA DE LOS PRINCIPIOS DE DOCTRINA DE ACCIÓN NACIONAL

373

Javier Brown¹⁵

Acción Nacional tiene varias características que lo hacen un partido único en el hoy vasto ecosistema de partidos de nuestro México.

Somos el único partido emanado de la sociedad civil, que se creó sin recibir financiamiento de fuentes ajenas a las de los propios fundadores, con una agenda de cambio única, con un programa de acción política propio que no dependió ni depende de imposiciones autoritarias ni de renunciaciones abyectas.

No fuimos creados como negocio familiar ni como cola de caudillo, pero además, desde la Asamblea Constituyente nos dimos doctrina, convirtiéndonos así en el único partido que tiene principios y que, como las personas de principios, luchamos por la integridad, la claridad, la pulcritud, el profesionalismo y la auténtica honestidad en la vida pública.

¹⁵ Brown, César. Vigencia de los principios de doctrina de Acción Nacional. En: Revista Bien Común. Año XXVIII. No. 320, noviembre del 2021. Págs. 32-40

Nuestra doctrina es un conjunto de proposiciones principales, torales, fundamentales que pueden ser fácilmente enseñadas y transmitidas. La enseñanza de la doctrina es, ante todo vivencia diaria, encarnación personal, transmisión entre generaciones de un estilo de vida, de una forma de ser que es lo que constituye al panismo; esa camaradería castrense que se caracteriza por su espíritu solidario y su entrega patriótica.

La doctrina y la militancia son la esencia de Acción Nacional. Para nosotros ganar o no una elección no define nuestro destino, nuestro destino lo determina una militancia activa y comprometida y una doctrina siempre viva que nace del centro de irradiación que conforma nuestra rica membresía.

Nuestra doctrina tiene además un hermoso nombre: humanismo político, acta de bautizo llegada a la posteridad por el gran Efraín González Luna. El humanismo político es una filosofía de vida y de acción, una forma de pensamiento y de ser, que pone en el centro absoluto a la persona humana. El humanismo político no es un cuerpo improvisado de afirmaciones filosóficas, sino el resultado de un legado milenario que nace en la Grecia clásica, específicamente en Atenas y que pervive y se afina a lo largo de la Edad Media, la Ilustración y La modernidad, llegando hasta nuestro siglo.

El humanismo político somete al Estado y a la política a la persona. Es el Estado para la persona, es la política para la persona, y esta afirmación es hoy capital, crucial.

La base de nuestra rica doctrina es el respeto y el reconocimiento de la eminente dignidad de la persona humana. Si este respeto, si este reconocimiento no se da en el día a día, el entero edificio doctrinal se colapsa.

La persona tiene un valor absoluto, es fuente de irradiación de todos los valores y es la generadora de sentido. En la persona se da la conciencia de un pasado y el hecho único de que la vida, como proyecto, está abierta al futuro.

La persona es un ser que vive la indeterminación en el actuar, no tiene un programa predeterminado, no está obligada a tener un destino específico. Su vida, su destino y su futuro están por hacerse, en el día a día, son una opción individual, una realización personal.

La persona es el máximo tesoro del universo, es la vida consciente que se puede poner en contacto con el ámbito de la trascendencia, con el absolutamente otro que no es un qué sino un quién, o sea, otra persona como yo. Como puente entre los mundos espiritual y material, la persona es capaz de hablar de tú al creador y tiene la alta misión de elevar en dignidad al mundo que la rodea.

Este milenio, como otros que se han caracterizado por su violencia e indolencia, incurre de nuevo en el olvido histórico de la dignidad humana. Hoy, los gobiernos populistas y los autoritarismos de viejo cuño niegan la humana dignidad, basan su óptica política en una visión maniquea de la realidad, una realidad en la que hay personas que son más que otras.

ESTRATEGIA GLOBAL JOVENES

Mesas Políticas Estatales

- 32 mesas de líderes para coordinar los esfuerzos de campaña.
- Incluyen:
 - Coordinadores Estatales Políticos.
 - Coordinadores Estatales de Alianzas Políticas y Sociales.

JOSEFINA VÁSQUEZ MUÑOZ



Esta lógica criminal, se suma a la indolencia que hoy nos aqueja, a la falta de empatía con la causa de otras personas, a esta asepsia ante el dolor humano que debería ofendernos y golpearnos directamente a la cara.

Estamos inmersos hoy en un torbellino global, en un auténtico tsunami para el que la vida humana es prescindible. Vemos con tristeza e indignación que millones de seres humanos padecen hambre, miseria, opresión. Vemos con dolor vidas clausuradas, vidas desperdiciadas, en aras de los más brutales autoritarismos y en aras de una maquinaria económica para la que no existen los sueños ni las aspiraciones personales.

Hoy más que nunca, la urgencia humanista de nuestra doctrina nos hace más vigentes, más actuales, porque somos el partido que, ante el embate autoritario populista, propone un Estado convertido en oferta de libertad, de prosperidad.

Vivimos hoy, en México, por causa de un gobierno autoritario, populista, criminal y perverso, el brutal hundimiento de las causas humanas. Reeditamos los tiempos en los que el partido, ahora convertido en movimiento pretendía ser el todo. Regresamos a la reinvención mitológica de la historia, esa que ensalza a falsos profetas, que crea héroes espontáneos y que deja fuera de los textos a los constructores de instituciones, a los Gómez Morin es y a los González Lunas.

No hemos superado la cultura del mural, aquella de la que hablaba Carlos Castillo Peraza, y que llena la vida pública de sombras y ensombrece la vida humana de millones. Castillo Peraza nos aclaró la esencia y naturaleza del PAN al distinguir entre el pueblo, como comunidad de pasado, y la nación, como proyecto, como futuro. El pueblo está hecho de memorias, de anécdotas, de vivencias compartidas, la nación es el conjunto de sueños, de expectativas y de esperanzas. La nación es siempre proyecto, una realidad que se está haciendo. Por ello decía Castillo Peraza: “El gobierno debe ser aquello que haga que el pueblo se haga Nación, que la comunidad de memoria también se haga comunidad de esperanza, de futuro.

“Por eso este partido se llama Acción Nacional, porque busca el gobierno para hacer de la comunidad de memoria -el pueblo- la comunidad de futuro, la nación”.

Y por eso también, la gran frase del Maquío toma pleno sentido: “Mi lucha no es para que tú creas en mí, y en mis sueños, sino para que tú creas en ti y en tus sueños y luches por ellos. Cuando hayas aprendido esto, habrá terminado la misión del Maquío”.

La misión del gran Maquío fue precisamente que las personas recuperaran su nación, sus sueños, sus proyectos, sus esperanzas. Porque los sueños son siempre individuales, y si llegan a ser colectivos se trata de pesadillas autoritarias, racistas, xenófobas, en las que el día a día no es otra cosa que tormento perpetuo.

Hoy, en este mundo herido por la gran pandemia, la libertad humana está en riesgo, ante la tensión y la tentación de dar seguridad a costa de las libertades.

Hoy, la lucha por defender los derechos y la dignidad de las personas es más vital que nunca. Hoy, la doctrina de Acción Nacional, basada en la concepción de nosotros como personas humanas, tiene mayor trascendencia que nunca.

En este mundo afectado por la pandemia, surgen nuevas sociedades de control, nuevas individualidades aisladas, nuevas ínsulas humanas que no se comunican entre sí. La solidaridad, tan necesaria para un mundo conmocionado, está dando paso a la solidaridad.

El ser humano nace en la peor indefensión, carente de todo, necesitado de todo. Para la persona, no existe otra vía de perfeccionamiento que el encuentro con otra persona; esto es el auténtico reconocimiento, un darse cuenta de que el otro, la otra, es como yo, y darse cuenta de que solo a partir de la convivencia con otras personas podemos aspirar a la perfección.

Por eso, decía Aristóteles, que no es entendible la vida en soledad, fuera de la ciudad, porque solo en la convivencia diaria crecemos y prosperamos. De ahí que afirmemos de forma contundente: “No pueden subsistir ni perfeccionarse los valores humanos si se agota o decae la colectividad, ni ésta puede vivir si se niegan los valores personales”.

Hay dos formas de solidaridad: la horizontal que se da entre las personas que coexisten en un momento dado como una generación, y la vertical hacia las generaciones venideras, ante quienes tenemos la hipoteca ominosa, el imperativo ético de dejar un mundo mejor del que nos fue legado.

Solidariamente estamos obligados a coordinar nuestros esfuerzos para hacer que México sea cada vez más grande. Solidariamente nos vemos ante el reto diario de convivir con civilidad, como base de una cultura política respetuosa de la ley, promotora de libertades y garante de los derechos humanos.

Este mundo mejor solo puede darse si se eleva la condición de las personas, si se respeta de forma incondicional la dignidad humana, si se respetan los derechos de todas y todos, y si se garantiza la igualdad de oportunidades para cada persona, con base en un Estado auténticamente subsidiario.

La subsidiariedad es solidaridad hacia quienes se encuentran en condiciones de desigualdad, de vulnerabilidad. Ellas y ellos son una alta prioridad para concretar el imperativo de justicia social, plasmado en la Proyección de principios de doctrina de 1965.

En el Estado subsidiario, cada forma de comunidad cumple sus funciones propias, específicas. El Estado subsidiario es una oferta de libertad y por eso se alía con el régimen democrático para que la vida de cada ser humano sea cada día mejor y más digna.

La subsidiariedad obedece a la dinámica del querer sin poder. Es indispensable que la ayuda llegue a quien quiera salir de una situación de dolor evitable y que le falte el poder para hacerlo. Así traducimos en términos doctrinarios aquello que se llama empoderamiento: hacer que quienes quieren puedan, gracias al abrazo subsidiario de políticas sociales con reglas de operación claras y públicas, padrones de beneficiarios confiables, criterios de transparencia y evaluaciones de impacto.

La subsidiariedad, en estos tiempos de populismo paternalista, es urgente, porque es el único principio que garantiza libertad, en lugar de esclavitud, claridad en lugar de opacidad, y limpieza en lugar del coyotaje y de las inmundas redes clientelares que hoy están revitalizadas gracias a una política de dádiva que busca lealtades incondicionales y sumisiones lamentables.

Sin solidaridad y sin subsidiariedad el bien común se convierte en una ficción filosófica, en una bella teoría, en un ideal inalcanzable. El bien común es además la base y sustento de los Estados nacionales. No son la seguridad, la soberanía o el orden, las razones de ser de una comunidad política en gran formato, como lo es el Estado; no es el bien de las mayorías ni la prosperidad de los pocos lo que legitima al Estado, sino el bien que es de todas y todos. Por ello, el Estado es una agencia subordinada, un humilde instrumento más para la realización del bien común.



El Estado no es el gran monstruo marino, el omnipotente Leviatán de Thomas Hobbes que acaba con la violencia y el odio, sino el medio que nos hemos dado para que las personas se puedan realizar plenamente. Ahí comienza su justificación y ahí termina su función, así de humilde es la función del Estado ante la grandeza cósmica de la persona humana.

Un Estado que no está al servicio del bien común, una autoridad que no está al servicio del bien común carece de legitimidad. En estos tiempos en los que se promueven ventajas particulares, en los que unos buscan prosperar a costa de otros, en los que la desigualdad es la base de la prosperidad de los menos, el bien común es el principio central de la acción política: la arquitectura del bien común es la tarea irrenunciable de quien hoy gobierna esta gran nación.

El bien común no es una suma aritmética de bienes, es el conjunto de condiciones que permiten y favorecen en los seres humanos el desarrollo integral de todos y cada uno de los miembros de la comunidad. Y decimos de todos y cada uno de los miembros porque: “Si el bien común atentara contra el fin trascendente de una sola persona, dejaría de ser bien y dejaría de ser común”.

Esta es la doctrina de Acción Nacional, eje de su pensamiento y acción, guía luminosa para el trabajo político y apuesta imperativa para hacer de México la patria ordenada y generosa con la que soñaron nuestras fundadoras y nuestros fundadores.

LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

COMPILADOR

ROBERTO DE ANDA TRINIDAD

**LA JUVENTUD EN LA SOCIEDAD
CONTEMPORÁNEA**